



IRENE HALL



NI TODAS
LAS MUJERES
QUIEREN FLORES

NI TODOS
LOS HÉROES

LLEVAN CAPA



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. Lo que el cine esconde
2. Cuando Mara encontró a Hugo
3. Arantxa Powers: la rubia que me achuchó
4. Encuentros en la tercera copa
5. Mira quién moja
6. Eloy Ventura, detective de mascotas
7. Los Ángeles de Arantxa
8. Un Megane llamado deseo
9. Mara Jones, en busca del orgasmo perdido
10. Apetece, que no es poco
11. El planeta de los cerdos
12. Hasta que llegó su queso
13. Las crónicas de La Estación: el bocadillo, la mandarina y el Dorito
14. Qué complicado es vivir
15. Ama otro día
16. Algo para vomitar
17. La vida es perra
18. Con mallas y a lo loco
19. Salvar al soldado Eloy

20. Una de las suyas
 21. Dos hombres y un desatino
 22. Con perdón
 23. Los caballeros de la mesa del fondo y sus locas seguidoras
 24. Los amantes del baño polar
 25. Fiebre de lunes por la mañana
 26. Nadie hablará de nosotras cuando hayamos avanzado
 27. Regreso al pasado
 28. Mujer al borde de un ataque de honestidad
 29. Mara en el País de las Pesadillas
 30. Atrápame si quieres
 31. Entre gallinas anda el juego
 32. Condenados a aguantarse
 33. Fuera del laberinto
- Epílogo
- Agradecimientos
- Referencias de las canciones
- Biografía
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Existe un piso en Madrid donde conviven tres inquilinos: Maravillas, Arantxa y Eloy. Maravillas trabaja en los multicines del centro comercial y desde su taquilla sueña con un buen desenlace para el largometraje de su vida. Arantxa se está volviendo imprevisible. Ahora resulta que busca emociones fuertes y no se le ocurre otra cosa que lanzarse a seducir a una hetero. Eloy se encuentra perdido. Su novia está lejos y el futuro de ambos es incierto.

Cada uno es más diferente que el anterior y sus aventuras y desventuras sentimentales dan fe de ello. Algunas creen en los flechazos quinceañeros, otras en las declaraciones abruptas y sin preliminares, y otros en tragar y llevar la procesión por dentro; pero todos, sin excepción, creen y tienen fe en el amor y, solo por eso, cada uno se merece su propia historia.

Prepara las palomitas, acomódate y pasa página. Esto va a ser divertido.

*Ni todas las mujeres
quieren flores ni todos
los héroes llevan capa*

Irene Hall

Al tinto, por tanta inspiración.
Gracias.

Despierta, tus sueños están
esperando a que espabiles.

1

Lo que el cine esconde

El hilo musical del centro comercial llegaba hasta el vestíbulo de los multicines. Los jóvenes guardaban cola en las máquinas de retirada de entradas online y los mayores estudiaban la cartelera en silencio y a conciencia. Tras ellos, los más pequeños se sacaban fotos junto a los expositores promocionales de los últimos taquillazos de franquicias americanas y de animación. Las catenarias eran las encargadas de dividir grupos, parejas y solitarios amantes del celuloide, aglutinando un hervidero de opiniones semiexpertas, grandes pretensiones y, cómo no, quejas y llantos previos a sacar la cartera.

Un grupo de madres cargadas de azúcar se dividía entre buscar la sala de su sesión y poner orden entre los niños que chillaban, corrían y desperdigaban palomitas a su alrededor. Dos empleadas escanearon sus entradas sonriendo y maldiciendo entre dientes su descendencia.

En la zona de taquillas, tras un cristal abarrotado con múltiples ofertas y promociones, Maravillas Hidalgo se desabrochaba un agujero del cinturón de su uniforme. Tendría que pedir otra talla. Sentía los glúteos oprimidos, y no en el sentido sexy, sino en el de riesgo de implosión. Metió tripa recibiendo un significativo rugido como protesta. Aquello le recordó que se había saltado su segunda merienda.

Antes de que pudiera ponerle remedio, una pareja de aspecto engañosamente joven se acercó a su ventanilla.

—Dos entradas para *Valentín y los planetas*.

Maravillas activó el micrófono.

—¿*Valerian y la ciudad de los mil planetas*?

—Ésa.

La joven observó diligente su pantalla.

—¿Para las nueve y media en castellano?

—No, no, versión original.

—Muy bien, ¿centradas y al fondo? —preguntó revisando la disposición de los asientos—. ¿O prefieren más cerca de la pantalla?

—Al fondo mejor.

—Son diecisiete euros, por favor.

En cuanto cobró y guardó el dinero, la compañera a su lado sonrió y le tendió un cuaderno desgastado sin que llegara a pedirselo. Maravillas no se demoró en ponerse a escribir.

—¿Cuántos llevamos ya?

—Este verano hemos batido un récord —respondió.

Se refería a los títulos de películas. Aquel cuaderno, ya legendario, contenía los ramalazos creativos más destacables de los espectadores. En opinión de Mara, algunos incluso mejoraban los oficiales.

Un chico asomó la cabeza por la puerta con expresión apurada.

—Mara, si no tenéis mucho lío aquí, ¿me podrías echar una mano en cabina? Es sólo un momento.

—Voy.

La joven siguió a su compañero. Era un jueves cualquiera. En el bar se preparaban perritos calientes y hasta se horneaban pequeñas pizzas individuales. Los espectadores cedían billetes a cambio de menús compuestos por refrescos gigantes, chokolatinas y otros dulces. Como siempre, el olor a palomitas recién recalentadas flotaba por todo el lugar.

Alguien armado con escoba y recogedor se hizo cargo del desaguisado infantil del vestíbulo. En un *walkie* se informaba del atasco de un baño y en otro, del excesivo volumen de la sala ocho. Ya en la escalera, se cruzaron con un compañero ataviado con bufanda, un grifo goteante en la nariz y dos tomates cherry en lugar de córneas. Refunfuñó algo sobre el aire acondicionado.

Cuando llegaron a cabina, espacio que no dejaba de ser una larguísima galería atestada de máquinas y cartelería, a Mara le pinzó la nostalgia en el

pecho. Llevaba más de tres años trabajando en los multicines. Había comenzado en taquilla y, como alumna modelo de Comunicación Audiovisual, pidió que le enseñaran el oficio de cabina. La anécdota duró poco y la ilusión, menos todavía.

Los horarios, largos y esclavos, no eran compatibles con sus estudios de guion. Los exámenes y las prácticas requerían de gran dedicación y, por añadidura, la proyección de películas actual nada tenía que ver con la de antaño. Allí arriba era mucho más recomendable un informático que un realizador. Las películas llegaban en un disco duro y, mientras supieras descargarlas y programarlas, todo lo demás iba rodado. Era tan monótono que perdía gran parte del encanto de su reputación.

Así pues, Mara regresó a taquilla y olvidó sus deseos de pringarse los dedos con aceite y manipular bobinas. Aunque no por ello los recién llegados dejaban de acudir en su ayuda cuando algo fallaba.

El otro empleado de cabina saludó nervioso al verla. Según le explicaron, la película en cuestión no arrancaba. Los ojos castaños de Mara, casi siempre perdidos en sus propias ensoñaciones, se estrecharon al dirigirse a la máquina. Comprobó con ademán experto la lámpara, la activación de las claves y cualquier detalle que se le viniera a la mente. Mientras aquellos dos sudaban la gota gorda y discutían sobre qué milonga contarles a los espectadores, ella dedicó un buen rato a cacharrear sin mucho orden ni concierto.

Como último recurso, decidió reiniciar el ordenador. La película empezó a proyectarse. El estruendo de los aplausos de la sala traspasó la pared y un par de corazones al borde del infarto.

—¿Cómo lo has hecho?

—Estáis muy verdes todavía —apuntó—. Que uno de los dos me invite a cenar cuando libre y no diré nada.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y se marchó contoneando su potente trasero. Con un poco de suerte la cena derivaría en un polvo. Tal vez no fuera reseñable, pero al menos le serviría para recordar en lo que consistía.

Mara echaba de menos el sexo tanto o más que su segunda merienda. Cuando era una adolescente se había imaginado su vida sentimental mucho más interesante de lo que realmente estaba siendo. No le faltaban las anécdotas, pero le sobraban las malas decisiones. Desde que se enamoró locamente años atrás, no había habido nadie capaz de sustituir un sentimiento tan fuerte. Y, con la

desaparición de ese amor platónico, los hombres se habían vuelto seres extraños para ella. Sus expectativas en el amor se encontraban más bajas que nunca. Por eso mismo, con pasar un buen rato se sentía satisfecha, aunque no por ello se conformaba.

Atravesó como pudo el pasillo que conducía a las salas. Había varios corrillos de adolescentes a la espera de entrar en ellas. Las diferentes bandas sonoras se mezclaban en el exterior, haciendo que resultara de lo más fácil adivinar qué película echaban en cada una. Sala cinco: terror; sala seis: musical; sala siete: acción; sala ocho... Un chico gritó y se tiró el refresco por encima. Efectivamente, el volumen de la sala ocho estaba demasiado alto.

Mara continuó bajando escaleras. Una compañera aporreaba la puerta de los baños. Cuando sus miradas se cruzaron, simplemente suspiró y se encogió de hombros. Otra pareja demasiado cariñosa. Mara cruzó los dedos para que su momento llegara más pronto que tarde.

—¡Mara!

Una joven alta, de largo pelo negro ondulado y chispeantes ojos azules entraba en el vestíbulo cargada con bolsas de supermercado. Caminaba de un modo sutilmente encorvado, muy estudiado, y sus pasos destacaban ligeros y rítmicos. Al detenerse, Mara sonrió para sus adentros. Su postura recordaba a la de una joven Joan Jett en el transcurso de un directo. La chupa de cuero acentuaba el símil, y el tintineo de sus hebillas metálicas formaba ya parte de su sello personal.

Aquella chica se llamaba Arantxa y era su compañera de piso.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo de hacer la compra. ¿Son éstas las malditas galletas que estabas buscando?

Mara hizo una mueca. Desde que Arantxa había dejado de fumar arrastraba vestigios de un humor de perros y muy poca paciencia. A pesar de eso, seguía siendo una de las personas a las que más quería.

Arantxa y Mara se conocieron en el campus universitario. Mientras una deseaba escribir y dirigir sus propias obras cinematográficas, la otra soñaba con dar la vuelta al mundo y conocer e inmortalizar otras culturas a través de su cámara de fotos.

Apasionada del complicado arte del retrato desde muy joven, Arantxa sentía

debilidad por su cámara. Las paredes de su cuarto estaban llenas de sus trabajos a todo color o en blanco y negro. Sin embargo, ninguno era particularmente exótico, puesto que recaudar los fondos necesarios para su aventura seguía siendo una asignatura pendiente.

Al menos la consolaba trabajar en el gremio. Bueno, más o menos: era empleada veterana de un Fototrix. En concreto, del que había en el mismo centro comercial donde trabajaba Mara.

—Sí que son éstas —constató Mara abriendo el paquete—, ¿quieres probarlas?

Arantxa le indicó con un gesto poco entusiasta que estaba mascando chicle. No era necesario verbalizar que eran sus ya habituales chicles de nicotina.

—Llevas la chapa que no es.

Mara echó un ojo a la chapa identificativa que colgaba de su polo. En él se leía «Maravillosa».

—Serán cabrones —masculló—. Llevo toda la tarde con ella y nadie me ha dicho nada.

Tampoco era la primera vez. Sus compañeros ya estaban acostumbrados, no así los espectadores, que primero abrían unos ojos como platos y después buscaban una cámara oculta. El nuevo gerente había introducido algunos cambios en el negocio, incluyendo los identificadores de cada empleado. Tras el error, a Mara le habían reimpreso el suyo, pero al haber olvidado tirar el antiguo, seguía despistándose.

—Nos ha escrito Eloy, supongo que no lo habrás visto —dedujo Arantxa—. Dice que esta noche vayamos a La Estación, que tiene algo que decirte.

—¿A mí?

Eloy era el tercer y penúltimo inquilino del piso que compartían. Cuando Mara trabajaba, él y Arantxa cenaban juntos en casa y más tarde la esperaban en La Estación, su bar preferido. Aquél era el ocio máximo que podía permitirse el trío entre vida estudiantil y laboral. Tampoco se quejaban mucho por ello.

—Sí, ha escrito algo así como: «Prefiero adelantarme y darte yo la noticia a que te des de bruces con ella».

—Suena mal.

—Sí —sonrió Arantxa—, por eso voy.

Mara dio un respingo cuando notó un toquecito en el hombro.

—Perdona, ¿podrías ayudarnos?

Una chica hacía malabares con su botellín de agua, sus palomitas y sus entradas mientras le dedicaba una mirada poco amistosa. Tras ella, otras tres chicas compartían su estado de ánimo.

—¿Qué ocurre?

—Teníamos entradas para las nueve y media, y resulta que la película ha empezado media hora antes. ¿Por qué no nos han avisado del cambio? Nos hemos perdido todo el principio.

—¿Habéis comprado las entradas aquí o por la web?

—Por la web.

Mara meneó la cabeza. Aquella situación no le era desconocida.

—A veces los horarios no están actualizados y luego no concuerdan con la cartelera.

—Pero ¿y ahora qué hacemos? —protestó la chica.

Su voz era muy femenina y juvenil, aunque Mara calculó que debía de rondar su edad. Tenía unos grandes ojos claros, nariz respingona y unos pómulos enrojecidos por el mal rato. Mara observó con envidia su bonito cabello rubio y el peinado informal que lo recogía. La última vez que ella se incrustó un boli entre sus rizos castaños, éste fue succionado a cámara rápida para no volver jamás. Su mata de pelo era tan llamativa y salvaje que solía producir cierta fascinación. Algunos preguntaban por el secreto de su apariencia, que no era otro más que lavar, secar y dejarlo libre. Mara había aprendido la lección tiempo atrás, a base de tirones y lagrimones. No existía el peine adecuado para su cabello, ni tampoco podía fiarse de las tijeras.

Se tragó un plañido e indicó al grupo de chicas que la acompañara:

—Venid conmigo.

Para su sorpresa, Arantxa olvidó sus compras y se dispuso a cerrar la comitiva. Mara se hizo con un talonario de entradas de su taquilla y rasgó cuatro unidades.

—Entrad a ver la película. Cuando termine, quedaos en la sala para el siguiente pase y veis lo que os habéis perdido. Por las molestias, el cine os regala entradas gratis a todas.

La chica rubia no se lo esperaba. Su sorpresa fue genuina e iluminó su rostro.

—Oh, vaya, qué bien. ¡Muchas gracias!

Una de sus acompañantes se dirigió a ella:

—Elsa, si quieres te cedo la mía y vas con Álvaro.

Un resoplido cambió del todo su expresión.

—Mira que estás pesada, no voy a volver con tu hermano —replicó—. Lo nuestro se acabó. Punto.

—Creo que te estás equivocando.

—Y yo creo que no terminas de asumir que tu hermano es un caso perdido.

«No me interesa vuestra vida», pensó Mara. Por una vez, se alegró de no haberlo dicho en voz alta. Lo que le extrañó es que Arantxa, que no dejaba de presenciar la escena, no lo hubiera dicho por ella.

—¿Os doy las entradas o no?

—Sí, sí, gracias.

La tal Elsa se apoderó del pequeño fajo y se despidió para continuar esquivando las impertinencias de su amiga.

Mara, más interesada en la falta de fuelle de Arantxa, se volvió y se encontró con una sonrisa de lo más bobalicona.

—Oye, que el suelo está recién fregado, deja de babear.

Arantxa tomó aire. Casi no podía despertar de su fantasía momentánea.

—Es una muñeca.

Mara contuvo la risa a duras penas.

—¿Eso piensas?

Ella pareció por fin volver a la realidad e hizo un gesto de obviedad.

—Yo ya soy patilarga, así que me gustan bajitas y manejables.

—Muy práctico.

—¿A que sí? Ah... Pero paso de perder el tiempo con heteros. Dan mucho dolor de cabeza.

Se ajustó el cuello de la chupa y acudió a recoger sus bolsas. Si bien sus gustos eran del todo opuestos, las vidas sentimentales de Mara y Arantxa parecían ser un calco la una de la otra. Más que una exhaustiva búsqueda de lo deseado o una placentera espera de lo inevitable, parecían sendas carreras de obstáculos.

Arantxa dijo adiós a su manera, alzando la barbilla y sin abrir la boca. Mara vio que se le acumulaban los clientes y acudió rápidamente a su puesto. Aún faltaban varias horas hasta que terminara su turno. Deseó que para entonces se

redujera considerablemente el número de incidencias. Aunque tal vez aquello era pedir demasiado.

2

Cuando Mara encontró a Hugo

La Estación era un establecimiento especial por varios motivos. En el pasado, con otro nombre, había pertenecido a los padres de Eloy y era una cafetería en la que concurría una clientela formada por personas de la tercera edad y los clásicos matrimonios jóvenes con niños. Una vez que se cansaron y decidieron prejubilarse, lo traspasaron a unos vecinos, que lo convirtieron en un templo de los ochenta.

El nombre del local hacía alusión a la famosa canción de Mecano, una de las favoritas de los dueños, y su interior guardaba cierta esencia de lo que había sido, aunque mejorado con algunas pinceladas concretas y acertadas. Un largo pasillo separaba la barra de las mesas, todas junto a la pared, y desembocaba en una zona de ocio con un billar, dos máquinas *arcade* y una de *pinball*, para las que había lista de espera. Cada mesa, flanqueada por sofás retro en vez de sillas, hacía honor a un artista de la época, cuya imagen colgaba enmarcada de la pared. Se servía comida rápida, los precios eran aceptables y la música una delicia.

Como era de esperar, la media de edad de la clientela había descendido considerablemente. De madrugada se subía la música, se bajaban las luces y el local se llenaba de gente que sufría de nostalgia como patología diagnosticada.

Mara entró luciendo Converse rojas, falda de punto, camiseta blanca, chaqueta vaquera y un bolso cruzado. Una mano se alzó en la mesa dedicada a David Bowie. Ella respondió al saludo de Eloy con una sonrisa. Habían escogido aquel rincón el primer día y no habían probado ningún otro desde entonces.

—¡Buenas!

Arantxa alzó su bebida y Eloy se levantó para que accediera a su sitio. Era una tradición no verbalizada: todos tenían su asiento fijo en aquella mesa, sobre la que reposaban dos botellines de cerveza y un cuenco de frutos secos, a los que pronto se sumaría un tercer botellín. Mara se interesó por la jornada de sus amistades.

Eloy era auxiliar técnico veterinario y trabajaba en una clínica cercana al piso que compartían. Como no podía ser de otra manera, le encantaban los animales y colaboraba con varias protectoras. De hecho, él era el culpable directo de que en casa hubiese un cuarto y último inquilino. Se trataba de *Goku*, un joven gato de pelo corto atigrado.

Cuando Eloy llevaba un par de meses en la clínica, entró un hombre y le dejó un gatito en brazos preguntando si podía quedárselo mientras él aparcaba el coche, que estaba en doble fila. Aquel hombre nunca regresó y el chico, conmovido por la situación, decidió adoptar al felino. Con lo que no contaba ninguno era con que Arantxa fuera alérgica a los gatos y lo descubriera meses después, al sufrir una erupción cutánea de lo más encantadora.

—Le estaba diciendo a Arantxa que podríamos organizar un viaje el puente antes de Navidad —comentó Eloy—. Siempre se nos ocurre la idea y nunca vamos a ninguna parte.

—Voto por Canarias —dijo Arantxa—. Luego volvemos negros y la gente se muere de envidia.

Eloy dio un trago a su cerveza y se rascó la cabeza. Llevaba tiempo sin cortarse la cabellera rubia y empezaba a tener que recogerla en un pequeño moño de geisha.

—También me vale Ibiza —prosiguió ella.

—¿Qué os parece si...?

—¡Chist! —frenó Mara—. Huele a hamburguesa con beicon. ¡Y a chucrut!

Inmediatamente, le sirvieron la cena que ya habían pedido por ella. Eloy alzó una ceja.

—Ese radar olfativo tuyo es un poco «Expediente X».

—En momentos como éste es una bendición. Pero, créeme, en otros lo detesto con toda mi alma —aseguró—. Tu camiseta es nueva.

Era gris, de manga corta y llevaba la inconfundible silueta de Totoro a lo

largo del pecho.

—La compré hace semanas —comentó orgulloso—, estaba en un sobre en el buzón.

Eloy también era cinéfilo, pero sobre todo era un fanático de la cultura nipona y compartía con Mara una gran debilidad por el manga y el anime. Incluso habían llegado a comenzar a trabajar en su propio manga. La idea original era de ambos. Mara rescataba el guion de vez en cuando y entre los dos dibujaban lo mejor que podían. Eloy, además, estudiaba japonés y deseaba ponerlo en práctica una vez que ambos ahorraran lo suficiente para viajar a Japón. Huelga decir que Arantxa se había apuntado al viaje con la original excusa de sacar a pasear su cámara.

Mara conocía a Eloy desde... Era imposible establecer una fecha concreta para definirlo. Lo único de lo que estaba segura era de que, a pesar de su particular sentido del humor y de sus discusiones, fruto la mayoría de la convivencia, adoraba a aquel chico desde que tenía uso de razón.

—Mara, ¿recuerdas que tenía algo que decirte?

Por supuesto que lo recordaba, pero le daba cierta angustia preguntar por ello. Su querido amigo, al que tanto estimaba, tenía una novia a la que nadie soportaba. Eloy había vivido un tiempo en Londres aprendiendo inglés y allí había conocido a Clementine, futura cirujana veterinaria unos años mayor que él y con un severo aire de eminencia. A pesar de que Eloy había regresado a España para estudiar ATV y comenzar sus prácticas, él y Clementine decidieron continuar con su relación.

No estaba resultando fácil. Eloy vivía pegado a un teléfono móvil, y viajar a Inglaterra no era precisamente barato. El día en que presentó a su novia a sus amigas, quedó constancia de la falta de química entre todos. Arantxa la tachó de agria y de seca, Mara dijo que habría empatizado mejor con una seta y *Goku* vomitó una bola de pelo sobre su equipaje.

Mara y Arantxa compartieron una mirada en la que se advertía la preocupación por la posibilidad de que Clementine se convirtiera en la nueva inquilina de su piso.

Mara dio un bocado a su hamburguesa y preguntó:

—¿Es sobre el trabajo? ¿Las cosas no van bien en la clínica?

Los ojos color caramelo de Eloy sonrieron ilusionados. Le encantaba su

trabajo.

—¡Qué va, al contrario! De hecho, hoy he vuelto a entrar en quirófano.

—¡Qué bien! —exclamó Mara con un entusiasmo poco fervoroso.

—Sí, ha sido muy emocionante. Aunque me he puesto un poco nervioso. Veréis, estábamos practicando la esterilización de una perra y, claro, yo tiraba del ovario porque hay que extirparlo. Quiero decir..., es mi jefe quien hace la cirugía, pero yo estoy ahí con él y tengo las manos dentro. —Eloy enfatizó su narración con gestos y una expresión de máxima concentración—. Abro, limpio el campo, lo preparo... Pero si mi jefe tiene que suturar justo aquí abajo, no puede hacerlo todo a la vez. Ahí es donde entro yo, debo sujetar el órgano con cuidado de no desgarrarlo, exponer bien la zona para no coger una vena que no hay que coger...

Mara escupió su ensalada de chucrut como un aspersor. Arantxa, que lo veía venir, fue rápida y se apartó a tiempo. Eloy carraspeó incómodo.

—Lo siento, Mara. Con estos temas me emociono.

—¡Mira cómo me he puesto! —protestó ella—. Déjame salir, tengo que ir al baño y evitar que esto vaya a peor.

Arantxa se hizo con un servilletero.

—Llevas un Miró en la camiseta. No puede ir a peor.

Eloy y ella ya estaban limpiando la mesa cuando Mara hizo un giro de ciento ochenta grados y colisionó contra una camarera. El golpe le hizo perder el equilibrio y cayó de culo en medio del local. Por si fuera poco, una nube de nachos con queso y guacamole se le vino encima. Se pringó de la cabeza a los pies y justo cuando logró limpiarse los ojos de guacamole la bandeja dejó de rebotar en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —Alguien se inclinó sobre ella—. Menudo trompazo... Bonitas piernas, por cierto.

Mara se movió con el puño en alto, amenazante. Sin embargo, en cuanto vislumbró a su bufón, se quedó quieta como una estatua, pues creyó que estaba alucinando.

—¿Mara?

La voz. La boca. La forma cuadrada de la mandíbula, los pómulos altos, las cejas rectas y la frente despejada. Extendió la mano y en los dedos notó su piel tibia y vibrante. Acarició sus labios, que se extendieron en una amplia sonrisa.

Aquél era un rostro cincelado con tacto divino, una obra que alcanzaba su luminosidad en una sola mirada. Mara quedó presa de aquel color castaño diluido en verde musgo y al instante lo supo.

Era él. Era...

—Hugo.

En su delirio, la imagen que veía se solapaba con la del chico de dieciocho años que servía cafés en ese mismo lugar. Aquél era otro de los motivos por los que La Estación era especial.

Mara estaba agradecida a Eloy por muchas razones, y una de ellas era que hubiera introducido a Hugo en su vida. Eran primos. Por eso había sido sencillo que sus caminos se cruzaran y lo hicieran cuando el chico trabajaba en la cafetería de sus tíos. Mara era una adolescente cuando reparó en Hugo, y fue en aquella época cuando comenzó a sentirse atraída por él. Al salir de clase le servía refrescos y deliciosas tapas, y se sentaba con ella en los descansos. Sus risas y sus largas conversaciones, ligadas a la inocencia de la pubertad, quedaron para siempre grabadas en la memoria de la joven.

Reencontrarse de un modo tan imprevisto con el hombre que le robó el corazón la había dejado sin palabras. Fue Hugo quien rompió el extraño mutismo en el que se habían sumido.

—No me puedo creer que seas tú.

Ni ella y, aun así, seguía sin poder hablar.

—Ven, déjame ayudarte.

Hugo tomó su mano, rodeó su cintura y la levantó sin esfuerzo. Mara estaba totalmente cubierta de grasa, aunque eso a él no pareció importarle, pues se negó a soltarla.

—La última vez que te vi te estabas preparando para ir a la universidad.

Nada. No había modo de que Mara pudiera concatenar un vocablo con otro. Su idiotez momentánea sirvió para que Hugo pudiera escanearla con mayor detenimiento. Ella vio cómo él tragaba saliva y después, con una delicadeza exquisita, le deslizaba la falda por los muslos. Hasta entonces no había sido consciente de que le hubiera enseñado las bragas a todo el bar.

—Has cambiado —dijo él, y en su voz algo sonó denso y contenido—. Ya no pareces una estudiante.

Mara cogió aire.

—Lo sigo siendo. A medias.

Hugo se mostró muy aliviado con su respuesta.

—Menos mal. Pensaba que también te habrías dado en la cabeza.

Los dos compartieron una risa espontánea. Mara sintió que flotaba. Ni el ir y venir de clientes ni las miradas de circunstancias de Arantxa y Eloy lograban devolverla a la realidad.

Tal vez fuese la fragancia que desprendía aquel pelo castaño o la manera distraída en que se agarraban, desesperados, como si temieran volver a separarse de pronto, pero el caso es que se sentía de lo más embriagada.

—¿Sabías que estaría aquí?

Hugo negó con la cabeza.

—He venido a trabajar.

Ella procesó la información. Era demasiado bonito para ser verdad.

—Sí —adivinó él—. Justo lo que estás pensando. Un *revival*.

En el estómago de Mara se desató un tornado de mariposas en celo.

—Mis tíos han movido sus hilos con los dueños y han conseguido hacerme el favor.

—¿Has venido para quedarte?

Hugo asintió ante su incredulidad. No obstante, el entusiasmo no fue lo que definió su expresión. Volver al hogar para retomar el empleo que abandonaste siendo un chaval dista mucho de ser un sueño de juventud.

Un pulgar perezoso retiró la salsa mexicana de su barbilla. Ella abrió la boca precediendo a las pupilas de Hugo, que se dilataron y provocaron un anochecer en su mirada.

—Estás guapísima.

Mara no dudó de que, a pesar de su estampa, había sinceridad en aquellas palabras. Hugo aflojó su agarre.

—Será mejor que me ponga las pilas. Es mi primer día.

—Claro —convino ella parpadeando al fin.

—¿Vienes a menudo a La Estación?

—De vez en cuando —se atrevió a decir.

El rostro de Hugo se iluminó.

—Bien. —Sin prisas, se acercó besarla. Mara contuvo el aliento cuando sintió el roce en la comisura de sus labios. Junto a su pelo oyó—: Me alegra

volver a tenerte cerca.

Al apartarse, la realidad cayó sobre ella con la misma brutalidad con que lo habían hecho los nachos. La música sonaba, las copas se servían y la gente iba y venía esquivándola como podía.

Hugo se demoró un momento para darle un afectuoso abrazo a su primo pequeño e intercambiar unas palabras. Mara esperó a que hubiera desaparecido tras la puerta de personal para dar rienda suelta a su nerviosismo. En cuanto lo hizo, se tiró en plancha sobre la mesa. Agarró a Eloy por la camiseta, dando al traste con el minucioso planchado al que la había sometido, y gritó:

—¿Por qué no me has dicho que estaría aquí? ¡Me habría puesto a dieta!

—¿Cuándo? ¿Esta mañana? ¡Porque es cuando me he enterado! —protestó su amigo liberándose de sus uñas—. Además, mis padres me habían dicho que no empezaba a trabajar hasta la semana que viene.

—¡Pues está claro que tienen el mismo déficit de atención que tú! —Se llevó las manos a la cabeza—. Oh, Dios, me habría hecho la raya del ojo por lo menos... ¿Qué pinta tengo?

—¿Ahora mismo? —preguntó Arantxa—. Das un poco de miedo, apártate.

—Tienes lechuga aquí —añadió Eloy señalándose el incisivo.

Roja de vergüenza y de rabia, Mara se sentó e intentó ridículamente ocultar el estropicio con su chaqueta. Eloy clamó al cielo:

—Relájate, Mara, esto es lo que quería evitar. Sólo es otro tío.

—¿Otro tío? —espetó ella—. ¿Qué sabrás tú? Hugo está muy por encima de la media masculina.

—Así que ése es tu famoso príncipe azul —murmuró Arantxa.

—No, no, nada de príncipes —replicó ella sin perder de vista la barra—. Los príncipes son engreídos, aburridos y no saben cortarse el pelo. Yo me quedo con el dragón del cuento.

Arantxa se cruzó de brazos.

—Cuéntanos la historia de tu vida otra vez, por favor. Creo que ya se me ha olvidado.

Mara se mordió el labio cuando los recuerdos acudieron vívidos a su mente. Cerró los ojos para no perder su intensidad.

Aqué! era el día. Mara tenía quince primaveras y llevaba más de un año

guardando la paga semanal que le daban sus padres para comprar una cámara de vídeo. No se trataba de una cámara cualquiera, sino una de las primeras handycams digitales. Una Sony de la que se había prendado nada más verla en el escaparate de una tienda y leer sobre ella.

Mara estaba muy entusiasmada. Iba a presentarse al concurso de cortos que organizaba su instituto. La participación era escasa y el talento medio-bajo, por lo que sus posibilidades de éxito eran reales. Se tomó la competición muy en serio. Pulió el guion, escogió los lugares de rodaje con tiento, se hizo con un equipo de sonido semiprofesional, reunió muchas piezas de atrezzo, actores, luminarias, preparó el programa de edición en el ordenador... Sólo le faltaba el material esencial para filmar.

La mañana en que recibió la última paga que necesitaba para permitírsele, descubrió consternada que le habían vaciado la caja donde guardaba su dinero. La mangante fue su hermana pequeña. Cuatro días antes había descubierto su escondite y se había hecho con la totalidad del botín para comprarse una cazadora de cuero.

Mara se llevó un disgusto tremendo. Nada más comprarla su hermana había dejado la prenda tirada por ahí y al recuperarla ésta tenía una enorme mancha de pintura en la espalda. Ni siquiera se podía devolver. Para colmo, sus padres se limitaron a castigarla... El dinero había volado y Mara no lo iba a recuperar. Suplicó y lloró como una magdalena, pero no le sirvió de nada.

Hugo fue quien consoló su congoja como pudo. Se agachó frente a ella y le retiró varios bucles de la cara.

—No te preocupes, Mara. No voy a permitir que sigas así —prometió en un susurro—. Verás cómo todo se arregla. Confía en mí.

Al día siguiente, Mara despertó y se topó con una caja al lado de su cama en cuyo interior se encontraban la cámara de sus sueños y dos entradas para el estreno de El orfanato de Bayona. Su madre la había encontrado frente a la puerta de casa.

Mara casi no podía ni respirar de la emoción. Si antes ya estaba enamorada, en aquel momento se sentía completamente embelesada y atrapada por la generosidad y el cariño de aquel chico.

Tal como se esperaba, Maravillas Hidalgo trabajó día y noche en su proyecto y se hizo con el triunfo del primer concurso de cortos del instituto

Dámaso Alonso. Cómo no, se lo dedicó a quien ocupaba su corazón.

—¿Lo recuerdas ahora?

Arantxa levantó la vista de su teléfono móvil.

—El concepto *ironía* no te es familiar, ¿no?

Mara desvió la mirada inconscientemente. Hugo ya estaba atendiendo. Aparte de él, había otras dos camareras, que le estaban dando un curso intensivo para que hiciera bien su trabajo.

—Está tan guapo...

Arantxa apuró su cerveza y contestó:

—Si no tiene tetas, conmigo no cuentas.

Hugo sorprendió a Mara mirándolo. Le había sonreído de un modo tan cómplice que fue como si no hubieran pasado los años. En el fondo ella sabía que así era, su deseo estaba intacto. Como si desempolvara una vieja caja de música, la abriera y descubriera una melodía tan afinada, constante y nítida como el primer día. Así se había mantenido hasta aquel instante en el que la música volvió a sonar y la llenó por completo.

—¿Me estás escuchando?

Mara pestañeó ante las insistencias de Eloy.

—¿Qué decías?

—¿Vas a volver a agilipollarte como cuando teníamos quince años? Dime que no te va a dar tan fuerte —rogó sin exagerar.

Mara quiso aclarar la situación con honestidad, pero la interrumpieron desde la otra punta de Europa. Eloy sacó el móvil de su bolsillo, en la pantalla se anunciaba una videollamada entrante.

—Es Clementine.

Sin demora, descolgó y se levantó buscando intimidad.

—*Hey, babe!*^[1]

Mara no pudo disimular un puchero. Ella también quería un *babe*^[2] en su vida, y al suyo ya le había puesto nombre y apellidos. Esa vez la diferencia de edad era irrisoria. No había impedimento alguno para que ella y Hugo pudieran estar juntos. Si existía algo que podía interponerse entre ambos, lo vio claro en el flirteo de aquellas que se le arrimaban según transcurría la noche.

Iba a ser complicado, pero no imposible. Mara se había marcado una meta y

rara era la ocasión en que no conseguía lo que se proponía. Esa vez no sería diferente. Su futuro estaba en juego.

Hugo no se le escaparía de nuevo.

*Arantxa Powers: la rubia que me
achuchó*

Las mañanas comenzaban a ser frescas. Por la noche convenía llevar una prenda de abrigo ligera. Aún era pronto para la calefacción, pero en casa se agradecían los calcetines y una manta adicional. No sería ninguna tontería abrir ya el armario y rescatar el nórdico. La gente se equipaba para las semanas venideras. El otoño se asomaba al fin por Madrid.

Y Mara ardía por dentro como un brasero.

La noche anterior había sido sofocante y pegajosa. El reencuentro con Hugo se mantenía intacto en su cabeza y lo evocaba sin querer una y otra vez. Irremediablemente, los dedos habían hecho de las suyas. Yendo por libre, se aventuraron por el camino entre sus piernas y exploraron su interior hasta que se quedaron flojos e inservibles. Sus sábanas fueron testigo de con qué poco Mara era capaz de motivarse y montarse su propia película de ciencia ficción.

Había dormido a ratos. Lo evidenciaba con ojeras, cabezadas y una mirada perdida que acababa continuamente en un mismo punto. El cartel de *Atracción fatal* adornaba, entre otros muchos, la taquilla. Como de costumbre, se veía más teta que pectoral. En la imagen, Michael Douglas abrazaba a Glenn Close en un claro gesto de querer hincarle el diente en la yugular.

Mara se preguntó si Hugo alguna vez la había deseado así, de un modo tan intenso que perdiera la razón por un instante. Quería comprobarlo, ver si la realidad era tan ardiente y puerca como en sus recientes fantasías. Lo quería

cuanto antes, lo quería duro y lo quería igual que en la película, pero sin la psicosis y todo lo demás. Los polvos. Con eso bastaba. El cardado ya lo tenía, con eso nada se podía hacer.

—Lo vas a desgastar...

El bisbiseo de su compañera llegó hasta sus oídos. Sí, llevaba cuatro minutos de reloj sin apartar la vista del cartel, pero su ventanilla estaba vacía. Mara echó un vistazo al exterior por si era necesario redistribuir las filas. Justo entonces se fijó en una cara que ya había visto antes. Su dueña se acercó educadamente a la ventanilla de su compañera y canjeó unas entradas.

Mara tardó un nanosegundo en sacar su móvil y escribir a Arantxa.

Mara: Ha vuelto la rubia de ayer.

Estaba preguntando por ti.

Tranquila. Ya le he hablado de tu fobia a la totalidad de la población heterosexual.

No volverá a molestarte.

Se demoró medio minuto.

Arantxa: Vete a cagar.

Mara: Compra pan.

Tras eso, no hubo nada más que añadir. Mara atendió a un par de parejas y volvió a divagar de puertas hacia dentro. En ello andaba cuando se agachó para beber de un botellín de agua y palpó una alargada y rectangular caja de cartón cuyo contenido se especificaba en el albarán.

Supo de inmediato quién sería su próximo interlocutor. Puso el manos libres mientras seguía trabajando. En tres tonos oyó su saludo habitual:

—Clínica veterinaria Navarro.

—¿Qué haces?

Eloy contestó algo dirigido al cuello de su camisa.

—Estoy cortándole las uñas a un conejo.

—¿Con lima, tijeras o cortaúñas?

—Con unas tijeras para roedores... ¿Por?

—¿Se las pintas de algún color en concreto? ¿*Nude*, rojo pasión...?

—¿Qué quieres, Mara?

—Acaban de llegar los pósteres del episodio ocho de *Star Wars*.

—¡Los quiero todos!

Mara se echó a reír. Estaba reservando las tres entradas gratis que le quedaban antes de finalizar el año para ver aquel estreno tan esperado.

—No queda sitio en las paredes de casa.

Y era cierto. Excepto por los baños y la cocina, el piso era una mezcla de galería de arte fotográfica y museo de cartelería clásica.

—Yo lo encuentro —se ofreció—. Quitamos a Casper Van Dien y sus *Starship Troopers*.

—¡Ni se te ocurra!

Una risilla, mezclada con un constante clac, se coló por la línea telefónica.

—Cambiando de tema, supongo que pasas de ir a la playa en el puente.

—Así es —convino ella.

—He estado mirando autobuses a la sierra.

—Genial. Además, allí tienes fauna para dar y tomar. Podríamos hacer una ruta a caballo —propuso.

—Por mí estupendo. Si nieva, incluso, podemos hacer el ganso, y Arantxa tendría campo de sobra para fotografiar.

—Me parece fantástico. Ahora encuentra una casa barata y convéncela.

—¡Sí! —rio él—. Espera, que saco la varita mágica.

—Mira que eres guarro...

Un resoplido se filtró por el auricular.

—Vais a tener que ayudarme a organizarlo. Mi jefe me acaba de decir que nos vamos al SEVC de Barcelona en noviembre y andaré bastante liado con eso.

—¿Al qué?

—Un congreso de veterinaria. Este año no pudimos ir al de aquí porque mi jefe estaba de baja paternal —comentó—. Nos toca viajar.

—¡Mara!

A la joven le dio un vuelco el corazón. Una figura se había derrumbado exhausta sobre su ventanilla. A punto de colapsar, Arantxa estiraba el cuello como una tortuga marina en busca de oxígeno. La taquillera no podía creer lo que veía.

—Un momento, Eloy —se disculpó. Cuando Arantxa terminó de hiperventilar, preguntó—: ¿De dónde vienes?

—De cerrar la tienda.

Un ataque de tos frenó nuevas explicaciones. Tardó otro minuto en recuperar la compostura.

—Era coña, ¿verdad? Dime que era coña.

Mara asintió sin remordimientos.

—Si no vas a comprar entradas, necesito que te echés un poquito para allá.

—¿En qué sala está?

—Ha ido a ver *Los vigilantes de la playa*.

—Vaya... Menos mal que es guapa.

Mara volvió a asentir. Para su desconcierto, Arantxa le tendió un billete y urgió:

—Dame el asiento libre más cercano que tengas.

Ella acató sus órdenes sacando la entrada y devolviéndole su cambio.

—Estás un poco enferma, ¿no?

—Y ella muy buena. ¡Chao!

Arantxa huyó sin perder más tiempo. Como una bala, cruzó el vestíbulo y subió la escalera de dos en dos. A Mara por poco se le olvidó que tenía a Eloy en manos libres.

—¿Qué le pasa últimamente a esta muchacha?

—Que le pica el co...

—Cuelgo. Perro mordido llamando a la puerta.

La línea se cortó. Mara imaginó que la excusa era real. Los perros mordidos a la hora del cierre eran casi una costumbre para Eloy y su jefe. Era el momento en que los dueños iban al parque, y una de las mil razones por las que su amigo salía tan tarde de trabajar.

Mara volvió a sus tareas preguntándose cómo le iría a Arantxa en un entorno tan disoluto como era una sala de cine.

* * *

Si no se daba prisa, se habría tragado aquel bodrio para nada. Acababan de encender las luces. La chica y su amiga se levantaron para dirigirse a la salida y Arantxa siguió sus pasos discretamente. El poco tiempo del que disponía y la falta de una estrategia concreta le hicieron ver lo ridículo de la situación.

Frustrada y cabreada consigo misma, se metió a la boca un segundo chicle de

nicotina. ¿Qué esperaba? ¿Que se fijara en ella por gracia divina? ¿Presentarse en mitad de una película? Agotando el único recurso que se le ocurría, buscó entre los botes de refresco que quedaban en la sala. Se hizo con uno medio lleno, echó a andar y cruzó los dedos.

Unos segundos después, Arantxa chocó contra la rubia. El refresco empapó su blusa en un abrir y cerrar de ojos. Fue tan repentino que su cara quedó para enmarcar. No supo ni reaccionar. A Arantxa le pareció de lo más adorable.

Rogándole perdón, sugirió que la acompañara a las taquillas. Allí interceptó a Mara sin muchos preámbulos.

—¿Tienes alguna camiseta de promoción?

Mara arrugó el ceño.

—¿Qué promoción?

—Alguna de esas porquerías que os regalan en los estrenos —contestó.

—¿Estás aprovechándote de mí para ligar?

La mirada que le lanzó fue tan centelleante que hasta le picaron los ojos. Mara bufó, no demasiado contenta con la tarea encomendada, y se marchó por una puerta lateral.

Arantxa volvió donde se encontraba la rubia, que, acompañada de su amiga, se cruzaba de brazos para ocultar las transparencias de su blusa.

—Me llamo Arantxa.

—Yo Elsa.

Aunque no parecía cabreada, sino más bien descolocada, un mutismo siguió a su respuesta. Arantxa supo que era su oportunidad para dar y recibir toda la información que precisaba.

—¿Sueles venir mucho a este cine?

Elsa no se sorprendió por su interés. Debía de suponer que tan sólo quería ser amable.

—Me acabo de mudar al barrio con una amiga, así que imagino que a partir de ahora sí. ¿Trabajas aquí?

—No, trabajo en la tienda de fotos de la planta baja. —«Estoy accesible»—. Esa chica es Mara, mi compañera de piso. —«No hay nada entre ella y yo.»

—¿Eres fotógrafa?

—Eso intento.

—Qué casualidad —sonrió Elsa—, yo me dedico al modelaje.

A Arantxa aquella revelación la dejó un poco fuera de juego y no supo disimularlo. Elsa le brindó una segunda sonrisa, lo que aumentó en mayor medida su conmoción.

—Estás pensando en mi altura, ¿no es así? No desfilo, soy modelo publicitaria. Pero es temporal —agregó—, estudio Artes Escénicas.

—Eres toda una artista... —«Me viene fenomenal»—. Siento mucho lo de tu blusa. Estaba pensando... —«Que esto se me da de miedo»—. ¿Tienes *book*?

Elsa asintió.

—Sí, sí que tengo, aunque ya está un poco anticuado.

«Ahora o nunca», pensó Arantxa.

—¿Qué te parece si trabajo en tu *book* a modo de disculpa?

Elsa se quedó ojiplática. Se fijó en el estropicio en que se había convertido su blusa y, a pesar de su primera reacción, negó con la cabeza.

—No podría aceptar eso.

Arantxa se encogió de hombros en un gesto inocente.

—Tampoco es para tanto. —«Sólo soy la mejor»—. De hecho, de otra manera tampoco podría cobrarte. —«No te lo crees ni tú»—. No soy profesional, pero las sesiones me ayudan a practicar. —«Y a convencerte de las grandes y desconocidas ventajas del mundo *gayer*».

Elsa se estaba conteniendo. Era obvio que le había entusiasmado la idea. Arantxa espoleó un poco más y, sin mayor aviso, aquella pequeña rubia de grandes ojos azules la abrazó con una gratitud inesperada.

Arantxa apenas se movió. Elsa era menuda, pero derrochaba energía y, para su desconsuelo, no llevaba sujetador. La tenía tan pegada a su pecho que lo percibió sin ningún esfuerzo. Con el par de apretones que le sucedieron, entró en calor en tiempo récord.

Afortunadamente, Mara las interrumpió antes de que Arantxa se volviera de color granate. Horripilada, vio cómo aquella insensata le tendía una camiseta de *Capitán Calzoncillos* a Elsa y le indicaba en qué baño podía cambiarse.

—¿No había una más ridícula? —espetó una vez lejos de la amiga.

—Oye, que lo he hecho por ti —argumentó Mara—. He pensado que con semejante espanto será imposible que se beneficie a nadie de aquí a su casa.

Arantxa meditó su estrategia y optó por ratificarla. Disculpándose ante la amiga, que no dejaba de analizar lo ocurrido con cierto escepticismo, volvió en

busca de Elsa para finalizar su conversación.

—Elsa...

Nada más abrir la puerta, se encontró con un rosado y puntiagudo busto a medio vestir. Rápidamente, apartó la vista volviendo a paralizarse. En un rato, Elsa la había dejado perpleja repetidas veces. Arantxa no dudó de la continua aventura que supondría conocerla mejor.

—Sólo quería pedirte tu número para quedar —«No te me vas a escapar»—. Conozco unos exteriores donde podremos trabajar tranquilas.

Elsa le cantó el número mientras estudiaba con ojo crítico su conjunto en el espejo.

—Hazme una perdida. —Y, al notar que Arantxa seguía mirando al techo, rio —: ¡Qué vergonzosa eres!

—Sí, eh... Bueno, nos vemos.

Arantxa salió escopetada de allí. De haberse quedado habría hablado de más y corría el riesgo de espantar a Elsa sin motivo. Sabía dónde se estaba metiendo, o, al menos, eso es lo que pensaba. Sus últimas relaciones estaban siendo tan monótonas como su rutina laboral. Arantxa necesitaba nuevos retos en tantos aspectos de su vida que por alguno debía empezar si quería que su suerte cambiara de verdad.

Ligarse a una hetero no entraba en esos retos, para qué mentir, aunque le pareció lo suficientemente estimulante como para lanzarse a por ello. Tenía un palpito con Elsa. La atracción había sido muy súbita y muy aguda. Se le había metido entre ceja y ceja, y ya no podía deshacerse de ella.

Pero no podía precipitarse. Con Elsa debía ser paciente. Tendría que controlarse y jugar muy bien sus cartas. Por fortuna, Arantxa era una curtida experta en el arte de la seducción. ¿Qué podía salir mal?

4

Encuentros en la tercera copa

En la taquilla casi no había espacio para su kit de Miss Libertina. A bandazos, Mara sacó su petate. Se fijó por primera vez en que llevaba la etiqueta puesta. Era la bolsa para el gimnasio que había comprado meses atrás y que estaba estrenando en aquel instante. En su interior había todo lo necesario para triunfar en el mundo de la noche.

Con cautela, sacó un ajustado vestido en blanco y negro. La talla era la mínima para recibir oxígeno, y el escote un pronunciado precipicio hacia la indecencia. Se lo puso con un cinturón a juego que caía por un lado de su cadera y lo conjuntó con un par de botines de tacón. Nunca más de siete centímetros. Sabía que si se excedía caminaba como un percherón.

Ya en el baño, desplegó una paleta de colores digna del mejor lienzo. Parte del trabajo, como la manicura y la tira de cera del bigote, lo traía hecho de casa. Bastó con cepillarse los dientes y maquillarse con esmero. Sombra de ojos, máscara de pestañas, rubor en las mejillas y un osado tono rojo en los labios. El cabello dejaba un margen nulo de maniobra, así que se lo peinó con los dedos como si sirviera de algo. A continuación se puso unos pendientes, unas pulseras de aro y unas gotas de perfume en el cuello.

Completó su aspecto con su chaqueta vaquera remangada por los codos y un bolso tipo cartera de *strass* negro. Sus tacones resonaron por el pasillo camino al vestíbulo. Se sentía atractiva y poderosa y lo reflejaba en cada paso. Su compañera habitual de la zona daba unos toquitos en la puerta del baño de

clientes. Los sonidos de un par de salidos llegaban hasta el exterior.

—¡Venga, chicos! —apuró—. ¡Vamos terminando!

Mara le dijo adiós con la mano y ella silbó atónita.

—Hoy vas a degüello...

—Y sin piedad.

Una vez bajó la escalera, se acercó a otro par de chicos para despedirse y, por qué no, para que le regalasen los oídos. Su compañera de taquilla barría con cara de acelga. Junto a ella, el joven e inepto chico de cabina tenía la vista clavada en Mara. Estaba inusualmente elegante con camisa y corbata, y sujetaba una pequeña rosa roja algo mustia en una mano. Mara dedujo que estaría esperando a alguien.

—¡Pero bueno! —exclamó arreándole con el bolso en el brazo—. ¿Adónde vas tan guapo?

Un par de pétalos se deshojaron con el impacto. Mara se apoyó en su hombro para ajustarse una media y él contestó:

—Habíamos dicho que a cenar, ¿no?

—¿A mí qué me cuentas?

—He reservado mesa en un Taco Bell.

Mara aplaudió.

—Hoy follas. Lo huelo.

Le asestó otro bolsazo a la chica y sonrió mientras se iba.

—¡Deseadme suerte!

Su taconeo dejó de oírse pasados unos segundos. Cauteloso, el chico se dirigió a la joven que se frotaba el hombro conteniendo las lágrimas y le ofreció la rosa.

—¿Haces algo de aquí al turno de mañana?

* * *

La entrada en La Estación no fue nada del otro mundo. Principalmente porque Hugo todavía no había llegado y los ojos haciendo chiribitas del resto la traían sin cuidado. Mara llegó hasta su mesa, donde Arantxa y Eloy abandonaron sus respectivas conversaciones con sus móviles y la repasaron de arriba abajo.

—¿Y bien?

Arantxa fue la primera en pronunciarse:

—Pareces la versión más desesperada de ti misma.

—Habló la que se ha marcado los quinientos metros lisos.

Eloy se demoró un poco más.

—Me recuerdas a una oreo.

Mara contuvo las ganas de estrangularlo. Se apuntó el tercer Margarita Seisdedos de la noche, lo obligó a levantarse para ocupar su sitio y se pidió un botellín. Arantxa se apresuró a justificarse:

—Que quede claro que no necesito pegarme ninguna carrera por nadie.

—Clarísimo —repuso Eloy.

—Les lanzo la caña y ellas vienen solas —prosiguió—. No falla ni una, vienen todas.

—Todas menos las que te gustan —especificó Mara.

Arantxa abrió unos ojos como platos. La cerveza de la que iba a beber se quedó donde estaba.

—Ni que lo tuyo fuera una panda de lumbreras con finura. Que la fila de crapulosos que arrastras tiene tela.

Eloy extendió un brazo entre ambas.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Esto suele acabar entrando...

Mara lo interrumpió encogiéndose de hombros.

—Pues bien majos que son todos.

—... en bucle.

Arantxa se echó a reír, acomodándose en el sofá que ocupaba.

—Te recuerdo que el último que llevaste a casa te adivinaba el futuro por el ombligo.

—Perdona, pero ésa es una práctica ancestral, pedazo de inculta. Y, además, me predijo un futuro lleno de billetes.

—Pero si quieres ser guionista, esa predicción no tiene ni pies ni cabeza.

—Tú estuviste con una que maquillaba cadáveres —le recordó Mara.

Arantxa suspiró.

—Tenía un culo de anuncio.

—Ah, ¿sí? Y ¿por qué no sigues con ella?

—Porque era muy rara en la cama. No me dejaba ni hablar ni moverme. Una vez me pidió que aguantara la respiración. Cuando terminé, parecía una

berenjena.

Mara se fijó en el espacio vacío a su lado. Eloy había desaparecido sin que se dieran cuenta.

—¿Y a éste qué le pasa?

—¿Qué le va a pasar, si lleva toda la noche hablando con la misma? — contestó Arantxa.

El móvil de Eloy vibró sobre la mesa. Mara supo lo que ocurría, pero, a pesar de ello, Arantxa se lo explicó:

—Dice que se ha quedado en casa estudiando porque el lunes tiene un examen.

—Esta Clementine... —Mara chasqueó la lengua—. Ni come ni deja comer.

El pobre chaval no respiraba tranquilo ni un solo día de la semana. Era dado a retraerse del mundo y eso le estaba agriando el carácter. Clementine no es que contribuyera a mitigar esa tendencia.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

Arantxa hizo un rápido cálculo mental.

—Hace dos meses.

Cuando Eloy regresó del baño, lo primero que hizo fue dar un trago a su cerveza y chequear sus mensajes. Mara le tiró del moño.

—Llevas dos meses sin follar.

El chico tosió un par de veces. Parecía realmente asombrado.

—¿Los cuentas?

—Dentro de poco es tu cumpleaños. ¿Te gustaría que te regaláramos una muñeca hinchable, una peli guarra o tal vez un póster de las Sailor Moon?

Eloy arqueó una ceja rubia.

—Yo tenía pensado pedirnos un pijama.

—Es que te noto un poco amargadito.

Aquella confesión no parecía agradarle. El humor le cambió en un parpadeo. Mara podía detectar aquellas variaciones como si fueran las suyas propias.

—¿Crees que vivo amargado porque follo menos que vosotras?

En realidad, Mara pensaba que vivía amargado porque su novia lo amargaba, pero eso, sabiamente, se lo guardó para ella.

—Vuestras vidas sentimentales me la traen al paio —concretó él—. Por eso me voy cuando las narráis por enésima vez.

Mara dio un saltito hacia atrás para alejarse de él.

—Tampoco hace falta ponerse así.

—Lo siento, Mara, pero es cierto. No me interesa.

Comenzó a preocuparse. Le daba apuro hablarlo, pero si Arantxa daba tumbos por la vida como una pelota de goma, Eloy se estancaba sin remedio. Todo apuntaba a que había llegado a un punto muerto en el que no sabía qué nueva dirección tomar. Puede que en su cabeza el riesgo fuera apetecible, pero los hechos demostraban que no era lo bastante como para despegarlo de su zona de confort.

Mara advirtió una nueva vibración. De reajo, leyó:

Patricia: Ven cuando quieras.

Yo prefiero durante el fin de semana.

Así no habrá nadie.

Eloy se removió en el sofá. Mara no pudo leer su contestación. Juraría no haberle oído hablar de ninguna Patricia con anterioridad. Si bien es cierto que en su profesión los colegas masculinos eran muy escasos, Eloy tampoco es que guardara una relación especial con ninguna de sus antiguas compañeras de estudio. Quiso creer que se trataba de una nueva. Eloy nunca dejaba de estudiar y, posiblemente, debía de ser una asistente a alguno de los múltiples cursos a los que se apuntaba.

Daba igual. Pensara lo que pensase, aquella escueta conversación le dio muy mala espina. Decidió cortar antes de sacar conclusiones precipitadas. Tampoco tenía con quién compartirlas, pues Arantxa sólo prestaba atención a su propio teléfono.

—Muy bien, te compraremos el pijama.

—Eso es.

Mara se esforzó para que los malos humos de Eloy no la afectaran, aunque Arantxa y su concentración telefónica la enrabiaron aún más.

—¿Y tú qué? ¿Te has vuelto a meter en Wapa?

Arantxa soltó el móvil como si quemara.

—¡No! Hace mil años que no entro.

Aquella aplicación para conocer solteras era su perdición, pero jamás la oírían admitirlo. En su pantalla apareció un aviso. Nada más descubrirlo, una

sonrisa radiante iluminó su rostro.

—¿Lo veis? Pican sin que haga nada.

Mara se preguntó si sería la chica del cine. No pudo preguntarlo. Hugo entró en el bar y su mente no dio para más. Engalanado con unos vaqueros desgastados, camisa de cuadros y cazadora de cuero, parecía nacido para desfilarse en una concentración de motos. Su mirada se posó impaciente sobre los comensales. Mara instintivamente agachó la cabeza: una timidez inusual le impidió enfrentarse a él. Cuando quiso enmendarlo, Hugo se había encerrado en la zona de empleados.

Le molestó ser tan mojigata en su presencia. Alguien tan significativo para ella era normal que la alterara, pero de ahí a que se le formara tal nudo en la lengua y en el estómago había un buen trecho. Supo que debía espabilarse. No iba a acabar haciendo inventario de idilios como Arantxa, ni tampoco a conformarse con una ganga en rebajas como Eloy.

Aquella noche Mara había salido para conquistar y no iba a volver a casa sin haberse metido antes a Hugo en el bolsillo. Que si se lo podía meter en otro sitio, mejor que mejor, pero prefería dosificar su *glamour* antes que ahuyentarlo.

—Hola —leyó Arantxa mientras escribía en su móvil—, ¿cómo estás, bombón de chocolate blanco?

—Joder —soltó Eloy—, no me extraña que te duren copa y media.

Mara se había terminado su botellín de cerveza y el panorama en la mesa no tenía visos de mejorar. Visiblemente harta, reptó sobre Eloy para salir de allí.

—Paso de vosotros y de vuestra nomofobia.

Dudó que la hubieran escuchado.

Al fondo del bar ya había gente bailando. El hilo musical lo protagonizaba Prince, y los grupos empezaban a acumularse en la entrada en busca de sitio para lo que surgiera. Mara vio que Hugo estaba sirviendo en la barra. Nadie diría que parecía feliz, pero sí sumamente profesional. Tiraba cañas a un ritmo tal que no tardó en subirse las mangas de la camisa. Mara se fijó en aquellos poderosos antebrazos y notó la garganta seca. Habría sido una buena idea acercarse, hablar y aprovechar para mitigar su sed. En cambio, optó por camuflarse entre la multitud y lamentarse por su propia estupidez.

La máquina de *pinball* estaba libre, un milagro que Mara no quiso tomarse a la ligera, por lo que fue directa a por ella.

—Hola, guapa —oyó.

—Adiós, feo.

Durante un buen rato, la máquina supuso casi una prolongación de sí misma. Creyó que se le fusionaría la mano con el resorte de goma. Rechazando un par de invitaciones de baile y otras tantas para tomar algo, se devanaba los sesos para dar con el mejor modo de abordar a Hugo. Tenía tanto miedo de hacer cualquier estupidez que los minutos pasaron sin que se diera cuenta.

—Mara.

Su corazón dio un brinco olímpico.

—¡Hugo! No te había visto.

Fue como si le hubiera leído el pensamiento. Dispuesto a aplacar cualquier titubeo, tomó su mano y la estrechó en un pequeño y cercano gesto que templó los nervios de la chica. Resultaba curioso que toda la inseguridad que le había provocado verlo desapareciera al tenerlo tan cerca.

Mara se controló para no levantar la mano libre y atusar las desordenadas ondas de su pelo. Hugo se dedicó unos instantes a contemplarla en silencio.

—Estás increíble. No imaginaba que La Estación tuviera tanto nivel.

—Es fin de semana —alegó ella—, me apetecía darme un toque festivo.

Sin saber qué más añadir, esperó a que Hugo retomara la iniciativa. No obstante, se lo veía inesperadamente apurado, casi tanto como ella, lo que le dio un aire aún más cautivador.

—¿Esperas a alguien?

Mara negó con la cabeza.

—Sólo estoy con mis amigos.

Hugo soltó aire y se relajó de inmediato. Volvió a apretar su mano.

—Dime, ¿te falta algo?

«Sí —pensó Mara—, tú.»

—Aquí suelen poner unos mojitos de fresa muy buenos. ¿Tú podrías prepararme uno?

Su sonrisa fue el broche que terminó de volverlo irresistible.

—Veré qué puedo hacer.

Cuando regresó a la barra, Mara se preguntó si habría sido demasiado exigente con aquel cóctel. Después de todo, Hugo sólo estaba acostumbrado a servir refrescos y carajillos.

Desde la mesa del señor Bowie, Arantxa y Eloy controlaban sus progresos. Mara les indicó con el pulgar que todo iba viento en popa. Hugo desplegaba sus habilidades multitarea cobrando, apuntando, preparando su cóctel y atendiendo... a mujeres espectaculares de melenas envidiables y piernas infinitas.

Mara voló entre los que bailaban. Sus tacones apenas rozaron el suelo en su intrincado camino a la barra. Allí, agradeció que un hombre se marchara y dejara su taburete libre. Se colocó estratégicamente, justo al lado de la mujer de larga melena con los labios hinchados y ojos de gata. En un penoso intento por equipararse a ella, se puso derecha y sacó pecho.

Volcó un bol de cacahuetes.

—Llegas tarde.

Mara supo que se dirigía a ella. Con aire distraído, recogió los frutos secos y respondió:

—Oh, entonces... ¿es verdad que lo has visto y no te importa?

—¿El qué?

—Lleva la cara de su madre tatuada en el pecho. Justo aquí —sonrió—. Sobre el corazón.

Le faltó bar para correr. De modelo de Women'Secret a mancha borrosa en un nanosegundo. Hugo salió de la nada con un mortero en la mano.

—¿En ese taburete no había una chica?

—Ha ido corriendo al baño —informó ella—. Tenía muy mala cara.

Hugo carraspeó y prosiguió con su tarea. Con diligencia, y en opinión de Mara con un mimo que no había visto anteriormente aquella noche, Hugo preparó su mojito. Machacó hierbabuena, picó hielo, añadió lima, fresas... Todo con una pericia que levantó sus sospechas.

—¿A qué te has dedicado durante tanto tiempo?

—A vivir —respondió sonriente y enigmático.

—¿En una coctelería?

Hugo soltó una carcajada que reverberó en el pecho de Mara.

—Sirviendo cafés no iba a llegar muy lejos —comentó añadiéndole un poco de soda a la mezcla—. Tuve que diversificarme.

Demostrando gran perfeccionismo, decoró el vaso con fresas frescas y una ramita de hierbabuena y se lo tendió. Mara no sabía si beberse o exponerlo en una vitrina.

—Voy a por la cartera, ahora mismo vuelvo.

—Ni se te ocurra —la frenó él—, a éste invito yo.

Mara agradeció su detalle con una sonrisa y Hugo se apoyó en la barra con los brazos cruzados frente a ella. Al verla probar su cóctel y relamerse, su mirada se intensificó. Sus ojos eran especialmente bonitos. Tenían un color castaño oscuro salpicado de innumerables motas verdes. Mara sabía que su tonalidad variaba dependiendo de su estado de ánimo. De adolescente, le recordaba a un anillo que tuvo y que solía cambiar de color por la misma razón. En aquel instante, el matiz era tan líquido que Mara creyó que podría sumergirse en él. Hugo fue a decir algo cuando lo interrumpieron a gritos desde el otro lado del bar.

—Discúlpame, Mara, enseguida estoy contigo.

El local estaba lleno. Iba a ser complicado lograr el cien por cien de atención del único camarero masculino y acapararlo para mantener una conversación íntima y personal. Lo que iba a ser un «enseguida» se convirtió en media hora.

No quiso deprimirse por ello. Si no podían charlar, tendría que lucirse de otro modo. Por fortuna, a Mara no sólo se le daba bien leer a McKee, cazar gazapos en superproducciones y quemar tostadas. También sabía bailar. Ésa era, al menos, su opinión personal.

Contagiada por la marcha de Alaska y Dinarama, se hizo su hueco y se dejó llevar por lo que le pedía el cuerpo. Ella sola se bastaba para disfrutar y enamorar disfrutando. Lo estaba consiguiendo con algunos, aunque no con quien deseaba, pues Hugo estaba tan ocupado que casi no podía apartar la vista de la barra y la caja registradora.

A Mara le entró la risa. Más le valía irse a casa a estudiar que estar allí moviéndose como un alimoche cojo y perder el tiempo. Desde su mesa, Eloy también reía. Al menos, su ridículo había servido para devolverle el buen humor a su amigo. Arantxa, por su parte, meneaba la cabeza y en sus labios se leía algo así como «santa paciencia».

Justo cuando se decantó por compartir con ellos su siguiente copa, detectó una nueva amenaza en el radar: las camareras. Hablaban en susurros sin dejar de comerse a Hugo con los ojos. Mara sabía de buena tinta que estaban solteras y andaban siempre al acecho de carne fresca. Sin duda, el aterrizaje de Hugo les había abierto un nuevo coto de caza que Mara debía apresurarse a clausurar.

Disimuladamente, se aproximó hacia donde estaban.

—Éste cae, te lo digo yo.

—¿Quién? ¿Hugo? —preguntó ella—. Lo vais a pillar un poco desentrenado. No ha vuelto a tocar una teta desde que se quedó sin un huevo.

—¿Qué? —profirió una.

—Le falta un huevo.

—¿Cómo vas a saber tú eso? —repuso la otra.

—Conozco a Hugo de toda la vida, siempre lo he sabido. ¡Hugo! —llamó haciendo bocina con las manos. Él sonrió mientras agitaba una coctelera—. ¡¿A que me conoces desde siempre?!

—¡Desde siempre!

Las camareras se inclinaron a la vez sobre Mara.

—¿Qué le pasó?

—Un rollo un poco raro en una sesión de BDSM. Creo que usaron unas pinzas para la ropa... No me siento cómoda hablando de ello.

Tal como se inclinaron, se enderezaron. Parecían un par de siamesas. Mara comprobó más tranquila que dejaron de interesarse por Hugo. Levantó la mano para que volvieran y le sirvieran otro mojito, pero no era la única que demandaba un poco de atención. A su lado, en la esquina, una pareja de chicas brincaba por hacerse con una copa llena. Todavía mordisqueaba la pajita de su nueva bebida cuando oyó:

—¿Has visto al nuevo camarero? Menudo fichaje, voy a probar suerte.

Mara se estampó una mano en la frente.

—Madre del amor hermoso, qué agotamiento...

Mientras cavilaba qué podía ser lo próximo, se fijó en que el chico salía por la puerta de personal. Llevaba la cazadora puesta y un botellín de agua en la mano. Las chicas fueron a saltar sobre él, pero Hugo las esquivó como en una carrera de obstáculos.

—Mara, voy a tomarme un descanso, ¿te apetece venir conmigo?

Se le abrieron las puertas del cielo. Asintió a cámara rápida y, acto seguido, cogió su chaqueta y su copa. Hugo le abrió la puerta y esperó a que saliera con él. Había varias personas fumando en la entrada, así que le indicó que fueran al lateral. Aquel tramo de acera era el que se usaba en verano para la terraza, igual que cuando La Estación era una cafetería.

En aquellos meses, las mesas y las sillas estaban encadenadas y cubiertas por una gruesa lona para protegerlas de las inclemencias del tiempo. Hugo la invitó a sentarse en lo que parecía ser un conjunto de mesas. Antes de que Mara pudiera levantar una pierna, él se quitó la cazadora y la extendió para que no se manchara el vestido.

Ella restregó el trasero por la prenda que llevaba su impronta mientras él se apoyaba en la estructura de una sombrilla.

—Mi primo me ha dicho que trabajas en los multicines.

Mara se inquietó.

—¿Has hablado con él? ¿Qué te ha dicho?

—Que trabajas en los multicines.

Esperaba que sólo se tratara de eso. Temía que Eloy se hubiera ido de la lengua. Arantxa y él eran los únicos que sabían de sus sentimientos hacia Hugo y, para colmo, él había sido espectador de primera fila.

—Sí —confirmó—. Hice las prácticas en una productora, pero no pudieron contratarme. Ahora voy a la escuela de guionistas y estoy buscando ideas para un nuevo corto...

—Oye, oye, oye —la interrumpió guasón—, ¿ya saben en esa escuela con quién se las gastan?, ¿les has dicho que eres la ganadora del primer concurso de cortos del Dámaso Alonso?

Mara estuvo a punto de echar el mojito por la nariz. Pensó que, después de tanto tiempo, Hugo no compartiría el orgullo que suponía haber ganado ese certamen para ella. Por lo visto, estaba equivocada.

—A nadie le interesaría un argumento tan infantil.

—Te subestimás —reprendió con un dedo acusador—. Fue un gran trabajo. Y todo un detalle que me dedicaras el premio.

Una sonrisa acompañó su agradecimiento. Mara sintió el calor de su afecto por todo el cuerpo.

—Era lo menos que podía hacer.

Los ojos de Hugo brillaron a la luz del precario alumbrado nocturno. Eran un despejado prado verde. Un soleado y bello paisaje cargado de añoranza.

—Aquel verano fue muy importante para ti, ¿verdad?

Mara asintió.

—Para mí también. Con tan sólo quince años, tenías unas ganas tan locas de

comerte el mundo que asustabas —rio—. Tu perseverancia nos eclipsaba a todos. Se te veía venir, estabas destinada a algo grande. No te haces idea de cuánto te envidiaba.

Mara no daba crédito.

—¿A mí?

—Yo nunca sentía esa pasión por lo que hacía como tú.

Hugo se concedió un momento para beber un poco de agua y aclarar las ideas. Su boca, húmeda, volvió a hablar abarcando toda la atención de Mara.

—Nunca olvidaré que me dedicaras tu primer premio, Mara. Mi gesto no buscaba nada a cambio. Significó mucho para mí, en serio.

Su postura era la de un hombre profundamente impresionado por su amplio abanico de virtudes. Mara se sintió muy halagada. Llevaba luchando por sus sueños desde niña y no tenía pensado reducir el ritmo hasta que su nombre apareciera en los créditos de una buena película.

Hugo, por otra parte, no daba la sensación de estar satisfecho con la nueva dirección que tomaba su trayectoria profesional.

—¿Qué ocurrió en Valencia?

Cuando terminó el verano de sus dieciocho, Hugo se mudó a la Comunidad Valenciana para cursar sus estudios. En su familia el amor por la naturaleza se llevaba en la sangre de una forma u otra, y él había optado por la especialidad de biología marina. Desde que se asentó en el litoral, había regresado a Madrid en escasas ocasiones y sólo había coincidido con Mara en una de ellas.

Era Navidad y Mara acudía a desear felices fiestas a la familia de los primos. Apenas habían intercambiado un saludo cuando volvieron a separarse. Cada vez que preguntaba por él, Eloy le aseguraba que nadie tenía claro por dónde andaba.

—Nada que no me esperara —confesó Hugo en un suspiro—. Ciencias del Mar no auguraba un gran futuro profesional, o tal vez, al contrario que tú, no me apliqué lo suficiente.

Mientras hablaba, se sentó junto a Mara. Entre lo reducido del espacio y el gran culo de ella, se encontraban de lo más apretados, aunque ninguno se quejó.

—Cuando terminé los estudios me vi sin oficio ni beneficio y decidí liarme la manta a la cabeza. Llené una mochila, me gasté los ahorros en un billete de avión a Sídney y lo que iba a ser un año para vivir nuevas experiencias se acabó prolongando.

Mara se encogió ante el nivel que debían de haber adquirido esas experiencias, y él reaccionó abrazándola por los hombros al interpretar el gesto como un escalofrío.

No quiso sacarlo de su error. Su actitud era muy reconfortante y la llenaba de esperanzas. Mara no era infeliz, pero lo cierto es que sentía celos de una vida así.

—Sídney... ¿Tan lejos?

—Y mucho más —puntualizó Hugo entusiasmado por los recuerdos—. Australia tan sólo fue el punto de partida. El resto es aventura pura. Básicamente me dedicaba a aprender la parte más práctica y exótica que no se enseñaba en la universidad. Era, de lejos, mucho más emocionante que lo que hacíamos en la costa de Valencia.

Envalentonada por su confianza, Mara entró en materia.

—Seguro que conociste a muchísima gente en tus viajes.

—Sí, desde luego.

—¿Alguien especial?

Hugo alzó la vista. Por la alarma que se disparó en ella, Mara supo que no estaba siendo muy sutil, pero tenía tanta curiosidad que le dio igual.

—Mara...

La mano que estaba sobre sus hombros se deslizó por su brazo hasta la retirada y ella tuvo un mal presentimiento.

—Esto es tan raro... ¿A ti no te lo parece?

Ella pestañeó, muy confundida. El cuerpo de Hugo seguía allí, no así su mente, que parecía haber retrocedido en el tiempo.

—Cuando te conocí todavía llevabas bráquets —matizó—. Te juro que estoy intentando borrar esa imagen de mi mente y concentrarme sólo en la mujer que tengo delante, pero me está costando muchísimo.

Mara estaba inmóvil a causa de la impresión que le habían causado aquellas palabras. La mirada de Hugo se paseó holgazana por su piel descubierta. No era indiferente a cuánto había cambiado, y sin embargo...

—Sigo viendo a la chiquilla que eras en todo lo que dices o haces.

—No soy ninguna niña —replicó ella.

—Lo sé —se apresuró a aclarar—, salta a la vista. Pero no puedo evitarlo. —Y explicó bajando el tono—: Es como si una voz sin rostro me acusara de ser un capullo cada vez que quiero besarte.

Hugo tenía la vista clavada en la aturdida boca de Mara. Si ella era capaz de concentrarse, podía vislumbrar la lucha interna que se disputaba en aquel oscuro y encapotado prado otoñal en que se habían convertido sus ojos. Podía distinguir lo cerca que estaba Hugo de mandar esa voz a tomar viento, las ansiosas ganas de perder el control y el dolor que suponía aceptar lo que era correcto.

En vez de eso, sólo supo ver lo que el resto del mundo veía.

—Quizá lo mejor sea seguir como hasta ahora. Jamás me perdonaría estropear nuestra amistad.

Algo hizo crac dentro de Mara.

Su reacción fue tan catastrófica que Hugo se inclinó acelerado para volver a sostenerla. El desconsuelo era tremendo. Un rechazo de Hugo valía por todos los que había sufrido en vida y, por añadidura, dolía el doble. Mara confiaba tanto en su buena suerte que no estaba preparada para semejante batacazo.

—Mara, ¿estás bien?

Ni cuando vio la cazadora de su hermana impregnada en pintura se sintió tan desgraciada. Mara tenía una bola del tamaño de un puño en el gaznate. Apenas podía respirar. Aceptaba el rechazo, qué remedio, pero no lograba entender la razón que lo justificaba.

Durante los últimos años había cerrado a cal y a canto su corazón a aquellos que habían procurado ganárselo, y ahora se lo entregaba a alguien que no lo deseaba. Sintió vergüenza de su ingenuidad. Es más, se estaba cabreando. Lo único que le faltaba era darle la razón y comportarse como una cría.

—¿Entiendes lo que te he dicho?

—Pues claro que lo entiendo —contestó apartándose de él—, ¡será por hombres!

—¿Eh?

Mara apuró su mojito en dos tragos y, después, se lo entregó. Si Hugo pensaba en ella como en una chiquilla, era su problema. No tenía nada que demostrarle.

—He quedado con un par de tíos para tomar la última en otro sitio. No quiero llegar tarde.

Hugo fue tras ella con cara de espanto.

—¡Espera! Eloy y la otra chica me han dicho que no salías con nadie.

—La otra chica se llama Arantxa, y es cierto: no salgo con nadie.

Mara acortó la distancia que los separaba a conciencia. Templó la postura y la voz y añadió:

—Aunque los dos sabemos que eso no es impedimento para que me vea con quien quiera y cuando quiera.

La incredulidad de Hugo se materializó en un ceño fruncido.

—No sabía que fueras...

—¿Que fuera qué?

Acababa de darle calabazas. Si se atrevía a cuestionar sus relaciones, Mara no respondería de sí misma.

—Así.

—Así..., ¿cómo?

«Termina la frase —pensó—, a ver si puedes.»

—Tan liberal —determinó al fin—. No te va nada.

Mara rio a carcajada limpia.

—Eso no lo sabes, Hugo. Tú ya no me conoces.

De hecho, así era como había funcionado hasta entonces. Sólo que él lo había cambiado todo.

—Está visto que no —coincidió Hugo muy serio—. No te conozco.

Un silencio tenso y pesado los envolvió. Mara respiraba con dificultad, ansiosa por marcharse, y Hugo mostraba su irritación en la fina línea en que se había convertido su boca.

—Haces bien en zanjar esto —dijo ella—. No quiero ataduras con nadie y mucho menos contigo.

Ya de camino a recoger su bolso, dio media vuelta y se despidió con honores.

—Que te aproveche la noche. Yo pienso exprimirla a dos manos.

El *shock* de Hugo no le produjo ninguna satisfacción. En el fondo tenían razón. No se conocían en absoluto. Tal vez era mejor así.

Mira quién moja

Los festivos no perdonan ni la pereza, ni la resaca, ni el desamor. En un negocio como el cine suponen los días más fuertes, y sus trabajadores les hacen frente con filosofía y grandes dosis de cafeína. Mara lo soportaba de morros, asumiendo una nueva etapa de su vida que se intuía llena de oportunidades y en la que sólo veía un pijama viejo, una botella de chinchón y multitud de gatos.

La negativa de Hugo había sido como arrancarse un apósito de un tirón. Sin preliminares, ni anestesia. Todavía la desconcertaba lo rápido que había pasado todo. Ni siquiera le había dado tiempo a meter la pata. Estaba batiendo su propio récord en relaciones efímeras y la palma se la llevaba la única que merecía la pena. O eso pensaba, ya no lo tenía tan claro.

De lo único de lo que estaba segura era de que el mundo era cruel con las personas buenas y respetables. El karma se reía en su cara un día sí y otro también. Necesitaba un giro de los acontecimientos o corría el riesgo de empezar a coleccionar autodefinidos y apuntarse a calceta.

Una pareja de edad avanzada se asomó a su ventanilla.

—¿Siguen echando la de las matemáticas en el espacio? —preguntó el hombre.

Mara y su compañera compartieron una mirada.

—Matemáticas en el espacio...

—Sí, la de *Las chicas invisibles*.

—*Figuras ocultas* —corrigió ella.

—Sí, bueno, lo que sea. ¿La echan?

—No, señor, hace meses que salió en DVD.

—Pues qué faena —replicó—. ¿Qué me recomienda?

—Un calendario.

—¿Perdón?

Mara tosió para aclararse la voz y repasar la cartelera.

—¿Conoce la trayectoria de Aronofsky?

—No, ¿qué es?, ¿ruso?

—No, señor, neoyorquino —volvió a corregir—. Acaba de estrenar *mother!* Es un poco controvertida, pero si le pillas el tranquillo, podría gustarle.

La pareja accedió y Mara les sacó las entradas. Su compañera puso cara de escepticismo.

—¿Por qué odias a ese pobre señor?

—¡Esa cinta es una obra de arte!

Esforzándose por mantenerse estoica, dio un largo trago a su café de máquina. En el cajón no quedaban galletas ni ninguna otra cosa que mojar. Resopló y se dispuso a escribir en el cuaderno de taquillas. En realidad, no serviría de nada. Ningún nuevo título superaría a Hugh Jackman en *Lorenzo inmortal*.

Notó una breve vibración en el muslo. Sacó el móvil y desbloqueó la pantalla. Vio que eran Arantxa y Eloy los que hablaban. Sin querer perderse la conversación, continuó atendiendo al tiempo que leía de reojo.

Arantxa: Me ha escrito mi ex.

No empezaba bien la cosa. Para qué engañarse.

Eloy: ¿Cuál de todas?

Arantxa: La última.

Eloy: Me he quedado igual.

Arantxa: ¡La publicista!

Mara hizo memoria. No recordaba ninguna publicista.

Eloy: Ah.

Sí, sí.

Arantxa: Va a regalarle una sesión de fotos a su hermana.

Está embarazada.

Quiere que se la haga yo.

XD

Eloy: ¿Tu ex está embarazada?

Arantxa: No.

La hermana.

Eloy: Ah.

¿Lo vas a hacer?

Arantxa: Claro.

Es pasta.

Eloy: A mí se me haría muy raro trabajar para una ex.

Arantxa: Y tanto que sería raro.

Sería un milagro.

¿Dónde las tienes?

Eloy: (meme de gato haciendo corte de mangas)

Arantxa: Tampoco fue gran cosa.

Salimos durante poco más de un año.

No sabía ni que tuviera una hermana.

(meme de niña con cara de WTF)

Eloy: ¡Ya sé quién es!

¡La Pelleja!

XD

Mara soltó una risotada malévol. Ya le ponía cara.

Arantxa: ¿¿¿La Pelleja???

Eloy: Síiiiiiii.

Arantxa: ¿¿¿Qué Pelleja???

Eloy: ¡La publicista!

Tú la llamabas la Madurita.

Pero Mara y yo la llamábamos así.

No era preciso profundizar en aquella historia.

Arantxa: ¿¿Qué me estás contando??

Eloy: Síiiiiiii.

La edad de esa señora es una de las grandes incógnitas de la humanidad.

Arantxa: Anda, cállate.

Eloy: A esa mujer no se le calculan los años.

Se la data.

Arantxa: Serás cenutrio.

Eloy: Y se hace con carbono 14.

XDDD

Arantxa: Sabes que no tienes gracia, ¿no?

Eloy: ¡Pues no te rías!

XD

Arantxa: Una coña más y te juro que no te invito a tu fiesta de cumpleaños.

Eloy: (gif de Snape y Dumbledore bailando)

Arantxa: Di lo que quieras.

Mientras tú te la meneas por teléfono, yo esta semana hago doblete.

Eloy: ...

¿Con quién?

Arantxa: Elsa.

La chica del cine.

Ya le estaban restregando sus líos por la cara. Cuánta injusticia.

Eloy: Pobre criatura.

Arantxa: Me da más pena Mara.

Ésa sí que no tiene dónde rascar.

La mirada de Mara al leerlo prendió como la pólvora.

Eloy: Por cierto...

Mara, esta semana te tocan los baños.

Furiosa, tecleó aporreando la pantalla:

Mara: Que os follen a los dos.

Eloy: Gracias.

Arantxa: Ojalá.

—Hola.

Su voz. Mara alzó la vista. Aquel reencuentro desató un torbellino de emociones y todas muy distintas entre sí. Lo primero que notó fue una inesperada complacencia. Después pensó que aquella visita se debía a una peligrosa inclinación al masoquismo y sintió desconfianza. Poco importaba lo irresistiblemente atractivo que fuera y el modo tan dulce en que sonriera. La clave para mantener a raya a un masoquista bipolar era la desconfianza.

—Hola, Hugo.

—¿Me concedes cinco minutos?

—No.

Su hostilidad no pareció pillarlo por sorpresa.

—Esperaré a que te toque un descanso.

—Acabo de volver.

La segunda vez, en cambio, endureció su semblante. Mara no cedió y mostró

su intransigencia.

—Estás formando cola, por favor, apártate.

—Muy bien, en tal caso quiero una entrada —rezongó.

Mara tamborileó los dedos sobre el mostrador. Quería quitárselo de encima. Era necesario perder de vista su embrujo si pretendía seguir aparentando entereza.

Con agilidad, le cobró una entrada y se la tendió.

—¿*Transformers 5*? —exclamó él.

Al comprobar que no iba a recibir respuesta, los hombros de Hugo se aflojaron en un gesto resignado. Aquella postura tan juvenil le trajo recuerdos a Mara. Cuando trabajaba en la cafetería y le tocaba limpiar los cristales o el almacén, hacía exactamente lo mismo. Ella solía acompañarlo en sus tareas hasta el final. De algún modo, creía que lo entretenía o lo animaba y, así, mitigaba su desazón.

Ese día no sucumbió a sus propios deseos de confortarlo, y la voz de su conciencia apenas si la dejó respirar tranquila.

—Ahora entiendo por qué dejaste plantado a Olegario.

Mara se quedó mirando a su compañera como si fuese un bicho raro.

—¿A quién?

—Olegario, el chico nuevo de cabina.

De la totalidad de aquella acusación, ella sólo se quedó con una cosa.

—Por Dios... Qué cruz de nombre... Ese pobre chaval ya nació viejo.

Su compañera permaneció unos segundos en suspenso.

—Mara, no sé si eres la más indicada para...

—¡Chicas! —gritó una cabeza flotante en la puerta—. Hace falta gente en sala, estamos desbordados.

Mara ni lo dudó. Aprovechó el paréntesis y se ofreció voluntaria.

—Necesito salir de aquí.

El trabajo en taquilla era muy monótono de no ser por aquellos que tenían dudas, pedían recomendaciones o la confundían con una fuente de sabiduría del séptimo arte. Estirar las piernas y tener la mente ocupada en algo menos mecánico le haría bien.

La gente se aglomeraba en el vestíbulo. Mara ayudó a liberar espacio agilizando tareas y reorganizando filas junto a los demás. Entre el escaneo de

entradas y la limpieza a toda velocidad de varias salas tras las proyecciones, el tiempo se le pasó volando.

Tras devolver un rollo de bolsas de plástico del almacén, regresó silbando al piso superior. Inesperadamente, un espectador con cara de hastío le cortó el paso en la escalera. Sentado en un escalón y sujetándose la cabeza con las manos, Hugo le dirigió una súplica en silencio.

—Eso ha sido muy cruel —la acusó señalando la sala.

Mara sabía de sobra que su película aún no había terminado. Se aguantó las ganas de reír y se dispuso a continuar su camino, pero él se lo impidió.

—Vamos, Mara, háblame —rogó cogiéndola de la mano—. ¿Tanto me odias de repente?

Ella se soltó. Estaba pasmada. Quiso explicarle que era imposible odiar a quien se lleva durante tanto tiempo en la memoria. De buen grado lo habría iluminado sobre lo que significaba para ella, pero lo habría hecho sentir tan incómodo que optó por callárselo.

Iba a ser complicado volver a quedar y relacionarse como si no hubiera pasado nada. La razón era bien sencilla: Mara no estaba segura de querer tener a Hugo en su círculo de amistades. Sus sentimientos abortaban cualquier intento de verlo como tal. Aceptar que nunca sería correspondida la martirizaba. No obstante, si eso era lo que Hugo quería, no le quedaba otra opción más que padecerlo y respetarlo.

—¿Qué quieres?

Él se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Estaba tan manso como un cachorrillo.

—En primer lugar, decirte lo bien que te sienta el uniforme —sonrió—. Aunque confieso que, cuando supe que trabajabas aquí, imaginé que llevabas chaleco.

Mara se horrorizó.

—¿Cuánto hace que no vas a un cine? ¡Eso es superantiguo!

—¿De verdad?

—Sí —afirmó echando a andar con él detrás—. Los llevaban los acomodadores para hacer recuento de entradas y guardar propinas. Ya no se hace nada por el estilo. En este sector las propinas se extinguieron hace siglos.

—Qué me vas a contar.

A ella se le escapó una risa tonta, lo que incitó a Hugo a adelantarla y cortarle el paso de nuevo.

—Lo segundo —prosiguió— es que el otro día te dije muchas cosas y me dio la impresión de que tú sólo te quedaste con lo malo.

—¿Es que hubo algo bueno?

Fue oír la palabra *amistad* y su cabeza entró en encefalograma plano. Si él añadió algo más a su discurso, ni se enteró.

—Mara, ojalá fueras insoportable.

—¿Qué?

Estaba inquieto. Procuraba disimularlo con una postura desenfadada, pero llevaba los nervios a cuestras.

—Ojalá te hubieras vuelto aburrida y detestable —continuó—. De haber sido así, no me encontraría en este dilema. Pero la realidad es que eres igual que hace diez años, sólo que con más y mejores cualidades, y eso me está haciendo perder foco.

El corazón de Mara empezó a latir muy rápido. Por sus venas fluía una nueva corriente de esperanza.

—Yo... A ver cómo te lo digo... No he podido pensar en otra cosa desde entonces.

—¿Qué cosa?

Hugo, entre el titubeo y la aflicción, se mordió el labio.

—Siento celos de los tíos con los que te fuiste la otra noche.

Mara se preguntó qué tíos debían de ser éstos. Cuando cayó en la cuenta de a lo que se refería, abrió unos ojos como platos.

—Sé que no es asunto mío, pero es lo que siento y no puedo evitarlo.

Ella asintió aturdida.

—Me tienes hecho un lío, Mara. No quiero que te fijes en mí, pero me revienta que te fijes en otros. Te aparto y, al rato, quiero besarte. ¿No es de locos?

Volvió a asentir. Hugo se acercó más a ella, cautivándola y envolviéndola instintivamente en sus cálidas intenciones.

—Hay algo de ti que quiero desesperadamente y que a la vez me tengo vetado —susurró—. Es tan frustrante...

Mara tragó saliva. Se miraron primero a los ojos, después a los labios y por

último al corazón. Fue él quien templó el panorama sofocando un asalto.

—Sea como sea, al margen del galimatías que tenga encima, sólo te pido una cosa, Mara. No hagamos esto. No nos convirtamos en dos personas que se vean obligadas a evitarse —propuso con mucha sensatez—. Ya te dije que no quería estropearlo. Tiene que haber un modo de llegar a un consenso, ¿no crees?

Ella se mostró de acuerdo. Aquella oferta la satisfizo. Descubrir que estaba dejando huella en Hugo le devolvió la fe en su relación. Puede que él tan sólo necesitara tiempo y ella ser paciente. Si se trataba de algo tan sencillo, era obvio que no podía permitirse el lujo de tenerlo fuera de su alcance.

—A mí tampoco me gustaría llegar a ese punto.

Le encantó comprobar que no estaba todo perdido. El único fallo era que Hugo estaba más perdido que un pulpo en un garaje. Debía encontrar la forma de espabilarlo. Tan emocionada y concentrada estaba en su nuevo cometido que no se había dado cuenta de que ya no estaban solos.

La pareja mayor con la que había conversado anteriormente atravesaba el pasillo a zancadas compartiendo la misma cara descompuesta. Mara supo lo que vendría a continuación, así que se echó a un lado para que no la reconocieran.

—Qué cosa tan espantosa, Paco, vámonos de aquí, por favor —imploró ella.

—Juro por mis nietos que no vuelvo a ver cine ruso en la vida.

Al doblar la esquina, Hugo alzó una ceja y ella se encogió de hombros.

—A veces, la línea que separa una obra maestra de una paranoia desmedida se difumina por el camino.

Con más calma, se fijó en que no eran ellos quienes llamaban la atención de Hugo, que extendió una mano y le dio un toquecito en la chapa identificativa. Su boca tembló al reprimir la risa.

—Deben de adorarte en este sitio.

Mara leyó «Maravillosa» una vez más y quiso morir de vergüenza.

—Esta chapa no es la que...

Un extraño cosquilleo la instó a bajar la mirada. Hugo había desplazado sutilmente la dirección de sus dedos. La sensación de aquella suave y repentina caricia en el pezón fue asombrosa, verlo con sus propios ojos y cerciorarse de que no se trataba de su imaginación fue sencillamente soberbio.

—Es lo que trato de decirte.

Su tono había descendido unas octavas. Adoptando el mismo registro

sugestivo que su tacto, explicó:

—Mi mente se resiste, pero mis manos van por libre.

Un pellizco la sacudió. Mara gimió y lo supo. En aquel instante, efímero e irreplicable, Hugo era un hombre con dos pequeños demonios sobre sus hombros. Con un empujón bastaría para doblegarlo. No podía dejar pasar la oportunidad. Cogió la mano libre de él y se la llevó al otro pecho.

—No te resistas.

Hugo murmuró un juramento poco cristiano. Ella evitó cualquier protesta al marcar el ritmo. Con sus propias manos guiaba un masaje que caldeó a ambos por igual. Notó cómo se le endurecieron los pezones. Hugo también, lo que provocó un restregón que hizo que el polo del uniforme de Mara se saliera del pantalón.

—Mara, me estás matando...

La tensión fue en aumento conforme se mezclaron los dedos, las respiraciones aceleradas y la gula. La atmósfera parecía achicarse, ahogándolos en una burbuja que desbordaba humedad. Una gota de sudor descendía por la frente de Hugo. Ella sacó la lengua a pasear, pero se paró inmediatamente. Los dos lo habían oído. Alguien subía por la escalera.

Ansiosa por darle continuidad a lo que tan bien empezaba, Mara señaló el escondite más cercano con la mirada. Hugo accedió sin perder tiempo. La agarró del brazo y se metieron a trompicones en un baño. Entre el cuerpo de Hugo y la puerta, Mara bloqueaba la entrada. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro. Lo acusaron de inmediato.

Sus respiraciones se enredaron, sus labios se tocaron y sus lenguas se fundieron en una sola, brusca, desatada. Mara cerró los ojos, enardecida por un arrebató que flameó como la pólvora. Sus fantasías de adolescente se hicieron realidad en un solo beso. Superando unas expectativas intensificadas con los años, la dejó acalorada, temblorosa y, por supuesto, con ganas de más.

Hugo rozó sus labios con las yemas de los dedos. En su mirada nublada había deseo y una leve chispa de ebriedad. A Mara le faltó el oxígeno cuando la apretó contra la puerta y reveló su erección.

—Saber que estás prohibida me excita hasta el dolor.

Ella parpadeó confusa.

—Yo no estoy prohibida. No soy una chocolatina a medianoche.

Él rio y, sin dejar de besarla, contestó:

—Sí que lo eres, eres mi kryptonita a medianoche.

Descendió por su cuello y a Mara se le olvidó lo que iba a decir. Trazando un camino abrasador, se detuvo cerca de su areola. Allí, su lengua humedeció la prenda. A Mara la sorprendió la finura del tejido y la sensibilidad de su piel. El pezón brotó entre los dientes de Hugo, que lo mordisquearon sin pausa y sin tregua.

—Mmm... —gruño él—. Si este pezón es así de jugoso ahora, no me puedo ni imaginar cómo será al desnudo.

A ella se le subieron los colores, no podía creer que el calor de la boca de Hugo pudiera atravesar el uniforme de aquella forma.

—¡Venga, chicos! ¡Vamos terminando!

La puerta vibró tanto que Mara estuvo a punto de correrse del susto. Agitados y nerviosos, se echaron a reír. Los golpes se sucedieron y se taparon la boca el uno al otro para evitar males mayores. Ella se fijó en cómo se dilataron las pupilas de Hugo, extendiendo un manto oscuro y acuoso por su mirada. Qué más daba lo que hubiera al otro lado. El rincón, la temperatura y la posición seguían invitando a lo inevitable.

En un arranque de impetuosidad, Hugo se dispuso a explorar los pantalones de Mara. Desabrochó el cinturón y los botones y palpó su entrepierna. Ella le hizo ver que con eso no sería suficiente, así que deslizó suavemente su mano por debajo de las bragas.

—Oh, Mara...

Aquello era una albufera.

Ella se movió, demandando un contacto más profundo, y él fue incapaz de negárselo. Metió un primer dedo y luego un segundo. Mara jadeó. Hugo la besó absorbiendo todos y cada uno de los resuellos que le brindaba. A merced de su lengua y sus dedos, Mara perdía razón, pudor y visión. Cada vez se elevaba más alto y él cada vez se advertía más duro.

—Te empeñas en hacerlo difícil...

Mara hundió la mano en su pelo, alborotándolo y atrayéndolo hacia sí.

—No, Hugo... Más fácil no te lo puedo poner...

Notó una leve vacilación entre las ingles. Algo había despertado en él. Temerosa de ahuyentarlo, fue más allá en su espoleo. Lo miró directamente a los

ojos, aquellos ojos velados de delirio, y articuló:

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Fueron aquellas palabras, mágicas para ella, malditas para él, las que frenaron en seco la entrega y la dedicación de Hugo. El baile quedó en un par de cuerpos rígidos, un plañido y un parpadeo que despejó los pensamientos más sucios. Mara luchó por resetearlo. Tiró de las solapas de su cazadora y lo besó. Sin éxito. Aunque fue correspondida, lo fue en un grado que no casaba con la efusión del momento.

—Sí, lo sé —dijo él.

Sacó la mano dando un paso atrás. A Mara le daba vueltas la cabeza. Su pulso latía al galope por las sienes, la garganta y la entrepierna. Rezó para que terminaran lo que habían comenzado, pero en el fondo sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

—Así no —convino Hugo—. Debo hacerlo bien, Mara. Perdóname, contigo es importante.

No afectaba la manera en que Hugo se lamiera los dedos, deleitado y abstraído; ni el dolor que le provocara el llamativo bulto en sus pantalones; ni la mujer implorante que tuviera delante. Su fuerza de voluntad barrió con todo. Había tomado una decisión y, para disgusto de Mara, era inamovible.

La joven se enfrió tan pronto como se había calentado. Asintió dando a entender que, quizá, en una posibilidad remota, muy hipotética, Hugo podría tener razón actuando de aquel modo. ¿Qué otra cosa iba a hacer o decir? No iba a suplicar para que volviera a taladrarla.

Hugo se acercó con tiento. Mara recibió un casto beso en una mejilla y una sutil caricia en la otra. Por su mente resonó un impropio camionero. Había estado tan cerca... Aquella tentativa le supo a poco. Necesitaba mucho más. Un suspiro escapó de sus labios. Si no hubo quejas fue porque Hugo logró sonreír y porque en aquella sonrisa le prometió una compensación.

Mara se lo quedó mirando como en sueños, igual que de niña. Una vez que sus nervios se templaron, no pudo evitar preguntarse qué le diría a su compañera cuando asomara por el otro lado y, sobre todo, qué es lo que había cambiado en tan corto espacio de tiempo como para que Hugo se sintiera tan cautivado por ella.

La verdad, tenía tal subidón encima que le dio bastante igual.

6

Eloy Ventura, detective de mascotas

Goku sentía a diario la imperiosa necesidad de darle los buenos días a Mara. El despertador dejaba de ser útil cuando el felino buscaba calor entre las sábanas y se apalancaba, hecho un roscó, en mitad de su cara. Mara creía que debían de atraerle sus rizos, lo que le estaba provocando cierto complejo de nido. Se giró para quitárselo de encima. *Goku* contraatacó restregándose y ronroneando contra su cuello. Sus patas amasaban la almohada conforme Mara bostezaba y abría los ojos.

Por las mañanas no había nadie más en casa. Entre eso y el trabajo, madrugar seguía siendo una asignatura pendiente. Cada noche se proponía levantarse temprano y cada mañana se la tomaba con más calma que la anterior. Las malas lenguas dirían que una chica tan joven que no era persona hasta el mediodía o que necesitaba del café para afrontar la existencia sin odio o que jamás lograba ser puntual era una perezosa de manual. Sus amigos dirían que era más nocturna que un murciélago.

El móvil avisó de un mensaje entrante. Mara dejó de mirar a las musarañas y se incorporó.

Desconocido: Despierta, Maravillosa.
Soy Hugo.
¿Se te han pegado las sábanas?

Mara pegó tal bote que *Goku* saltó al suelo como un muelle. Su maullido

acusador no le afectó. Hugo se encontraba en línea y ella se frotaba la cara como si pudiera verle las legañas desde donde estuviese.

Mara: ¡Hola!

Estaba en la ducha y ahora me pillas de camino a clase.

Era lo que tenía pensado hacer. Sólo se había adelantado a los acontecimientos.

Desconocido: Ok.

¿Mañana tienes plan al mediodía?

Me gustaría invitarte a comer.

Además, me han hablado de un sitio que creo que te va a encantar.

Mara sonrió hasta que le dolieron los músculos de la cara. Tanto la hora como el plan eran más que propicios. Estaba segurísima de lo que pensaba contestar, a pesar de ello se demoró para no parecer desesperada. Utilizaría la excusa de la revisión de agenda, hecho que le dio la risa. Lo único destacable que había ahí apuntado era la extracción de una muela del juicio.

Mara: Veo que no tengo nada.

Por mí genial.

Desconocido: (emoji de carita feliz)

Pasaré a recogerte en coche.

Disfruta de las clases.

(emojis de besos)

Mara: ¡Lo haré!

(más emojis de besos)

Un gritito de júbilo volvió a poner a *Goku* en alerta. Lo próximo serían los saltos del triunfo, el cante hondo en la ducha y el egipcio de las Bangles durante el desayuno. Se lamió los bigotes y salió pitando de la habitación. Mejor desaparecer y acurrucarse en otra parte menos escandalosa. Un buen ejemplo habría sido su cama. O su manta. O incluso el sofá. Pero no. La ropa recién planchada de Arantxa. Ésa. Ésa era, sin duda, la mejor opción.

* * *

Mara caminaba por la calle casi dando pasos de baile. Era tan feliz que solamente le faltaba el ramillete de globos para parecer una niña con zapatos nuevos o arrancarse a cantar para dar la sensación de que su vida, de pronto, era un musical. Tenía una cita con el hombre más guapo del planeta. Finalmente, el tiempo se dedicaba a recolocar las piezas de su vida, dándole así una descarga de emoción a un corazón dormido.

La llegada de Hugo a la ciudad le traía buenos recuerdos y anticipaba nuevas y estimulantes sensaciones. Había disfrutado mucho del precalentamiento y deseaba continuar donde lo habían dejado. Sin embargo, no olvidaba que la posibilidad de ahuyentarlo con cualquier precipitación seguía ahí. Quiso tranquilizarse a sí misma diciéndose que era cuestión de ser cauta y mantenerlo presente, porque si algo tenía claro Mara era que, si todo se iba al traste por una metedura de pata suya, jamás se lo perdonaría.

Sus pasos la llevaron a la clínica veterinaria Navarro. Una vez allí, dejó a un lado la chispa de preocupación y abrió la puerta.

—¡Hola, Eloy! ¡Ja! —rio sin querer—. Saludarte es como empezar un trabalenguas...

El volumen de una llorera la frenó en seco. En mitad de la sala de espera, Eloy sostenía a un niño en brazos. Tenía tal berrinche que se había puesto rojísimo y casi no podía respirar. Eloy llevaba el pijama azul de auxiliar puesto y tenía la parte de arriba cubierta de lágrimas, babas y, probablemente, un ejército de mocos.

—¿Qué ha pasado?

Sin dejar de consolarlo, Eloy respondió:

—Al pequeño Pablo le regalaron un par de hámsteres por su cumpleaños y esta mañana al levantarse... Ha visto que faltaba uno.

—¿Se le ha perdido? —preguntó Mara llevándose las manos a la boca.

La frente de Eloy se arrugó como consecuencia de su sorpresa.

—No, Mara... Ya sabes.

—¿Qué?

Se estaba poniendo nerviosa. No sólo era aprensiva, sino también bastante sensible en lo referente a aquellos temas. Eloy, que lo sabía de sobra, ni se atrevía a explicárselo.

—Ya sabes..., faltaba uno.

Mara no lograba comprender, así que el pequeño tomó la iniciativa y chilló:
—¡El otro se lo ha comido!

Su berrido se dilató en el espacio-tiempo y a Mara, sin poder creérselo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Eloy se dominó para no reír y extendió el brazo libre para invitarla a llorar a gusto. Ella se dejó confortar. Estaba muy impactada por semejante salvajada, aunque al cabo de un rato tuvo que retirarse del abrazo comunitario por miedo a que el niño la dejara sorda de un momento a otro.

Eloy le dio unas palmaditas en la espalda a Pablo.

—Vamos, vamos... Ahora tienes que ser fuerte para cuidar de *Benjamín*.

—¡*Benjamín* es malo! —chilló otra vez.

El hipido casi no lo dejó vocalizar. Mara no sabía qué hacer para ayudar, aunque su intervención no habría sido necesaria, pues Eloy parecía tenerlo todo bajo control.

—Creo que no podemos estar seguros de eso. Puede que *Benjamín* sea un hámster más bueno de lo que crees. Sólo hay una forma de comprobarlo.

Se dirigió al mostrador y, tras sacar una piruleta azul del cajón, le guiñó un ojo a Mara.

—Esta piruleta es mágica —informó al pequeño—. Aquí la usamos cuando estamos tan tristes como tú. Ella te sacará de dudas. Si al comértela se te queda la lengua azul, es que *Benjamín* es bueno y no se merece que te meriendes sus cacahuetes.

A Pablo se le cortó el llanto de raíz. Agarró la piruleta y bizqueó de ansiedad al pelearse con el envoltorio de plástico.

—¿Y si no se queda azul?

Eloy se rascó la barba de un par de días.

—Entonces puedes volver y reñirme por timarte.

El niño sonrió mostrando una dentadura mellada. Eloy lo dejó en el suelo y en aquel instante se abrió la puerta del veterinario. Una mujer, presumiblemente la madre, salió agitando una jaula. En su interior había un diminuto roedor y, al verlo, Mara se echó hacia atrás y emuló un *vade retro* con los dedos.

—Venga, Pablo, vámonos. —Y, al caer en la repentina felicidad del niño, añadió—: Gracias, Eloy, eres un cielo.

Mara estaba de acuerdo. El tacto y la empatía de Eloy ya eran innatos, pero la paciencia y el don de gentes que había desarrollado desde que trabajaba en la

consulta eran dignos de alabar. Le daba un poco de envidia no tener tanta clase como él. Mara tenía un carácter resolutivo, pero carecía de su serenidad.

Eloy apoyó las manos en sus hombros. La examinó con precisión clínica, cerciorándose de que se hubiera recuperado del disgusto.

—¿Mejor?

—Bueno...

—No digas más.

Rebuscó en el cajón anterior y le ofreció justo lo que necesitaba.

—Esta piruleta es mágica. Aquí la usamos para fomentar la caries infantil. Si al comértela se te queda la lengua azul, te recomiendo el colutorio más fuerte que conozcas.

Mara soltó una risotada y Eloy otra.

—Voy a cambiarme.

Cuando cerró una puerta lateral Mara aprovechó para tirar el envoltorio de la golosina a la papelera y para birlar otra piruleta para el camino. Aún no se la había metido en la boca cuando Eloy le pidió que lo acompañara.

—Mira, Mara... ¡Ja! —rio de pronto—. Vaya, saludarte a ti es como aprender a hablar bereber.

Ella puso cara de circunstancias y lo siguió al interior de la consulta. Aquella área era la destinada a quirófano y observación. La mesa de operaciones se encontraba en el centro, y alrededor se disponían máquinas, instrumental médico, muestras, viales... Y un precioso minino negro encerrado en un transportín.

—Pero ¡qué bolita tan bonita! —exclamó como pudo con la piruleta en la boca—. ¿Le ocurre algo?

—Descuida —respondió él sonriendo—, sólo lo han traído para sus primeras vacunas.

Mara metió los dedos por la rejilla. El gato se los lamió entre maullido y maullido, haciéndole cosquillas. Tenía el pelaje suave como un peluche y el equilibrio todavía torpe de los cachorros. Se le derritió el corazón, no podía evitarlo.

—¿Puedo sacarlo?

Eloy soltó el aire contenido de una carcajada por la nariz. Comprobó que todas las puertas estuvieran cerradas y asintió. Mara se puso el gato en el regazo

y, mientras Eloy se vestía tras un biombo, se dedicó a acariciarle el lomo.

—¿Sabías que en Inglaterra los gatos negros traen buena suerte?

Mara farfulló cualquier cosa. Seguro que se lo había dicho Clementine. Un día él descubrió su escoba y su caldero y le contó esa milonga.

—Me pregunto cuánto tardarás en darle un hermanito a *Goku*.

Eloy asomó la cara por un lado del biombo.

—Ganaría otro peludo, pero perdería una compañera de piso.

Mara rio entre dientes. Ni Arantxa ni su salud lo tolerarían. Su habitación siempre estaba cerrada para que *Goku* no entrara y, aun así, se las ingeniaba para incordiarla.

—Esta noche inauguran un italiano detrás del centro comercial —anunció Eloy—. Podríamos ir a probarlo mañana.

A Mara la simple mención de mañana le dibujó una sonrisa en los labios.

—No puedo. Tengo una cita con tu primo.

—¿Con Hugo? Creí que te había mandado a paseo.

Ella canalizó su fastidio prodigando nuevas caricias al gatito, al tiempo que lo sujetaba, pues se mostraba muy juguetón e intentaba escalar a zarpazos por su camiseta.

—Se ve que ha recapacitado —comentó antes de pasar al quid de la cuestión—. Eloy, me temo que voy a necesitar tu ayuda a partir de ahora.

—Tú dirás.

—¿Qué le gusta a tu primo en la cama?

—Joder, Mara —maldijo incómodo—. ¿Y yo qué sé? Sé que le gusta mucho.

—¿Es un poco vago?

—Es un capullo.

Aquella afirmación la dejó muda de asombro. Sonó tan verídica y al mismo tiempo tan fuera de lugar que no supo ni cómo rebatirla. Eloy volvió a asomarse. En su rostro se reflejaba la misma seriedad que vertían sus palabras.

—Sí, sé que está mal que yo lo diga, pero no por eso es menos cierto.

Mara estaba tan horrorizada que tenía la esperanza de que se tratara de una broma sin gracia o de un estúpido pique entre primos.

—¿Eloy?

—Mara...

A él tampoco le resultaba fácil. Se rascó la cabeza, como poniendo en orden

sus ideas, y después se cruzó de brazos, dando a entender lo poco que le agradaba hablar del tema. Le llevó lo suyo armarse de valor para soltar lo que sabía que sería tan revelador como doloroso para Mara.

—A Hugo le gustan mucho las mujeres —dijo al fin—. Le gustan mucho y, además, le gustan todas.

El gatillo se zafó de las manos de Mara. En un pispás ya iba ascendiendo por una teta.

—Mis tíos bromean con que tiene una novia en cada puerto, pero dudo que a ninguna de ellas eso les haga gracia.

Cinco garras en miniatura se le clavaron en la clavícula. Los bigotes ya le rozaban la oreja.

—No es tan perfecto como crees. Es... Bueno, es un *playboy*.

Para cuando Eloy cerró la boca, el gato ya se había colocado en posición estratégica emulando al loro de un capitán pirata. Mara no le prestaba atención. Andaba en otra parte, tratando de asimilar lo que le habían descubierto y buscándole, si la tenía, la parte positiva.

A nadie le gusta comerse las babas de otra. Todas las primeras veces en general son objeto de búsqueda y captura para el que ama. El primer beso, el primer dedo, el primer meneo... La ilusión de saberse protagonista de esos momentos tan especiales es indescriptible e irrepetible. Claro que para algunos se puede quedar corta. Sobre todo si, además de eso, quieres añadirle creatividad y proactividad sexual. Combinar ambas cosas nos daría como resultado un *partenaire* más casto que un monje medieval y, asimismo, más ducho en la cama que una estrella del porno.

Mara perseguía a Hugo, no perseguía a un imposible. No necesitaba follárselo ni besarlo siquiera para darse cuenta de que no había vivido en un convento. Ahora bien, tampoco habría imaginado a una ristra de mujeres tras Hugo como si él fuera el flautista de Hamelín. Estaría mintiendo si dijera que no le afectaba un historial tan largo y variado. Intimidaba bastante y sacaba a flote todas sus inseguridades.

Mara lo meditó con tiento. Hugo era un *playboy*. Hasta su reencuentro. Aquello formaba parte del pasado, y si estaba en el pasado es que ya no podía hacerle daño. Decidió esforzarse en olvidarlo. Lo único que importaba era el presente y la exclusividad que, por supuesto, demandaba. El resto eran

anécdotas, la carrera de fondo empezaba entonces.

Un agudo maullido se coló por su oído.

—No me importa.

Eloy, ya vestido, salió de detrás del biombo sin dar crédito.

—¿Te digo que el tío del que llevas enamorada toda tu vida es un mujeriego y ni te inmutas? —protestó anonadado—. Podrías estar con quien quisieras, Mara, con alguien que por lo menos te valorara, y en lugar de eso... ¿Por qué te rebajas?

Ella le dirigió una larga y grave mirada.

—Porque llevo la misma carrera que él.

Sí. De santa sólo tenía el nombre.

Tampoco es que pudiera rellenar un listín telefónico como Arantxa, pero no se había privado de experiencias. Ni Hugo ni nadie podía pedirle explicaciones sobre sus examantes, así que ella debía actuar en consecuencia con él. Era así de simple.

—Vale. Ya entiendo lo que quieres decir —asintió Eloy—. Pero, Mara, lo que tienes en mente no va a funcionar con Hugo. Piensas que serás diferente para él tanto como él lo es para ti.

—Es que sí que soy diferente de todas éstas —afirmó bien alto.

—Sí... —Eloy puso cara de disculpa anticipada—, y a la vez no.

En momentos así odiaba que la conociera tan bien. A veces creía que le leía el pensamiento. Mara asumía que no tenía remedio, pero de ahí a que se hiciera pasar por la voz de su conciencia había un buen trecho que nadie le había pedido cruzar.

—¿Y qué? ¿A ti qué más te da lo que pase entre nosotros?

—¿Qué? —se escandalizó Eloy—. Tú eres mi mejor amiga y él mi primo. Siempre estaré en medio. ¿Es que no lo habías pensado?

La vergüenza coloreó las mejillas de Mara. Incluso el gatillo le maulló con reprobación.

—No... No lo había pensado.

Eloy suspiró. Estaba visto que no se esperaba su falta de consideración. Después de todo, eran amigos desde el año de la polca. Mara se sintió mal, pero no dijo nada. Su contraargumento era que el lunes había comenzado de forma estupenda y se le acababa de joder porque tenía un amigo muy bocazas. No le

apetecía mostrarse piadosa. No era el día propicio.

Eloy le quitó el gato de encima y lo volvió a meter en el transportín. En silencio, sin dar muestras de un cabreo evidente, ordenó sus cosas y se lavó las manos.

—Eh, mira qué lanas —le dijo señalándose el pelo revuelto—. A este paso voy a parecer un perro de agua.

Mara sonrió para sus adentros, consciente de lo mucho que él también odiaba aquellos silencios.

—Te sienta bien.

Y no le estaba haciendo la pelota. No lo necesitaba.

—¿No está demasiado largo?

Ella se encogió de hombros.

—Ahora se llevan los moños masculinos. Aprovéchalo y lúcete. Dentro de unos años te quedarás calvo y lo echarás de menos.

Una mecha ambarina chispeó en los ojos de Eloy.

—Eres un verdadero chute de autoestima.

«Igual que tú», pensó ella.

Mara tiró el palo mordisqueado de su piruleta y salió a la calle. Seguía tocada por varios motivos y le estaba dando demasiadas vueltas al asunto. Cuando Eloy hubo terminado con su jefe, se reunió con ella en la acera y echaron a andar. Arantxa los esperaba para comer. Solían quedar una vez por semana en el centro comercial y, después, cada uno regresaba a sus obligaciones.

Mara vio venir a Eloy con otro comentario banal y desviador, así que se anticipó:

—Oye, Eloy, sobre Hugo... Tú no sabrás nada que yo no sepa, ¿verdad?

Él se detuvo de golpe. Por mucho que intentara disimularlo, se veía tan desconfiado y molesto como ella.

—Mara, eso no es justo. Yo siempre te lo cuento todo.

—Ya...

Una lucecita se alumbró en su cerebro. Tenía que probar si aquello era cierto o si formaba parte de una vida anterior, muy lejana y muy infantil.

—Y dime... ¿No hay nada nuevo en tu vida que quieras contarme?

Desconcertándola, Eloy se echó a reír.

—No.

«Será mentiroso...», barruntó ella.

No sabía qué le dolía más, si sus revelaciones del día, su afán por machacarla o que ya no confiara en ella lo suficiente como para contarle que tenía una aventura.

Daba lo mismo, todo le estaba sentando como un tiro.

* * *

El trío se hizo un hueco en la única mesa libre del restaurante. Era la hora de descanso de todos los que sufrían la jornada laboral partida. Se comía mal y con prisas. Algunos comensales almorzaban con la única compañía que les aportaba su portátil o su tableta. Otros masticaban y hablaban a la vez enganchados a los auriculares de su teléfono móvil. Y otros se quedaban embobados mirando el escote de la camarera maciza de turno.

Aquél era el caso de Arantxa y Eloy. La chica llevaba trabajando allí desde comienzos del verano y ambos la observaban en silencio y de soslayo. En cuanto se desabrochaba un par de botones de la camisa, la mitad de la clientela comía sospechosamente torpe y lenta. Mara sintió pena de tener unos amigos tan babas, e hizo un triste intento de reengancharlos en su charla mental.

—Arantxa, ¿tú sabías que los hámsteres se comen los unos a los otros?

Eloy resopló. O se quemó con su sopa. No era concluyente.

—No —respondió Arantxa—, pero he oído que las madres sí se comen a sus crías.

—¿Qué?!

—Cambiemos de tema —propuso Eloy.

—¿Por qué hacen eso? ¿Nacen ya cruzados o es por algo que les echáis en el pienso?

Por desgracia para Mara, la camarera zigzagueó por su lado y Arantxa y Eloy se perdieron en su contoneo.

—¡Hacedme caso!

Arantxa apuntó a Eloy con su tenedor.

—Estás perdiendo el tiempo. Ésa es tan bollera que no la parieron, la hornearon.

Él hizo un gesto de resignación.

—Toda para ti. Tengo novia, ¿recuerdas?

—Sí, algo me suena.

Mara le dio un mordisco a su sándwich sin dejar de fijarse en Arantxa. Llevaba el uniforme de la tienda y el pelo recogido en una trenza. Hasta ahí, todo era correcto, pero intuía que se le escapaba algo. A ver, uñas mordisqueadas, pequeños pendientes de aro, flequillo despuntado, ceño fruncido... ¡Listo!

Máscara de pestañas.

—¿Cuándo has quedado con mi espectadora?

—Esta tarde.

Mara y Eloy abrieron mucho los ojos.

—¿Ya?

Arantxa asintió.

—Saldré un poco antes del trabajo. Quiero pillar la puesta de sol.

Con las caras que le pusieron, no le quedó otra que explicarse.

—Voy a hacerle unas fotos.

—Ah...

Mara también envidiaba eso de Arantxa, su habilidad para montárselo de lujo en un entorno natural para ella donde todo transcurría según su manejo y nada podía salir mal. Su entorno, que no era otro que una sala de cine, no era el ideal para Mara. Si ella iba al cine, iba a ver la película, y como a alguien se le ocurriera meterle mano en mitad de una escena crucial, corría el riesgo de perderla de un bocado.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por qué? —gruñó Arantxa—. Ésta es la parte que se me da bien.

—Ya sé que eres buena fotógrafa. Me refería a la cita.

En aquella mirada azul se desató una tormenta de hielo que le congeló hasta las ideas. A Mara la asustó tanto que casi se le quitó el hambre, y eso, en ella, era decir mucho. Eloy le aconsejó aguantar la respiración y no mirarla directamente a los ojos.

—Vuestro sentido del humor tiene la misma gracia que una almorana en el culo.

—Pero, vamos a ver —replicó Mara—, si ya has conseguido quedar con ella, ¿por qué sigues tan cabreada?

—No me quedan chicles.

Mara y Eloy recularon en sus respectivas sillas.

—¡Arantxa!

Una chica rubia repleta de curvas se inclinó sobre la mesa. Su maquillaje y su vestido negro, lleno de encajes, lazos y volantes no dejaban a nadie indiferente. Mara creyó que incluso llevaba miriñaque. Era una GothLoli de los pies a la cabeza.

Arantxa, visiblemente aturdida, se levantó para corresponder a su par de besos.

—Hola..., guapa.

—¿Sigues en Fototrix?

—Sí, y tú sigues... tan espléndida como siempre.

Ella se echó a reír.

—¡No has cambiado nada! Y eso que hace unos dos años que no nos vemos.

—Ya ves.

—Te dejo, que me están esperando. Me alegro de verte, Arantxa.

—Venga, hasta luego, guapa.

Nada más sentarse, Eloy la apuntó con su cuchara.

—No recuerdas cómo se llama, ¿verdad?

—Y hace dos años tampoco.

Mara se la quedó mirando.

—Con tanto complemento parece Misa Misa.

La persona con la que había quedado, para sorpresa de todo el restaurante exceptuando a Arantxa, era la camarera desabotonada. Su rostro se iluminó al ver a la GothLoli y se tomó un descanso para sentarse con ella.

La cara de perro de Arantxa no pasó desapercibida para nadie.

—Podrías llamarla —insinuó Eloy.

—¿A quién? —exclamó ella—. ¿A la zurumbática esa? Ni hablar. Tenía la lengua más rasposa que una corteza de pino viejo. Que la llame su amiga la pechugas.

Mara suspiró y se sacó su preciada piruleta del bolsillo.

—Toma, chupa un caramelo, anda.

Arantxa refunfuñó algo ininteligible. Pero la aceptó.

Los Ángeles de Arantxa

Iba a matar a Mara. El color azul no se le iba con nada. Había comprado chicles, caramelos, e incluso sentía la tentación de ir a un bar y hacer gárgaras con absenta, que lo quemaba todo, hasta la flora bacteriana. Lo peor no era sólo la lengua, sino las comisuras de los labios. De no ser por el grupo de niños que reían y la señalaban en el metro, ni se habría dado cuenta.

Vació un botellín de agua confiando en que la ayudara a mitigarlo. En el primer enjuague, alguien le dio un toquecito por detrás.

—¡Hola!

Elsa. Bella, vivaracha y risueña. Se puso de puntillas para saludarla, pero declinó al fijarse en la sonrisa de Arantxa.

—Oh... ¿Has estado comiendo una de esas piruletas pintalenguas? A mi sobrino le encantan, pero luego parece un monstruito.

Arantxa quiso arrancarle los pelos a Mara y dejarla calva. Menudo invento del demonio la jodida piruleta. Ni un triste y casto beso en la mejilla. Pues sí que empezaba bien la tarde... Abrió un paquete de chicles.

—Es inútil —apuntó Elsa—, sólo se quita con cepillo de dientes.

Menudo panorama. Si ligar con otra mujer ya era complicado, intentarlo con una hetero y, además, en condiciones desfavorables no era una aventura, sino una cruzada. En fin, de perdidos al río. No pensaba desaprovechar una tarde con Elsa por aquel escollo. Si le entorpecía la táctica, debería aplicarse más a fondo. Arantxa iba a por todas. Se había propuesto robarle un beso a Elsa y quería

hacerlo antes de que terminara el día. Con labia y tiento, sabía que podía conseguirlo.

Se frotó los morros una última vez y contempló a Elsa con mayor atención. Vestía unos vaqueros remangados por los tobillos, una camisa anudada a la cintura y llevaba el pelo recogido con un pincho de madera. Una de sus manos descansaba en el asa de una maleta de ruedas y la otra sostenía una mochila de piel. La facilidad que tenía para verse bonita así de sencilla cautivó a Arantxa.

—Estás preciosa.

Elsa sonrió de un modo mecánico, como si aquel cumplido ya fuese poco original en su día a día y en su profesión.

—He traído otro par de conjuntos para cambiarme.

Arantxa no se demoró más. Se arrodilló en el suelo y ordenó su material. En cuanto Elsa vio el despliegue, alzó una ceja.

—Conque no eras profesional...

—Hago mis cosillas —sonrió ella.

Mientras se preparaba, Elsa miró en rededor con los brazos en jarras.

—Es curioso. Soy de Madrid y no conocía este sitio.

—¿Te gusta?

—Sí, es... como viajar al país de las hadas.

Arantxa rio. Estaba complacida con su reacción. La Rosaleda del parque del Oeste era un destino olvidado por el gran público. Allí no había oleadas de turistas, sino lectores solitarios, amantes que caminaban de la mano y aficionados a la botánica. En primavera era una explosión de aroma y color, pero el resto del año tampoco desmerecía su visita.

—Podríamos haber ido al Retiro o al Juan Carlos I, que es donde va todo el mundo. Pero a mí no me va lo convencional.

Elsa ladeó la cabeza.

—¿En fotografía tampoco?

—En muchas cosas.

Y no iba a entrar en detalles. Con un par de perlas por aquí y por allá iría despejando el terreno para Elsa. Quería seducirla, no intimidarla. Centrándose no sólo en su cometido, sino en el favor que le había prometido a la chica, comprobó la batería y la tarjeta de memoria y se dedicó a hacer algunas pruebas con el flash. Hasta que quedó satisfecha con el espacio y las posibilidades que le

ofrecía la puesta de sol, no se dirigió a Elsa, que esperaba pacientemente sin dejar de observarla.

—Bien, vamos allá. Comenzaremos por los planos enteros y después cambiaré de objetivo para los primeros planos. Ve al fondo y vuelve caminando —ordenó—. Quiero que me des un fluido. Relájate y yo iré sacando fotos.

Elsa siguió sus directrices al pie de la letra. El bulevar de rosas era idóneo para un reportaje de cuento, y Arantxa quiso aprovecharlo.

—Camina. Despacio, a cámara lenta. Mirada al horizonte, más arriba. Perfecto. Despacio, no tienes prisa. Eso es. Perfecto.

La fotografía es un arte que gira en torno a la luz. El secreto de su belleza reside en jugar con ella. Arantxa había escogido el atardecer por ofrecer una luz suave y cálida que embellecía los colores de la Rosaleda. Por añadidura, la espontaneidad de Elsa lo volvía todavía más mágico.

Arantxa disfrutó lo que no estaba escrito de aquella sesión. Fotografiar a Elsa era una delicia, y no sólo por su belleza, sino por su profesionalidad. Se notaba que tenía tablas. Cuando terminaron con la primera toma de contacto, se vistió con un traje negro de chaqueta y pantalón de cortes rectos, muy masculino. Arantxa se acercó a ella para contribuir con su aporte personal. Tiró del pincho de madera y le soltó el pelo. Imaginaba que, acostumbrada a trabajar de maniquí, no protestaría. De haber tenido tabaco, Arantxa le habría dado un pitillo como atrezo. Con eso habrían conseguido una imagen de *femme fatale* de los años cincuenta espectacular. Pero también habría corrido el riesgo de fumárselo ella...

Arantxa cambió a una lente más luminosa y dio paso a planos más cercanos, lo que motivó un nuevo avance. Ordenó que se posicionara junto a los nenúfares del estanque y dispuso un reflector en su soporte para matizar el acabado de la foto. Elsa ya le había dado un rol juvenil y natural, así que tocaba variar a otro tipo de registro. Con el nuevo vestuario, mostraba su lado sensual y atrayente. Era un posado más adulto que destilaba deseo y caldeaba el ambiente. Elsa no tardó en seducir a la cámara y postrarla a sus pies, cosa que también pasó con las feromonas de Arantxa.

Aprovechando que la modelo estaba metida en el papel, la fotógrafa advirtió un pequeño detalle y fue directa a por él. La blusa de Elsa tenía demasiados ojales abiertos. Arantxa abrochó sus botones uno a uno, ascendiendo perezosamente, y siendo muy consciente de lo que se ocultaba bajo la prenda.

Cuando llegó al último, musitó:

—No lo necesitas.

Primer movimiento.

Deslizó la mano por su cuello hasta la nuca, donde peinó su melena con los dedos llevándola hacia delante. Atraída por la suavidad de las ondas rubias, se demoró un poco más. Despejó el rostro de Elsa colocando un mechón tras su oreja, pálida y pequeña, y le alzó la barbilla. Tenía restos de polen bajo la boca. Posiblemente, de haber olido las flores. Arantxa sintió unos profundos celos de la rosa que habría acariciado aquellos labios rosados y llenos. Retiró los diminutos granos con el pulgar y regresó por su mandíbula hasta la oreja. Aquel lóbulo la martirizaba. Desnudo y suave como la piel de un melocotón, se volvió cálido y grana entre sus dedos. El cambio confundió a Arantxa, que observó las mejillas de Elsa y descubrió que se había puesto más colorada que un camarón.

Se apartó para poner espacio y dejarla respirar, pues parecía que se estuviera quedando sin aire. De ninguna manera habría querido incomodarla hasta el punto de provocarle un paro cardíaco. Pero, ah..., ¿qué culpa tenía ella de tener un par de ojos en la cara y la libido por las alturas? Reanudó la sesión, aunque Elsa se había enfriado. Se la veía turbada y distraída. Arantxa sabía que le estaba dando vueltas a la cabeza. Debía darse prisa en orientarla hacia otro registro para que dejara de pensar.

—Quítate la chaqueta y tumbate aquí, Elsa. Boca arriba.

La chica obedeció tendiéndose sobre el césped. Arantxa se situó a ambos lados de su cadera y encuadró la imagen desde arriba. Aquella vez no iba a tocarla. Dejó que Elsa desplegara su propia melena y adoptara las poses que más le gustaban.

—Y ahora quiero que te rías —decidió—. Vamos, acabas de recordar algo graciosísimo. Eso es. Ríete. Ríe a carcajada limpia, te acaban de contar el chiste de tu vida.

Elsa actuaba, se le daba bien, pero todo era fingido. No lo sentía. Arantxa suspiró y descendió hasta quedar en cuclillas sobre ella.

—¿Te he dicho ya lo bien que sienta merendarse al poblado pitufo al completo?

Conseguido. La risotada de Elsa fue tan espontánea que Arantxa no dudó en hacer una ráfaga. De ese arrebató saldrían muy buenas fotos, y seguro que

alguna acabaría decorando las paredes de su habitación. Minutos después, Elsa se encontraba mucho más relajada.

—¿No debería retocarme el maquillaje?

—Estás perfecta.

—Es que soy tan blanca... Y con este manto de pelo... No quiero parecer una virgen de un paso de Semana Santa.

Arantxa prorrumpió en carcajadas y Elsa se contagió de su risa. Le sentó bien. Ya ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que había reído tan alto. Quizá aquella ocasión en que Mara se resbaló patinando y acabó sentada sobre la cara de Eloy. Aquel día llegó a dudar si de verdad podía morirse uno de un ataque de risa.

Elsa la miró con ojos chispeantes. Se abanicaba con la mano y su pecho subía y bajaba recuperándose de las carcajadas. Parecía tan receptiva... Era el momento. Arantxa fue a por el segundo movimiento. Se agachó y...

—Ni te me acerques.

Se quedó congelada, a dos palmos de su cara. Elsa la señaló divertida.

—Entre esa boca y la risa pareces una bruja de Disney.

Arantxa soltó aire recuperando el equilibrio y simulando complicidad ante su chanza. La cosa estaba difícil, de eso no había duda. Primero estaba asustada y luego se lo tomaba a guasa. Tal vez Elsa sufría algún tipo de trastorno bipolar. Tampoco sería raro, Arantxa tenía un imán para las histéricas y las intensas. Aunque consideraba a Elsa cabal, tal vez sólo eran sus ganas de toparse con alguien normal por una vez.

—Vayamos a refrescarnos —propuso.

Ella necesitaba despejarse y Elsa, calmarse. Se concedieron un tiempo la una a la otra. Arantxa recogía sus bártulos con vistas a trasladar la localización y Elsa cambiaba por tercera ocasión de vestuario, como en un directo de Beyoncé.

Al ver el atuendo escogido, Arantxa se quedó unos instantes en suspenso. Elsa se había enfundado en un largo vestido de pedrería de color púrpura y lo conjuntaba con unos tacones de vértigo. Caminaba como una estrella de cine por la alfombra roja y, aunque le faltaran unos centímetros para aparentar ser tan alta como Arantxa, imponía una barbaridad. Al aproximarse, comprobó que estaba temblando. La espalda del traje era descubierta y ya no hacía calor. Por mucho que le fastidiara quedarse sin vistas y le doliera prestar lo que más quería, le

ofreció su chupa de cuero.

Juntas, se encaminaron hacia el templo de Debod. Arantxa, en un derroche creativo como los de antaño, como cuando sentía pasión y adoración por su trabajo, había tenido una idea. Era un tanto salvaje, pero visto lo zumbada que estaba Elsa, no había nada que temer.

Tan pronto como llegaron al templo y preparó su cámara, apuntó al agua con el objetivo y dijo:

—Entra ahí y vuélvete loca.

Elsa giró el cuello como la niña de *El exorcista*.

—¿Eso se puede hacer?

—¿Ves algún cartel que lo prohíba?

No era necesario, con el sentido común debería haber sido suficiente, pero Elsa no tenía de eso. Se estaba descalzando. Definitivamente, no estaba en sus cabales. Pero ¿quién era peor? ¿La dirigente o la ejecutora? Mejor no planteárselo.

—Da vueltas —dispuso Arantxa—. Vamos, rápido. Gira, ¡gira!

Tenían poco tiempo, debían apurarse.

—¡Vamos, Elsa! ¡Maréate! ¡Salpica! ¡Salpica!

Elsa se recogió los bajos del vestido, algo tarde, y pateó el agua, que no le llegaba ni a las rodillas.

—¡Eso es! ¡Echa agua fuera! ¡Vacía este sitio! ¡Déjalo seco!

Saltando, gritando, hiperventilando y, en definitiva, llena de nervio, la joven regaló unas magníficas instantáneas al objetivo de Arantxa.

—No te pares, Elsa, ¡no pares ahora, vamos! ¿Qué más sabes hacer?

Recogió agua con las manos y se la tiró encima.

A Arantxa le dio otro ataque de risa. Menudo circo estaban montando. Los turistas las grababan con el móvil y los ciclistas hacían un alto para averiguar lo que ocurría. El sol se había puesto hacía rato, no quedaba luz natural, las fotos deberían tener menos fuerza, pero con la garra de Elsa era imposible.

—¡Eh! ¡Vosotras!

Ya estaban tardando... Un guardia de seguridad iba lanzado a por ellas. Arantxa recogió las cosas de Elsa y le tendió la mano con urgencia.

—¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

Salieron a la carrera mezclándose entre la gente y escapando escaleras abajo.

Aún huían como posesas cuando se cercioraron de que ya nadie las seguía. Disminuyeron la velocidad y, precavidas, se ocultaron tras un matorral. El esprint las dejó exhaustas.

—¿Y si nos multan? —preguntó Elsa al recuperar la voz.

Arantxa chequeó las imágenes en su cámara.

—¿Por unas fotos así? Me dejaría multar una y mil veces.

Al ver que Elsa no respondía, se detuvo a mirarla. Se le había corrido el maquillaje y estaba completamente empapada. Sin poder resistirse, le sacó una foto.

—¿Qué haces? —protestó ella—. Debo de tener un aspecto horrible.

—Tonterías.

Arantxa le pasó los dedos bajo los ojos y la boca para eliminar el exceso de rímel y carmín, y le sacó una segunda. No entendía por qué, pero era incapaz de dejar de fotografiarla. Cualquiera de sus caras le gustaba y en todas ellas veía una foto para enmarcar.

Estaban muy juntas. Tanto, que la respiración de Elsa se coló breve y templada por su hombro y sintió una sacudida de placer anticipado. La joven modelo elevó la vista. En ella se veía el temor de haber hecho algo inapropiado, o quizá... el arrepentimiento tras un impulso repentino. Arantxa no habría sabido decirlo. Lo más probable es que Elsa sólo fuera una heterocuriosa más, otra de tantas, pero en aquel momento no le importó, pues, ilusa de sí, creyó que se lo pasaría bien igualmente.

—Tienes unos ojos llenos de luz —confesó inclinándose sobre ella—. Son como dos estrellas, dos supernovas. ¿Te lo habían dicho alguna...?

—Uf...

Arantxa tragó saliva.

—¿Qué pasa?

Elsa puso cara de tormento medieval y le mostró un dedo de la mano derecha.

—Me duele desde hace un rato, creo que ha sido con un rosal.

No pasaba nada, terminaría cayendo. Sólo había que echarle paciencia.

Examinó su largo dedo, coronado por una uña corta y sin esmalte, y sonrió. Le encantó aquel dedo. En la yema vio lo que ocurría.

—Tienes una espina.

«Vamos, Arantxa. A la tercera va la vencida.»

—No te haré daño, iré con cuidado —prometió, y se sorprendió a sí misma dándole un doble significado a esas palabras que nunca antes había pronunciado para nadie.

Sacó la espina con suma delicadeza y, después, ante el asombro de Elsa, se llevó el dedo a la boca. Enseguida, notó el sabor metálico de unas gotas de sangre. Su lengua tomó la iniciativa, lamiendo la herida y aliviando el dolor, humedeciendo y entibiando la piel. El pulso se aceleró en las muñecas de Elsa. Si su mirada era continua luminosidad, en aquel preciso instante brillaba como una noche de verano cuajada de fuegos artificiales. Arantxa no iba a esperar más. Sacó los dientes y...

—Tengo que irme.

Se atragantó. Dedo, mano y la mitad del brazo acabaron cubiertos de una pátina de saliva. Se tapó la cara antes de sacar también algo por la nariz.

Aquello no podía estar pasándole. ¿Qué había hecho mal? Con lo del dedo no se le resistía ni una.

—He quedado con mi ex.

Claro, porque concluir sin rematar nunca parece buena idea. A Arantxa se le hizo una bola en la garganta que tragó con profunda pesadez.

—El muy pesado no se cansa y al final he claudicado —farfulló deprisa y corriendo—. Es una larga historia.

«Que tampoco quiero oír», pensó Arantxa. La ayudó a levantarse y le devolvió sus pertenencias. Elsa ni siquiera se detuvo a hacerle frente. Le plantó su cazadora en el pecho y se marchó sin volver a abrir la boca ni permitir que lo hiciera ella. Tenía su lógica si la chiquilla temía que fuera a succionarle algo más. Arantxa se la quedó mirando con una expresión de lo más estúpida. Al percatarse del pequeño detalle por el cual todo el mundo la miraba, pestañeó incrédula.

La muy chiflada se iba descalza. Arantxa recogió uno de los tacones que había olvidado en el verdín. La silueta de Elsa se perdió al tiempo que apuraba el paso para salir de allí y poner a salvo su heterosexualidad. La fotografía estaba bloqueada. No tenía ninguna técnica infalible, por supuesto que la habían rechazado con anterioridad, pero nunca con semejante espantada.

—¡Eh! ¡Tú!

El guardia.

Con toda la elegancia de la que fue capaz, le arrojó el zapato a la cabeza y salió corriendo en dirección contraria. Mientras corría, agradeció que aquella intromisión no fuera a darle tiempo para desanimarse. Desde luego, con semejante fin de fiesta no era para menos.

8

Un Megane llamado deseo

El espejo del portal sirvió de último recurso. Mara se encontraba tan nerviosa que no podía seguir en casa ni un minuto más. Examinó su indumentaria por quinta vez. Le habría gustado lucir un bonito escote, pero el día era frío, así que, ignorando las normas de estilo de la primera cita, se enfundó un jersey de cuello alto. Sí que exhibía piernas, dado que vestía una bonita falda roja, pero las medias eran obligadas y los botines cerrados también. A ver, tampoco había mucho donde elegir. A aquellas alturas, le entraban cuatro cosas del armario...

Paseó de un lado a otro tarareando una melodía sin ritmo ni sentido. Los vecinos que se cruzaron con ella bien podrían haberla confundido con un autómata. Miró el reloj, llegaba dos minutos tarde. Seguro que pasaba de ella, seguro que se le habría olvidado, seguro que...

¡Toc, toc!

Hugo la saludaba al otro lado del cristal. Mara respiró aliviada. Abrió la puerta y, al encontrarse de nuevo, sintió que todos sus nervios se desvanecían por arte de magia. Hugo sonrió, aparentemente tan feliz de verla como ella lo estaba de verlo a él. La besó junto a la boca y, al observarla más de cerca, silbó:

—Espléndida.

—Tú tampoco estás mal.

Había cambiado su atuendo informal por unos chinos y una camisa de diminutos cuadros verdes, lo que acentuaba la tonalidad en sus ojos. Mara aceptó el brazo que le ofrecía para caminar hasta el coche, donde Hugo puso un poco de

música y arrancó el motor. Aquél era el Renault Megane de la familia. Tenía más años que los calculables, y entre eso, el tema de Fatboy Slim que sonaba en la radio y Hugo a su vera, tuvo un *déjà vu* de lo más fascinante.

—¿Lista para un día de cine?

Mara desconocía si aquello iba con segundas. Le habría dicho que mientras estuviera con él le importaba un pepino adónde fueran. Como temía que Hugo saltara del coche en marcha tras oírla, optó por callárselo. Durante el trayecto a Mara no se le escapó la manera en que él le miraba las piernas. Su mirada se desviaba en cada semáforo, demostrando lo mucho que deseaba volver a tocarla. Mara, por su parte, cortó el impulso de hacerlo allí mismo, consciente del peligro de no saber parar. Habría empezado con un roce por la rodilla, después el muslo y finalmente la entrepierna, donde habría perdido la razón y la vergüenza, y por su culpa habrían acabado estampados en la próxima farola.

Hugo aparcó en un parking del centro y luego echaron a andar. Se negó en rotundo a confesarle el lugar en el que comerían. Quería que fuera una sorpresa. Sin embargo, conforme se iban acercando, Mara se convencía más de saber adónde iban. Al llegar a la entrada del local, Hugo le cedió el paso y se confirmó su sexto sentido de la intuición.

—Aquí es —anunció muy ilusionado—. Espero haber acertado.

Aquel espacio era el 35mm, una librería especializada en el mundo del cine que también ofrecía servicios de restauración y cuyo olor a repostería recién hecha se mezclaba con el de las páginas de cientos de ensayos sobre cine. A Mara le gustaba surtirse de libros en esa tienda. Como por inercia, sus dedos acariciaron los lomos de los libros que inundaban las estanterías.

—¡Ejem! Mara... —advirtió Hugo—. No imaginaba que dieras volteretas de alegría, pero no pareces muy entusiasmada con el sitio.

Se apresuró a sacarlo de su error.

—Sí, sí, ¡me encanta! Es sólo que...

—Ya lo conocías.

Ella asintió, y la emoción infantil que iluminaba el rostro de Hugo se esfumó de pronto. Su boca se ensució con una maldición en voz alta.

—Tendría que haberlo supuesto. Seguro que ya conoces muchos sitios así por toda la ciudad.

En efecto, así era. La lista no era extensa, por lo que los había visitado todos

en numerosas ocasiones. Percibiendo lo disgustado que se había quedado Hugo con las malas noticias, tiró de su cazadora y lo besó.

—No te mortifiques. Mira la parte positiva: es la primera vez que vengo a comer.

—¿De verdad?

Mara no mentía, aunque él no sabía si creerla.

—Podemos ir a otro sitio, si quieres.

No, Mara únicamente quería ir al sitio que él había elegido para ella. El 35mm era base de conocimiento y fuente de inspiración para creativos de la industria como ella. Se sentía como pez en el agua, puede que incluso tan cómoda como siempre habría deseado en su primera cita. Le pareció el rincón perfecto.

Dándole a entender que no había nada que pensar, se adjudicó una mesa y esperó su compañía. Hugo cabeceó sonriente y se sentó frente a ella. Los años lo habían vuelto un hombre muy atractivo. El pelo al natural, en lugar de engominado, le sentaba mejor que cuando era más joven, y el tono bronceado que había adquirido su piel le daba un aire bohemio, muy favorecedor.

—¿Te apetece que pidamos un vino blanco?

Mara se encogió de hombros. Prefería la cerveza, pero daba la sensación de que Hugo era medio entendido en la materia y se dejó aconsejar. Pidió un par de copas y, en cuanto el camarero se fue, le guiñó un ojo.

—Podríamos pedir la botella, pero confieso que no quiero olvidar nada de lo que suceda hoy.

Ni ella. Los nervios habían desaparecido, pero la sensación de irrealidad seguía ahí, incapaz de despegarse de ella. Estar con Hugo era volver a sentir latir en su pecho un corazón adolescente. El retorno mental al patio del instituto era inevitable. En cuanto les trajeron las copas, Hugo alzó la suya y la invitó a brindar.

—Por nosotros.

Mara lo imitó y le dio un trago al vino. Estaba fresquito y tenía un aroma y un sabor bastante afrutado. Menuda porquería. Se preguntó dónde tendrían el grifo de cerveza.

—Tu pelo siempre me ha fascinado, ¿lo sigues odiando?

Hugo la contemplaba con melancolía, atento a cada bucle, cada pestaña, cada

lunar solitario y extraviado, y cada gesto por minúsculo que fuera. Se preguntó si veía en ella las mismas perfectas e imperfectas alteraciones que veía en él.

—Cuando Nina lo puso de moda en «OT», empecé a respetarlo.

Hugo rio, mostrando una dentadura que atrapó un labio presa de una divagación.

—Me acuerdo del día en que quisiste cambiártelo...

Los ratos tontos de la cafetería permitían a Hugo repasar temario y prepararse para los exámenes. Las abuelas ya estaban servidas y se entretenían jugando una partida a la brisca. Poco había por hacer, excepto hincar los codos por un futuro prometedor.

Chasquéó la lengua al oír la puerta. No obstante, al distinguir a Mara no pudo evitar sonreír y ponerse a faenar. Cerró el libro y le sirvió un refresco y un bol de Doritos antes de que llegara a pedirselo.

—Cuántos deberes, ¿no? —comentó al ver el fajo de folios que llevaba en su carpeta.

—No son deberes, son storyboards —aclaró ella enseñando los bráquets—. Para mi película.

A Hugo lo asombraba la capacidad de aquella muchacha para llevarlo todo adelante. A sus dieciocho años se veía incapaz de gestionar tantas responsabilidades como ella.

—¿Puedo verlos?

Mara dudó. Estaba siendo gamberro, sabía que era muy celosa de sus dibujos y sus escritos. Dio por hecho que se negaría, pero quedó gratamente sorprendido cuando accedió y le pasó los folios. Vale, no era la mejor ilustradora, pero... No, tampoco era muy buena calígrafa. Más le valía pasarlo a ordenador o ni ella misma entendería su propia película.

—Dijiste que salíais mi primo y tú.

—Sí, yo estoy aquí —respondió señalando un dibujo.

Hugo arrugó el ceño. Aquella chica o lo que fuera aquel monigote tenía el cabello largo y lacio.

—¿Y tus rizos? ¿Dónde te los has dejado?

Mara se cruzó de brazos y alzó la vista desafiante.

—Me los voy a quitar. He estado leyendo y hay un invento de las peluquerías

que te alisa el pelo para siempre.

—¿Por qué ibas a querer hacer eso?

Qué aberración. La pobrecilla no tenía ni idea de lo magnífica que era su melena salvaje. El problema, como siempre, eran sus compañeros de clase. El veneno hormonal volvía a los adolescentes seres crueles que no eran conscientes del daño que provocaban en los demás con sus estúpidas ocurrencias. Mara estaba acomplejada, y eso, aunque Hugo no lo admitiera de viva voz, lo cabreaba.

—Si accedes a esa locura, dejarás que ganen ellos. Les estarás diciendo a la cara que te importa su opinión.

—Es que me importa.

Hugo se apoyó en la barra.

—Vamos a ver, Mara. ¿qué pasaría si Adrien Brody se operara la nariz?

La muchacha puso cara de ignorancia.

—¿Que sus fosas nasales ventilarían mejor?

—No —regañó—, que perdería toda su personalidad. ¿Y si Rossy de Palma se operara... la cara entera?

—Hum..., ¿que en vez de picassiana sería costumbrista?

Hugo resopló volviendo a sus quehaceres. La imaginación de Mara lo superaba.

—Haz lo que quieras, Mara, rápatelo al cero como la teniente O'Neil si quieres, pero te habrás cargado tu sello de identidad.

Aquello caló hondo en ella. En sus labios leyó cómo repetía sus mismas palabras, saboreando su connotación y encontrándoles un nuevo sentido.

—Yo ya me había hecho a la idea de que la gran cineasta Maravillas Hidalgo tendría su propia silueta —continuó probando suerte—. Igual que el perfil de Hitchcock, pero con una orla gigante de rizos.

Mara bebió ensimismada de su refresco, sin duda, embelesándose con su imagen adulta desfilando entre los nominados a los Goya. Momentos después, pareció volver a la Tierra y lo acusó con un dedo embadurnado de tinta negra.

—Tú también quieres hacerte el láser ese para quitarte tu cicatriz.

Hugo se llevó la mano al hombro en un acto reflejo. Cuando era un crío, sufrió un accidente de tráfico con sus padres del que afortunadamente todos salieron con vida. Sin embargo, él estuvo a punto de perder el brazo izquierdo,

donde una fea cicatriz de antiguos clavos descendía desde su hombro hasta casi el codo.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Porque esto es repugnante.

Mara se señaló la cabeza.

—¿Y esto no?

—Mara...

—No te la puedes borrar —insistió—. Te da personalidad, te hace parecer importante.

Su voz se trabó con lo que fuera a decir.

—¿Importante?

—Sí, cuando te pregunten por ella siempre podrás inventarte algo. Como que te dio un bocado un tiburón.

Su ocurrencia le hizo gracia, pero también hizo mella en él. Por primera vez, vio aquella grotesca marca como el símbolo de una personalidad temeraria y no como un mal recuerdo. Sin quererlo, Mara había vuelto sus argumentos en su contra. Le dio un poco de miedo su astucia juvenil. En su clase, los chavales estaban empanados como si siguieran jugando con muñecos de Action Man, y ella ya escribía sus propios cortos.

Deseó tener una pizca del talante que le sobraba a ella.

—¿Qué pasó con...?

Hugo sabía perfectamente a lo que se refería. Se abrió la camisa por el cuello y desnudó un pedacito de la parte superior del brazo. Su cicatriz seguía allí, tan intacta como hacía diez años. A Mara le daba un poco de vergüenza confesarle que sí, que seguía manteniendo el peinado por aquella conversación fugaz que no esperaba que él guardara en su memoria.

—Me queda claro que no hemos perdido personalidad —sonrió Hugo.

Mara se interesó por él y por sus viajes. Se preguntó si habría llegado a contarle a alguien la patraña del tiburón.

—Háblame de los sitios donde has estado, Hugo. Tendrás un montón de anécdotas.

El camarero les sirvió sendos platos de pasta y uno de burrata para compartir.

Hugo asintió entretanto se cubría los pantalones con la servilleta.

—Muchísimas.

Su ruta lo había llevado principalmente por Asia y Oceanía. La zona era ideal para el submarinismo y la observación de la fauna marina, sus grandes aficiones. En todas partes vivió como un auténtico nómada mochilero, trabajando a cambio de techo y comida y conociendo lo distintas que eran las costumbres fuera de España. A Hugo le gustaba aprender bajo el agua. Centrarse en una tesis doctoral sin salir de la biblioteca o el laboratorio era inconcebible para él. Detestaba la fiebre por los títulos académicos de sus colegas de profesión. Él redactaba sus estudios sin pretensiones, ni esperar grandes alabanzas. Era feliz con una vida sencilla enfundada en neopreno en lugar de en una bata blanca.

La isla de la Paragua en Filipinas, la de Sipadan en Malasia, Koh Tao en Tailandia, Komodo en Indonesia, Ogasawara en Japón... Eran necesarias varias citas para que Hugo nombrara y describiera todos los lugares en que había vivido.

—¿Japón? —exclamó Mara—. Me encantaría viajar a Japón. Llevo mil años ahorrando para poder ir. ¿Te gustó?

—Si sólo estás interesada en Tokio y no piensas salir de Akihabara, Shibuya o Nakano, que ya te veo venir..., tu referente no soy yo —discrepó—. Ogasawara es un archipiélago inhóspito al sur de Honshū en el que apenas conviven unas dos mil o tres mil personas en total. Su principal atractivo son la fauna y la flora local, nada que ver con la fiebre *otaku* de la capital.

Mara apretó los labios.

—Pero si algún día te animas, volveré encantado para mostrarte lo que quieras —rectificó al ver su reacción—. ¿Te imaginas, Mara? ¿Volar juntos hasta la otra punta del mundo?

Una vida viajando juntos. Por supuesto que se lo imaginaba. Al igual que la autocaravana, los perros adoptados, el koala polizón, la boda en la playa y los niños con triple nacionalidad. Fantaseando no se quedaba corta. Pero sería mucho más bonito si la fantasía fuese compartida.

—Hugo, ¿por qué has vuelto?

Si tan feliz era como parecía al contarle, no se entendía su regreso a una realidad tan trivial.

—¿Quieres la versión corta o la larga?

—Quiero la verdad.

Hugo advirtió la repentina seriedad de Mara y suspiró.

—Se me acabó el dinero —confesó—. Los últimos meses fueron un desastre, no había manera de encontrar trabajo. Mi último destino fue Milford Sound, un área de fiordos de la isla sur de Nueva Zelanda. Debí de llegar en temporada baja, porque no había nada para mí y los pueblos estaban absolutamente desangelados. Gasté lo que me quedaba en un billete a Madrid. Era eso o empezar a mendigar, y admito que me gusta la aventura, pero también me gusta un lugar donde asearme y comer caliente.

Hugo dio un sorbo a su vino y, después, se entretuvo en enumerar la larga lista de destinos que aún ansiaba visitar. Era tan detallada que Mara desconectó completamente. Acababa de descubrir una verdad como un templo que la estaba devorando por dentro. No comprendía cómo no se había dado cuenta antes, oyendo su risa, el fervor en su voz, viendo su expresión nostálgica y soñadora... Reparando en un hombre cuyo corazón ya tenía dueño, y no era otro que el mar.

En aquel instante lo vio claro: Hugo no había vuelto para quedarse, se marcharía. En cuanto tuviera ocasión saldría de nuevo en pos de la costa, y no una cualquiera. Por lo visto, o interponía miles y miles de kilómetros de distancia o no se iba a ninguna parte.

Mara se culpó por ilusionarse sin medida. La enrabetó saber que tan pronto como lo había recuperado volvería a perderlo. Acompañarlo sería como un sueño, pero precisamente por eso era un deseo muy alejado de la realidad. Volvió a imaginarse de su mano con los pies enterrados en la arena de algún paraíso remoto y advirtió que la fantasía ya no era tan nítida como la anterior. Desconcertada, sintió que le picaban los ojos.

—¿En qué piensas?

Hugo tomó su mano con cariño y le besó los nudillos. Obligándola a centrarse, le sostuvo la mirada. Mara respiró hondo y sonrió como pudo.

—En que huele a tarta de manzana con canela.

—Pediremos una buena ración —propuso él, riendo.

El camarero les llevó dos generosas porciones que degustaron en un insólito mutismo. Mara creía que si hablaba sólo diría bobadas relacionadas con el destino y la justicia divina, y Hugo parecía temeroso de pronunciar palabra, dada

la extraña atmósfera que los envolvía. Entre sus pestañas, la ventana a una campiña estival se oscureció de culpa y desazón, comprendiendo que había hablado de más.

—¿De qué tienes miedo? —se atrevió a preguntar—. ¿De todo lo que he visto o de lo que me queda por ver?

Directo en la llaga y con saña. A Mara le costó reponerse de su franqueza. Digiriendo la tarta a palo seco, contestó:

—Del futuro.

Hugo arrugó el ceño. En la mirada que le lanzó a Mara se adivinaba cómo ansiaba escarbar en su interior y descubrir la verdadera colección de inquietudes que la afligían. Como se trataba de una labor de ingeniería superior, al cabo de unos segundos se dio por vencido y suspiró.

—Mara, déjalo —le aconsejó con ternura—. Ahora estoy aquí. Los dos estamos aquí. Disfrutémoslo. No sé qué haré ni dónde estaré mañana, pero hoy, mi presente, sólo quiero que lo llenes tú.

Ella asintió y se tragó su congoja. Puede que tuviera razón y lo único importante fuese el aquí y el ahora. Al fin y al cabo, planificar con detalle nunca sirve de nada. Sus fantasías no se cumplirían al milímetro. Claro que Mara no estaba segura de poder acostumbrarse a vivir al límite como él.

Se preguntó si podría darlo todo sabiendo de antemano que caería en saco roto... Si superaría su marcha y si sería capaz de asumir lo que vendría después... Irremediabilmente, la respuesta fue una barbilla temblorosa y unos ojos cada vez más húmedos y enrojecidos.

Hugo volvió a cogerle de la mano y, esa vez, la hizo levantarse. Mara se sintió aturdida cuando vio que, ni corto ni perezoso, la agarraba de la cintura y se disponía a bailar en mitad del restaurante. Se esforzó lo suyo por no parecer un pato mareado entre sus brazos.

—¿Qué haces? —farfulló.

—¿No te has dado cuenta? Esta canción sonaba constantemente en la cafetería.

Afinó el oído. Sí, era Amy Winehouse y su *You Know I'm No Good*.

—Confieso que cuando la escuchaba estos años me acordaba de ti y de lo mal que dibujas.

Mara recordó aquellos guiones gráficos tan básicos y rudimentarios como

las pinturas de un cavernario y soltó una risilla. A su alrededor, la gente cuchicheaba estupefacta.

—Nos están mirando.

Hugo acercó la boca a su oído y contestó:

—Se estarán preguntando qué hace una chica como tú con un tunante como yo.

Le dio un suave beso en el cuello, otro en la curvatura de la mandíbula y, al llegar a sus labios, rogó en voz queda:

—No estés triste.

—Lo siento —se lamentó Mara—, es mi estúpida manía de anticiparme a lo malo y nunca a lo bueno.

Hugo se ocupó de que aquello cambiara. La miró directamente a los ojos, selló una promesa en silencio y juntó sus labios con los suyos. Lo que aspiraba a ser algo dulce quedó de lado para dar paso a un arrebató de pasión. Sus lenguas se saludaron y se negaron a volver a separarse. La gula era un pecado capital y un placer en sí misma, sobre todo de la mano de Hugo, quien besaba a Mara como si fuera causa de vida o muerte. Por desgracia, los carraspeos y las murmuraciones les recordaron la ausencia de intimidad. Hugo tomó aire y sonrió contra su mejilla.

—Vas a llegar tarde al trabajo.

—Que le den al trabajo.

Mara estaba como una locomotora. No podía pretender besarla así y, después, si te he tocado, no me acuerdo. Él abogó por la cordura y, tras pagar la comida, emprendió el camino de vuelta con ella a rastras.

—No pensarás igual cuando te despidan y me lo echas en cara.

A Mara no le quedó más remedio que pensar en algo neutro y rezar por enfriarse. El autocontrol de Hugo era sorprendente. También tenía envidia de eso. Era curioso la de envidia acumulada que sentía por todo el mundo en general. Cuando llegaron al parking, Mara abrió la puerta del acompañante y la vio.

—Oh, no...

Se agachó para comprobar los daños. Tenía una fea carrera en la media, a la altura del gemelo.

—¿Qué pasa?

Casi se cayó del susto. Y no de lo asombrosamente cercana que oyó su voz, sino del repentino tacto a su espalda. Las manos de Hugo la tenían bien sujeta. En su gran culo notó su gran disposición. Fue ahí donde se dio cuenta de lo equivocada que estaba. Hugo no sabía controlarse tan bien como aparentaba.

—Nada, sólo es una carrera en la media...

Hugo se inclinó sobre ella, de modo que el cuerpo de Mara quedó acoplado al suyo como dos piezas desmontables.

—¿Le tenías mucho cariño?

—¿A la carrera?

—A la media.

El roce de sus labios al arrimarse a su cuello sacudió sus defensas.

—Es de los chinos, no valen nada.

Hugo acarició sus muslos y ascendió por debajo de la falda.

—Si te las quitas... ¿Crees que pasarás frío?

Si se las quitaba, eso iba a ser la crecida del Ebro.

—Puede que tú encuentres un modo de que entre en calor.

—Puedo intentarlo...

Mara notó la temperatura que desprendía su aliento, su piel y su erección, y se abalanzó sobre él. El choque fue una lucha de titanes. Ella pugnaba por desnudarlo y él por tatuarse las curvas de su figura en la palma de las manos. Entraron a trompicones en el coche, unidos por un beso que lo decía todo y no perdonaba nada. Entre ellos se desataron las ganas y los impulsos retenidos. Una explosión de intenciones que germinó con dureza y los envolvió en una nube tórrida y obscena.

—¿Estás segura? —preguntó él sin despegarse de sus labios—. ¿Aquí?

Mara lo miró mientras le desabrochaba la camisa con la torpeza que iba unida a su agitación. Sabía muy bien lo que quería. En aquel momento no había cabida para nada más.

—Aquí —asintió—. Y ahora.

La breve contracción en los pantalones de Hugo demostró su complacencia. Mara no tardó en desvestirlo y recrearse en un torso definido y tostado marcado por el deporte al aire libre. La cicatriz, al contrario de lo que él pensara, no afeaba su desnudez. Hablaba de él. Formaba parte de su historia y la evidenciaba en un surco pálido e irregular que Mara, al ver cómo él vigilaba su reacción, se

dispuso a besar. Su lengua ascendió en zigzag por la piel hasta el hombro, donde, al notar resistencia, propinó un señor mordisco.

—Al menos déjame cerrar la puerta —comentó entre risas.

Mara se apartó con el seso y la vista nublados por el deseo. Tras el portazo, Hugo le levantó el jersey y liberó sus pechos del sujetador. Entre sus manos se volvieron dos porciones de algodón. Los pezones asomaron como pitones entre sus dedos. Se llevó uno a la boca y lo lamió, ansioso y frenético. Una descarga recorrió a Mara de la cabeza a los pies cuando le asestó una dentellada.

Se balanceó restregándose contra su miembro, ya hinchado y presuroso por salir a participar. La fricción calentó a Mara y endureció a Hugo, quien continuaba afanado entre sus tetas. Ella agarró su pelo para tomar impulso en su vaivén, sintiendo el zarandeo en su bajo vientre, que cada vez bullía con más intensidad.

—Sabía que serían una delicia —murmuró Hugo con un pezón en la boca.

A Mara la deslumbró su deleite, una mezcla de hambre y delirio que navegaba en su mirada y lo transformaba en una criatura volcánica. Era una imagen tan atractiva y excitante que se desesperaba de ganas por tenerlo dentro. Como buenamente pudo, se incorporó. Primero, un botín en la palanca de cambios; después, otro en el hueco de la puerta, más encorvarse por encima de Hugo, remangarse la falda en la cintura...

—¿Te echo una mano?

Ella dijo que no al tiempo que se quitaba las medias. Por desgracia para los transeúntes, el parking era un laberinto atestado de ángulos mal iluminados; por suerte para la pareja, eso les venía de perlas. Mientras Mara no diera más bandazos o se sentara en el claxon, el peligro de ser vistos no era elevado.

—¡Cuidado!

Por poco se metió lo que no se tenía que meter. El prepucio del freno de mano se quedó a escasos centímetros de su entrepierna. Volvió a ponerse de pie como un elefante en una cacharrería, lanzando los botines por el aire y estirando las medias con la misma desesperación como si la hubieran amordazado con ellas.

—Menuda panorámica...

Mara bajó la vista para comprobar que tenía las bragas frente a la cara de Hugo. Su bizqueo la sonrojó de rubor y fue a sentarse, pero no hubo tiempo. Él

le bajó la prenda y pegó la boca a su sexo. El arrebató la dobló de gusto, volviéndose gelatina en los labios que la asediaban.

Se apoyó donde pudo, hecha un manojo de espasmos. Hugo tenía destreza en la técnica y avidez en el tacto. Los garabatos a lengua dibujaron sobre su sexo, inundándolo, enrojeciéndolo y cautivándolo. Las punzadas de placer retorcieron el cuerpo de Mara. Se estaba deshaciendo. Lloriqueó rogando por más. Más intenso, más rápido, más Hugo...

—Esto me va a hacer explotar, Mara...

Un nuevo trallazo le hizo perder el equilibrio. La sangre hervía bajo su piel. Hugo era todo voracidad, saliva y dientes. Avivaba su deseo a pasos agigantados, de seguir a ese ritmo creía que iría directa al síncope. Boqueando, luchando por contener el éxtasis que la perseguía, se separó de él y descendió por sus pectorales, presa de una boca incansable que besaba cada pedacito de piel desnuda a su alcance.

Hugo recogió la cara de Mara entre sus manos y continuó por su cuello, sus mejillas, su nariz y su boca, donde, impetuoso, introdujo su lengua y la esencia que arrastraba. Ella gimió, sofocada por el cúmulo de sensaciones en su paladar y, sobre todo, entre sus piernas. Con dedos de plastilina, desabrochó el cinturón de Hugo, bajó la cremallera y metió la mano en el bóxer.

El mundo se detuvo por un leve instante. La suavidad de su carne, tan dura, caliente y presta, le secó la boca. Con mimo, la acarició de arriba abajo y Hugo gimió de placer.

—Habías visto otras antes, ¿no?

La expresión extasiada de Mara debió de hablar por ella, poniéndola en evidencia.

—Claro, tonto —protestó por la interrupción—, pero la tuya es especial.

Él asintió, esforzándose por no reír.

—Es verdad, le tengo mucho cariño. Lleva conmigo desde siempre.

—Serás...

Unos labios insaciables frenaron nuevos vocablos. Hugo sacó un preservativo de su cartera y se lo puso con prisas. Mara probó aquella soñada polla al tacto y, luego, bailó sobre ella. Era el roce que prevalece al envite, el que te sacude de gusto y anticipa un aguacero de verano. Cuando el pubis de Hugo rozó la sensibilidad de su epidermis, tuvo que cerrar los ojos. Se mordió el labio,

impidiendo que ni un solo gramo de placer escapara para no disfrutarlo. Había esperado demasiado para ese momento. Paladearlo, regocijarse y exprimirlo eran imperativos de obligado cumplimiento. En ello andaba cuando Hugo entró en ella sin pausa, ni distracciones, ni precedentes.

El acople los hizo gritar. Mara clavó las uñas en los hombros de Hugo y rebotó sobre él una vez y otra y otra... Intentó dejarse caer, pero él marcaba el ritmo. Sus manos en su cadera la alzaban como un saco de serrín, estableciendo una velocidad que se volvió intensa y brutal.

Los jadeos de Hugo se colaron por su oído, aturdiéndola y llevándola al límite. Justo lo que quería y como lo quería. Duro, enrojecido, sudoroso, imparable, implacable... El Hugo de sus fantasías. El que anulaba su razón y ensalzaba su apetito, el que no tenía ni competencia, ni imitador, ni parangón. Ese Hugo, el mismo que apretaba los dientes, le arrojaba una mirada impaciente y aullaba:

—Vamos, Mara... ¡Fóllame!

Ella gritó también. Espléndida, exultante, boyante... Aquella orden la espoleó como una descarga eléctrica. Si eso era lo que ansiaba, ella se lo iba a dar. Salió de él y, con cierto nivel de aparatosidad, se puso de espaldas. Le ofreció una panorámica distinta, la de la retaguardia.

Interpretó el silbido de Hugo como una genuina sumisión. Su polla golpeaba su coxis conforme buscaba una entrada que Mara le facilitó con la mano. Según se abría paso, llenándola de nuevo, las manos de él se demoraban pellizcando sus pezones. El cóctel, unido a los jadeos de Hugo, la lanzó directa y sin frenos a las puertas de la culminación.

Sin dilaciones, se buscaron y se embistieron el uno al otro. Allí no había cabida para la delicadeza o las palabras bonitas. Se dedicaron a devorarse mutuamente en cuerpo y alma. Mara retozaba hasta que una mano aterrizó en su nalga derecha y cortó el aire, la barrera del sonido y su respiración. Hugo se detuvo.

—¿Te he hecho daño? —preguntó abrazándola.

—¡Repítelo!

Estaba al borde del precipicio y, entre su dedicación y la mano larga de Hugo, explotaría más pronto que tarde. Los descensos se volvieron cada vez más rápidos y contundentes. Hugo tiraba de ella con fuerza, acelerado, desbocado...

Mara abrió bien las piernas hasta el límite; las agujetas se lo recordarían, seguro, al día siguiente. Caía febril y agitada. El calor se arremolinaba donde la penetraba, creciendo y expandiéndose sin demora por todo su organismo.

Hugo no aguantó más. Tras un envite seco y certero, se corrió gruñendo de satisfacción. Mara siguió moviéndose. No estaba a mucha distancia del orgasmo. Podía notarlo. El oleaje ya la alcanzaba. Se avecinaba marejada. Iba a sacudirla y a zarandearla. Todo le daría vueltas. Se hundiría. Ya la veía. Ahí estaba. Era *La gran ola de Kanagawa* e iba derecha a por ella.

Mara cerró los ojos y se entregó. Y, sí, se hundió. En la más absoluta nada. Porque eso fue lo que pasó. Nada. El bloqueo entró por su cerebro tan silencioso como la peor de las tragedias. La saludó socarrón, sin intención alguna de marcharse. Al contrario que el clímax, quien dijo adiós y se fue cabalgando la ola, demorándose, burlándose de ella, barriendo con su autoconfianza y haciéndole un feo corte de mangas para después desaparecer.

Atolondrada, estupefacta y un sinfín de adjetivos más relacionados con su bobería momentánea, extendió la mano por encima del salpicadero. Como si pudiera alcanzarlo, gritarle y obligarlo a traspasarla tan abrasador como lo era en sus sueños, estiró los dedos al borde de la dislocación. Hugo bombeaba agotado a su espalda. Ella no recordaba haberse parado. Los ojos se le arrasaron en lágrimas.

Fue entonces cuando la ingeniosa y creativa Mara hizo lo que ya había hecho antes, pero añadiéndole una nueva variable: unos remordimientos que le encogieron ovarios, hipotálamo y corazón. Mara fingió. Lanzó unos «¡Oh!», otros «¡Ah!», unos «¡Sí, sí!», unos «¡Uy, uy, uy!» y lloró una disculpa por dentro.

Hugo se derrumbó sobre ella con el pulso disparado y la respiración en igualdad de condiciones. Mara leyó su sonrisa en la piel y su preocupación por que lo hubiera notado mitigó considerablemente. Él la obsequió con un sendero de pequeños y cortos besos por el costado. Ella apenas podía soportarlo, no aguantaba su cercanía. Se sentía falsa y desmerecedora de su cariño. Temblorosa, quiso abrir la puerta para vestirse.

—No, no salgas —le impidió con dulzura—. Podrían verte. Déjame ayudarte.

Le colocó sus botines con ella aún sentada en el regazo, y le bajó el jersey y

la falda con tiento y afecto.

—Perfecta —comentó besándola en el cuello.

Hugo terminó de ponerse la camisa y abrocharse los pantalones y se fue a tirar el condón. Al regresar, sin ser conocedor del melodrama que se cocía en el ambiente, sonrió y arrancó el coche.

Mara sintió un calor tremendo, aunque ya no se trataba de la pasión, sino de la vergüenza, la misma que también encendió sus mejillas. Hugo parloteó algo en el camino de vuelta, pero ella tenía la mente perdida entre el arrepentimiento y la desdicha victoriana. Aquel incidente tendría que haber sido fruto de los nervios, el exceso de vino o una carencia de vitaminas. Incluso podía tratarse del coche. Mara no era muy buena en los espacios reducidos, de haber tenido libertad de movimientos... Ya nunca podría saberlo.

Se estaba poniendo muy nerviosa. Tenía que calmarse. No era para tanto. A veces esas cosas pasan. Hacer una montaña de un grano de arena no iba a compensarla con todos los polvazos que la vida le debía. Para cuando quiso seguir divagando, descubrió que ya habían llegado a su portal.

—Gracias por traerme —articuló.

—Mara, ¿te encuentras bien?

Un deje incómodo marcó el tono de Hugo, lo que la obligó a enfrentarse a su escepticismo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te despides de mí como si fuera tu conductor de Uber.

Acosada por los nervios y las sospechas de Hugo, ella jugueteó con uno de sus rizos, tensándolo como un elástico. Si se mosqueaba por un silencio, no se podía imaginar lo que supondría contarle la verdad. No quiso tentar a la suerte.

—Lo siento, creo que es un bajón de azúcar —mintió—. Pero no pasa nada, tengo caramelos en el bolso.

«Como las viejas. Caramelos en el bolso y un orgasmo al año.»

—Es por mi culpa, ¿verdad? Te he hecho daño.

A Mara la pilló muy de sorpresa aquel cambio de reacción.

—¡No!

—Te he hecho daño, dime dónde, Mara, dímelo —repitió muy afectado—. Soy un jodido bestia... Dios... Hacía tiempo que no me sentía tan vivo con nadie y he perdido los papeles.

Ella le acarició una mejilla de vello incipiente y lo besó para calmarlo.

—Si cuando pierdes los papeles lo demuestras así, estaré encantada de venir a amansarte.

Le arrancó una sonrisa y un suspiro. Habían sido brutos, pero Mara no lo quería de otro modo. La intensidad con la que bebía y se alimentaba de ella le había hecho ver las estrellas, aunque sólo unas pocas, no un firmamento.

Hugo juntó su frente con la de ella.

—Quería que fuera algo especial y nos lo hemos montado en el viejo coche de mis padres. —Ambos sonrieron, cómplices de su arrebato—. Aunque no dudo de que contigo sea especial en cualquier caso.

Mara se sintió aún más culpable. Habría preferido que la lanzara a la acera de una patada en el mismo culo al que tanto le gustaba zurrar. Hugo la besó recuperando la exaltación previa y mordisqueó su labio inferior. En sus ojos seguía quedando apetito. En las bragas de Mara también.

—Que tengas un buen día, Maravillosa —rio—, nos vemos en La Estación.

Ella también deseó tener un buen día. Al menos, deseó que mejorase y no la sumiera en el origen del futuro drama de su vida.

*Mara Jones, en busca del orgasmo
perdido*

Arantxa leyó el mensaje por segunda vez. Había estado escribiéndose con Lidia, su ex, en relación con el posado que iba a hacerle a su hermana. Querían que fuera cuanto antes, ya que la mujer estaba de más de treinta semanas y cada vez se notaba más pesada. Arantxa aún debía alquilar un estudio, y Lidia se ofreció a buscar con ella el más adecuado. Siempre había sido una publicista con una agenda muy ocupada, no comprendía a santo de qué tenía tanto interés en pasar tiempo con ella.

¿Querría volver? Es más..., ¿acaso seguían juntas y ya no lo recordaba? Arantxa y ella habían cortado y vuelto tantas veces que ya no sabía en qué punto se encontraban. Como a Lidia le diera por preguntar a qué se había dedicado los últimos meses, se iba a llevar un buen susto.

Arantxa guardó el móvil desistiendo de la conversación y, tras recogerse el pelo, salió al mostrador. Su compañera cobraba a una pareja y había un par de clientes esperando. Se concentró en su trabajo, repartiendo encargos ya pagados, ayudando con el programa digital de revelado y tomando nota de nuevas impresiones de caras felices en ositos de peluche y cojines con forma de corazón.

—¡Hola!

Se quedó pasmada al ver a Elsa, quien sonreía de un modo extraño. Arantxa no había visto antes aquella mueca entre la emoción y la neura. Cargaba un par

de bolsas y se la veía especialmente agitada entre el resto de los clientes. La descolocó tanto que no supo interpretar aquella inesperada visita. ¿Querría usar su baño? ¿Por eso se movía tanto? Pensaba que tras su desbandada no iba a volver a verla ni en pintura, pero claro, tenían un asunto pendiente.

—Si vienes por el *book*, todavía no me he puesto con él, no he tenido tiempo. Elsa negó con la cabeza.

—He ido a hacer la compra y al pasar por delante he recordado que dijiste que trabajabas aquí, así que me he dicho... «Voy a decirle ¡hola!» —Y procedió —: ¡Hola!

El desconcierto de Arantxa se intensificó. Se cruzó de brazos y la repasó con ojo clínico. Iba ataviada con un vestido azul, botas y una levita de punto, de esas que ya no se llevaban, pero que en Elsa parecía atemporal. Tenía las mejillas y los labios arrebolados y todo el aspecto de sentirse más perdida que Marco en el Día de la Madre. Cuando vio que iba a retroceder y a marcharse le ofreció tomar un café rápido. Ella aceptó y Arantxa dejó a su compañera al mando.

—Volveré dentro de un rato, no me llames. —Y puntualizó—: Para nada.

Como si reventaban las máquinas, nadie iba a turbar sus diez minutos con Elsa. Se sentaron a una mesa del restaurante donde solía comer con Mara y Eloy e hicieron su pedido. Elsa estaba ensimismada, mareando su café con la cuchara. Arantxa aprovechó para romper el silencio.

—¿Hoy no tienes clase?

—¿Eh?

Arantxa rio. Aquel día Elsa era como un despiste con piernas.

—Dijiste que estudiabas Artes Escénicas.

—Ah, sí, sí, tengo clase por las tardes —aclaró—. Estoy muy contenta, la escuela a la que voy tiene un programa y un profesorado de lujo.

—¿Qué vas a hacer cuando te den el título?

Imaginó que volaría a Los Ángeles y lucharía por el Oscar a la Mejor Actriz como una jabata. Igual que todas.

—Me gustaría fundar mi propia compañía de teatro.

Arantxa la miró con interés renovado.

—Ya, mis compañeros piensan lo mismo —añadió ella al ver su cara—. Dicen que es dinero tirado. Pero ¿qué le hago? Me encantan los escenarios. Poder adaptar los clásicos y hacer una gira representándolos sería mi sueño

hecho realidad. Aunque, de momento, lo único que me da para vivir son pequeños papeles publicitarios y los posados.

Cuánto arte y virtuosismo aglutinado en un cuerpo tan pequeño. Desconocía que derrochara tanta pasión por el mundo del teatro. Claro que tampoco se había preocupado por saberlo. Después de todo, tan sólo estaba interesada en una cosa de Elsa.

—Espero que las fotos del otro día te sirvan de algo.

Elsa dio un sorbo a su café y le dirigió una breve pero significativa mirada.

—Sobre eso..., tengo que decirte que disfruté mucho de la sesión. Normalmente no conecto tanto con el fotógrafo. Me hiciste sentir muy cómoda, gracias.

¿Eso era un cumplido? ¿Un flirteo? Lo era, ¿no? Arantxa no estaba segura. De haber sido cualquier otra, se habría lanzado sin pensarlo, pero Elsa... Aquel numerito mencionando a su ex sin venir a cuento la traía de cabeza, y, de repente, le daba por presentarse en su lugar de trabajo. Cada señal era más confusa que la anterior.

—Por cierto, tú no tendrás mis sandalias, ¿no? Creo que se quedaron junto al templo.

Arantxa recordó su marca personal en lanzamiento de tacón y tragó saliva.

—Ni idea.

—Qué pena, me venían fenomenal para la audición.

—¿Tienes una audición? Enhorabuena.

—Sí, es para un anuncio de galletas —comentó y sacó su móvil para mostrárselo—. Vi la publi del casting y no dudé en llamar.

Arantxa leyó por encima. Fue a devolvérselo cuando algo le llamó la atención.

—¿Has tenido que llamar a un 806 para que te citen?

—Sí, eso me extrañó un poco, pero necesito el dinero. Ojalá paguen bien.

La ingenuidad de Elsa alertó a Arantxa en más de un sentido.

—¿Te importa que te acompañe? —preguntó sin pensarlo—. Por curiosidad, como colega del gremio. Nunca he ido a una cosa de éstas.

Elsa pareció sorprendida en un principio, pero luego se mostró conforme.

—Claro, se lo pedí a mi compañera de piso, pero ella... ¿Ése es mi pasador?

Arantxa se llevó la mano al pelo. Sí, era el pincho de madera que le había

quitado en la sesión y se había guardado a escondidas en la bolsa de la cámara. Menuda pillada...

—¿Lo es? —fingió, quitándoselo para devolvérselo—. Ya decía yo que no tenía nada parecido.

Elsa sería loca, despistada y tal vez ingenua..., pero estaba al tanto de los sutiles movimientos de Arantxa. No se creyó ni una palabra.

—Quédatelo —le ofreció—. Tengo un montón.

Arantxa no rebatió. Si dejaba de usarlo para evitar que se lo viera puesto, al menos le serviría cuando practicara vudú con su querido ex.

* * *

Mara llevaba un par de días sin acudir a La Estación. Estaba muy ocupada con el argumento del largometraje que debía presentar. En clase les habían pedido una primera aproximación al proyecto de fin de curso y se lo estaba tomando muy en serio. Hasta entonces sólo había escrito cortos y se encontraba tan nerviosa como emocionada.

Aquella excusa estudiantil le valió también para poner distancia con Hugo. Resultaba irónico, dadas las ganas que tenía de verlo, de tocarlo... Todavía no entendía lo que había sucedido. En su ignorancia, lo achacaba a altos grados de impaciencia y excitación. Pensaba que si se daban un tiempo sus nervios se calmarían y tendría mejor suerte. Lo último que quería era obsesionarse con el tema y empeorarlo. Por eso se dedicó a hincar los codos como nunca lo había hecho en su vida. Si no se graduaba con honores era porque no le daba la gana.

Acabó de cambiarse y de recoger sus apuntes en el vestuario de los multicines. Los ratos tranquilos en taquilla venían de lujo en época de exámenes y proyectos abiertos. Al salir, se encontró con los dos chicos de cabina llevándose las manos a la cabeza y mordiéndose las uñas respectivamente.

—Mara, necesitamos tu ayuda en la sala cinco. Se trata del sonido.

Aquel plañidero era el nuevo fichaje de la corbata y la rosa mustia. ¿Cómo habían dicho que se llamaba? Ovario o algo así...

—¿Qué es lo que ocurre?

Entre gesticulaciones y voces de pito, le explicaron a grandes rasgos la problemática en cuestión. Mara discurrió por unos segundos.

—¿Se oye como en una cueva?

—Sí.

—Llamad a un técnico. Hay que suspender la sesión.

Una sucesión de gritos histéricos llenó el vestíbulo y terminó con la tranquilidad. Mara suspiró.

—Algún día quemaré este cine.

Su compañera de taquilla, que también se disponía a cambiarse, le sonrió con aire misterioso.

—Ha vuelto el chico de *Transformers 5*.

—¿Quién?

Siguiendo su gesto, salió al pasillo del centro comercial y descubrió el enigma. Hugo la esperaba apoyado en una columna con una caja de pizza en una mano. En ese preciso instante echaba un vistazo al reloj que llevaba en la otra.

—Un poco más y me convierto en calabaza.

Mara abrió la boca, mas no supo qué decir. Hugo lucía la cazadora de piel abrochada y ceñida sobre unos vaqueros de cintura baja que exhibía como un modelo de catálogo. Las ondas del pelo medio revueltas daban pistas sobre el tiempo que llevaba dando vueltas por la zona y, por si fuera poco, lo acompañaba la esencia de su pizza preferida. La combinación era insuperable. Tenía los sentidos aturdidos.

—Sé que tienes mucho que estudiar —alegó—, pero también necesitas evadirte y pasar tiempo con gente interesante, y da la casualidad de que hoy es mi día libre y me tienes a tu entera disposición.

Aquel apunte le derritió el seso.

—¿Cuál es el plan?

—Había pensado en pizza, peli y lo que surja —respondió con una embaucadora sonrisa.

Ella entró en el juego haciéndose de rogar.

—¿Y qué pasa si estoy tan cansada que me quedo dormida a mitad de película?

Hugo estrechó una mirada feroz.

—Oh, Mara... Eso me lo pienso cobrar con intereses y no tengo ningún reparo en ofrecerte un adelanto. Ven aquí.

Sin más preámbulos, la agarró de la chaqueta y sus labios chocaron contra

los suyos. En aquel beso insaciable, a Mara se le fundieron algo más que los plomos. Era demasiado bueno como para poder resistirse. Marcó el final de la prórroga y el pistoletazo del paso a la acción. Se enganchó a su brazo y tiró de él, reticente a la pérdida de contacto.

—Vámonos ya, ni tú ni esa carbonara os vais a escapar.

Hugo pestañeó.

—¿Cómo lo has...?

Un nuevo beso acalló su curiosidad. El camino entero estuvo lleno de besos. Besos y arrumacos hasta llegar al portal de Mara, desde donde accedieron al rellano. Allí se toparon con Arantxa, quien caminaba en su dirección mascando chicle con cara de pocos amigos. Para no variar.

—¡Hey! —saludó Mara—. ¿Vas a salir?

—No, estoy entrando de culo, ¿tú qué crees?

Se metió en el ascensor y apretó el botón de bajada cuando Mara interceptó la puerta.

—¿Eloy está en casa?

Arantxa asintió.

—Se ha encerrado en su cuarto. Se la está cascando con Clementine por Skype.

—Ah, bueno, entonces eso le llevará un buen rato —comentó Mara y, después, sonrió—. Como a mí lo mío.

—Mmm... —Arantxa ronroneó—. Mira qué afortunados ellos, zumbando a coro toda la noche.

—Lo sé, ¡¿a que es genial?!—

—Una mierda seca, eso es lo que es.

Acto seguido, cerró la puerta y desapareció. Hugo tosió levemente y comentó:

—Se ve que te quiere mucho.

—Uy, sí, somos como hermanas.

Ambos entraron en el piso y ella saludó a *Goku* cogiéndolo en brazos. Se lo presentó a Hugo dándole la pata y, luego, le enseñó brevemente las zonas comunes. Éste estaba embobado contemplando los carteles y las fotografías de las paredes.

—Ya están tardando en declarar este piso patrimonio cultural...

Mara soltó a *Goku* y se quitó la chaqueta.

—¿Arantxa vende alguno de estos retratos? —preguntó él.

—No, ninguno. Si están aquí es porque tienen un valor sentimental para ella. Todo lo que vende lo tiene en internet. ¿Te ha gustado alguno en concreto?

Hugo señaló el que había despertado su interés, un primer plano en blanco y negro de Mara pillada *in fraganti* en medio de una carcajada.

—A mí no me gusta —confesó—. Mira qué buzón me sacó. Parece que le voy a pegar un bocado a un diminuto.

—Afortunado diminuto... —murmuró él.

Ella lo cogió de la mano y lo condujo a su cuarto, donde, buscando intimidad, cerraron la puerta y se pusieron cómodos. No había problema porque otros perturbaran su noche. Lo que quería era evitar perturbársela a los demás.

Mara y Arantxa sabían que Eloy era silencioso. Bien podría estar estudiando o corriéndose como una boca de riego, que por su puerta nunca se oía un carajo. Mara le había advertido que colgara algo de su manija, pues ya lo había cazado dándole a la manivela y el tema no le hacía ninguna gracia. Pese a ello, él se lo tomaba a broma y, olvidándose del asunto, volvía a encerrarse y retomaba sus sigilosas eyaculaciones.

Hugo rebuscó entre las carátulas para escoger película. La habitación de Mara era lo suficientemente grande como para que cupieran una cama, un escritorio amplio, un baúl lleno de atrezzo, cuadernos y cintas antiguas, un armario y un montón de estanterías a rebosar de libros, películas en DVD y alguna que otra figura de colección. Estaba orgullosa de aquel rincón. Quizá era algo recargado o resultaba caótico a simple vista, pero ella sabía que en su caos se escondía el orden de una coleccionista maniática y felizmente trastornada.

Decidieron ver algo ligero y se echaron sobre la cama para degustar la cena. La película no era relevante. Se trataba de una cinta más de los noventa. La típica comedia que te ponías de fondo cuando te era indiferente seguir la trama o no, cuando con los gags te bastaba para retomarla y comprenderla. Mara le dedicó más atención a la pizza, pero, como era de esperar, se había congelado por el camino y, entre eso y el plato tan succulento que tenía al otro lado del colchón, se volcó en lo que realmente merecía la pena e importaba.

Empezó con roces y juegos de pies, piernas que se enredan, besos en el cuello, dedos que se pierden en cabello ajeno, que si «Uf, qué calor de repente,

pues me quito las bragas», que si ropa por aquí y por allá pero ninguna encima, duelo de uñas, dientes traviosos y piel en llamas.

Hugo era muy apasionado. Su entrega venía marcada por manos que restregaban, pellizcaban, apretaban con fuerza y que, en definitiva, buscaban poseer. Mara gimió en medio de un torbellino de emociones y cerró la mano en torno a su miembro. Estaba caliente y durísimo. Lo acarició de arriba abajo. Hugo echó la cabeza hacia atrás, rompiendo un beso. Los dos estaban sudorosos y jadeantes, más que listos para fundirse el uno en el otro.

No obstante, a ella la asediaron las dudas. Si ella tenía problemas para culminar, era posible que Hugo tampoco hubiera lanzado cohetes la primera vez y que aquello se tratara de su segunda oportunidad.

—¿Qué ocurre?

Desde luego, la cara de Mara era el espejo de su alma.

—Estaba pensando...

—Mal.

Ella sonrió y agarró su pene con más fuerza.

—Pensaba que si hay algo que te gustase hacer preferiría que me lo dijeras. Es decir..., que si tienes alguna fantasía con la que crees que te desmadrarías, a mí me encantaría cumplirla por ti.

Todo fuera porque ambos disfrutaran por igual.

—Retiro lo de antes —bromeó—, pero no, no hay nada. Así está bien.

—Venga ya, eso no hay quien se lo crea.

Hugo bajó la vista al tiempo que llenaba sus manos con los pechos de Mara. Era reacio a contestar y, sin embargo, parecía que tuviera una idea en la punta de la lengua.

—Vamos —insistió ella—, quedará entre tú y yo. Te lo prometo.

Era prometer demasiado, pero la necesidad de convertir aquello en algo perfecto pudo con su honestidad. Los ojos de Hugo brillaron con deleite. Pellizcó una teta a su gusto y, cuando Mara chilló de la impresión, habló contra su boca.

—Me gustaría ver cómo te tocas —admitió—. Ver cómo te retuerces y te deshaces tú sola, bajo tu propio mando, sin prisas, sin ropa y sin ataduras...

Sus brazos la estrecharon contra él.

—Entrar a hurtadillas, ser testigo de tu lucha frente a tus preciosos dedos y

salir sin que te des cuenta... Una tortura y un espectáculo a partes iguales.

Mara se rindió a la oleada de fuego que la invadió al oírlo. Se aferraron con uñas y dientes, y se besaron derritiéndose cautivos el uno del otro.

—¿Te lo has imaginado?

Hugo sonrió de medio lado.

—Un poco. ¿Y tú, Mara? ¿Tienes fantasías?

Bueno, a ella con correrse le valía. Pero ya puestos...

—Quiero que repitas lo que me hiciste en el coche. Mira. —Tomó su mano y la llevó a su sexo, acariciándose a sí misma—. Ya estoy empapada. Imagina cómo será cuando me corra en tu cara.

Iba directa a por el premio seguro. Los preliminares de la otra tarde fueron de lo más halagüeños. Los quería de vuelta. A Hugo no le hicieron falta súplicas. En su mirada se advertía su ansiedad y grandes dosis de lascivia en aumento. Se tumbó de espaldas y recibió a Mara en la boca. Ella hizo lo propio sobre su abdomen y, arrastrando la mano por su vello púbico, llegó hasta su polla, que se erguía ansiosa y expectante.

Cerró los ojos regocijándose en su cometido. Ayudándose de la mano y enroscando su lengua como en un polo de verano, succionó con avidez. Entre las piernas de Mara se originaba una tempestad y, furtivamente, cada vez más rápida y más aguda, ascendía por sus venas. Ella gritó con la boca llena. Le vibraban hasta las pestañas. Hugo usó los dedos. Largos y rudos, la penetraron con fuerza, azuzándola y acometiendo contra sus defensas.

Ambos se degustaron con pericia, instinto y ardor en estado puro. El placer propio los apuraba y los dejaba sin resuello. Mara chupó sin reposo y sin delicadezas. Quería acelerar los acontecimientos, que se intensificaran. Escupió y deslizó su saliva desde la base hasta el glande. Se le resbalaba en la mano. La acogió en el interior de su paladar, anegado y dolorido, y la endureció como una barra de hierro. Casi no le cabía en la boca, se atragantó. Al comprobar su estado, se relamió satisfecha y volvió a metérsela a conciencia.

Aquella polla estaba a punto, daba muchas sacudidas.

—Mara, me corro —anunció Hugo entre dientes—. Si quieres cumplir otra de mis fantasías, haz que sea en tus tetas... ¡Ya!

Mara se la sacó justo a tiempo para que se derramara sobre sus pezones. En un par de fricciones, los trallazos dieron de lleno en su objetivo. Hugo se relajó

notablemente y dedicó unos instantes a serenarse, pero enseguida volvió a su cometido.

Oh, sí, ahí estaba. Iba y venía dándole una de cal y otra de arena. Avivando y apagando la lujuria. Prometiendo y rechazando. Un balancín de emociones fuertes que estaba quemándole el pecho. Hugo le hincó un colmillo y ella gritó.

Se irguió y se sentó en su cara. Bailó sobre él. Haciendo fuerza, física y mental, desató sus ligaduras y boqueó, presa de lo que se avecinaba. La habitación comenzó a dar vueltas. Los carteles se sucedían con fotografías e ilustraciones. Como una rueda de la fortuna, Mara se cruzó con sus mayores héroes y debilidades.

James Stewart la captó con sus prismáticos en *La ventana indiscreta*. Ella sollozó de rabia e impotencia. Creyó que no lo conseguiría, que la precipitación y la maña no servirían con ella. Por fortuna, Hugo palmeó su trasero y recibió una fuerte contracción. Alzó la vista al techo y lo advirtió. Fue a su encuentro, corriendo, cuesta abajo, sin frenos... Se iba, se escapaba de nuevo, y Mara sintió unos deseos inmensos, no ya de correrse, sino de llorar y soltarlo todo. Furiosa y desesperada, apretó la mandíbula y clavó las uñas en carne fatigada y febril.

Chocó de golpe con él. Fue un orgasmo rápido e imprevisto. El impacto, breve pero intenso, la recorrió entera. Sin poder salir de su incredulidad, cayó sobre Hugo, quien continuaba amarrado a sus muslos con el rostro y los dedos enrojecidos.

Mara tomó aire. Lo había conseguido y, aun así, seguía teniendo ganas de gritar de frustración. No entendía nada. Ni quería hablar, ni pensar, ni abrir los ojos, ni jugar a las adivinanzas. Sólo quería que todo estuviera bien, que se arreglara a toque de varita mágica. Lo de Hugo tenía que funcionar, no había otra opción. Rendida al agotamiento y al desconcierto, dejó la mente en blanco y, echándole paciencia, imitó a Hugo y se quedó dormida.

Apetece, que no es poco

Se tomó unos segundos para calmar el pulso. Cuando volvió a recuperar el aliento, sacó un paquete de clínex del cajón y usó uno para retirar las últimas gotas de su excitación. Al otro lado de la pantalla del portátil, Clementine se subía los tirantes del camisón y recolocaba su cámara.

—Eloy, esto es un asco.

El aludido se limpió las manos y encestó el pañuelo en la papelerera.

—Vaya, gracias.

—No, cielo, ya sabes a qué me refiero.

Sí, el sexo virtual era una porquería. Lo sabía Eloy y el resto del mundo. Sin querer entrar en la materia que tanto detestaba, volvió a ponerse el bóxer y se dirigió hacia la pila de libros de su mesa. Era sumamente ordenado con sus pertenencias. Le gustaba mantener su espacio limpio y presentable, y se pasaba el día alentando a sus compañeras de piso a hacer lo mismo.

Lo achacaba a sus costumbres en la clínica, pues allí todo debía estar impecable. En el mostrador de recepción tenía el mismo puñado de pósits que decoraban la pared de su escritorio. Anotar recordatorios para organizar sus tareas era una manía que lo perseguía desde mucho tiempo atrás. Le parecía fundamental para los estudios y, como a pesar del paso de los años él continuaba saltando de curso en curso como una ficha del juego de la oca, lo seguía manteniendo.

—¿Cuándo tienes pensado venir?

Clementine recorrió con la mirada los nervudos brazos de Eloy, que se estiraron para recogerse el pelo en una coleta.

—Tal vez a finales de año.

La chica se llevó las manos a la cara imitando a la perfección la versión animada de *El grito* de Munch. Cada vez se veían con menor frecuencia. Era una discusión reincidente en su relación, de la que Clementine se quejaba constantemente y a la que Eloy no le encontraba ningún sentido. Ajeno a su disgusto, se dispuso a distribuir varios ejemplares teóricos sobre animales exóticos.

—¿Sabes qué? —dijo ella tecleando con garbo—. Voy a comprar un billete ahora mismo para felicitarte el cumpleaños en persona.

A Eloy se le cayeron todos los libros al suelo. Sus ojos se redujeron a un par de tofes rancios y descoloridos.

—¿Tan pronto?

—Necesito tocarte. Y que me toques —gimoteó ella—. Además, me muero por volver a beber buen vino y comer queso manchego.

Eloy soltó una carcajada. Por un lado, la pronunciación de ambos términos en inglés resultaba hilarante en Clementine y, por otro, aquélla era una inclinación de lo más previsible entre todos los ingleses que conocía.

—Compraremos todo lo necesario para preparar unas tapas en casa.

Clementine mezcló un puchero con un gesto de ruego.

—Sí, ¡por favor!

A Eloy se le pasaron varias ideas por la mente. La visita de Clementine podría resultar positiva al fin y al cabo. Sonrió y colocó sus apuntes con cuidado de no tirar ningún Nendoroid de su modesta pero preciada colección. El sueldo se le iba en manga y *merchandising*. Era un maestro estirando su nómina, pero con que se descuidara un poco le iba a llegar para el alquiler y un calzoncillo.

—¿Con qué estás ahora? —preguntó ella al verlo trajinar sin descanso.

—Japonés. Mañana tengo que entregar unos ejercicios.

Dicho aquello, se sentó y abrió su cuaderno. En una esquina vibró su móvil y lo cogió con verdadero interés.

—¿Esperas una llamada importante? ¿A estas horas?

Uno de los defectos de Clementine era su nula cualidad para las dotes interpretativas. Disimulaba de pena. Aquel ramalazo de celos no le pasó

inadvertido a Eloy, pero, por hábito, lo dejó estar.

—Estoy esperando el correo de la asociación de la que te hablé.

Un hospital veterinario destinado a la fauna salvaje, concretamente. Hacía tiempo que la posibilidad de marcharse rondaba por la cabeza de Eloy. Inglaterra le había sentado bien, pero para él ya había cumplido su ciclo, y con Madrid le estaba sucediendo algo parecido. Valorando distintas actividades y destinos, escogió un voluntariado en un pueblecito remoto de la Extremadura profunda, un proyecto de un año para colaborar con la recogida de animales salvajes heridos y su posterior tratamiento. Era duro y requería dedicación absoluta, justo lo que necesitaba.

—¡Son ellos! —exclamó nervioso.

—¡Rápido! ¡Léelo!

Deslizó el dedo por la pantalla hasta llegar a la parte que le interesaba y comenzó a leer.

—Sí... —se mostraban encantados con su colaboración—. Sí... —toda ayuda era poca—. Sí —lamentablemente...—. ¡No!

Enojado, lanzó el móvil a la cama, donde rebotó un par de veces por el colchón.

—No quedan plazas...

Clavó los codos sobre la mesa y se sujetó la cabeza con las manos como si llevara todo el pesar acumulado en un mismo sitio. Clementine se apiadó de él.

—Lo siento mucho, cielo. Sé cuánto deseabas ir.

Eloy le contaba muchas cosas a Clementine. Era una buena confidente y sabía escuchar. Estaba al tanto de la intención que tenía de buscarse la vida en otra parte. No tenía por qué ser algo definitivo, aunque prefería no establecer una fecha de vuelta.

El problema, por supuesto, era cómo se lo tomarían las chicas. Cuando planteó realizar un viaje durante el puente, lo hizo con el objeto de dar la noticia entonces. Con lo que no contaba era con tener que volver a empezar de cero con su búsqueda laboral.

—Vamos, no te deprimas. Ya saldrán otras oportunidades.

—No, no lo entiendes, Clementine. Necesito salir de Madrid.

—¡Pues ven a Londres!

Le entró la risa. Siempre barriendo para casa.

—Nadie me contrataría —le recordó—. Sabes que en veterinaria el salto de nivel entre tu país y el mío es abismal.

Siempre le quedaba la opción de pasear un ramillete de perros por Notting Hill, pero no entraba en sus planes a corto plazo.

—Yo podría ayudarte.

Eloy le reprochó su insinuación con la mirada.

—No. —Y especificó—: No podemos.

Clementine suspiró y, de no conocerla, habría dicho que era una mueca de lo más teatrera. No obstante, ella era así, exagerada en todas sus vertientes, la dramática, la entusiasta y, cómo no, la más íntima.

A oscuras en su dormitorio y enfocada únicamente por un led, a Clementine se le acentuaban sus rasgos. Pálida, con el pelo oscuro suelto y grandes ojos claros, aparentaba menos edad de la que tenía.

—Tengo que irme.

Eloy chasqueó la lengua. Hacerla reír conllevaba sudor y lágrimas; cabrearla, en cambio, era fácil y habitual.

—¿Estás bien?

Asintió con estoicismo inglés. El silencio era su arma contra la brutal honestidad de Eloy.

—Clementine... ¿Qué le dirás a tu marido esta vez?

—Ni me lo nombres.

Se acercó a la pantalla, besó la cámara y cortó la conexión.

Eloy se quedó un momento mirando a la nada y, luego, se abrigó con unos pantalones y una camiseta vieja. Se estaba acercando el momento de tomar decisiones importantes, decisiones que deberían haberse tomado con anterioridad. El éxito era de los valientes y, por una vez, él estaba dispuesto a dejar la cobardía a un lado y comerse el mundo.

Por desgracia, nada estaba yendo como debería. Para muestra, un botón. Clementine se le volvía a presentar en casa y ya lo rechazaban hasta en los voluntariados. «Mi vida es como un programa de “Humor Amarillo” —pensó—, nunca sé por dónde me va a venir la hostia.» Por si fuera poco, los sonidos procedentes de la habitación contigua se colaron en la suya. Colorado, se puso los auriculares, subió el volumen de *Heroes* de David Bowie y se concentró en sus *kanjis*.

* * *

Mara despertó de un soberano pellizco en la teta. Pegó tal respingo que estuvo a punto de zamparse el suelo. Por suerte, la rápida reacción de Hugo impidió que se dejara los dientes en el susto.

—Arriba, dormilona.

Se desasíó de las sábanas a manotazos, descompuesta como una osa a la que le acababan de frustrar la hibernación.

—¿Qué ha pasado?! ¿Hay fuego?!

—Hay hambre —rio Hugo sentado sobre el borde—, voy a preparar algo de desayunar. —Y agregó elevando las cejas socarrón—: Creo que estamos solos, no se oye nada.

Mara se dejó caer y escondió la cabeza bajo la almohada.

—¿Para qué me despiertas? Ve si quieres y avísame cuando hayas acabado.

Su humor mañanero era la delicia de cualquier amante duro de oído.

—No te duermas.

El tono de Hugo revelaba un imperativo que se desaconsejaba contrariar. Mara abrió un ojo, pero lo cerró dispuesta a recuperar unos minutos de sueño.

—Mara, cuando vuelva, quiero que estés despierta.

Aquel mismo ojo se fijó en la seriedad de su exigencia. Ella frunció el ceño y vio cómo se marchaba sin cerrar la puerta. Se preguntó si estaría soñando. No, la teta dolía de verdad.

Se desperezó quedando despatarrada y ensimismada con la vista fija en el techo, procurando adivinar lo que tenía Hugo en mente. Pasaron un par de minutos e, irremediablemente, el destemple le endureció los pezones. Decidió taparse justo cuando cayó en lo que sucedía.

Su fantasía. Hugo anhelaba ver cómo se tocaba cuando se quedaba a solas. No había momento más propicio que aquél. Menudo morboso estaba hecho. Mara sonrió y un cosquilleo de anticipación revoloteó bajo su ombligo. Ya había experimentado lo que era mirar, pero desconocía lo que se sentía siendo observada. Parecía un juego igual de excitante y ella tenía muchas ganas de jugar.

Cerró los ojos evadiéndose del presente y concentrándose únicamente en su

propio placer, tal como él había sugerido. Las yemas de sus dedos recorrieron su piel, rugosa y vibrante por el frío. El vello se erizó allí por donde deambulaban, ligeras y perezosas, hasta descender por su abdomen, el monte de Venus y, finalmente, su sexo. Atrapó el clítoris y tiró de él. Mara imaginó que él ya había entrado, que la observaba extasiado y en silencio. Su imagen encendió su libido llevándola a tocarse el pecho y retorcerse un pezón con la mano libre.

Cogió aire y repitió el movimiento. El corazón empezó a latirle con fuerza, a destiempo, *in crescendo*... Mara ya no tenía frío, se le encendió la piel, el seso y la entrepierna. Sus mismos gemidos la azoraron. Notó un calambre y su creciente humedad. Había alguien más en aquella habitación.

—Sabía que vendrías... —murmuró.

Se le retorcieron los dedos de los pies. Su abertura recibió primero un dedo y luego otro. Con el pulgar restregaba su clítoris y sus labios, avivando la zona y otorgándole el centro de mando.

—Sé que estás ahí...

No había respuesta y, aun así, Mara ya notaba su presencia. Si alzaba la mano podría alcanzarlo, seducirlo y convencerlo para que se uniera a ella. Pero la experiencia era nueva, diferente y electrizante. No quería estropear ni sus sensaciones ni los deseos de él.

Para Mara, llegar al orgasmo por cuenta propia era agradable, fácil y rápido. Si para colmo se sentía observada, aquellas cualidades se agudizaban volviéndola un pellejo grana, jadeante, empapado y tembloroso. Era una manera deliciosa de acrecentar el deseo entre él y ella, conseguía todo cuanto el tacto desenfrenado ralentizaba.

—Estoy pensando en ti... —resolló—. Estoy pensando en ti...

Un bucle se tensó en su cabellera, un leve roce que confirmó sus sospechas y la arqueó y ruborizó como una criatura salvaje. Jadeó intentando controlar sus impulsos de gritar a bocajarro y, en mitad de su delirio, oyó el jadeo ajeno que la prosiguió como un eco por las cuatro esquinas de su cuarto.

Mara se masturbó perdiendo el compás de su pulso y de sus pensamientos. Los espasmos la doblaron en posición fetal. En aquella ocasión, el éxtasis era quien iba tras ella, quien la llamaba a lo lejos, se pegaba una carrera y la zarandeaba para permitirle entrar en ella y colmarla hasta incendiarla.

Ya no podía más. Se le nubló la mente y se le secó la garganta. Sus dedos la

embistieron un par de veces con rudeza y se corrió gritando su nombre. Fue sofocante. De esas corridas que se presentan cada mucho tiempo, sin avisar, cargadas de luz y de potencia, que te incorporan de golpe, atravesándote y fulminándote como un relámpago al que le sigue el posterior trueno, que repica poderoso bajo la piel. De esas que te dejan seca, vibrante y agotada.

Mara se llenó los pulmones con una bocanada de aire. Retiró la mano recorriendo el camino de vuelta y encontró su boca, donde se lamió paladeando su sabor. Abrió los ojos, ansiosa por dar con su fisgón, pero se sintió vacía al descubrir que no había nadie. Ligeramente decepcionada por aquella falta de consideración, salió de la cama y afinó sus sentidos. La ducha del baño que compartía con Arantxa estaba en funcionamiento.

Zigzagueando, apartó el montón de ropa que se desperdigaba por el suelo y fue en busca de Hugo. Ni siquiera llamó, empujó la puerta que estaba entreabierta y se metió en la ducha con él.

Hugo meneó la cabeza y rodeó su cintura con premura.

—No se te puede dejar ni un minuto sola, quería dejarte descansar.

Ella rio.

—Espero que te haya gustado.

Él la besó atrapando su labio inferior con los dientes.

—¿Lo dudabas? De ti me gusta todo.

El agua caliente fue como un bálsamo para la euforia poscoital de Mara. Le sentó divinamente, y todavía más en brazos de Hugo, quien, por cierto, no la soltaba. Tragando saliva, la observaba con una rara mezcla de arrobamiento e inquietud.

—¿Qué piensas?

Él suspiró.

—Que no me apetece irme a ninguna parte.

Sorprendida por aquella confesión, no supo cómo corresponderla.

—Gracias, Mara, por hacer esto menos duro.

Había cierta tristeza subrayando sus palabras. Ella tomó su cara entre las manos y preguntó:

—¿Tan desgraciado eres aquí?

Él asintió sin dudarlo y concretó:

—Excepto cuando estoy contigo.

Mara se sintió tan agradecida como dolida. Lo cierto era que no tenía ni idea de si aquello era algo bueno o malo para ambos. Lo que compartían estaba alborotando su juicio en muchos sentidos distintos y, para qué engañarse, la traía de cabeza.

Optando por el mutismo, se abrazó a su pecho y dejó que el agua siguiera cayendo por un rato, uno en el que no tuviera cabida ni el pasado ni el futuro, tan sólo su mutua compañía.

El planeta de los cerdos

La Gran Vía de Madrid era un hervidero de personas cualquier viernes al atardecer. Daba igual si el frío era polar o si caía un aguacero, la gente joven y no tan joven lucía sus mejores galas para comerse la noche sin miramientos. Arantxa y Elsa esquivaban transeúntes conforme buscaban el número de la calle correcto. El casting había citado a la modelo en el entramado de calles del centro de la ciudad a horas un tanto intempestivas. Cuando lograron localizar el sitio, se metieron en la clásica cabina de ascensor de puertas de hierro y subieron hasta el último piso.

En aquel corto trayecto, Arantxa se preguntó una y mil veces qué estaba haciendo. El casting no era asunto suyo, formaba parte de un aspecto de la vida de Elsa en el que no tenía por qué involucrarse. Involucrarse a aquel nivel sólo servía para dar pie a la confusión. Una cosa era tomar café y disparar cuatro fotos, y otra muy distinta acompañarla a hacer currículum. Su carrera la traía sin cuidado o, al menos, así debería haber sido. Pero lo cierto es que tenía un mal presentimiento con aquella prueba y había sido un impulso el responsable de su estupidez.

Las chicas se encontraron con una recepción sin recepcionista, pero atiborrada de clones de Elsa. Todas vestían blusa azul, minifalda vaquera y tacones. Arantxa no había caído en lo ligera de ropa que iba Elsa hasta que se quitó el abrigo y la bufanda. Debían de estar congelándose.

Otra calcomanía rubia apareció en la sala al doblar una esquina. Se tapaba

media cara con las manos inútilmente, puesto que los lagrimones le salían a borbotones. Sollozando, pasó junto a ellas y salió de allí como un vendaval.

Arantxa y Elsa compartieron una mirada. La segunda hizo un comentario acerca de los malos ratos en los castings y la rutina de los rechazos y lo dejó estar. La primera no tuvo tiempo para objetar. Un chico bajito en mangas de camisa apareció por el mismo sitio y se dispuso a pasar lista como en la sala de espera de su médico de cabecera. Era joven, demasiado. Resultaba tan llamativo que Elsa sintió la necesidad de excusarlos por segunda vez.

—Es una productora con poca experiencia, pero he leído que tienen muchos contactos.

«Sí, en Disneylandia», pensó Arantxa. Si las circunstancias lo hubiesen permitido, se habría dado de cabezazos contra la pared. El bajo margen de error de sus malos presentimientos no presagiaba una entrevista agradable. Huelga decir que le habría gustado dar media vuelta, meterse en un bar, pedir una cerveza y olvidar a Elsa junto a aquel embolado, pero, en el fondo, no le quedaba más remedio que mantener la calma y afrontar las consecuencias de sus estúpidas decisiones.

Cuando unos minutos después llegó el turno de Elsa, ésta se volvió para decirle algo a Arantxa y se dio de bruces con ella. La insensata pensaba que iba a entrar sola. Lo llevaba claro. Iba a tener encima a Arantxa como una antena parabólica. Ésta ya había puesto el piloto automático y no había vuelta atrás.

Siguieron al chico y accedieron a una habitación diáfana con las cortinas echadas. Habían dispuesto un croma, un sofá y una mesita baja. Al otro lado se situaban un par de focos y una cámara de vídeo encajada en un trípode que manejaba otro chico. De facciones suaves, sonrisa encantadora y tono lisonjero, saludó a Elsa y le explicó lo que tenía que hacer.

Arantxa meneó la cabeza. Si aquel par de chavales eran productores profesionales, ella era discípula de Annie Leibovitz.

—¿Tú también estás en la lista?

Se fijó en el crío que la apuntaba acusador con un boli Bic.

—No, es viernes por la noche y no se me ocurría nada mejor que hacer.

Metió las manos en los bolsillos de la chupa y se apoyó de espaldas en la pared. Como una pasante a actriz, atendió en silencio la distendida charla de Elsa con el que se presentó como director de casting. Durante lo que pareció una

eternidad, la modelo dio sus perfiles a cámara, leyó un texto, se dio unos paseos y posó sobre el sofá.

Cuando Arantxa por fin creyó que ya habían terminado su pantomima y podían irse, el zalamero se acercó a Elsa y ordenó:

—Bien, ahora desnúdate. Puedes dejar aquí tu ropa interior.

Era difícil decir cuál de las dos mujeres se quedó más patidifusa. Lo único claro es que Arantxa fue quien habló primero:

—¿Por qué iba a salir desnuda en un anuncio de galletas?

La observación no sentó muy bien al realizador, que la reprendió con la mirada.

—Son alimentos específicos para bajar de peso. Necesitamos comprobar que la actriz está en buena forma.

Aquella incongruencia era muy desconcertante.

—Si son para bajar de peso, ¿no deberíais buscar gordas?

—Por favor, no molestes —indicó el otro—. Estamos trabajando.

Arantxa los ignoró y arrojó una mirada a Elsa que parpadeaba un enorme «tú verás» en luces de neón. La modelo titubeó, pero, contra todo pronóstico, claudicó y se quitó la blusa, quedándose en sujetador. La bilis que regurgitó Arantxa prendió su gaznate.

Por fortuna, Elsa dejó de moverse. Se bloqueó y no continuó. Algo, se esperaba que la lógica o el sentido común, le impidió obedecer y entrar en aquel disparate. El director de casting, al adivinarlo, extendió una mano y rozó los tirantes de su sostén.

—Como la toques con esos dedos, te los reviento uno a uno.

Tres pares de ojos se volvieron a la voz de Arantxa. Había perdido la paciencia, sus ojos llameaban y su boca amenazaba con morder sin arrepentimiento ni piedad. Elsa reaccionó y se vistió a toda prisa.

—Vámonos de aquí.

—¿Adónde te crees que vas? —espetó el supuesto director de casting—. ¡No hemos terminado!

—Ni vamos a terminar —replicó muy nerviosa—, esto tufa a casting falso de manual.

El chico tuvo la mala idea de agarrarla por el brazo para retenerla.

—No llegarás muy lejos si...

—¡Cállate, soplapollas!

Los mismos ojos se volvieron de nuevo.

—Arantxa...

Había llegado a su límite, y Arantxa en el límite, sin tabaco y sin mojar, era una bomba de relojería. Regresó de dos zancadas a la recepción y gritó a pleno pulmón:

—¡Salid todas de aquí! ¡Estos tíos son unos cerdos! ¡Denunciadlo! ¡Es un casting falso!

Las chicas se levantaron al instante, apuradísimas y cabreadísimas. La mayoría se fueron corriendo por la escalera, unas pocas se quedaron inmóviles, aleladas por la incredulidad. Al retroceder, Arantxa se topó con una Elsa demudada y aquellos chicos con el rostro enrojecido de rabia, dispuestos a lanzarse a por ella.

—Hija de puta...

—¡Vámonos!

Arantxa desoyó el ruego de Elsa. Antes de que llegaran a ponerle una mano encima, propinó una señora patada a uno de los focos y lo estrelló contra la pared. El estruendo fue suficiente para que aquel par se achantara y se arrodillara en señal de rendición. Arantxa, no contenta con aquello, recogió un trípode hecho pedazos y lo esgrimió sobre sus cabezas.

—Que sea la última vez que os veo la cara, ¿me habéis entendido?! Con ellas habéis tenido suerte, pero conmigo ya podéis andaros con ojo —exhortó—. Yo no soy de las que van a la poli, yo me planto aquí con el bate de béisbol.

Dicho aquello, lanzó el trípode contra el croma y, ciega de furia, se marchó de allí con Elsa pegada a sus talones. Cerró las puertas del ascensor antediluviano y pulsó el botón de bajada. La adrenalina galopaba por sus venas, necesitaba serenarse. Respiró hondo haciendo una cuenta atrás mental. Cuando llegó al cero, el ascensor se detuvo y oyó el llanto de Elsa.

A la modelo los nervios le salieron en forma de lágrimas. Por mucho que se encogiera y ocultara la cara tal como lo había hecho la compañera anterior, su lamentable estado resultaba imposible de obviar. Fue todo cuanto Arantxa necesitó para frenar su exaltación. La envolvió en un sincero abrazo y dejó que se desahogara cuanto quisiera.

Aquella anécdota tan repugnante había sacado a la superficie su lado más

feroz. Sostener la congoja de Elsa, por el contrario, la estaba torturando hasta exprimírle el corazón. Apoyó el mentón en su coronilla y le acarició el pelo con suavidad. Poco a poco, Elsa se vio capaz de hablar sin hipido.

—Gracias —balbuceó.

Arantxa buscó su rostro congestionado, lo refugió entre sus manos y sonrió con indulgencia.

—No pasa nada. Pero, Elsa, si no dejas de llorar, no podré besarte.

Esperó su negativa y, como no llegó, posó sus labios sobre los suyos y la besó con una ternura de la que no recordaba haber hecho uso nunca. Osada, se atrevió a bucear por su paladar, donde se enredó con una lengua dubitativa que se dejó llevar con la genuina naturalidad de la primera experiencia.

Arantxa echó la cabeza hacia atrás y entre la bruma de su mirada halló la perplejidad de Elsa. Por su expresión supo que, muy probablemente, aquella iniciativa no había sido muy buena idea.

* * *

Por si la situación no era ya lo suficientemente rara e incómoda, las chicas se dirigieron juntas al piso de Arantxa. Cuando Elsa se decidió por fin a hablar, comentó aturdida que su compañera de piso no estaba en casa y que no se encontraba en condiciones de quedarse sola. A Arantxa no se le ocurrió otra cosa más inoportuna e incoherente que ofrecerle su hospitalidad. Podría haberle impresionado su propia rapidez mental para hacer y soltar chaladuras, pero le chocó mucho más el asentimiento de Elsa.

El viaje en metro fue perturbador, la caminata por la calle dio pena y el reencuentro con otro ascensor en tan corto espacio de tiempo generó tal angustia que optaron por subir la escalera. Ya en el piso, Arantxa condujo a Elsa directamente a su cuarto. Era tarde y, la verdad, aquella chica necesitaba tumbarse por varios motivos distintos.

—Qué habitación tan bonita.

Arantxa, sin saber por qué, se había quedado de pie junto a la puerta, esperando su aprobación. No era un sitio muy espacioso, pero cabía una mesa de trabajo con holgura, durante el día tenía buena luz y estaba lleno de buenas y antiguas fotografías por las cuatro paredes.

—¿Dónde vas a dormir tú?

Descolocada, Arantxa se quitó la chupa y puso los brazos en jarras.

—En la cama.

Las cejas de Elsa se elevaron sin dar crédito.

—¿Vamos a dormir juntas?

—Es un colchón grande, hay espacio suficiente para... —Se estampó una mano en la frente—. Oh, no. No, Elsa, no me digas que eres así de obtusa.

—¿Obtusa? —se ofendió la aludida.

Arantxa creyó que en algún punto de aquellas semanas debía de haberla mirado un tuerto. Podía encajar la turbación, los nervios o el rechazo de Elsa, pero de ahí a soportar el insulto a su inteligencia había un buen trecho.

—Estás pensando que, como eres una mujer y vas a dormir con una lesbiana, voy a meterte mano mientras duermes o que mañana despertarás bollera por arte de magia. ¿Me equivoco?

La chica titubeó.

—No es eso.

—Ah —resopló Arantxa—, los heteros liberales y sus prejuicios encubiertos...

Se sentó en una esquina del colchón y comenzó a descalzarse. Elsa se sintió apurada por su creciente enfado. Había visto de lo que era capaz en el casting, y era evidente que no tenía ganas de volver a presenciarlo.

—Mara, la chica del cine, es tu amiga y tu compañera de piso. Seguro que pensó lo mismo al conocerte.

Arantxa se echó a reír.

—Te equivocas del todo. Además, Mara no se tiene en tan alta estima para creérselo como tú.

Elsa encajó el golpe de vuelta en silencio. Se mordió el labio y miró a todas partes menos a Arantxa, consciente de su falta de tacto. Sin querer, sus ojos se toparon con una pequeña foto que pendía de una chincheta en un corcho. Boquiabierta, se contempló a sí misma sonriendo junto a los nenúfares de la Rosaleda.

En cuanto Arantxa guardó sus botas y se percató de lo que había descubierto Elsa, se reactivó de golpe. Saltó por encima de la cama y se interpuso entre ella y el corcho buscando una justificación creíble a aquel curioso detalle.

—Me gusta observar mis últimos trabajos para buscar fallos y ver cómo puedo mejorar.

La boca de Elsa tembló conteniendo una carcajada. Apartó a Arantxa con delicadeza y observó su imagen más de cerca.

—Esta foto no tiene ningún fallo. Y no es gracias a la modelo, sino a la fotógrafa.

Arantxa se tomó aquello como una llamada a la concordia y, por qué no, una invitación a algo más succulento. Inclinandose sobre ella, ladeó la cabeza y le puso ojitos.

—Si tanto miedo te doy... —susurró—, puedo irme a dormir al sofá. O con Mara, que tiene una cama nido.

Sus miradas se enlazaron por unos instantes. Arantxa percibió la sombra de la duda y cantó victoria antes de tiempo.

* * *

—Eres una pringada.

Mara bostezaba boca abajo, enganchada a su almohada como un koala muy dormido y muy greñudo.

—Cállate —replicó Arantxa desde su otro colchón—. Está en mi cama, ¿no? He conseguido lo que quería.

—Técnicamente...

—Cierra la boca.

No fue tan fácil. Mara se inventó una cancioncilla que decía algo así como «eres una infeliz, no te vas a comer un colín» y tardó lo suyo en dormirse. Arantxa suspiró. Había demasiada verdad en aquella improvisada sonata. Algo estaba haciendo mal, probablemente todo. Si quería un reto, desde luego, ya lo tenía. El problema era que Arantxa quería uno que pudiese ganar, y ver la derrota tan próxima la estaba martirizando.

* * *

Alguien le dio unos toquecitos en el hombro. Arantxa murmuró entre sueños, molesta por los tremendos ronquidos de su compañera, e intentó volver a

dormirse. Unos zarandeos, en cambio, la forzaron a abrir los ojos. Las puntas del cabello de Elsa le hicieron cosquillas en las mejillas. Pensó que estaba soñando, pero el tacto y la cadencia de su voz eran muy reales.

—Arantxa, perdóname. Me siento muy mal por haberte echado de tu cuarto. Duerme allí, si quieres.

La fotógrafa pestañeó.

—¿Y tú?

—También. Dormiremos juntas.

—Ah... —vocalizó con retardo—. Vale.

Echando a un lado el edredón, se puso en pie y se frotó los ojos. Elsa llevaba la camiseta del pijama que le había prestado, pero tenía las piernas al aire.

—Arrastro los pantalones —explicó—, eres muy alta.

La fotógrafa no supo qué decir.

—Dios bendito... —silbó Elsa tapándose los oídos—. Menuda escandalera.

Arantxa rio entre dientes y arrojó a Mara con su nórdico.

—Sí, es como una gorrinilla en estéreo.

Una vez de vuelta en su habitación, cada una se echó a un lado de la cama. Elsa apagó la luz de la mesilla y carraspeó aclarándose la garganta.

—Por favor, no pienses que soy una obtusa —remarcó con cierto deje herido—. A mí me da igual lo que te guste. Es más, si soy yo, me siento halagada. De verdad.

Arantxa se volvió y apoyó un codo en la almohada. Muy bien. Nada de rodeos. Hora de salir de dudas.

—Elsa, cuando te he besado, ¿te has excitado? Y no te estoy preguntando si te ha gustado el beso, sólo quiero saber si te has excitado.

La luz de la calle iluminaba el pálido semblante de Elsa. Sus iris azules rodaron al encuentro de Arantxa y sus pupilas se encogieron como si hubieran dado con un resplandor inesperado. Lentamente, y sin retirar la vista, movió la cabeza de arriba abajo. El corazón de Arantxa bombeó con estrépito.

—Bien.

Volvió a tumbarse, sintiéndose inusualmente complacida y optimista. Los cambios de humor de Elsa la preocupaban, pero no era nada con lo que no hubiera tenido que lidiar anteriormente. Si podía capotearlos, podría llegar hasta donde quería con ella.

—Nunca me enamoraré de ti.

A Arantxa se le cortó la respiración. Aquella afirmación tan honesta y tan razonable le sentó como un puñetazo en el estómago. Y, aunque no debía, se lo tomó como un ataque personal, como una inmensa e injusta crueldad, y le dolió. Le dolió mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Por eso mismo, se armó con la máscara de la indiferencia y tomó el camino fácil y rápido, el que no lleva a ninguna parte buena y nunca soluciona nada. Sonrió ladina y le guiñó un ojo a Elsa.

—No es mi intención.

Le dio la espalda y se echó a dormir. O lo intentó, porque la verdadera naturaleza de sus sentimientos iba a mantenerla despierta por una buena temporada.

Hasta que llegó su queso

El vuelo llegaba con retraso, nada nuevo. Eloy se sentó a tomar un café y, luego, dio una vuelta por la terminal haciendo tiempo. El área de llegadas reunía a grupos de familiares, amistades con pancartas y parejas impacientes cargadas con flores y cajas de bombones. Toqueteó las llaves de casa en ademán distraído, al ser lo único que llevaba en los bolsillos del abrigo.

Clementine no querría un recibimiento como el de esos hombres tensos como una cuerda y ansiosos como un adolescente. Entre ellos, esos detalles no tenían mucho sentido. Ni ella lo esperaba, ni él lo haría. Aunque eso no quitaba para que Eloy sintiera una punzada de celos al verlo en los demás.

Un goteo de pasajeros traspasó las puertas automáticas. Entre ellos avanzaba una mujer con una larga falda oscura, blusa blanca y gafas de sol como si se tratara de una celebridad. Arrastraba una maleta de piel y llevaba un pesado abrigo de paño en la mano. Eloy la saludó y ella corrió a su encuentro, echándose a sus brazos. Clementine demostró su añoranza en un arrebatador y húmedo beso cargado de entusiasmo. Estaba tan entregada a la causa que Eloy comenzó a notar sus efectos, no estaba hecho de piedra.

—Clementine, córtate —le pidió en inglés—. Estamos en medio del aeropuerto.

—Me da igual. —Continuó besándolo—. Ha pasado mucho tiempo.

Eloy correspondió a su manera, intentando por todos los medios que no se le subiera encima como una ardilla.

—Vámonos antes de que nos echen.

Entre risas emocionadas y nerviosas, se subieron al metro que los conducía al barrio donde vivía Eloy. Clementine se agarró a su brazo y le contó brevemente cómo iban las cosas en casa. No era muy dada a profundizar en lo relativo a su matrimonio. Al menos, no en aquella época. Cuando se conocieron, era de lo poco de lo que hablaban.

Se había casado muy joven con el que había sido su novio de toda la vida y el muy simpático no había esperado ni al año de casados para engañarla. Estuvo manteniendo relaciones con una compañera de trabajo durante casi dos años, y cuando Clementine se enteró, se tomó la revancha a través de Eloy. Sin embargo, lo que empezó con una noche de *vendetta* se transformó en una aventura intraeuropea.

Si no se divorciaban era porque el tipo acababa de entrar en política cuando se desató la crisis familiar y el partido ya le había advertido sobre su imagen pública. Clementine, a la que poco le importaba la carrera de su marido, tragaba con sus últimos escauceos por respeto a la familia de él, por la que sentía un profundo aprecio desde niña.

Los últimos meses, en cambio, había comentado por encima su intención de acabar con todo de una vez. Eloy se lo llevaba recomendando desde el principio, pero no podía ni imponerse ni meterse en su vida, al igual que ella no podía hacerlo en la suya.

Cuando llegaron a casa, *Goku* se despertó de su quinta siesta y enroscó su cola en las piernas de Eloy. Clementine le ofreció la mano para que la oliera y, al hacerlo, el gato bufó y corrió a esconderse detrás del sofá.

—¿Has probado con usar feromonas felinas en spray? —sugirió—. En Londres tengo un difusor, lo traeré la próxima vez.

Él podría haberle dicho que se lo ahorrara, que aquello sólo lo hacía con ella, pero se limitó a llevar el equipaje a su cuarto e invitarla a sentarse. Clementine puso cara de chasco al acomodarse sobre la cama.

—Ojalá hubiéramos ido a un hotel. Aquí no tienes intimidad.

—No ando muy bien de pasta, Clementine.

Ella echó un largo vistazo a la colección de libros, figuras y pósteres a su alrededor y meneó la cabeza con desaprobación.

—Si no te apuntaras a tantas actividades ni compraras tantas pamplinas,

podrías viajar más y nos veríamos más a menudo.

Eloy, apoyado en el escritorio, se cruzó de brazos y piernas. La figura de Clementine en su modesto dormitorio siempre le había resultado difícil de asimilar. Suponía lo contrario a todo cuanto deseaba. Lo descolocaba cada vez que volvía, y era en aquellos encuentros cuando se percataba de cómo la situación se le había ido de las manos.

—Madrid es más seguro para ti, y sabes que tiene sentido para los dos.

Ella imitó su postura y se echó a reír.

—Eloy, cielo, sé que supone tirar piedras contra mi propio tejado, pero a veces desearía que no fueses tan paciente y cuadrulado. Estoy segura de que la improvisación cambiaría tu suerte y eso es lo que siempre has querido, ¿no?

Que su suerte cambiara era precisamente lo que habían querido el uno para el otro desde sus comienzos, y ambos lo gestionaban a su manera. Eloy respondió en una mirada que ya sabía todas esas cosas. Sabía que era inseguro y cobarde y que no necesitaba ningún recordatorio al respecto.

Suspiró y se sentó a su lado.

—¿Hasta cuándo te quedas?

Clementine lo miró horrorizada.

—Acabo de aterrizar.

—Lo digo por pedirme unos días en la clínica —explicó—. Tengo bastante lío con lo del viaje a Barcelona que te comenté, pero tú has venido para verme y no quiero que te pases el día sola y aburrida.

Ella sonrió.

—Entonces ven aquí y entreténme.

Tiró de la hebilla de su cinturón, lo besó y comenzó a desvestirlo.

* * *

La costumbre de compartir el café de media mañana se estaba volviendo de lo más rara. Cuando Arantxa descubrió a Elsa esperándola en la puerta de la tienda, creyó que estaba teniendo alucinaciones.

Volvía a cargar un par de bolsas y reincidía en la excusa de la compra y la intención de pasar a saludar. De no ser por lo guapa que estaba con aquel vestido rojo oscuro, le habría puesto cualquier excusa para declinar la invitación. Pero

Arantxa mutaba a criatura floja y moldeable con Elsa, y cada vez que hacía aquello y aparecía por sorpresa, la curiosidad podía con ella.

Subieron al mismo restaurante sin profundizar mucho en la conversación. Aunque a Elsa le dio por mostrarse parlanchina, Arantxa arrastraba el resquemor de su anterior encuentro. Lo cierto es que estaba muy disgustada consigo misma. Tenía la sensación de que no controlaba nada y de que era más bien Elsa quien manejaba la situación a su antojo, cosa que tenía su mérito, pero no se ajustaba en absoluto a lo que tenía en mente.

—He puesto una denuncia a la productora.

Arantxa levantó la vista de su taza. Aquello eran buenas noticias.

—Ojalá se lleven su merecido.

Elsa soltó aire por la nariz.

—Bueno, ya se lo diste tú.

—No... —Cuán equivocada estaba...—. Eso sólo debería ser el anticipo.

Confiaba en que se pudrieran en la cárcel, pero era tan probable como que aquellas dos volvieran a comerse la boca por segunda vez. Elsa soltó su cucharilla y, con delicadeza, posó una mano sobre la de Arantxa. El gesto, tan alarmante, paralizó a la fotógrafa.

—No sabes cuánto me alegro de que estuvieras allí conmigo. Gracias, Arantxa. No sé qué habría hecho sin ti.

Ella retiró la mano con brusquedad, cansada de descifrar indirectas, de ponerle empeño para nada y, en definitiva, de engañarse a sí misma.

—¿Sabes una cosa, Elsa? No paras de decir cosas así y, la verdad, no sé si quieres calentarme o es que tú lo sueltas todo sin más, sin filtro alguno.

A la modelo se le colorearon hasta las orejas. Con torpeza, levantó una mano en señal de *mea culpa*.

—Soy así, lo juro.

Arantxa se recostó sobre la silla y miró hacia otro lado. No sabía qué creer. Si Elsa era sincera significaba que era aún peor que ella. Lo de pensar dos veces antes de hablar no era algo que llevaran comúnmente a la práctica. Al experimentar por sí misma lo que suponía estar al otro lado, descubrió lo mucho que desubicaba una actitud así, aunque no por ello se apiadó de quienes la rodeaban.

—¿Te cuento algo curioso? —comentó Elsa en tono apurado—. Siempre he

sido un desastre para relacionarme. No tengo un grupo grande de amigas, y mis dos ex, los únicos que tengo, coincidían en que nunca sabían a qué atenerse conmigo. Al parecer, emito unas señales más confusas que un farero borracho.

«No me digas...», pensó Arantxa, aunque no pudo obviar lo mucho que la intrigó ese pedacito de ella.

—¿Qué es lo que salió mal?

Elsa arrugó la boca dándole poca importancia.

—El primero era mi novio del instituto —respondió—. Cuando me matriculé para estudiar teatro, me centré en los estudios y el tema se enfrió; y con el segundo, Álvaro, la relación no llegó a funcionar. No nos entendíamos. Teníamos afinidades comunes, pero se ve que con eso no bastaba.

La fotógrafa recordaba el nombre del día en que se conocieron. Así que aquél era con quien se había fugado la tarde de las fotos... Ella podría decir que no se entendían, pero bien que había huido tras él como si la persiguiera una carroza del Orgullo a todo gas.

—¿Has tenido alguna experiencia con mujeres?

Imaginaba la respuesta, aunque el hecho de que no le hubiera desagradado su tacto le dio que pensar. Elsa dijo que no, pero se quedó absorta mirando al vacío con la mente muy lejos de allí.

—¿Qué?

La chica estrechó su mirada azul.

—Cuatro besos tontos jugando a beso, verdad o atrevimiento no cuentan, ¿verdad?

Arantxa se aguantó la risa y negó con la cabeza. Era más virgen que un experto cazador Pokémon.

—Yo tampoco he tenido mucha suerte —admitió en voz alta.

—Ah, ¿no? —Que la asombrara tanto la dejó un poco tocada—. Podríamos montar un club: «Apadrina una pardilla».

No, nada de clubes. Había otra solución mucho mejor. Total, si Elsa volvía cada dos por tres a por más Arantxa, sería por algo.

—O podríamos probar a salir juntas.

Tras unos segundos de vacilación, Elsa sonrió de oreja a oreja y estalló en carcajadas. Le dio tal arrechucho que el resto de los comensales se volvieron para comprobar lo que ocurría. Arantxa tampoco le vio la gracia. Es más, lo

encontró tan triste que, por primera vez en mucho tiempo, sintió vergüenza de sí misma. Quiso hacer bomba de humo y no volver a verla jamás.

Con Elsa todo era una metedura de pata constante, y lo peor es que se lo merecía por meterse donde no debía. Estaba perdiendo su tiempo y el de ella. Pretender seducirla era una de las mayores tonterías que había hecho nunca, pues no sólo era en vano, sino que, para colmo, le estaba afectando personalmente.

Como si no hubiera aprendido nada de todas sus experiencias, Arantxa cayó en su propia trampa. De seductora a seducida a velocidad de vértigo. No se podía ser más patética. Se sacó un paquete de chicles del bolsillo y se metió uno en la boca. Después, fue contando monedas para pagar y largarse de allí.

Elsa, al comprobar que reía en solitario, cortó su arrebató de raíz y tosió poniéndose tan roja como un calamar.

—¿Y cómo llevas lo del *book*?

Arantxa se puso en pie.

—Será mejor que vuelva a la tienda.

Pagó en caja mientras Elsa luchaba por convidarla, sobra decir que sin éxito.

—Arantxa, no te enfades, pensé que bromeabas.

Ella sonrió con tristeza.

—Quizá sea así. ¿En qué mundo haríamos tú y yo buena pareja?

Sin esperar cualquier respuesta forzada o comprometida, dio media vuelta y regresó a su puesto de trabajo.

Se acabó. No había nada más que rascar. Reto frustrado y ego contuso.

* * *

Mara apuró el paso. Aquel día le había tocado presentar su esperado *pitch*^[3] cinematográfico. Las clases se habían demorado por ello y entraba a trabajar en escasos quince minutos. Ni siquiera había tenido tiempo de pasar por casa. Tenía varios recados pendientes y, como siempre, los dejó para última hora. Se quejó fatigada del peso de su mochila. Le recordaba a cuando iba en procesión al colegio y los libros amenazaban con volcar a todos los niños como piezas de dominó.

Reparó en el cajero de la esquina. Por muy tarde que fuera, no quiso desaprovechar la oportunidad. Necesitaba comprobar el informe de daños tras la

compra que llevaba a cuestas. Introdujo la tarjeta y en cuanto chequeó su saldo pensó que iba a sufrir un infarto. Mejor no pensar en el larguísimo mes que tenía por delante. Sacó efectivo con pena en el corazón y los bolsillos y lo guardó en la cartera.

—¡Dame la mochila!

—¡Ah!

Un hombre con gorra y gafas de sol la acorraló a punta de navaja. Apoyándose ora en un pie, ora en otro, la alentó a que se diera prisa y se sometiera. Mara no pudo apartar la vista de aquel filo de metal y se bloqueó.

—Nn-nn-no —tartamudeó.

El hombre agitó su arma con nerviosismo.

—Pero ¿qué dices, tía loca? ¡Dame la mochila!

Mara entró en pánico. Consciente de lo que llevaba encima, apretó la mochila contra su pecho y volvió a negarse con gesto frenético.

—No.

—¡He dicho que me la des! ¡Dámela o...!

El atracador cayó inmediatamente al suelo, placado y noqueado por... ¿una bola de queso manchego? Los berridos al fondo de la calle obligaron a Mara a despegar la atención de aquel sinvergüenza inconsciente. Eloy corría hacia ellos, gritando y empuñando una chapata como una espada cruzada.

—¡Mara! —resolló con ojos desorbitados—. ¿Estás bien?

Ella asintió, no muy convencida, sin soltar su bolsa. Con manos frías y húmedas, cerró la cremallera para no destapar su contenido.

—¡Mi queso!

Una sombra en tacones cruzó su campo de visión como un relámpago. Se le había olvidado que Clementine ya había llegado a la ciudad.

—¿Por qué no le has dado tu mochila? —preguntó Eloy—. ¡He visto que te negabas!

Estaba indignado. Entre la barra que blandía, el hombre despatarrado en la acera y la otra lloriqueando tras una bola de cuajo, a Mara le costó asimilar lo kafkiano del momento.

—¡Porque es mía!

Eloy arrugó el ceño y le puso una mano en la frente.

—Estás en *shock*.

—¡No! La que está en *shock* es la chalada de tu novia —objetó al verla sacando brillo al queso con su bufanda—. ¡Clementine! ¡Suelta eso! ¡Caca!

—No le hables en indio. ¡Sabes que entiende el castellano!

Un gruñido procedente del suelo les cortó la cháchara.

—¡Se está despertando! ¡Se está despertando!

Eloy vio que el hombre parpadeaba y balbuceaba incoherencias y le estampó la chapata en la cara.

—¡Vámonos! ¡Ya!

Agarró a Mara por un lado y a Clementine por otro y salió de allí como un proyectil. Volaron y zigzaguearon por las calles colindantes. Así, sin descanso, hasta que entraron en un parque lleno de gente y se detuvieron derrapando con la lengua fuera.

Mara se tendió en la hierba temiendo por su salud cardiovascular. Tosió aparatosa maldiciendo aquella carrera infernal que había estado a punto de llevársela por delante. Ni navaja ni nada, otro esprint así y no viviría para contarlo.

Los rayos de sol extendieron la película de sudor que cubría su frente por el cuello y el pecho. En el parque, los gritos de los niños y los ladridos de los perros la hicieron sentirse arropada y segura. Parecía mentira lo que acababa de ocurrir hacía escasos minutos. Había estado tan cerca de echarlo todo a perder.

La cara de Eloy le hizo sombra. Enrojecida por la carrera y una cólera incipiente, escupió fuego por la boca. Estaba que trinaba, la bronca que le echó fue de órdago.

—¿Quién te has creído que eres? Cuando te atracan, ¡se obedece! ¡No te resistes!

—Habló el capitán Chapata...

—¿Y qué alternativa me has dejado? ¿Me cambio de acera y hago como si nada? ¿O paso por allí y le regalo mi cartera también?

—¡No! —intervino Clementine en español hecha una furia—. ¡Le regalas mi queso! ¡Y mi pan!

Eloy alzó los brazos con escepticismo.

—*Come on, babe...*[4]

—¡Soy la única a la que le falta algo! —insistió—. ¡Pedidme disculpas ahora mismo!

Qué puñetera obsesión con el queso... Mara no entendía nada. Ella y Eloy se miraron. Una, con los rizos llenos de césped recién cortado, y el otro con el moño despeluchado como un Fraggles. Dos pares de ojos color café y caramelo, huelga decir que bien tostados y bien amargos.

—Tu novia se chuta el sedante para perros.

Eloy apretó los puños y los labios. Se acercó a su chica y trató de hacer un llamamiento a la cordura.

—Dame las manos, Clementine —demandó en un registro mucho más suave—. Vamos a respirar hondo y a tranquilizarnos. Repite conmigo... ¿Eh? Y tú ¿adónde vas?

Mara comprobó que no le faltaba nada. Se ajustó la mochila a la espalda y volvió sobre sus pasos sin intención de despedirse.

—A trabajar.

—No vuelvas por ahí, por el amor de Dios, ¡espera al autobús!

Se quedó quieta. El muy petardo tenía razón, aquel quinqu seguía suelto.

—¡Es que llego tarde!

—¿Y eso también es culpa nuestra?

Luchando por no retroceder y tirarle de los pelos, salió disparada hacia la marquesina.

—¡Idos a ordeñar una vaca! ¡Los dos!

La pareja se la quedó mirando con perplejidad. A Mara la fastidió lo poco que valoraron su sacrificio. Se había jugado el pellejo como una campeona y, en vez de aplaudirle, le gritaban y la vilipendiaban como si la delincuente fuera ella. Pero claro..., ¿qué iban a decir ellos si no tenían ni la menor idea de lo que llevaba en la mochila?

Echando humo, pagó el billete con las escasas monedas que tenía y se sentó junto a la ventanilla. Cruzó los dedos para que su trabajo le alegrara la tarde, pero, teniendo en cuenta las horas a las que iba a llegar, se avecinaba otra bronca igual o peor por parte de su encargado.

*Las crónicas de La Estación: el
bocadillo, la mandarina y el Dorito*

Arantxa fue la primera en llegar a La Estación y, poco tiempo después, se le unió Mara. No era tarde, pero el local ya se estaba llenando. El otoño refugiaba a la gente en los bares, dejando de lado las terrazas y acotando el tiempo dedicado al cigarro. En el interior, los olores de las cenas se mezclaban con cargantes fragancias artificiales y otras desastrosamente naturales. Mara se abrió paso para unirse a Arantxa y, cuando se percató de su indiferencia, preguntó:

—¿Va todo bien?

—Sí, es mi cara de serie.

Mara lo encontró lo suficientemente fiable como para creérselo y no darle más importancia. Se quitó el abrigo y la mochila y se dejó caer en el asiento levantando una mano para que la atendieran cuanto antes.

—Pues a mí me han atracado y vengo con una ansiedad que necesito pedir lo más grasiento que tengan.

—¿Cuándo no necesitas tú...? —A Arantxa se le trabó la lengua y, abriendo unos ojos como platos, exclamó—: ¡¿Qué?!

Mientras esperaba su pedido, la joven aspirante a guionista le relató lo ocurrido con todo tipo de detalles. Todavía llevaba el susto del atraco y de la carrera en el cuerpo, y, por si fuera poco con Eloy, Clementine y su jefe, Arantxa también se sumó al carro del impropio gratuito. Y eso que ella era la única que sabía lo que llevaba encima... Daba lo mismo, se cabreó igual o peor.

Mara optó por cambiar de tema. Quería olvidar aquel episodio con todas sus fuerzas. Impaciente, le dio un buen trago a su cerveza. La cena no llegaba y le rugía el estómago. Fue entonces el turno de Arantxa, quien le contó los últimos avances con Elsa, si es que se los podía calificar así. Tal como lo iba narrando, el fatal desenlace era más que obvio.

—Así que no volverás a verla.

—Tengo un asunto pendiente con ella —recordó—. Ya he estado trabajando en sus fotos, sólo necesito que les eche un ojo y me dé el *ok* a la composición. En cuanto lo finiquite, si te he visto no me acuerdo.

«Como con todas...», se dijo Mara. La apenó que Elsa no hubiese supuesto ninguna diferencia para Arantxa. Por una vez habría sido bonito y divertido verla feliz. La carrera sentimental que llevaba a cuestas pedía a gritos una pausa o una estabilidad, pero eran unas alternativas que desconocía cómo manejar. Probablemente porque las dos eran grandes desconocidas para la fotógrafa.

Sin querer ahondar más en sus penurias, Arantxa se excusó para ir al baño. Mara bufó y reclamó su ansiada fritanga. Las camareras no daban abasto y tuvo que contentarse con los cacahuetses que le sirvieron con el primer botellín. Había vaciado el bol cuando la puerta se abrió dejando pasar una corriente gélida que la hizo tiritar. Menos mal que apareció Hugo para calentarla de cintura para abajo.

El camarero se quitó la cazadora nada más entrar. Mara aplaudió para sus adentros al reencontrarse con sus poderosos brazos y su robusta espalda de nadador. Tenía un cuerpo de infarto y lo lucía con una naturalidad que acentuaba su sexualidad. Hugo debía de saber lo atractivo que era y, a pesar de ello, no le era relevante. Cuanto menos se arreglaba, más éxito cosechaba. Era esa clase de hombre, de figura irresistible y carácter desenfadado, con el que incluso recién levantado daban ganas de darse un buen revolcón.

Sus miradas se encontraron entre el gentío, y la de Hugo chispeó emocionada. Sin dudarle, se acercó hasta su mesa y se sentó para saludarla con un beso cautivador. A Mara le temblaron las rodillas.

—Has venido.

Notó un pellizco de culpabilidad en el pecho. La costumbre de acudir a La Estación se estaba desvaneciendo en su rutina diaria.

—Sí, hoy me hacía falta salir.

Hugo le brindó un suave masaje en el cuello y las mejillas. Se dejó hacer

encantada con su iniciativa.

—¿Estás muy agobiada con los estudios?

A Mara le costó darle enfoque a la conversación. Los dedos de Hugo obraban una magia electrizante que arremetía directamente entre sus muslos. Cerró la boca para contener un gemido, lo que él interpretó a su manera.

—Vale, hagamos una cosa —propuso—. En cuanto me meta tras esa barra, lo primero que haré será prepararte el mejor mojito de fresa que hayas probado hasta hoy. Y, después, cuando acabe el turno, nos iremos a tu piso —añadió bajando la voz—. Si consigo aguantarme las ganas que te tengo por el camino, una vez en tu cuarto, cumpliré todas las fantasías que se te ocurran. ¿Cómo lo ves?

Ella sonrió rememorando lo mucho que le había gustado cumplir la suya. Era el mejor orgasmo que habían compartido. Claro está que no se parecía a lo que había soñado cuando se imaginaba cabalgando a Hugo sin parar. Si follar sin pretensiones le daba semejantes resultados, ¿cómo iba a esperar cumplir alguna de sus fantasías?

La incertidumbre voló sobre ella como un ave de rapiña, dispuesta a servirse hasta el tuétano. Le adormiló el deseo y acalabró sus tripas. Hugo rozó su oído con los labios y, en un susurro, preguntó:

—Dime, Mara, ¿qué quieres que te haga esta noche?

«Croquetas», pensó ella. Un rápido movimiento al otro lado de la mesa le indicó que Arantxa había vuelto. Con ella llegó también la humeante fritanga de Mara y más bebidas, y la pareja se separó irremediabilmente.

Hugo se levantó, no sin dirigirle una mirada suspicaz. Mara escribía sus propias obras, pero raras veces interpretaba sus papeles puesto que no era la mejor de las actrices. Si se descuidaba, Hugo iba a averiguar lo que callaba por su propio pie y se iba a convertir en algo mucho más violento e incómodo de lo que ya era.

Esbozó una sonrisa para tranquilizarlo y él la aceptó poco convencido. Mostrando su lado más amable y profesional, preguntó a Arantxa si quería otro mojito.

—De momento, estoy bien —contestó ella señalando su cerveza—. Dentro de un rato iré a por los chupitos para rematarme.

Él asintió y, antes de meterse en faena, le guiñó un ojo a Mara. A la joven le

supo a poco. Le supo a revancha por una sonrisa falsa y desabrida, y lo encajó lo mejor que pudo.

* * *

Se trasladaron a la barra. El volumen de la música y el ambiente ebrio y bailarín incitaba al contagio fácil y rápido. Arantxa había vuelto a las andadas, intentando llamar la atención de alguna fémica empleando una pose con aires de misterio y sugestión. Mara, en cambio, dividía su interés entre Hugo y su mojito. Cada vez que el camarero se aproximaba, ella se enderezaba y los ojos de él lo traicionaban. En más de una ocasión saltaron las chispas, de esas que anhelan besar a mordiscos y acariciar con uñas. De las que nacen en terreno frío y se transforman en pura llama. Pero, por mucho que los bajos instintos pugnarán por hacerse con el poder, el seso se impuso y ordenó a las manos que se estuvieran quietas.

Mara tenía las suyas aferradas a su copa, técnica recomendada si pretendía evitar engancharlo en una de sus venidas y sobarlo hasta sacarle brillo. Discurriendo sobre mejores y más fiables métodos para no arrojarse a su boca, notó un toquecito en el hombro. Arantxa apuntó con su dedo hacia la otra punta de la barra. Eloy y Clementine acababan de llegar. Mientras él le quitaba el abrigo, ella curioseaba el ambiente con ojos expectantes.

A Mara se le encendió una lucecita en algún punto de su cerebro. Aquella coyuntura le animaría la noche, que tan penosamente había comenzado. Llamó a Hugo haciéndole señas.

—Mira, ésa es la novia de tu primo.

Él estiró el cuello para dar con ella y, al fijarse con más detalle en su percha británica, sonrió con descaro.

—Es muy guapa.

Mara se espantó. Aquel comentario la irritó especialmente, por tratarse primero de Hugo y luego de Clementine. Guardándose el orgullo, apretó los puños y se mordió la lengua. Si el escozor del camarero persistiría mucho más, Mara no iba a controlarse y la discusión estaría asegurada. Por desgracia para ambos, el pronóstico de que la escaramuza incluyera un polvazo de anuncio era bastante bajo.

—Espérate a conocerla, no tiene desperdicio —apuntó Arantxa.

—Así es —agregó ella—. Petulante, hipocondríaca, asocial y creemos que un poco misofóbica. Atento. ¡Clementine! —la llamó a voces—. ¡Clementine!

La chica llegó a su vera con una ceja enarcada y la mano sin soltar a Eloy, quien, casualmente, tenía la misma ceja en alza.

—¿Qué tal? —preguntó Mara, y le plantó dos besos en los carrillos.

Clementine puso la misma cara que se pone cuando se confunde la sal con el azúcar en el café y se echó hacia atrás. Hugo reprendió a Mara en silencio.

—No creo que eso sea misofobia —cuchicheó.

—Y entonces ¿qué es?

—Inglesa.

Mara sacudió los hombros y se agenció un bol de aperitivos, que compartió con Arantxa. Eloy hizo las presentaciones entre Hugo y Clementine y pidió una cerveza para él y un refresco para ella, aduciendo la necesidad de cafeína tras el madrugón y el vuelo.

Pasado el primer par de minutos de preguntas y comentarios de cortesía que no conducen a ninguna parte, The Cure se encargó de ocupar el lugar del silencio. Como siempre, los temas de conversación se agotaban enseguida con Clementine, y entre eso y que Hugo estaba ocupado, el ambiente quedó tan enrarecido que Mara tuvo la urgencia de abrir la boca:

—¿Un Dorito?

Clementine arrugó la nariz.

—No, gracias. No como cáncer.

Mara oyó cómo Arantxa se atragantaba con su bebida, pero no pudo girarse. Se había quedado petrificada con aquella salida. Eloy, después de darle unas palmaditas a la fotógrafa, procuró mediar entre las dos.

—Mara...

—No pasa nada —frenó ella muy rápido—. Le pega el rollo que lleva. Como tiene nombre de mandarina...

El diccionario mental de Clementine no ubicaba nuevas acepciones. Tiró de la manga de Eloy y farfulló:

—*What? Manda what?*[5]

—Eso que estás bebiendo es Coca-Cola, ¿verdad? —continuó Mara—. ¿Sabías que uno de los componentes de la Coca-Cola es el mismo corrosivo que

se usa para limpiar motores y tornillos oxidados en los talleres mecánicos? —la instruyó como una Larousse ilustrada—. En el cine nos llega en cajas de jarabe y allí hacemos la mezcla con dióxido de carbono que...

—*Excuse me...*

La chica dejó el refresco de malas maneras sobre la barra y se perdió entre la multitud. Lo siguiente que distinguió Mara fue el rostro de Eloy congestionado por la ira y la incredulidad.

—¿Era necesario?

—Me acaba de decir que como cáncer a conciencia.

—¿Y no lo hacemos todos?

Mara quiso tirarle de las orejas. Cuando Eloy se ponía en plan gallego, no había otra opción sino desesperarse. Dado que no podían liarse a guantazos como cuando eran pequeños, normalmente ponían fin a sus disputas con portazos, desplantes públicos o bloqueos digitales de un par de horas. Esa vez se sostuvieron la mirada durante largo rato, sin esclarecer si jugaban a ver quién pestañeaba primero o si aspiraban a aniquilarse el uno al otro por telequinesis.

—¡Pssst! —los avisó Hugo—. No me hagáis mandaros a la calle como un par de camorristas.

Al oírlo, a Eloy se le bajaron los colores y los humos y soltó aire. Prediciendo lo poco que le iba a servir seguir rebatiendo, se fue en pos de su novia. A Mara aquel posicionamiento le dolió y le duró un rato largo.

No padecía remordimientos por su comportamiento con Clementine. Siempre que volvía a España, vacilarle se convertía en un pasatiempo de tantos. Sentía que se la debía por lo que le estaba haciendo a Eloy. Lo que más frustración le daba era que su amigo no se diera cuenta de cómo lo estaba intoxicando aquella relación.

Hugo ignoró su estado y fue tras ellos, cosa que la dejó boquiabierta. Miró a Arantxa, que meneó la cabeza en gesto de resignación y completa indiferencia. Desde luego, tenía el día cruzado, no se encarrilaba ni a tiros. Harta de tanto primo, cogió su copa y se unió a los bailes.

* * *

Saltando y brincando, Mara procuró distanciarse de las malas vibraciones.

Depositó todo su empeño en no pensar y dedicarse exclusivamente a pasarlo bien y mover las caderas a ritmo de Radio Futura. De su mojito apenas quedaba hielo derretido y una hoja esmirriada de hierbabuena, así que pidió otro a una de las camareras.

Estaba a punto de dar un giro estrella, más parecido a un paso de Leonardo Dantés que a los que se veían en la academia de «Fama», cuando alguien la agarró de la camiseta y la sacó de allí.

—¡Mara! —Hugo la sacudió como si fuera una maraca—. ¿Es cierto eso de que te han atracado a punta de navaja?

—Casi —contestó cuando logró encontrar el equilibrio.

—Eloy me lo ha contado, ¿cómo puedes ser tan imprudente? ¡Ese tío iba armado! —bramó—. ¿Es que tienes tendencias suicidas y yo no me he enterado? Dime, ¿has ido ya a comisaría?, ¿quieres que vaya contigo?

Mara se apoyaba en la calidez de sus pectorales, y bajo las palmas de sus manos pudo comprobar cuán acelerado latía su corazón. Se enganchó a su cuello y lo besó para tranquilizarlo. Según sus labios se iban reconciliando y entre sus lenguas se pactaba una tregua, su pulso se fue graduando. Toda la anatomía de Hugo reflejaba una tensión que demostraba lo mucho que se había asustado.

—No ha ocurrido nada, ellos me han ayudado y...

—Sí, esto es de locos —resopló—, también me han dicho que estás cabreada por haberte salvado la vida.

—Bueno, la vida... Si acaso la mochila del Misako...

Hugo la condujo de nuevo a la barra, donde los esperaban los demás. Arantxa se apoyaba en un codo y Eloy y Clementine se sentaban en sendos taburetes. Por cierto, lo que se llevaba ella a los morros era una botella de agua mineral.

—Invítalos a una ronda, qué menos.

—¡Invítalos tú! —replicó una Mara alucinada—. Eso es invento tuyo.

Eloy levantó una mano antes de que se multiplicaran las refriegas.

—No discutáis vosotros también. Estamos en tablas, se la debía.

—Ah, ¿sí? —respondieron al unísono.

Hacía unos mil años para algunos y exactamente diecinueve para los que conservaban buena memoria, Eloy acudía a su primer recreo de primaria.

Acababan de matricularlo en aquel colegio y, como todavía no había hecho amigos ni tampoco los buscaba, se alejó de sus nuevos compañeros con discreción y se sentó en un murete para degustar su almuerzo. El crío le iba a hincar el diente al bocadillo de jamón que con tanto esmero le había preparado su madre cuando cuatro chicos mayores aparecieron de la nada y le exigieron que se lo entregara junto a su zumo y sus Huesitos.

—Danos tu comida, paliducho.

—¡Dánosla, cagarruta rubia!

—¡O nos das tu bocadillo o te sacamos un ojo!

Eloy, paralizado, notó cómo se le achicaba la vejiga. Los niños confundieron su terror con hostilidad, y lo prendieron y lo zarandearon del cuello de la camisa. Lo estuvieron agitando en alto como un sonajero hasta que unos gritos desde el fondo del patio los forzaron a detenerse. En cuanto vieron de lo que se trataba, lo dejaron caer y echaron a correr como un Correcaminos despavorido.

—¡La Pelusa! ¡Es la Pelusa!

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡La Pelusa!

Una melena castaña paticorta y de brazos regordetes espantaba a aquella panda de matones de parvulario con aspavientos dignos del mejor cabrero. Tras dar la vuelta al patio dos veces y cerciorarse de que no volverían, aquella maraña de pelo trotó hasta donde se encontraba Eloy. El niño reculó al principio, mas cuando se fijó en que aquella criatura era una niña mellada de mofletes encendidos y ojos vivarachos, bajó la guardia.

—¿Estás vivo? —preguntó ayudándolo a levantarse—. ¿Tienes tu bocata?

Eloy estaba alucinado, tanto por aquel derroche de valentía como porque aquella madeja de pelos fuese un ser humano.

—Sí, sí, no me han roto nada —aseguró palpándose—. Muchas gracias.

La niña suspiró aliviada.

—¡Qué susto! Ten cuidado con esos cuatro, ¡son unos brutos!

Se sentó en el suelo recuperando oxígeno mientras Eloy recogía su bolsa de tela con el almuerzo. Intrigado, se agachó a su altura y la examinó con detenimiento. A pesar de lo alocado de su aspecto, parecía de fiar.

—Me llamo Eloy, ¿y tú?

—Maravillas.

Creyendo que era una broma, él soltó una carcajada, pero al ver que ella no

reía, se tapó la boca en señal de disculpa. Sin saber qué hacer, calló por un rato en que la niña no dejó de lanzar ojeadas a su bolsa. Le costó otro rato más percatarse de sus manos vacías.

—Maravillas, ¿tú no tienes bocadillo?

—Lo he olvidado en la mesa de la cocina —se lamentó acongojada.

—¿Quieres un poco del mío?

Sus ojos se abrieron con tal deleite que el niño creyó que le dispararía con ellos. Pensó en compartirlo, pero al ver el modo en que babeó al sacarlo, decidió entregárselo entero. Le quitó los restos de tierra con esmero y se lo regaló en agradecimiento por haberle evitado su primera paliza escolar.

Durante aquel primer recreo, Eloy estrechó la mano de Maravillas y ambos se prometieron mutua protección, lo que los volvió inseparables. Por desgracia, con lo que no contaba aquel par de pobres almas ingenuas era con las infinitas peleas que ya surgirían entre los dos.

Era imposible continuar su tierno y arcaico relato si Mara no paraba de carcajearse. Como si se hubiera vuelto loca de remate, se dobló de la risa. Eloy, un poco molesto, puso los brazos en jarras.

—¿De qué te ríes?

A Mara se le saltaban las lágrimas.

—¿De verdad creías que te estaba defendiendo a ti? ¡Lo que quería era tu bocadillo!

Eloy se quedó a cuadros.

—¿Hablas en serio?

—¡Pues claro! —contestó como si fuera lo más obvio del mundo—. Mi madre me atiborraba a kiwis y a galletas maría. Detecté el olor a jamón del bueno desde el otro lado del patio.

—Tiene un radar —explicó Arantxa a Hugo—. Es una cosa...

—Mara —masculló Eloy—, ¿eres consciente de que hasta este mismo momento te tenía por una heroína infantil?

Se le cortó el ataque. Tosió, se secó las lágrimas y alzó un dedo en señal de advertencia.

—Lo era. Era y sigo siendo una firme defensora del jamón de Jabugo.

Eloy se encontraba verdaderamente traumatizado. Recordaba aquella

anécdota con pelos y señales, muchos más pelos que señales, y durante toda su etapa escolar se enorgulleció de compartir amistad con alguien tan leal y desinteresado como Mara. Descubrir que, de no haber sido por el jamón, podría haberse quedado tuerto lo dejó muy desorientado.

—¿Te llamaban la Pelusa? —tanteó Hugo.

—Ay, sí, menuda panda de cabrones —rezongó Mara—. Ojalá se estén pudriendo en un Burger King.

Arantxa le echó una mano al hombro.

—Mara, que tú recalientas palomitas...

La joven le retiró la mano ofuscada y contraatacó con una mueca absurda. Poco después, el grupo, ya más relajado, en parte gracias a las copas, decidió abandonar la cháchara y hacerse paso en la improvisada pista de baile. La razón era de cajón. Mientras se baila, no se habla, por consiguiente, no se discute. Toda una declaración de intenciones.

* * *

A Arantxa le dolían los pies de tanto menearse y, sobre todo, de hacer el ridículo. Cansada de lucirse en vano, se sentó en la esquina de una mesa libre. No estaba al cien por cien, y eso podía notarlo hasta el más tonto del local. Sus horas bajas habían llegado a su cénit y le estaban pasando factura a su coordinación motriz y su fuerza mental.

—Bébeteste esto y mañana tendrás un blog y una cuenta en Instagram.

Eloy se interpuso entre ella y el cuerpo de baile. En una mano le tendía un chupito y en la otra sostenía el suyo.

—¿Qué es?

—Jägermeister.

Chocaron los vasos y se lo bebieron de un trago. Los dos gesticularon al pasarlo por la garganta. Haciéndose con una silla, Eloy se sentó a horcajadas apoyando los brazos en el respaldo. Arantxa no observaba a nadie en particular, o eso creía, porque al cabo de un rato su compañero señaló con el mentón a una rubia tatuada y sonrió.

—¿De las tuyas?

Arantxa lo fulminó con la mirada.

—¿Te crees que tengo poderes mágicos?

Él arrugó el ceño, pero no se ofendió. Demasiado acostumbrado a su carácter como para ofenderse a aquellas alturas y con tanta cerveza encima.

—A la camarera del centro comercial la calaste enseguida. —Y especificó—: La novia de tu ex, la lolita gótica.

«Ah, ya...» Se encogió de hombros.

—Llevaba semanas tras ella, ya sabía que entendía.

No acudía al mismo restaurante ni a la misma mesa por gusto, tenía sus motivos. Aunque no le habían servido de nada. Bueno, sí, para reencontrarse con una ex y amargarse un poco más.

—¿Quieres que cambiemos de sitio y vayamos a algún local de ambiente?

—¿Para qué? —gruñó—. Ahora esos locales están de moda entre los heteros. Para mí ir a ligar allí es como jugar al rasca y gana. Y, créeme, sólo toca perder.

Era más práctico deprimirse en terreno conocido y, de todas formas, no se veía con ánimos de camelarse a nadie. Quiso creer que la culpa era de los botellines, pero prefirió no pensarlo mucho para no asustarse.

Un par de canciones más tarde, y tras reparar en que la tatuada tenía pareja y, cómo no, ésta llevaba rabo, optó por despedirse y marcharse. Eloy, a su lado, la miraba absorto en sus pensamientos. Arantxa buscó a Clementine y la encontró hablando por el móvil.

La relación de aquellos dos cada día era más extraña. Ya no sabía cómo concebirla. Por la expresión de él, bien podría decirse que también vivía su propia tragedia griega, y no quiso ser mala, pero se alegró de no ser la única *tolai* del trío. Le dio una palmadita en el hombro y se fue a por su chupa.

* * *

Mara maldijo en voz alta. Encorvada sobre la barra, toqueteó su móvil mientras hacía rechinar los dientes. En la última media hora, aquélla era la quinta vez que a Mario se lo tragaba una planta carnívora. Por muy buena intención que le pusiera, los videojuegos no eran lo suyo, nunca se pasaba una triste pantalla. Reinició la aplicación sin importarle que se reseteara su miserable puntuación.

Aunque Hugo hubiera vuelto a mostrarse atento y cariñoso con ella, se

encontraba trabajando, por lo que dedicarse plenamente a Mara habría sido un despropósito. Cuando podía, le robaba un beso o intercambiaban cuatro palabras. El resto del tiempo, ella chupaba de su pajita mientras lanzaba a Mario por el aire para cazar monedas de oro.

Con cuidado de no perder de vista las pertenencias de Arantxa y Eloy que habían dejado a su cargo, deslizó el índice por la pantalla del teléfono. Otro vegetal con dientes... Más le valía cambiar al *Candy Crush*.

—Mara, me voy.

Arantxa recogió su móvil y su cartera y se los guardó en el bolsillo.

—¿Tan pronto?

—Prefiero dormir la mona que sujetaros la vela a los demás.

Estaba ondeando e inspeccionando su chupa cuando un fuerte acento cantarín se les unió sin permiso.

—¡Oh! Así que sigues con los mojitos, querida *Wonderful...*[6] ¿Cuántos llevas? ¿Cuatro? ¿Cinco? —Clementine sonrió con hipocresía—. Con ese ritmo y la bazofia que bebes, la cirrosis te pudrirá el hígado antes de los treinta.

Arantxa suspiró colocándose la prenda de cuero.

—A menos que tú nos mates antes de aburrimiento.

Mara se rio a mandíbula batiente.

—¿Te has estudiado el diccionario de la RAE en el baño para aprender a decir todo eso?

La chica apretó unos labios recién perfilados y les giró la cara. No daba la sensación de que fuera a discrepar, pero al descubrir los objetos personales de su chico por casualidad, los nervios retomaron el control de su lengua.

—¿Qué hacen aquí las cosas de Eloy? ¿Por qué las tenéis vosotras?

Arantxa lo encontró muy obvio.

—Será que se fía más de nuestras melopeas que de las tuyas.

Muy bien visto. Tenía su gracia que se metiera con la cogorza de Mara, puesto que cuando Clementine pedía ginebra, solía pillarse unos ciegos de campeonato. Al final de la noche, Eloy tenía que cargar con ella hasta casa como un fiambre, y si aguantarla sobria tenía su aquél, cruzarse con ella en mitad de una de sus resacas era para salir pitando en dirección contraria.

Clementine negó con la cabeza.

—No sabéis la suerte que tenéis de compartir piso con alguien tan paciente

como Eloy —las iluminó. Acto seguido, hizo un gesto demostrativo entre el canto de la mano y la muñeca, hasta que, al fin, encontró la expresión que buscaba—. Cualquiera otro se habría cortado las venas.

A Mara le sobraron aquellas verdades como puños. La asqueó que se las recordaran, y lo empeoró el hecho de que lo hiciera Clementine. El veneno le borboteó a toda prisa por el esófago, y lo escupió sin filtro y sin miedo.

—Lo raro es que no se las haya cortado él desde que está contigo.

La chica se amedrentó, aunque sólo fue una reacción engañosa y primitiva. Volviéndose arriba, su mirada se oscureció y se volvió perversa y amenazadora. El fuego que digería por dentro le enrojeció la palidez del rostro y le afiló los colmillos.

Mara, presta para alzar los brazos y lanzar la patada de la grulla sobre el taburete, notó un leve codazo en el costado. Siguió el interés de Arantxa y vio que Eloy se encaminaba hacia ellas. Fingiendo una sonrisa modelo y una tertulia amigable, adoptaron gesto de santas.

—Clementine, pasamos de líos —zanjó Arantxa—. Será mejor que nos dejes en paz.

—¿O qué? ¿Me vais a insultar y a gritar como locas delante de tu amigo y de tu novio? —las provocó refiriéndose tanto a Eloy como a Hugo—. ¡Qué sofisticadas que sois las dos! ¡Oídmelo bien! —rugió apuntando primero a Mara y luego a Arantxa—. O tus bromas y tus falsedades acaban esta noche u os juro por la Reina Madre que me tendréis en Madrid un mes sí y al otro también.

La pantalla del móvil de Eloy se iluminó y a Mara se le fueron los ojos. Nuevo mensaje.

Patricia: Sé que te va a encantar.

Ah, acabáramos... Puede que no fueran las melopeas, sino los escarceos tontos los que impulsaron a Eloy a confiarle su móvil a Mara y no a Clementine esa noche. Descubrir que seguía con ésas y no se lo confesaba ni a ella la decepcionó mucho.

—*Babe?*

Clementine dio un saltito cuando las manos de su novio estrecharon su cintura. Eloy le birló el teléfono y volvió a dejarlo donde estaba. Hubo un

momento tenso, de conmoción, uno en el que todos intercambiaron miradas y en ninguna de ellas se dijo nada bonito.

Eloy abrazó a su chica y la besó acaparando su boca. Fue tan efusivo que Arantxa emuló una náusea y a Mara se le secaron los ojos de asombro. Al soltarla para volver a respirar, amplió una sonrisa taimada.

—Venga, olvida a la Pelusa traicionera y vamos a bailar.

Mara abrió la mandíbula hasta que rozó la luxación. Nadie mejor que Eloy sabía lo mucho que detestaba aquel mote infantil. No sabía qué la fastidiaba más, si aquella pullita o que siempre se posicionara del mismo lado en aquellos encontronazos.

Iba listo si creía que se saldría con la suya. No se juega con quien te tiene agarrado por los bemoles.

—¡Clementine!

La pareja se volvió. Ella con cara de perro y él con un interrogante titilando entre ceja y ceja. El *riff* del clásico *Mar adentro* de Héroe del Silencio arrancó en aquel segundo. Un brevísimo espacio de tiempo lo suficientemente denso como para que Mara se echara atrás en su propósito.

Las letras de Bunbury y los años de recuerdos pesaban demasiado. Una cosa era un vacile y otra zambullirse en una relación y provocar su destrucción. Se mordió el labio, azorada, y los despidió con la mano.

—Nada.

Clementine rabió por lo bajo y se llevó a Eloy al epicentro del baile. Las miradas de los dos amigos se cruzaron de nuevo, confusas, desconfiadas y resentidas. Si tenían ocasión de hablarlo, Mara se prometió a sí misma no zanjar la discusión hasta averiguar toda la verdad sobre lo que se traía entre manos.

—¿Qué le ibas a decir? —preguntó Arantxa.

Mara suspiró.

—Que le cedo mi cuarto como vestidor. Asúmelo, Arantxa, se avecina mudanza.

La fotógrafa se cruzó de brazos, pero no dijo nada. Estaba visto que el dicho tenía mucha razón: «Las desgracias nunca vienen solas».

Qué complicado es vivir

El logro de Arantxa al dejar el tabaco tenía serias y negativas repercusiones, pero, por supuesto, tenía muchas más ventajas. Una de ellas era que sus rizos y su ropa ya no apestaban como las de un deshollinador. Mara amontonó las prendas y los zapatos y se puso el pijama. Rebuscando por los cajones, encontró su cuaderno de bocetos y lo dejó a mano para practicar antes de echarse a dormir. Pintarraजार circulitos y palitos emulando personas la agotaría hasta quedarse frita.

Se cepilló los dientes con una mano en el bolsillo del pantalón y la mente en La Estación. No le apetecía estar en casa. Había dedicado muchas horas de estudio en los días previos y se había ganado un receso. Entre el trabajo, la escuela, la biblioteca y su cueva, lo único que le despejaba las ideas y le permitía desconectar del todo era La Estación. Desafortunadamente, eso estaba cambiando, y le dolía y la enojaba a partes iguales.

Arantxa vio el baño abierto y se unió a su limpieza dental. A diferencia de Mara, se la veía somnolienta.

—Pensé que esperarías a que Hugo terminara el turno.

Mara bebió un poco de agua y se limpió con la toalla.

—No habría aguantado despierta.

—Yo te veo muy fresca.

—Porque lo soy —sonrió.

Arantxa se limpió a su vez y la miró a través del espejo. A una amiga no se la

engañaba tan fácilmente, y menos con las dotes interpretativas de Mara.

—¿Os va bien? Hace días que no lo veo por casa.

Se debatió internamente sobre si contárselo o no durante diez o quince segundos. Justo cuando iba a desahogarse, oyeron las llaves en la cerradura de la entrada y, rápidamente, la invitó a su habitación.

—Ven.

Goku las siguió pisándoles los talones. Cerraron la puerta y se acomodaron sobre el colchón, una medio enfundada bajo el nórdico y la otra estirando las piernas con la espalda apoyada en el gotelé. El gato saltó al regazo de Mara y ronroneó hecho un ovillo.

—Prométeme que esto no se lo contarás a nadie. Hugo no es cualquier otro de mis ligues, él es diferente. Lo que te cuente no puede salir de aquí, ni servirá para reírnos de ello.

Arantxa comprendió la gravedad de sus palabras y aceptó sus condiciones sin rechistar. Parecía mucho más espabilada. Mara tomó aire y confesó:

—No me corro.

La fotógrafa tardó unos segundos en reaccionar. Imaginando que se trataba de algún chiste, esperó a que Mara fuese sincera, pero al percatarse de que el tema iba en serio, su frente se frunció en multitud de arrugas.

—La única manera es el sexo oral —explicó—. Y tampoco es que sea un portento, es que yo le echo mucha imaginación y muchas ganas.

Los labios de Arantxa emitieron un silbido tan agudo que a Mara le rechinó la dentadura.

—¿Se lo has dicho?

—No.

Arantxa ladeó la cabeza pensativa. Sabía lo importante que era Hugo para ella. Sí o sí tendría que reconocer lo delicado de las circunstancias.

—A mí me gustaría saberlo. Así podría ponerle remedio y tú saldrías ganando.

—No sé cómo decírselo y, de todos modos, puede que el problema no sea suyo.

—¿Qué quieres decir?

Desde fuera, ese tipo de problemas siempre parecían más fáciles. Enfrentarse a ellos cara a cara requería tacto y agallas. Mara rascó a *Goku* bajo el hocico y el

cuello. El felino se estiró como respuesta a su placentera caricia. La taquillera dudaba si sería posible mantener una relación estable con alguien con el que el sexo no fuese gratificante. Nunca se lo había planteado, pues, aunque no resultara inconcebible, lo encontraba bastante insípido.

—Hugo ha estado con varias mujeres antes. ¿A todas les ha sucedido lo mismo? Lo dudo, estaría hecho polvo.

Arantxa asintió a sus deducciones.

—Entiendo... Puede que tuvieras unas expectativas tan altas con él que se te hayan cerrado los chacras del folleteo.

Mara apoyó su teoría. Hugo no era un mal amante, si acaso algo desaforado, pero a ella no le disgustaba en absoluto.

—¿Cómo me arreglo?

—Hablándolo.

Bajó la cabeza y enterró los dedos en el pelo. *Goku* capturó sus rizos y los masticó. Arantxa estaba en lo cierto, era la mejor opción y la única que ayudaría a que esa relación funcionase.

—Está bien —asintió—. Lo haré.

Hugo se merecía que fuese sincera con él. Los secretos, a la larga, sólo conseguirían hacerlos sufrir.

* * *

Todo iba bien, o medianamente bien, hasta que regresaron al piso y se encapsularon en el dormitorio de Eloy. Clementine tiró el bolso y el abrigo con malas formas sobre el nórdico y cogió su maleta. Apenas podía abrirla al completo para sacar y ordenar sus cosas. Refunfuñando, mantuvo el equilibrio como pudo para quitarse los tacones que llevaba, tan finos como un alfiler.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Eloy en inglés.

Clementine lo miró dubitativa, pero se avino a lo adecuado del lugar y respondió:

—Estoy cansada de esta situación. He volado hasta aquí para estar contigo. Para follar sin descanso, reventar el colchón y levantarme temblando de gusto —respondió—. No para tener que cohibirme y reprimirme porque no te da la gana concederme un poco de intimidad. ¿Tan malo es que pague un par de noches de

hotel?

Eloy se desabrochó el abrigo despacio y en silencio. Lo importunó tanto celo repentino.

—A ver...

—Sí, sí, ya lo sé —lo cortó ella—. Pero me pone los pelos de punta que esas dos estén al otro lado de la pared.

Haciendo pinza con los dedos, Eloy se los llevó al puente de la nariz.

—Eso siempre ha sido así. No lo entiendo, ¿qué ha cambiado?

—¡Tú! —espetó ella entre la pena y la rabia—. Dices que quieres organizarte para no dejarme sola y que me aburra, pero ya me siento así cuando estamos juntos. Te has vuelto intransigente, frío y...

—Yo no calificaría de frío lo que acabamos de hacer en el bar.

A Clementine le gustaba bailar y le gustaba hacerlo bien. Nada de piruetas solitarias, lo suyo eran los agarrados y, además, de los lúbricos, los que rayaban la indecencia y obligaban a mirar a otra parte. Eloy lo aceptaba y se lo daba, y en esa ocasión no había habido excepción.

—Siempre cuando a ti te conviene —replicó indignada—. Yo ya no te importo, ahora sólo se trata de ti.

Eloy alucinó con su actitud. No pudo evitar recordar aquella segunda o tercera vez en que se vieron. Ella, desnuda y jadeante sobre el suelo de la cocina, y él, hirviente y sudoroso, desmadejando su cuerpo.

En la mente de Eloy resonó su advertencia: «Nunca podré darte más que esto». Ella, riendo, contestó: «Lo sé, cielo. Pero no te aceleres tanto, de ningún modo te exigiré más».

La mujer que tenía delante conservaba muy poco, o más bien nada, de la chica de por aquel entonces.

—¿Qué es lo que quieres, Clementine?

Ella se aproximó con ceremonia inglesa y lo cogió de las manos. Sus ojos brillaron al pronunciarse.

—Me voy a separar, Eloy.

Por fin. Al menos, aquello era una buena noticia. Se alegró de corazón. Lejos del patán de su marido, podría recuperar la felicidad y empezar de nuevo.

—Bien. Bien, Clementine...

—Y quiero que elijas.

Su imposición selló sus labios y frenó su regocijo. Olió la encerrona. Se veía venir.

—Yo ya seré libre y tú quieres salir de Madrid.

En cuanto le mostró los dientes y expuso sus dos opciones, Eloy perdió fuelle. Solucionar aquel embrollo sin meter la zarpa iba a costarle lo suyo. Clementine había fallado a sus promesas y las consecuencias no se iban a hacer esperar.

* * *

Mara y Arantxa persistían en lamentos y cuchicheos cuando alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta. Eloy, descalzo y en pantalón y camiseta viejos, tiró de la cama nido de Mara y la armó en dos sencillos pasos. Con el pelo suelto, apenas se le veía el rostro mientras sacaba una almohada del armario y aireaba las sábanas.

Sus compañeras asistieron a su allanamiento sin dar crédito. Fue Mara quien cortó el silencio.

—¿Qué estás haciendo?

—Clementine está cabreada conmigo.

—Pues vete al sofá.

—Me destroza la espalda.

—¡No puedes dormir aquí!

Aquella habitación solía parecer más una sala de convivencias que la alcoba de una estudiante, y Mara empezaba a hartarse de las visitas inesperadas.

—No molesto —objetó Eloy—. La que roncas eres tú. Además, está cabreada por vuestra culpa, no voy a pagar el pato yo solo.

Arantxa contuvo una carcajada a duras penas.

—Eloy, eres un crío.

El susodicho hizo oídos sordos y se tendió en la cama, buscando la postura para dormir. *Goku* maulló y fue a tumbarse en el hueco de su cuello. Mara gruñó, sobre todo porque sabía que era más sencillo dejar que se saliera con la suya que soltarle una regañina para que se fuera. Molesta con él, con su novia, con su primo y consigo misma, bajó el edredón del altillo y se lo tiró por encima.

—Tápate, zoquete, que vas a pillar un resfriado y luego me lo vas a pegar.

Eloy asomó la cabellera como un puñado de paja en medio de un telar y se ahuecó la almohada. Al contrario que Mara, ya que no tendría que padecerlo, Arantxa lo observó con impasibilidad.

—¿Por qué se ha cabreado Clementine?

Eloy enlazó las manos en la nuca y contempló el techo.

—Porque no estoy enamorado de ella.

Arantxa y Mara intercambiaron una mirada. La primera, esperanzada, y la segunda, sin atisbo alguno de sorpresa. Al fin y al cabo, ya estaba al tanto de su alta traición.

—¿Es porque eres gay?

Mara aguantó la respiración. El atrevimiento de Arantxa asustó hasta al gato, que movió las orejas y maulló amodorrado. Eloy se medio incorporó y, clavando el codo en el camastro, observó incrédulo a su compañera.

—¿Tú crees que soy gay?

La fotógrafa apuntó a Mara con un dedo instigador.

—Y ella también.

—¿Mara?

—¡Eso es mentira! —protestó la aludida.

Sus amigos eran un par de bocazas sin medida. No se podía abrir la boca ni para un inocente y simple comentario.

—Si eras la primera que lo pensaba...

—Pero ¡eso era antes! Si fuese así, ya habría dicho algo. Digo yo, ¿no? —interrogó a Eloy con inquina—. ¿O es que ya no pinto nada en tu vida?

Eloy puso cara de recién aterrizado en el planeta Tierra y ni le salió la voz para contestarle.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Arantxa.

Él se dejó caer boca arriba. Tenía un aspecto horrible, tanto por lo andrajoso de su indumentaria como por la tristeza que asomaba a sus ojos. A la vista estaba que precisaba un pedal y una buena siesta.

—Echarle huevos de una vez.

Mara no captó el significado de su mensaje. Arantxa, en cambio, creyó pillarlo al vuelo.

—Sí, ya va siendo hora —coincidió—. Clementine es insoportable, pero le habrás hecho tragar lo suyo y lo de su prima.

Eloy abrió la boca, aunque debió de pensarlo mejor que ella y la cerró de nuevo. Estaba haciendo uso de toda su resistencia. De sobra era conocido que tenía cartuchos de cuajo para dar y tomar, pero sus límites habían bajado de nivel considerablemente en las últimas semanas y daba la impresión de que estallaría en cualquier momento.

Exasperado, se levantó y se marchó con el gato bajo un brazo y la almohada bajo el otro. A Mara le dio mucho cargo de conciencia y se volvió hacia Arantxa con reprobación.

—A veces me gustaría que siguieras fumando.

Su amiga se lo tomó con mucha menos filosofía que Eloy.

—Pues no has estado tú fina con la mandarina de Westminster y la historieta de la Coca-Cola. Que anda que no me has jodido a mí también, dicho sea de paso.

—No, no, no te confundas —rehusó—. Eso era mi revancha personal. Lo tuyo ha sido muy gratuito.

Arantxa se cruzó de brazos. Acabaría soñando con cítricos y cigarrillos bailando el chotis. Mara lo visualizaba con todo lujo de detalles.

—Es verdad —convino—. Pero ya me disculparé mañana. Tus dramas humanos me han dado sueño.

Bostezó como una leona y saltó por encima de las camas.

—Buenas noches —se despidió antes de cerrar la puerta—. Compra Vaginesil.

Un segundo más tarde y la zapatilla de Mara le habría abierto la cabeza.

Ama otro día

Sirvió el café en dos tazas y esperó a que se calentara la leche en el microondas. Había dedicado la noche anterior a adelantar encargos pendientes. Tenía sueño, hambre y muchas ganas de fumar. Esperaba que con el tercer café su rendimiento mejorara. Recogió un poco la cocina y lo llevó a su habitación.

Arantxa no estaba sola. Sentada en su silla, con las piernas elegantemente cruzadas y la vista puesta en la pantalla del ordenador, su ex asentía con aprobación.

Lidia se escapó de la oficina para revisar la sesión de fotos de su hermana, pero lo que debería haber sido un trámite rápido y sencillo se estaba convirtiendo en un entretenimiento matutino que Arantxa no podía permitirse. La publicista examinó las instantáneas una a una con lupa. Parecía contenta con el resultado, aunque como no lo verbalizaba, Arantxa tuvo que meterle prisa.

—¿Y bien? —preguntó tendiéndole el café.

—Son estupendas —contestó sonriente—. Tienes un don para la fotografía, Arantxa. No comprendo por qué todavía no expones.

Ésa se la sabía bien.

—Porque para exponer no hace falta ningún don, sino una billetera gorda.

Tampoco era su aspiración. Le salía más rentable colgar sus obras en un banco web de imágenes y, además, cubría mucho más mercado.

—¿Cuándo me las podrás pasar?

—Dentro de dos o tres días. Tengo otras entregas pendientes —respondió

mirando la hora en la pantalla.

A Lidia le quedaba poco por hacer allí, sólo faltaba chequear los cambios requeridos. Enfrió el café de un soplo y bebió un buen sorbo. Arantxa la contempló disimuladamente. Era bajita, pero llamativamente curvilínea, muy exuberante. Le gustaban los complementos, el maquillaje y los vestidos ceñidos que resaltaban su anatomía y marcaban cuanto deseaba. Puede que pecara de optimismo a la hora de escoger la talla adecuada, pero sabía defenderla con estilo. Lo único que le disgustaba a Arantxa de Lidia era que no fuese rubia natural.

La repasó más exhaustivamente y distinguió unas arruguitas en los ojos y la comisura de los labios. Sin quererlo, recordó el apodo tan poco cariñoso con que la habían bautizado Mara y Eloy, y no pudo evitar fijarse en otras insignificancias. Arantxa desconocía su edad, y cuanto más la estudiaba más se convencía de que, efectivamente, no había quien la determinara. Haciendo cálculos de aficionada, volvió a los ojos y se percató de que Lidia también la estaba mirando. Soltó la taza con intención de parar la tontería y disculparse, pero la publicista malinterpretó su interés y se precipitó contra su boca.

Sintiéndose fría y desubicada, la fotógrafa presenció el arrebato como si no fuera ella, como si observara la escena en tercera persona. Lo demostraron su falta de respuesta y su nulo afán por corresponder a su ex.

Lidia echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—No estoy de humor.

La publicista soltó una carcajada al aire.

—Sería la primera vez.

Siguió con su cometido. Primero besándola en los labios y el cuello, después acariciando su abdomen, el interior de sus pantalones... Avasalló su cuerpo sin medida y sin impedimentos, y es que la respuesta de Arantxa resultaba tan inverosímil que le costó convencerse de la realidad.

—Oh, ¿va en serio? —Obnubilada, le quitó las manos de encima y se concedió unos instantes para pensar con claridad—. ¿Estás con alguien?

«Hombre..., estar, lo que se dice estar...»

—Es complicado.

El pasmo de Lidia dio paso a la indignación acumulada.

—Sí que te das prisa. No has perdido el tiempo.

La fotógrafa recompuso su ropa buscando los términos adecuados para no provocar malentendidos. Todo lo que tenía Arantxa de desapego Lidia lo tenía de temperamento.

—Bueno, yo diría que seis meses son suficientes para...

—¡Querrás decir dos!

—Eso, eso, dos.

Arantxa alucinó en colores para sus adentros. No le salían las cuentas. Su ex recogió su maletín y su chaquetón hecha un basilisco, se le enrojeció hasta la raíz de las mechas.

—Vamos, Lidia, no puedes cabrearte.

—Claro que puedo —rebatíó—. Mira cómo lo hago.

La muy loca pegó un manotazo a las tazas y las volcó sobre el escritorio. A Arantxa casi le dio un síncope. Pringándose entera, jurando en arameo y lamentándose por su mal karma, procuró por todos los medios que el estropicio no afectara a su carísimo equipo.

Lidia hizo caso omiso de sus alaridos y estampó una tarjeta en la única esquina seca de la mesa.

—Dale las fotos directamente a mi hermana.

A taconazo limpio, se largó con el mentón en alto y el orgullo bajo tierra. Arantxa no podía permitirlo, aquel trastorno mental podría haberle costado todo el trabajo de una noche en vela. Fue tras ella, aunque no estuvo lo suficientemente rauda. Bajo el dintel de la entrada, como si aquello fuera la puerta de «Lluvia de estrellas», emergió la versión más joven, más bonita y más inocente de Lidia.

—La puerta del portal estaba abierta.

Arantxa admiró a Elsa con el deleite que ya venía siendo costumbre en sus encuentros. Las había citado el mismo día para quitarse los dos marrones de encima. Porque sí, porque tanto la una como la otra se habían convertido en dos molestias que ella sola bien se había buscado. Con una, por no saber decir que no, y con la otra, por ser tan tristemente vulnerable a sus encantos.

Presurosa, la invitó a pasar a su cuarto. No le ofreció nada, deseaba que se fuera cuanto antes. No la quería en su vida y eso incluía, por lógica, su dormitorio. Sin embargo, al guardar todos sus encargos en el equipo de mesa, no

le quedaba otro remedio que recibirla en el único sitio donde ya le habría gustado hincarle el diente.

—Tu suelo está un poco pegajoso.

Arantxa vio a *Goku* lamiendo el charco de café y retornó a las maldiciones explícitas y soeces. Al ver la que se había liado en un momento, ansió con todas sus fuerzas un cartón de cigarrillos. Sacó el cubo y la fregona y, tras espantar al felino, se dispuso a limpiar el parquet.

—Te echo una mano.

—No es necesario.

Ignorándola, Elsa se hizo con un rollo de papel de cocina y se afanó en la tarea. Cada una por su lado, lo hicieron lo mejor que supieron.

—¿Cómo se ha caído?

—Ha sido mi ex —rabió Arantxa.

Elsa se quedó en suspenso.

—¿Esa mujer era tu exnovia?

—Sí. La tengo loca, en sentido literal.

La modelo bajó la vista. Fue un gesto extrañamente pesaroso. Después de recomponerse, volvió a frotar y se fijó más detenidamente en cuanto la rodeaba. Como si hubiera perdido algo, se afanó en inspeccionarlo todo cual cibernético armado con visión de rayos X. Arantxa acabó con su pantomima. Le quitó la taza y el trapo de las manos y casi la sentó ella misma en su silla. Estaba hablando de más, y por su culpa estaban desviándose del asunto que las concernía. O se centraba o no se iría nunca.

Le indicó que seleccionara y anotara las fotos que más le gustaban, pues serían las definitivas que incluiría el *book*. Iba a dejarla sola, para concederle tranquilidad y en cierto modo para concedérsela a sí misma. A pesar de esos planes, mientras recogía la fregona y el resto de los chismes, la examinó en silencio igual que había hecho con Lidia.

Elsa se puso cómoda, sentándose sobre las piernas cruzadas e inclinándose por el teclado al tiempo que se recogía el pelo con una goma. Irradiaba naturalidad y sencillez. Su porte no residía en cómo se acicalaba, sino en cómo no lo necesitaba. Para desgracia de Arantxa, Elsa era todo lo que le gustaba elevado a la máxima potencia.

Se entretuvo en la cocina, cacharreando y ordenando, pensando en lo mucho

que disfrutó de la sesión que compartieron. No lo había considerado, pero fotografiar modelos viajando por lugares exóticos para ganarse el pan no era un mal planteamiento profesional. Bien podría enfocar su carrera hacia ese tema. Desde luego, ganas de dejar Fototrix no le faltaban.

—Arantxa, ya he terminado.

Volvió a la habitación, Elsa sonrió radiante.

—Me encantan. Sobre todo, ésta.

Casualidades de la vida, se refería a la misma foto que había colgado del corcho de la pared. Claro está que dicha imagen ya no estaba en su sitio, Arantxa se había obligado a deshacerse de ella. Descubrir a Elsa buscándola con ahínco, empero, le dio tanto remordimiento que decidió zanjar la conversación allí mismo.

—Genial, entonces. Te enviaré un correo electrónico con todo.

—¡Qué prisas! —rio Elsa—. Esperaba poder invitarte a un café.

Y dale con los cafés... Si algún día lograba entender lo que se cocía en la cabeza de Elsa, le convalidarían primero de Ingeniería Industrial.

—No, Elsa, mejor no. Voy a estar muy ocupada durante la próxima...

—«¿semana?»— temporada. Dejemos los cafés para otra ocasión, ya nos veremos.

Su impertinencia, tan impulsiva, produjo un efecto en Elsa muy similar al de Lidia. Se quedó anonadada, aunque la diferencia recabó en que en su rostro lo que destacaba era el dolor, no el resentimiento.

—¡Uf! Estás un pelín borde.

Arantxa se encontraba igual o más violenta que ella. Hizo de tripas corazón y se cruzó de brazos, dando a entender que no había más que decir. Total, para la fotógrafa, entre ellas ya estaba todo dicho.

—Vale, quieres que desaparezca —adivinó Elsa sin demorarse—. Pero intuyo que no sólo quieres que lo haga de tu casa, ¿verdad?

Arantxa asintió sin poder mirarla a la cara.

—Tienes buena intuición.

El trabajo estaba hecho y, tal como le había prometido, le haría entrega de un *book* espléndido. Y encima por el módico precio de cero euros. Si es que más boba no podía ser. La broma le salía a pagar.

Elsa emitió un sonido que podría haberse confundido con un bufido de *Goku*

o una risotada a medias.

—Claro, claro... Por qué perder el tiempo conmigo, ¿no, Arantxa? Para lo que me quieres a mí, ya te sirve una ex.

Aquello acaparó toda su atención.

—¿Qué estás diciendo?

Elsa tenía el rostro encendido y una vena en el cuello más tensa que las cuerdas de su tendedero.

—Que mientras conoces a unas, te acuestas con otras. ¿Son imaginaciones mías o estoy en lo cierto?

Arantxa se creció. No toleraba una acusación tan fuera de lugar.

—Ojo, Elsa. No te debo nada excepto unas fotos. Si crees que voy a darte explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer en mi vida, estás muy equivocada —conminó—. Eres la persona menos indicada para interrogarme, tú y yo no tenemos nada, ni nunca llegaremos a tenerlo.

Quizá fue demasiado brusca u honesta, o ambas cosas al mismo tiempo. El caso es que Elsa se quedó inmóvil, con los enormes ojos abiertos como los de un búho y esperando dar con una respuesta igual de dura que no encontraba.

—Además, ¿cómo eres tan cínica? —reincidió Arantxa—. No fui yo la que salió corriendo con su ex el día de las fotos.

—Pero ¡si no hicimos nada! —alegó Elsa—. Álvaro es un tarugo, buscó la excusa de devolverme cuatro cosas que olvidé en su piso para intentar arreglarlo, pero jamás he cedido. ¡No estuve allí ni diez minutos!

—¿Y a mí qué me importa? —la frenó Arantxa—. Me la trae floja con quién te veas, Elsa.

La resistencia de la modelo se agotaba por momentos. Cada vez se la veía más afectada. Aquello se estaba desmadrando.

—Me dijiste que te gustaba. ¡Me besaste!

—¿Y qué? —Arantxa no pudo más—. ¡¿Y qué, joder?! Ni que fuera la primera vez que te besan. ¡Es cierto, ¿vale?! Me acuesto y me levanto con quien me da la gana. Tú no significas nada para mí, ¡sólo quería probar que podía tenerte!

La fuerza de su voz le rasgó las amígdalas y le oprimió el pecho. En los ojos azules de Elsa vio reflejados los suyos, apagados, encogidos y arrasados en lágrimas. Se mordió la lengua, por un lado, para evitar retractarse y, por otro,

para dejar de infligir más dolor.

Elsa cogió su parca y su bufanda. Había algo diferente en ella, una determinación de la que no había hecho uso con anterioridad. Su pose era la de una valquiria herida. Orgullosa, brava y rotunda.

—Ciertamente, Arantxa, tú y yo nunca llegaremos a nada —sentenció—. Porque, puesta a tirarme a la piscina, prefiero hacerlo con alguien más íntegro, más paciente y, sobre todo, con alguien que me tome en serio.

Dicho aquello, dio media vuelta y desapareció tan sigilosa como había aparecido. A Arantxa le dolía desde el alma hasta el corazón. Temblando como una niña pequeña, se dejó caer en la cama. *Goku* la imitó, paseándose por el nórdico y restregando su larga cola por sus narices. Porque sí, porque el día había empezado condenadamente mal y estaba visto que acabaría peor.

* * *

El viento, fuerte y helador, le despeinó el moño y congeló su rostro. Las calles del centro de la ciudad recibieron a Eloy con un atardecer apresurado, oscuro y desapacible. Su humor empeoró con aquel gélido clima, que le enfrió hasta los huesos y lo obligó a encogerse mientras avanzaba hacia su destino. La mañana en que despertó en el sofá, ojeroso y contracturado, Clementine se había esfumado del piso. En su nota había dejado constancia de las pocas ganas que tenía de verlo y eso irritó al auxiliar de veterinaria, pues suponía un nuevo obstáculo para normalizar su situación.

Eloy no aceptó su silencio. Debían sentarse y hablar, así que durante dos días se había dedicado a convencerla para que regresara y entrara en razón. Dos días que al fin dieron sus frutos cuando Clementine accedió a una cita en terreno neutral. Junto al hotel donde se hospedaba había una cafetería de horario ininterrumpido cuya especialidad eran los estudiantes, los turistas y las parejas silenciosas adictas al móvil. Era el sitio perfecto para ambos.

El auxiliar divisó la fachada y entró frotándose unas orejas rojizas y entumecidas. Clementine se encontraba al fondo, en una esquina apartada con poca luz y poco ánimo. Al acercarse, levantó la vista y en ella vio lo mal que lo había pasado y lo poco que esperaba de aquel encuentro. Nervioso, le dio un casto beso en la mejilla y tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Clementine, tenemos que hablar.

—No vamos a volver a vernos. Esto se acaba aquí.

Aquella inesperada acritud le paralizó el cuerpo y la sesera.

—Es lo que ibas a decir, ¿cierto?

Clementine no tenía un pelo de tonta. Posiblemente, ya sospechaba cómo se despedirían cuando compró los billetes de avión.

—Sí —admitió—. Y, si no me equivoco, tú también.

Únicamente quedaba una alternativa dada la elección que había tomado Eloy cuando lo obligó a elegir. Clementine suspiró. En su postura ya no quedaba ni rastro de genio o sensualidad. Era la viva imagen de las dolorosas consecuencias de la madurez.

—No es lo que quiero, pero sí lo que debo —confesó—. No te voy a mentir, Eloy, me he hecho ilusiones con lo nuestro. Lo mejor será que le pongamos fin antes de que me hagas daño.

Él se apresuró a responder.

—Nunca ha sido ésa mi intención, bien lo sabes.

Hizo memoria, recordando sus inicios en Londres y la noche en que se conocieron, cuando se buscaron y se encontraron sin pretenderlo. Se sentían solos, tanto o más que en aquel instante. Juntos se escucharon, se apoyaron y atenuaron sus más bajas frustraciones. Les sentaba bien. Los aliviaba. Ayudaba a seguir adelante. Todo era perfecto.

Sin embargo, aquel arreglo había perdido su objetivo hacía tiempo y no parecía que Clementine se diera cuenta. Que permaneciera junto a Eloy y no buscara un apaño más fácil y más a mano sólo evidenciaba lo que él más temía y, al final, sus sospechas se habían confirmado.

—Lo que hacemos ya no tiene ningún sentido.

—Reconozco que se ha vuelto casi más difícil que mi matrimonio.

Eloy resopló y se pasó los dedos por el pelo. Clementine evitó que contribuyera a su desgredado tomando su mano y cobijándola entre las suyas. La nostalgia del gesto trajo nuevos recuerdos al joven.

—Eloy, te voy a dar un consejo, aunque tal vez no sea la persona adecuada —apostilló—. Tienes que asumir lo que te pasa. No sólo te haces daño a ti mismo, ¿vale? Tienes que ser sincero con los demás. Por lo menos, mi marido siempre ha sabido lo que hay.

Tenía razón, de ahí que lo suyo tuviera que terminar cuanto antes. Eloy le había estado dando vueltas a su marcha y finalmente había decidido quedarse donde estaba. Al fin y al cabo, lo opuesto sería huir de nuevo, y quería esforzarse en cambiar. Así se lo hizo ver a Clementine, quien sonrió, y lo hizo con pesar y sinceridad a partes iguales.

—Arriégate, Eloy. El miedo es el mayor enemigo del corazón. Duele como un condenado y trunca las mejores historias —alertó—. Si sigues escondiendo lo que te ocurre, enfermarás de amargura y de pena.

Eloy tuvo un *déjà vu* de sus primeros encuentros, aquellos en los que intercalaban el sexo con las charlas, y en los que se confesaban y se consolaban mutuamente. Siempre se había tomado los consejos de Clementine en serio. Le habría gustado que ella hubiera apreciado los suyos de igual modo, pero tal como se zanjaban las cosas, puede que no fuera así.

—Siento que esto no haya sido lo que esperabas.

—Yo también.

Encajó el golpe como pudo, gastando otro cartucho de estoicismo y reservando la psicosis acumulada para mayores males. Un sollozo llegó a sus oídos. Apurado, se palpó los bolsillos, pero estaban vacíos. Cogió un montón de servilletas, cambió de posición y se sentó junto a Clementine. Ella rehusó su compañía.

—No, no pienso llorar delante de ti.

—¿Por qué?

—Por dignidad.

Él ignoró sus sandeces y la abrazó. El resto de los consumidores se los quedó mirando con curiosidad. Eloy y Clementine eran sexo y drama, y eso era lo único que había permanecido intacto en su corta historia.

—Gracias por estos dos años, Clementine.

No todo había sido un error. De algún modo, ambos habían crecido personalmente. Clementine se limpió la cara y se aclaró una voz afligida.

—Nos hemos divertido, ¿no? —concluyó—. Tampoco podíamos durar eternamente.

Era cierto, pero jamás pensó que acabarían de aquella manera ni por semejantes motivos.

Clementine se levantó. Un beso melancólico fue lo último que Eloy recibió

de ella.

—Buena suerte, cielo.

—Lo mismo digo —murmuró él al verla salir del establecimiento.

Llamó al camarero y pidió un café cargado. Se sentía desdichado, y no por el fin de su relación con Clementine, sino por la indiferencia que le causaba. Debía espabilarse y aprender a improvisar. De lo contrario, como bien habían vaticinado, enfermaría de amargura antes de tiempo. Si es que no lo había hecho ya.

Algo para vomitar

Los expositores publicitarios eran puzles en tres dimensiones a tamaño natural. Podían ser tan simples como los compuestos por un par de piezas o complejos como un armario empotrado de Ikea. Cada vez que llegaban a los multicines, los empleados se echaban a temblar. Montarlos era pesado y engorroso, lo divertido era destruirlos pasada su fecha de exhibición. Encontrar a compañeros pateando cartones en grupo a la hora del cierre era fácil. Decían que les venía bien para desfogarse. Mara se les unía de vez en cuando, pero al contrario que el resto, también le gustaba armarlos.

Ya se había cambiado y estaba lista para irse cuando le enseñaron el paquete y le pusieron la miel en los labios. Como a un burro persiguiendo una zanahoria, la condujeron al vestíbulo. Una vez allí, desempaquetaron el monstruo de incontables y complejas piezas y dejaron que se entretuviera con él. Mara se concentró en su cometido. Destrozar desahogaba, pero construir relajaba, y ella lo necesitaba.

Iba a hablar con Hugo. Por el bien de ambos, confesaría lo que le sucedía, o, mejor dicho, lo que no le sucedía. Cumplir su fantasía había sido muy excitante, pero la vida sexual en pareja no podía reducirse a meterse los dedos de vez en cuando. Con práctica y paciencia, conseguiría culminar. Únicamente deseaba no cabrear o lastimar a Hugo con su confianza. De ser así, no tenía ni idea de cómo manejarlo.

—¡Listo!

Se puso en pie estirando los músculos agarrotados y masajeando los riñones doloridos. Su audiencia, que no eran otros más que sus compañeros apostando y cronometrando, prorrumpió en aplausos al ver el expositor de *Coco* finiquitado.

—¡Dos horas y media! —apuntaron—. ¡Has batido tu propio récord, Mara!

Su compañera de taquilla la enfocó con el objetivo del móvil. Ella hizo el símbolo de la victoria con los dedos y posó orgullosa con su obra.

—Me voy, ¡es tardísimo!

—¿Has quedado con el chico *Transformers*?

Mara asintió a cámara rápida.

—Algunas tenemos suerte y otras, a Olegario.

A la chica se le congeló la sonrisa. Mara creyó que a aquellas horas a nadie le quedaba sentido del humor y no se molestó en explicarle el chiste. Se abrigó con una bufanda de lana y recogió su bolso. Su compañera también se iba, pero para su sorpresa no lo hacía sola. Olegario la esperaba a la salida con las manos en los bolsillos y una expresión bobalicona en el rostro. Ella le correspondió con el mismo gesto y, tras besarse, se fueron juntos de la mano.

Mara se quedó boquiabierta. El otro chico de cabina rio a su lado.

—Dicen que los unió una rosa y una luxación de hombro.

Recordó aquella noche perfectamente. Dispuesta a no romper la tradición, cogió impulso y le arreó un bolsazo a aquel listillo también.

—¡Ah! —aulló frotándose el bíceps—. ¿Qué llevas ahí? ¿Una mancuerna?

Ignorándolo, Mara se marchó en dirección contraria a la pareja. Más le valía regresar pronto al día siguiente, antes de que su compañera le clavara chinchetas en la silla o le echara aguarrás en el termo del café.

Cuando llegó a La Estación, todavía alucinada, estaba helando de tal modo que sólo había una chica fumando en el exterior. Dentro, el local estaba hasta arriba. El calor se concentraba en corrillos de gente bebiendo, bailando y gritando para hacerse oír.

Depeche Mode sonaba a todo volumen, en tanto que Mara recorría la barra para buscar a Hugo. En principio, sólo veía a las dos camareras. Echó un vistazo a la hora, le tocaría descanso. Acabaría cruzándose con él. Todas las mesas estaban ocupadas, incluida la de Bowie por una pandilla que no era la suya. Debían de haberse ido hacía rato o ni siquiera habrían acudido. Ya había notado lo poco receptivos y malhumorados que estaban Arantxa y Eloy últimamente.

Mara anduvo hasta el fondo del bar recorriéndolo con la mirada. Finalmente, encontró a Hugo charlando con unos chicos que jugaban al billar. Comentó algo gracioso, pues todos se rieron, y abrió un botellín de cerveza que le tendió a una chica. Mara extendió el brazo para anunciarse, pero se detuvo en seco. Hugo ofreció aquella bebida con incentivo incluido. Sin demora, ni vergüenza, ni remordimiento, agarró a la chica de la cintura y la besó en la boca.

Un único latido sacudió el cuerpo de Mara. No podía ni moverse, ni creérselo. Clavada en el sitio, inmóvil como una estatua, asistió al derroche de pasión de Hugo con auténtica incredulidad. Fue tan imprevisto y tan violento que no le dio tiempo a asimilarlo. Sus ojos lo veían y el seso lo recibía, pero no lo procesaba. Al no encontrarle ningún sentido, no había manera de digerirlo.

Hugo se divirtió cuanto quiso y la chica se entregó a su lujuria de buena gana. Le pellizó el culo de tal manera que escoció sólo de verlo. Era un magreo líquido y fuera de lugar que alcanzó el pico más alto de bochorno que Mara podía soportar.

Cuando Hugo quedó satisfecho, se volvió sonriente y dio de lleno con el estupor de ella. Frenó pegando un señor bote y se llevó las manos a la cabeza, hecho un manojito de nervios.

—¡Mara! ¡No te he visto entrar!

—De-de haberme vi-visto... —barboteó como pudo—, ¿la-la-la habrías be-be-besado?

—¡Por supuesto que no! No soy tan cabrón.

Otra chica se interpuso entre ellos. Era la misma que fumaba en la entrada del bar, tenía los labios amoratados y se la veía cabreada.

—Hugo, ¿qué haces? Me estoy congelando esperándote.

Mara se tocó las sienes con los dedos. Se estaba mareando. O desfallecía o gritaba o le explotarían el corazón y el cerebro.

—¿Qué está pasando aquí?

Hugo pasó de la fumadora y sostuvo a Mara por el codo.

—A ver, ven.

Huyendo del bullicio, se hicieron a un lado para entenderse mejor.

—De verdad que lo siento, Mara —se excusó muy apurado—. Pensé que esta noche tampoco vendrías. No creas que no soy discreto. Dios, lo soy, pero habéis coincidido todas a la vez y no lo esperaba.

—¿To-todas? —pestañeó—. ¿Cuántas?

—¿Pusimos un límite?

A Mara le faltó el aire. De repente le entraron unas ganas tremendas de echar a correr y vomitar donde fuera. Devolver unas entrañas ateridas, limpiarse la boca y volver a casa; como si nada, como si aquello fuese un mal sueño y no estuviera pasando más que en su imaginación.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Desenroscó su bufanda. Se le agarrotaron los pulmones, le costaba respirar. Aquello no podía estar pasándole a ella, y menos con él.

—Hugo... No lo entiendo —jadeó—. ¿En qué momento dijimos que podíamos follar con otros?

El susodicho se puso pálido. Como recién golpeado, retrocedió y un relámpago de estupefacción atravesó su mirada.

—Dijiste que no querías ataduras, y menos conmigo —reprochó usando sus términos—. Que te veías con quien querías y cuando querías... ¡Incluso quedabas con dos tíos a la vez! ¿Es que no era así como querías que fuera lo nuestro?

Dicho aquello, nadie habría sabido decir quién se encontraba más espantado de los dos. Mara tuvo que buscar un asidero. Una brecha se abrió bajo sus pies, tan enorme y tan honda que necesitó de la máquina de *pinball* para no caer por ella.

Revivió la conversación de aquel día con un disgusto que se le atoró en el cielo del paladar. No esperaba tanta crueldad repentina, pero, claro, ¿cómo esperarse algo así? ¿Cómo esperar que le escupieran sus propias palabras a la cara y que, además, no lo hiciera cualquiera, sino Hugo?

—Dios mío... —sollozó—. ¿Por eso cambiaste de opinión tan de repente?

No es que la pareja no se encontrara en un mismo punto, es que estaban a años luz uno del otro. Hugo sólo quería meterse en su cama, era todo cuanto había pretendido, y ella se lo había dado sin dilación ni condición. Se sintió sumamente estúpida. Las lágrimas flotaron ardientes por sus ojos. Afrontar una realidad tan agria y que, para colmo, ella misma había propiciado la estaba haciendo polvo.

—¿Y qué hay de todo lo que me has dicho? —demandó sin comprender—. ¡Has hecho que me ilusionara continuamente! Decías que conmigo eras feliz,

que todo era menos duro para ti gracias a mí, ¡a mí! —recalcó.

—¡Y así es! Tú me alivias, me distraes... Siempre lo has hecho, ¡lo digo en serio! —gritó imitándola—. No mezcles un tema con otro, Mara. Con ellas es sexo y contigo es diferente.

—¡Qué cojones voy a ser diferente, si le estabas haciendo lo mismo que me haces a mí!

La ira se abrió paso por sus venas acelerada y destructiva como un huracán. Tensó su mandíbula, su voz, y rebosó sus tripas de hielo y ponzoña.

—¡Porque hoy no deberías haber venido!

—Sí, ¡sí!, ¡cierto! —chilló alborotada—. ¿Cómo puedo ser tan imbécil? ¡Perdona, Hugo! ¡Perdóname por interrumpiros! ¡Perdóname por joderos la noche! ¡Ya me voy!

Él apretó los labios. Se transformaron en una tangente que mostró su exasperación.

—Ven, vamos a arreglarlo.

Fue una mala elección. Aquel verbo no era el más adecuado para una situación tan espinosa. No venía al caso.

—¿Y qué quieres? —frenó ella—. ¿Que nos organicemos en un calendario?

Sólo de pensarlo, le volvieron las náuseas. Visualizó a Hugo con las dos chicas, primero con la del billar y luego con la del cigarro. Se frotó los morros, tratando ridículamente de borrar cualquier rastro de él, cualquier huella de un instante juntos... Quería hacerlo desaparecer. Necesitaba rebobinar y comenzar de cero. ¡No! No quería comenzar nada. Quería no haberlo conocido, volver a los quince sin cruzarse en su camino, fijarse en otro y tener mejor suerte.

Pero aquello era imposible, y debía vivir con ello y la asqueaba. Vaya si la asqueaba...

—Vamos a ver, Mara, tú has estado haciendo lo mismo que yo, ¿no?

Oír tal disparate la encrespó muchísimo. Un berrido salió despedido desde el fondo de su garganta y estalló entre los dos.

—Por todos los santos, Hugo, ¡mírame! ¿Qué te hace pensar eso?

Mara estaba desquiciada y él lucía verdaderamente asombrado. La clientela husmeaba y murmuraba formando un círculo a su alrededor. Discutir con público espoleó el nervio de Mara, quien, por más empeño que le pusiera, seguía sin asimilar lo que sucedía.

—¿Para qué te has tomado tantas molestias si sólo querías follarme? ¿Por qué lo has edulcorado tanto y tan bien? ¿Por qué has hecho eso?

Hugo estaba rígido, serio y pétreo como el mármol de la barra.

—Ya te he dicho que contigo es diferente y he tenido un tacto excepcional — aclaró—. Nos une una amistad de más de una década. De no haber sido amable y constante, ¿habríamos ido a alguna parte?

La repulsión estremeció a Mara de súbito.

Unos dedos se posaron solidarios en su hombro. Ella los apartó de un manotazo. No conocía al hombre que la escudriñaba imperturbable, totalmente carente de emociones. O, al menos, no conocía aquella faceta tan fría y desagradable que acabó por revelar. Resultó tan decepcionante que no supo cómo hacerle frente. Hugo era un muro de hormigón. Ni ella ni ninguna otra se abriría paso a sus sentimientos. Los tenía sellados, tapiados bajo multitud de capas de embuste y desinterés.

Mara aceptó la confusión que había provocado su despecho, pero se sintió de igual modo engañada. Estafada por un lenguaje embaucador y ademanes ilusorios que no eran sino hipocresía destinada a un solo fin.

—Mara..., no te habrás enamorado de mí, ¿verdad?

Un siseo colectivo voló por encima de su cabeza. Le siguió una inquietud que derribó su resistencia, ya de por sí muy mermada. Maldito fuera aquel inútil. Iba a conseguir que odiara a Depeche Mode, el bar, los ochenta, los recreativos, el alcohol y los fines de semana de por vida.

—Hugo, eres un idiota. Eres un idiota y estás muy ciego. Tanto o más que yo —confesó—. La idiotez y la ceguera es lo único que tenemos en común.

El aludido se vio irremediamente superado por los acontecimientos. Perdió la compostura. Después de frotarse los ojos y la cara, se enganchó al pelo, despejando un rostro de enajenado mental.

—Venga, Mara, venga, dime que no es cierto, ¿cómo vas a estar tú enamorada de mí?

La taquillera estaba recibiendo de lo lindo y ya no se veía con fuerzas para gritar, replicar o hacerle entender de una vez por todas lo mucho que le había fallado. Reparó en la cantidad de caras desconocidas que aguardaban el siguiente golpe. Un montón de metomentodos mucho más ágiles e inteligentes que Hugo. Ninguno necesitaba escuchar su reválida.

Mara se ahogaba con tanta expectación. El calor, el gentío, Hugo, el ruido, la música, Hugo... Tenía que salir de allí.

—No vuelvas a llamarme. Eres... —Se le rompió la voz—. Ya no eres importante para mí.

Arrastrando la bufanda como un alma en pena, rompió la circunferencia mezclándose entre los demás. Inesperadamente, las dos camareras la ayudaron a abrirse paso echando a la gente a un lado y a otro.

—Mara, no te vayas así... —le pidió Hugo.

Las chicas continuaron azuzando y empujando, despejando un pasillo en deferencia al triste paso de Mara.

—Menuda cagada... Qué mal se me da esto... —oyó—. Dios, Mara... Mara, esto me duele mucho más que a ti.

Iracunda, como una fiera, se volvió y lo miró. Y lo hizo con tal crudeza que Hugo reculó, tropezó y cayó al suelo con unos cuantos más. Las camareras cerraron la marcha e incitaron a Mara para aprovecharlo. En un agradecimiento mudo, ella cogió carrerilla y huyó con decisión. Las calles acogieron su pesadumbre con una noche que la acompañó siniestra e insolidaria hasta el portal.

* * *

Una vez en casa, recuperó fuelle y se dejó apoyar unos segundos eternos contra la puerta. El desconsuelo se le acumuló en los lagrimales cuando notó un cosquilleo entre las piernas. *Goku* ronroneaba y se restregaba contra sus pantalones. Oyó ruido de fondo. La televisión estaba encendida. Intercalando pasos con brincos para no pisar al gato, fue al salón. Eloy, tumbado de brazos cruzados, tenía la vista fija en un programa que miraba sin ver. La luz de la pantalla iluminaba su figura abatida y fantasmagórica.

Mara recuperó el habla.

—¿Qué te pasa?

Goku saltó al sofá y el brazo de Eloy lo buscó de forma mecánica.

—Hoy he perdido un perro.

—Dios mío... —Mara se tapó la boca con las manos—. ¿Te van a despedir?

Él le dedicó una mirada cansada y resignada.

—Lo he perdido en la mesa de quirófano.

Mara dejó caer los brazos a los costados. Aquello no ayudaba a mejorarle el ánimo, no, señor.

—Lo siento mucho.

Emulando lo que solía hacer de niña, reposó la palma de la mano en la coronilla de Eloy y masajeó su cabellera con los dedos. Él sabía que aquella nostálgica muestra de consuelo y cariño infantil abarcaba todo lo que no se podía expresar con palabras. Cerró los ojos y se abandonó a una ligera somnolencia.

Mara sufrió remordimientos de conciencia. Eloy la había prevenido. De algún modo, había augurado lo que ocurriría, y ella, ciega y molesta, había desoído sus advertencias. La apenó comprobar que tenía razón, que estaba en medio y que sufriría sus efectos de lleno.

Estaba siendo tan injusta y egoísta con él y consigo misma que las lágrimas no tardaron en desbordarse por sus mejillas. Al sorberse la nariz, él abrió un ojo y se espabiló rápidamente.

—¿Qué ha pasado?

Mara se encogió de hombros.

—Acabo de cortar con tu primo. —Le alborotó el pelo y añadió—: Menuda mierda de día, ¿eh?

—Sí... Menuda mierda... —articuló un Eloy demudado—. ¿Por qué?

No. Mara no tenía estómago para hablar de ello, y menos con él. Demasiado reciente, demasiado patético, demasiado chasco... Tantos demasiados que acabaría por vomitar la cena en su regazo.

—Ahora no. Pregúntaselo a él.

Tirarse en la cama y llorar era lo más conveniente. Seguida por *Goku*, se encerró en su habitación y dio rienda suelta a su congoja, convencida de que ya nada volvería a ser igual.

La vida es perra

Las rachas de la vida se caracterizan por amontonar un conjunto de alegrías o de miserias. Mara todavía se recuperaba de un revés emocional y algo le decía que no sería la última jugarreta que le tenía preparada el destino. Su mala racha estaba al otro lado de la esquina. Lo sospechó cuando, envuelta en el nórdico como un rollito de plumón, abrió y leyó el correo electrónico de su tutor de guion. El texto era tan negativo que bien podría haberla inspirado para escribir una película de terror.

Su *pitch* dejaba mucho que desear. Había que mejorar tantos aspectos que más le valía pensar en algo nuevo. El argumento escogido fue calificado de interesante y los personajes creíbles, pero tenía un arranque lioso, el clímax se dilataba y el enfoque resultaba poco vendible. Y todo eso lo supo sin terminar de leer el correo, que una tiene su límite y el de Mara estaba más bajo y sensible de lo común y si llegaba a la evaluación de la parte gráfica, no soportaría las críticas sin piedad a sus monigotes de estilo cubista. Era una calificación que tildaba su trabajo de buen planteamiento pero desarrollo difuso. En otras palabras, aquello era una castaña. Poca cosa se salvaba.

Mara quiso tirarse por la ventana y llevarse a su tutor consigo. Si te va mal con los hombres, te refugias en el trabajo o aprovechas e inviertes tu tiempo libre en ti, tus aficiones, tus aspiraciones... Pero si hasta eso se te da mal, es que lo llevas crudo. Un día te miras en el espejo y te ves regular, pero al otro eres un despojo humano vacío, llorón y sin motivación.

A Mara no se le ocurrió mejor forma de retrasar su inminente conversión a cochambre que preparándose un segundo desayuno. Se lavó la cara y, siguiendo la voz de Arantxa, entró en la cocina. Le llamó la atención que aún permaneciera en casa. Con las manos apoyadas sobre la encimera y la vista clavada en el móvil, discutía por el manos libres.

—Te he cubierto infinidad de veces. Como no lo hagas tú ahora, te juro que te quemo el coche.

—Si no tengo... —apuntó alguien al otro lado de la línea.

—Pues las mechas esas de polígono que llevas. Verás cómo prenden.

Pulsó el botón de «Finalizar llamada» y se quedó mirando a Mara con un rictus tan airado que habría aterrado a cualquiera. Con ella, empero, la táctica no funcionaba, y menos después de una noche y un despertar tan horribles. Ya podría haberla amenazado con chamuscarle la jeta en la tostadora que con la apatía que tenía encima le habría dado exactamente igual.

—¿De verdad que no echas de menos el tabaco?

Arantxa desistió en su intento de espanto.

—Paso de ir al trabajo, se lo estaba diciendo a mi compañera —manifestó relajándose—. No me encuentro bien.

—¿Tienes fiebre?

—Tengo la negra, eso es lo que tengo.

Mientras una se preparaba un café y la otra se bebía el suyo, conversaron sobre los recientes encuentros entre Elsa y Arantxa. Las dos amigas acostumbraban a contárselo todo o casi todo con respecto a sus ligues. La mayoría de las veces les servía para bromear y quitarle hierro a asuntos que no tenían mayor importancia. En pocas ocasiones sentían la necesidad de apoyarse o consolarse seriamente. Nadie las había perturbado tanto como para llegar a ese extremo.

De ahí que Mara se alegrara de estar equivocada. Elsa no era otra más. La modelo sí que suponía un antes y un después para Arantxa. Su compañera estaba muy cabreada, pero no era por hábito, sino por lo mucho que le herían sus devenires con Elsa. La pobre no levantaba cabeza.

—¿Le has dicho que te estás tirando a otras?

—¡Sí! —rugió Arantxa—. ¿Cuál es el problema? No estamos saliendo.

Mara hizo memoria al tiempo que sacaba ingredientes de un armarito.

—¿Es eso cierto? La última vez que vi a una chica aquí fue un par de días antes de que conocieras a Elsa.

Arantxa rehuó sus ojos. La contrariedad que le sobrevino enfatizó una respuesta de lo más obvia.

—No te comes un rosco y encima la cabreas —rio Mara—, ¡menudo par de ovarios gordos que tienes!

La pantalla del móvil de Arantxa se iluminó dos o tres veces, todo por notificaciones y avisos de sus ya ancestrales páginas de contactos. Lo apagó asqueada y le dio la vuelta.

—Estoy harta del Wapa y de todas estas estupideces —rezongó como si mascara una rodaja de lima—. No hay bollera rubia de aquí a dos kilómetros que no haya catado. ¡Y ya he follado con todas mis amigas!

Mara retomó sus cálculos mentales.

—Conmigo no.

—Mis amigas lesbianas, palurda.

—Ah, ya.

Arantxa la agarró por los hombros y la agitó como si fuera un Telesketch.

—¿Qué me queda, Mara? ¿Qué me queda? ¡Píllame de una hetero!

Mara pidió tiempo muerto antes de que se le saltara un empaste con tanto meneo. Arantxa estaba sorprendidamente al borde del llanto, lo que demandaba auxilio y afecto. De puntillas, se enganchó a su cuello y la abrazó. La fotógrafa agradeció su invitación hundiendo el rostro entre sus brazos. Poco a poco, el desasosiego fue disminuyendo y pudo recuperar el control de sí misma.

Goku se encaramó a la mesa fisgoneando algo que pudiera llevarse al hocico. Arantxa estaba casi doblada en dos, usando el hombro de Mara como sostén a su desordenada mollera y sorbiéndose disimuladamente la nariz.

—Voy a morir abandonada y rodeada de los hijos de este bicho.

—Está castrado —recordó Mara.

—Pues de sus primos.

—No, Arantxa, claro que no. —Y puntualizó—: No tendrás gatos, recuerda que eres alérgica.

Ella se irguió todo lo larga que era sin variar el gesto, dando a entender lo poco oportunas que eran sus chanzas. Mara se compadeció de su amiga y templó el tono.

—Ya conocerás a otra. Eso se te da bien.

—No quiero conocer a ninguna otra.

—Pues llámala.

—Ni que fuera tan fácil...

—Uy, mira, qué agobio, por favor... ¡Vivan las chorras!

Mara se despegó horrorizada con el *bollodramón* que se había montado Arantxa y del que vete tú a saber cómo saldría. Si con un hombre las cosas ya podían ser complicadas, entre dos mujeres, eso debía de ser una montaña rusa sin principio ni final. No le dio ninguna envidia, al revés, le retornó la lástima y quiso volver a confortarla.

Arantxa, no obstante, rechazó su compasión.

—¡Bah! Me largo.

Con los brazos abarcando la nada, Mara vio cómo se iba al cuarto y regresaba con la chupa y las llaves.

—¿Adónde?

—A comprar tabaco.

En su estado quizá fuera lo más recomendable. Arantxa necesitaba un respiro, una vía de escape, un vicio... Y el tabaco era el único que no le diría que no.

—Pero volverás, ¿no?

Un sonoro portazo fue todo cuanto recibió como contestación. Esperaba que la cajetilla no se transformara en un cartón y, tras eso, una recaída con todas las letras. Haber conocido a Elsa debería plantearle un cambio a mejor, no su total y completa desmoralización. Se encogió de hombros. Retomarían la charla en cuanto regresara.

Mara se preparó un par de sándwiches y se sirvió un vaso de agua. Colocándolo todo en una bandeja, se instaló en el salón, donde, acompañada del gato, escogió una película y se dispuso a echar el día. Creía que sería difícil concentrarse, pero tenía tantas ganas de olvidar sus frentes abiertos que enseguida se vio absorbida por la cinta.

Compartió el pan de los sándwiches con *Goku*, que le daba lametones y mordiscos sin descanso. Se aposentó bien pegado a su muslo, buscando calor y propinas en forma de migas de pan. Mara se tapó a sí misma y al gato con la manta del sofá, llegando a parecerse muy seriamente a la madre de Brian,

engullendo y encogida como estaba.

—Mara, te estoy viendo.

Tanto ella como el gato pegaron un salto del susto. Eloy los contemplaba asentado en el dintel de la puerta, con brazos y piernas cruzadas, y meneando la cabeza con desaprobación. No era la primera vez que le prohibía ofrecer comida a *Goku*.

—Es que mira qué cara me está poniendo, me da pena.

Eloy se acercó, descalzo, con una pequeña coleta en la nuca recién hecha y metiendo las manos en los bolsillos con resignación.

—La gente tiene necesidad de darle comida a su mascota como agradecimiento, lo veo continuamente en la clínica.

Mara redondeó unas bolitas de pan entre los dedos mientras él optaba por seguir usando el tacto, pero sin ceder ni un ápice en su oposición.

—Más del cuarenta por ciento de los gatos de este país están obesos, Mara, no contribuyas a la causa. Deja que sólo se coma su pienso. Si no quieres darme la razón, al menos hazlo por su salud.

Convencida de que no se callaría hasta que parara, renunció al pícnic para dos y se comió de un bocado lo que quedaba de tentempié.

—Lo siento, *Goku*. Hay que compartir las miserias.

El felino no tardó en saltar al suelo y abandonar la estancia con el rabo en alto. Una generosa y elegante vista de su agujero del culo fue lo último que les regaló. Eloy echó un vistazo a la televisión, lo que hizo que se espantara de inmediato.

—Joder, ¿no había una película más deprimente?

El filme en cuestión era *La tumba de las luciérnagas*, un anime de los que dejan huella, y no para bien, precisamente.

—Haz el favor de apagar eso.

—No quiero. Ver gente con vidas más tristes que la mía me hace sentir mejor.

Se lanzaron a por el mando al mismo tiempo. No hizo falta ni mirarse, ya lo sabían. Forcejearon arriba y abajo con dientes apretados y, tras unos tensos segundos de refriega, Eloy consiguió arrebatárselo.

—¡Trae aquí!

Cambió de canal y dejó puesto un conocido programa de cocina. Mara se

arrebuja en la manta, dándose por vencida pronto, sin ganas de más disgustos y más peleas. Si Eloy decidía que Arguiñano era lo mejor para el mal de amores, ella lo aceptaría por la simple y llana razón de que, por más que se convenciera, no le apetecía quedarse sola en aquel sofá. Prefería la tozudez de su compañero al aislamiento que la rondaba sigiloso y con determinación. Eloy se sentó a su lado, le pasó un brazo por los hombros y le tendió un paquete de pañuelos.

—¿Qué haces?

—Vas a llorar.

Mara se quedó estática, digiriendo la certeza de sus suposiciones y aceptando después lo mucho y bien que la conocía. Extendió un pañuelo en cuanto se le humedecieron los ojos, la nariz y la boca. No deseaba hablar y, pese a ello, la descarga de sentimientos fluyó por sí sola, buscando como loca una salida por la que escapar y liberar su abatimiento.

—¿Lo dices porque he perdido al hombre de mi vida?

Eloy sonrió con franqueza e incluso con cierto apuro.

—Si lo has perdido, no era el hombre de tu vida.

Su teoría le gustó y, en cierto modo, encontró consuelo en ella. Habría preferido de lejos que le respondiera que no se preocupara, que seguro que no estaba todo perdido, que había solución... Pero ni Eloy ni Arantxa le dirían eso, pues si en algo coincidían ambos era en decir las verdades a la cara sin filtro ni conmiseración. Los halagos únicamente los reservaban para lo que tenía auténtico remedio.

Le explicó a grandes rasgos lo que había sucedido la noche anterior y él la escuchó en silencio, sin soltarla y sin, por lo visto, opinión alguna. Mara la buscó.

—Eloy, tú... ¿qué piensas de todo esto? ¿Debería hacer como si nada e intentarlo de nuevo?

Él se removió, obligándola a levantar la vista y descubrir su asombro.

—¿Eso es lo que quieres?

No. O sí. Bajó un rostro azorado y lo medio enterró entre Eloy y la manta. Hugo había dejado de ser la misma persona para ella. El fiasco evidenciaba que la realidad distaba mucho del ideal que se había construido en sus fantasías. Se merecía una justificación más creíble que el absurdo «tú eres diferente»; se merecía todas las versiones de Hugo y no la más conveniente, y, cuando menos,

se merecía un mínimo de interés en su estado, uno que no llegaba ni al teléfono ni al timbre de casa.

Mara estaba muy desencantada, y muy preocupada. En sus pensamientos sólo había dejado espacio para Hugo y aquel fracaso condicionaba el resto de sus días. Después de todo, él era el final del camino. La asustó recordar lo que había después.

—Dos personas que se aman a veces discuten y otras ni se soportan, pero nunca se traicionan. ¿Qué crees que dice eso de él?

Mara se sonó los mocos sin remilgos. Eloy venía a decir lo que llevaba diciendo desde el principio. Hugo no sentía ni por asomo lo mismo que sentía ella, y perseguirlo para que comprobara lo que se perdía si la descartaba no serviría de mucho, pues no hay nada más agotador e infructífero que obligar a que te amen como amas tú.

Notó la frente de Eloy en su coronilla. Su respiración, honda y pausada, le alborotó el pelo.

—¿Por qué lo hiciste, Mara? ¿Por qué tuviste que salir con él?

Ella sollozó, dejando brotar los deseos a los que aspiraba desde el día en que volvió a verlo.

—Creí que podría hacerlo cambiar.

Que renegaría de una vida de flirteos por ella; que con Mara sería suficiente para olvidar al resto de las mujeres; que lo enamoraría tan ciegamente como para dejar el mar atrás y quedarse a su lado de buena gana, apasionado, entregado y cautivado por ella. Creía en todas esas posibilidades y por un puñado de días fueron concebibles. Llegó a visionarlo, tan real que podía saborearlo, pero no dejaba de ser una ilusión más, otra de tantas.

Eloy suspiró y la abrazó más fuerte. La conversación estaba derivando en confesiones que solían estar destinadas a los oídos de Arantxa, no a los suyos. Era obvio que el ambiente se enrarecía y comenzó a poner de manifiesto su incomodidad. Era preciso cambiar de tema y lo hizo con toda su buena fe.

—Cuéntame, ¿cómo ha ido la presentación de tu película?

No, no la estaba ayudando con eso. De hecho, fue la gota que colmó el vaso. Dio en la diana como un dardo cargado de veneno. Nada frustraba más que una mala crítica a una obra que se consideraba maestra. El llanto asomó a los ojos de Mara y cayó en cascada por sus mejillas.

—¡Tengo que rehacerla entera!

Eloy, chasqueando la lengua por su mala pata, le dio unas palmaditas de ánimo.

—Vamos, vamos, ya se te ocurrirá algo mejor. Seguro que das con un buen argumento.

—¿Para qué? —renegó ella—. El cine está muerto. Todo son sagas, precuelas, secuelas, *remakes*, *spin-offs*, *crossovers* y un montón de mierdas más que ni siquiera sé lo que significan. Sólo hay dinero para las mismas historias una y otra vez. A nadie le interesan ya las ideas originales.

El breve mutismo de Eloy hizo ver que estaba reflexionando sobre la hipótesis. Aun así, prosiguió con sus elogios.

—Ten fe, Mara. Tú tienes buenas ideas.

—Mentira —lloriqueó—, no valgo ni para las tomas falsas.

Eloy resopló.

—Odio lo mucho que trabajas y lo poco que crees en ti misma.

Mara se calmó. Agradeció sus palabras, que no le iban a servir para hacer una película, pero que aliviaban notablemente su malestar.

—Sigue diciéndome cosas bonitas.

Eloy extendió una sonrisa y le limpió las lágrimas con el pulgar.

—Mila Kunis en bikini.

—Eres tonto —musitó.

—Sí, pero te estás riendo.

Era verdad. No le costaba arrancarle una carcajada cuando otros no sabían ni por dónde empezar. Mara lo miró y se encontró con un par de caramelos brillantes y especiados. Rio en alto. Era un sinvergüenza, uno del que jamás se cansaría. Eloy siempre estaba cuando hacía falta. Lo mismo hacía reír como un payaso, que consolaba como un paño de lágrimas o instruía sabiduría como un monje tibetano.

Era el mismo refugio que Mara se esforzaba en ser para él desde niña. El socorro y la defensa entre ellos eran íntegros y constantes. Si Mara pintaba como un mono con los pies, Eloy se encargaba de sus trabajos de plástica. Si Eloy no sabía casar una frase con otra, Mara redactaba sus documentos de lengua y literatura. Si Mara necesitaba actores, Eloy actuaba para ella. Si Eloy buscaba trabajo, Mara repartía currículums con él. Que Mara era más dejada que un

adolescente con el trapo del polvo, Eloy le dejaba el cuarto como una patena. Que Eloy no sacaba la cabeza de los libros de texto, Mara le preparaba algo de comer y se lo llevaba al escritorio.

Ni el ritmo ni la cantidad de atenciones habían disminuido con los años. Puede que todo empezara por un bocadillo en el patio de un colegio, pero su lealtad se mantenía con un espíritu tan familiar y espontáneo que ni a ellos ni a nadie más sorprendía su actitud.

De todas maneras, aquello no era excusa para variar la cadena de favores ni su sistema de pago. Una cosa era el trueque y otra cobrar en especie. Era por eso por lo que Mara no llegó a comprender qué hacía de repente pegada a la boca de Eloy como si fuera lo más normal del mundo.

Justamente, así estaban. Besándose. Sin venir a cuento. Completamente idos. Alcanzando un grado de intimidad insólito. Labios enredándose en otros labios, suaves y cálidos. Descubriéndose y dedicándose un tiempo indefinido. Era natural como respirar y placentero como una caricia inesperada. Pararlo habría sido lo más adecuado, pero se sentía bien. Calmaba la ansiedad del pecho y hacía cosquillas en el estómago. Mara creyó que deliraba o que tal vez flotaba, pero cuando la punta de su lengua rozó la contraria, notó que descendía, lentamente, para empezar a licuarse.

Abrió los ojos de golpe, Eloy también. Se apartaron al unísono, simétricos en celeridad y desconcierto. Se les cambió el color de la cara, parecía que acababan de ver un fantasma.

—¿Qué haces?! —chilló ella.

—¡Eso digo yo! —protestó él—. ¿Qué haces? ¿Por qué me besas?

—¡Me has besado tú!

—¡No! ¡Has sido tú!

Tanto daba. Aquello no debería haber pasado. Era raro y estaba fuera de lugar. Eloy se veía muy aturdido y Mara lucía como recién despierta de un denso e inexplicable letargo. Sin saber qué hacer o qué más añadir, puso pies en polvorosa y se encerró en su dormitorio. Instantes después oyó cómo Eloy hacía lo mismo. Era la primera vez que se besaban así, más o menos... Se llevó la mano a la boca, no tenía ni idea de lo que acababa de pasar, pero no dudaba de que tendría consecuencias.

Con mallas y a lo loco

Tenía el móvil en posición, de frente, con la pantalla encendida y el volumen alto. De vez en cuando, si la carga de trabajo se lo permitía, le iba lanzando alguna que otra ojeada. Los mensajes se iban sucediendo a lo largo de la tarde. Se habían hecho de rogar, pero estaban llegando todos seguidos y en tropel, como una profusión de remordimientos escondidos que al final eran dispersados.

Hugo: Hola.
¿Cómo estás?

No le envió ninguna contestación, puesto que la réplica no era determinante ni para ella misma.

Hugo: Yo no estoy bien.

Aquello le molestó tanto como le removió la conciencia.

Hugo: No paro de darle vueltas a lo que nos ha pasado.
Soy un imbécil.
Pensaba que, si dejaba pasar unos días, podríamos sentarnos y hablar con más calma.
Pero fue imperdonable por mi parte haber dejado que te marcharas así.

Mara contabilizó la recaudación de taquilla procurando concentrarse y no desviar la atención hacia Hugo. Fue complicado. Puede que la hubiera desilusionado, pero entre hacer caja y su mansedumbre, la balanza se veía

totalmente desnivelada. De pronto, el tono de llamada reverberó por la garita. Lo silenció bajo la acusadora mirada de su compañera, la cual ya estaba lo bastante cabreada con ella como para añadirle un motivo más. Despotricando, retomó sus tareas y Mara prosiguió contando y leyendo.

Hugo: Mara...

No sé hacer esto por aquí.

Necesito aclarártelo.

Dime cuándo y dónde podemos vernos.

Menuda bobada. Ya sabía a qué se dedicaba. Podía ir a verla cuando le apeteciera. Claro que igual es que no se sentía con la suficiente valentía, o quizá la petición tenía que ver más con ser educado y respetar su espacio que con atosigarla.

Hugo: Algo me dice que no volverás a La Estación en un tiempo.

Era de esperar. Bien es cierto que podía buscarse otro sitio adonde ir y socializar, pero no quería. Ni tampoco debía cambiar sus costumbres por un desengaño. Conllevaba arrastrar a sus amistades consigo, además de la exhaustiva búsqueda de un local con buena música, servicio decente y comida basura de calidad. Y, para ser cierto, no tenía ningún afán en ello.

—A ver, tú, ¿has terminado ya con el arqueo?

Mara se mordió la lengua. Su compañera había perdido el sentido del humor el día en que se le ocurrió referirse a Olegario como cascarilla masculina. Desde entonces la trataba de becaria para abajo. No se lo perdonaba, lo tenía ahí anquilosado y en cuanto podía le restregaba lo bien y lo juntos que estaban. Como en ese momento, cuando el chico de cabina bajó a la visita de turno para comerle la boca.

Mara sufrió un escalofrío y miró para otro lado. Se aseguró de tener todo el dinero recaudado y cerró la garita con llave. El móvil vibró en el pantalón de su uniforme. Hugo llamaba, y ella, de nuevo, lo ignoraba. No se trataba de orgullo realmente, era más bien inseguridad. Por no saber qué decir, qué proponer ni qué aceptar. Estaba muy confusa con aquel asunto y desconocía cómo simplificarlo, del mismo modo que desconocía cómo lo haría Hugo.

Hugo: Mara...

No quiero dejar de ser importante para ti.

La joven se inquietó. «La cuestión es... ¿lo soy yo para ti?», pensó. De ser así, acabaría por descubrirlo. Las palabras sólo mostraban intención, no probaban nada. Él debería saber cómo trabajárselo. Mara acudiría a La Estación y allí la pelota estaría en su tejado, aunque todavía era pronto. Necesitaba enfrentarse a Hugo con la mente despejada, y llevaba días sin pensar con claridad ni dormir a gusto.

Giró la manija para entrar en el vestuario, mas tuvo que empujar la puerta. Una pareja en pleno asunto le bloqueaba el paso. Se adecentaron sin mucho esmero y, besándose y haciéndose arrumacos, se largaron a otra parte. Mara masculló por lo bajo. Los cines tenían algo, un tipo de espora medioambiental que incitaba a lo cerdo y perverso. Prueba de ello era su propio desliz con Hugo...

Al cambiarse y salir al vestíbulo, se topó con Olegario arrojándole besos de despedida a la otra. Bufó como una pantera y se fue sin decir adiós. Por el camino se topó con varias parejas que paseaban de la mano y se besaban con cariño y, también, con pasión. Las modelos de los escaparates de las tiendas ponían morritos en ademán sugerente. En la publicidad de las marquesinas no te daban beso si no chupabas el caramelo... Hasta los perros se olían el culo los unos a los otros por la acera. Todo el mundo se besaba. Y no había mayor escándalo. Pero Mara no podía soportarlo.

Habían pasado ya dos días y tanto ella como Eloy se habían evitado todo lo posible. La noche anterior alguien había tocado a su puerta, pero Mara se había hecho la dormida. Dos días podían no ser destacables, pero cuando la convivencia forma parte de la ecuación, la medida del tiempo se dispersa irremediabilmente.

Entró en casa sosteniendo las llaves con cuidado, de puntillas, cerrando con sigilo y atravesando la cocina como si fuera el Grinch. La luz de la habitación de Eloy estaba encendida y se oía correr el agua de la ducha en su baño. Mara soltó una bocanada de aire contenido. No podían seguir así, y menos compartiendo piso.

Fisgoneó por el dormitorio de Eloy. Tenía el portátil cargando y los libros de japonés abiertos con un montón de anotaciones en sus páginas. Mara rio para sus

adentros. Eloy era tan meticuloso y organizado... Sus apuntes parecían marcados por un arcoíris entre tanto pósito de colores. Se sentó en una esquina de la cama y contempló el espacio envidiando el orden y las piezas de colección.

La situación se había vuelto insostenible. De continuar con esa actitud, Arantxa notaría pronto las ausencias en las comidas, las cervezas y el chat telefónico del trío. Haría preguntas y las justificaciones serían para desear desaparecer por un agujero negro. A Mara le estaba dando por acumular embrollos en su vida. Hugo, la película, Eloy... Si quería reanudar la estabilidad perdida, más le valía ponerse manos a la obra. Renegar de problemas tan delicados sólo serviría para que la pequeña bola de nieve se convirtiera en alud y le cayera encima cuando menos lo esperara.

Con Eloy no podía permitirse llegar a un punto tan grave. Ella disimularía cuanto quisiera que bien sabía lo ridículo de su comportamiento. Discutir a veces no venía mal, pero los silencios dolían, y no relacionarse en absoluto con él la atormentaba. Decidida a ponerle remedio, se dirigió al baño y llamó a la puerta.

—¡Eloy!

No oía nada, sólo el agua.

—¡Eloy! ¡Eloy!

—¡¿Qué?!

Entró sin esperar invitación, como normalmente hacía él en su dormitorio, y cerró la puerta tras ella. Se arrepintió de la idea al recibir de lleno el calor del recinto, que la envolvió como en una sauna sueca. El vapor flotaba en el aire, condensándose en las paredes, el espejo del lavabo y la mampara de la ducha. Deshaciendo las asfixiantes nubecillas con aspavientos, se acercó a Eloy, quien, nada más verla, pegó un berrido y se encogió sobre sí mismo.

—Pero ¡¿qué te crees que haces?! —se escandalizó apuntando con la mirada la polla que se tapaba con las manos.

Mara procuró no reír.

—Ni que fuera la primera vez que la veo...

—¿Y qué? ¡Sal de aquí!

Sí, la confianza que había no era tan sobrada como para charlar en tales circunstancias. Ni besarse. Ya no tenían seis años. Mara era un cóctel de curvas coronado por una madeja de rizos, y Eloy una espiga estilizada con piernas y brazos tonificados de levantar tanto saco de pienso. Con el pelo mojado hacia

atrás, parecía más joven. Era en sus ojos donde se advertía la sensatez y la mesura acorde a su edad, y no era una edad para andarse con chiquitas. Si el beso se repetía, confundirían intereses y les jugaría una mala pasada. Había que cortar esas ocurrencias de raíz.

Mara puso los brazos en jarras y estrechó la mirada, adoptando su registro más amenazador y tajante. Le diría lo que pensaba y, con las mismas, se iría. Si no se desahogaba enseguida, iba a explotar. Sospechaba que Eloy no se encontraba bien y que se estaba acostumbrando a hacer las cosas sin pensar, y así no podía continuar.

—Eres un cerdo —sostuvo—. Que lo sepas, Eloy, un auténtico cerdo.

El auxiliar no se dejó amedrentar ni por un segundo. Al contrario, se cuadró y en su cuello se tensó su paciencia.

—¿Quién? ¡¿Yo?! —bramó—. ¿En serio, Mara? ¿Yo soy el cerdo?

El rechinar de sus dientes y los ojos de loco que puso cohibieron a Mara. Ella creía que explotaría y, sin embargo, Eloy no daba la sensación de estar pasándolo mejor.

—Tienes novia —explicó.

Eloy, captando entonces su acusación, se relajó y su temperamento se desinfló.

—Clementine y yo ya no estamos juntos. Volvió a Londres hace unos días.

La exclusiva dejó a Mara de piedra. Tenía la mollera tan repleta de Hugo que ni se percataba de lo que sucedía a su alrededor, y el retraimiento que traía Eloy de serie no es que ayudara a que eso se enmendara.

—Ah... —En el fondo daba igual—. La engañaste, le pusiste los cuernos. Tienes un lío, lo sé.

A Eloy se le tiñeron hasta las pestañas. Mara creyó que era la vergüenza típica del infiel pillado. La risotada que soltó de pronto, en cambio, le hizo ver que estaba equivocada.

—¿Con quién? Ilumíname.

—¡Con Patricia!

—¿Quién?

—¡Esa con la que no paras de mandarte mensajitos desde hace semanas!

Eloy se rascó la incipiente barba, pensativo, y cuando dio con la clave, puso los ojos en blanco.

—Mara, Patricia es la señora que quiere alquilarnos su casa de la sierra.

Hizo memoria, recopilando los mensajes que había leído por su parte y encajándolos en su versión.

—Llevo días negociando varios temas con ella y está empeñada en que vayamos a ver la casa en persona para que la reserve cuanto antes y le paguemos una señal.

«Vale..., tiene sentido», pensó. Se estampó una mano en la frente. No podía ser de otro modo, no encajaba con Eloy. Si bien es cierto que intimar de súbito con ella tampoco lo era... Mara no podía engañarse a sí misma. Preguntó lo que de verdad le quitaba el sueño:

—¿Por qué me besaste?

Eloy sonrió.

—Beso mejor que hablo.

Las bromas para otro momento. Aquello debía ser zanjado.

—Necesito saberlo.

—Tú también me besaste a mí —puntualizó él.

Sí, y lo encontraba tan terrible que se excusó con la primera bobada que se le ocurrió.

—Pensaba que eras él.

Eloy volvió a enrojecer. Aquella vez en un gesto ruborizado o contrariado. Mara no habría sabido decirlo.

—Vamos, hombre, no puede ser, ¿otra vez?

—¿Cómo que otra vez?

Él se giró, sumergiéndose bajo el agua y retomando su aseo.

—Vete. Quiero terminar de ducharme tranquilo. —Y, al ver que ella no obedecía, repitió más alto—: ¡Vete!

Mara debería haberle hecho caso. Así habrían trasladado la discusión a otra parte más cómoda y neutral. Se habrían enfriado y habrían hablado con calma y respeto. Y, sobre todo, podría haber esquivado lo que se cocía en la entropierna de Eloy, en vez de quedarse mirando su desnudez embobada e incrédula.

—E-Eloy..., ¿po-por qué estás empalmado?

Al chico se le cambió la cara. Aquello sí que era vergüenza, un pudor inconfundible. Evitando mirarla directamente, apretó los dientes y blasfemó muy sorprendido.

—Joder... Es una mera reacción física, nada más.

Las pupilas de Mara saltaron y rebotaron como dos pelotas de goma en un frontón.

—Vete.

Desde luego, allí ya no pintaba un pimiento. Se estiró el cuello del jersey, acalorada, y antes de dejarlo a su aire, se agarró a la mampara y rogó:

—Promete que no volverás a besarme.

Eloy se irguió y respiró hondo, salpicándola en el acto. Clavó los ojos en ella, meditabundos y escrutadores, consiguiendo turbar a la taquillera y obligarla a desviar la mirada. Se tomó unos segundos de reflexión antes de contestar.

—No, no puedo prometerte algo que soy incapaz de controlar. Ni tú tampoco —declaró solemne—. No me fío de ti, Mara. Te gustó, has venido a por más.

A la joven se le desencajó la mandíbula y el cerebro.

—¡¿Qué?!

—¿Cómo explicas que estés ahí vestida, espiándome en la ducha como una perversa? ¿Qué eres? ¿*Voyeur* o algo así?

Ni supo, ni pudo contraatacar. Los nervios le atizaron el seso, descolocándola. Eloy se mantenía impasible, ¿creía sinceramente que lo estaba acosando?

—¡Deja de liarme! —gritó enajenada—. ¿Qué pretendes?

—¿Ahora mismo? ¿Así? —preguntó refiriéndose a su erección—. Entra aquí y déjame desnudarte.

Se le cortó la respiración. Oyó bien nítido y bien claro el chasquido que hizo al apagarse por su gárganta. Eloy la asió de la nuca con dedos calientes y mojados y juntó sus cabezas. El vértigo nubló la vista y el juicio de Mara. Estaban tan juntos que bizqueaba. A sus oídos llegó una voz hasta entonces desconocida. Densa, ronca, lasciva...

—Follemos lento y profundo... —Eloy tomó su mano y la apretó contra la pared—. Justo aquí, sobre estos azulejos. Follemos tierno, muy despacio, hasta ahogarnos. Hagámoslo bien y córrete entera conmigo.

Un gemido escapó abochornado por los labios de Mara. El pulso retornó con una potencia y una velocidad que le rebotó los oídos con sus pulsaciones. Eloy enarcó una ceja y se apartó levemente para estudiarla mejor. Mara no tenía palabras. Temblando, a pesar de la asfixia que sentía, la alarma se activó

machacona y ruidosa en algún punto de su cráneo.

Observó sus manos haciendo presión en los baldosines. Estaban fríos y empañados. Tragó saliva, la poca de la que disponía. Mara quería y no quería que se soltaran. El dilema estaba ahí, ya que la proposición de Eloy era impensable, pero a la vez sonaba altamente excitante y tentadora. Alucinó en todos los colores. Jamás pensó que semejante planteamiento se daría en la vida real. No tenía ninguna salida ingeniosa en mente. Únicamente sabía que estaba ardiendo por dentro y que comenzaba a quemarse.

Eloy tosió. El pasmarote de Mara debía de llevar como dos o tres minutos sin abrir la boca.

—¿A-así? —balbuceó—. ¿Sin más?

Élladeó el rostro, dibujando una sonrisa perversa.

—Estaba bromeando.

Mara pestañeó muchas veces y a cuál más apurada.

—Yo también, ¡que parece tonto!

Él la soltó y su mano cayó como un peso muerto por su costado. El corte brusco de conexión no logró aplacar sus nervios. Al revés, los agravó. Extrañamente, deseó que volviera a sostenerla. De algún modo, creía que iría directa al suelo si no impedía aquel despropósito. Eloy estaría vacilándole, pero la payasada le había dejado surco. Se la había tragado sin titubear y, además de disgustar, también dolía.

Eloy y ella se incordiaban a menudo. Les gustaba, formaba parte de su relación antediluviana, de su amistad. Aunque no habían llegado a al extremo de tocarse en ese sentido con anterioridad. De hecho, nunca habían bromeado sobre nada parecido. Existen límites en una amistad que no se deben traspasar, que es mejor mantener alejados por no sucumbir a la tentación, herirse y marcarse de por vida. Curiosamente, Mara ese día se sentía lo suficientemente rebelde como pasarse la teoría por el forro.

Eloy cerró el grifo. Se peinó y exprimió la humedad del pelo. Los hilillos de agua serpentearon por su espalda, estremeciendo la epidermis hasta perderse por el hueco de sus nalgas. Aquel culo, prieto y pálido, también captó el foco de Mara. Era incapaz de quitarle los ojos de encima. Eloy era el de siempre y, sin embargo, todo parecía nuevo en él. La muy inconsciente hizo pinza con los dedos y estuvo a nada y menos de pellizcar y retorcer lo que no era suyo. Él se lo

impidió cambiando de posición.

Descarado, apoyó los hombros en la pared contraria, recostó la cabeza y se agarró la polla con la mano. Cuál fue la sorpresa de Mara cuando se percató del juego de muñeca que se traía la susodicha... Ruborizada, confundida y muy caliente, volvió a tirarse del jersey.

—Deja de hacer eso.

—Eres tú la que está invadiendo mi espacio. Si tanto te desagrada, márchate.

Así que era una táctica de exclusión... Pues con Mara no funcionaba. Habría sido una bonita oportunidad para poner fin a la velada más bizarra de su existencia, no lo dudaba. Aun así, la curiosidad superó al pudor y rebasó al sentido de la amistad, del cual ya no sabía ni por dónde paraba.

Dejó rodar su interés por el interior de la ducha y se centró en el cometido que Eloy se traía entre manos. Iba a darse por satisfecha en un momento. No tardaría. Si mirarlo sin parpadear ya era una grosería por su parte, demorarse y babear la pondría en un auténtico aprieto.

—Nadie te ha pedido que te quedes, es más, preferiría que te fueras. De hecho, ya te lo he pedido...

A Mara se le secó la boca. Eloy suspiró, permisivo y resignado.

—Pero está visto que no lo vas a hacer... —murmuró.

Debía de ser la humedad que flotaba en el aire, la musculatura sencilla y convulsiva de Eloy, los recuerdos arrinconados o una evidente falta de riego... Mara se sintió atraída por su masturbación como una polilla hacia la luz. Resultaba sumamente erótico verlo en aquella posición. Tenía el cuerpo en tensión, estirado hacia delante, con multitud de gotas perlado de sudor y de agua su cadera, los pectorales y el cuello, con la boca entreabierta y los ojos reducidos a dos rendijas de caramelo.

—¿Podrías parar ahora?

A Mara la irritó ser tan transparente.

—No me pones nada.

Eloy se detuvo, arisco y con suficiencia. Si las miradas mordiesen, la suya le habría marcado los dientes en la yugular.

—Sácate la mano.

Lentamente, Mara bajó la vista y comprobó abochornada que se estaba tocando. Bajo la falda, las mallas y las bragas, sus dedos nadaban en excitación.

Tenía un manglar entre los muslos. Rozó el clítoris con las yemas y se estremeció. Repitió el movimiento. Se dejó llevar. Ya no había sentido común, ni alarmas, ni arrepentimientos que la frenaran. Nada podía inmiscuirse entre aquella sensación tan exquisita y ella.

Eloy suavizó el rictus. Qué remedio, su excitación también le estaba perjudicando. Tenía una polla espléndida, recia, ligeramente curva. A la vista lucía dura como una estaca, catapultada por un capullo húmedo, prominente e igual de endurecido. Al tacto, por otro lado, daba la sensación de ser cálida, suave y delicada. Eloy la masajeaba con mimo, volviéndola todavía más atractiva e incitando a la imaginación, provocando y sembrando en Mara el anhelo de envolverla en alguna cavidad oscura, diestra y acuosa. Como, por ejemplo, su boca.

No, no, no... De ningún modo. Ella a lo suyo, a su vagina encharcada, reconvertida en reserva de la biosfera y dispuesta a seguir empapando sus dedos sin parar. Fue un paso más allá, dejando los toquecitos y los restregones atrás e introduciendo un dedo en su hendidura. Casi al mismo tiempo, abrió una boca por la que brotó un gemido fuerte y prolongado. Eloy la imitó y su sonido la agitó, previniéndole sobre lo que venía.

Él se movía sosegado, saboreándolo, sintiéndolo, degustando la ocasión como un almuerzo de lujo. Sin prisa alguna, deleitándose en el placer que le proporcionaba para los cinco sentidos. A Mara se le antojaba tan succulento que no veía la hora de arrojarle por el precipicio. Él lo supo y disminuyó el compás de su coreografía, resolviendo que irían a su manera.

—¿Puedo verlo?

Mara vio que tenía la mano enterrada bajo la ropa. Apiadándose de un ruego tan sensual y oportuno, se recogió la falda y, emulando su ritmo flemático, bajó las mallas y las bragas lo justo para exhibir su sexo. El simple acto de deslizar el tejido por el culo y los muslos la puso a cien. Fantasmando que eran otros dedos los que la desnudaban y la exponían, notó cómo sus fluidos descendían apresurados por su piel. Un destello fascinado brilló en los ojos de Eloy.

—¿Te gusta verlo? —preguntó ella en un hilo de voz.

—Sí, y a ti también.

Mara mojó su mano y jugó con ella, extendiendo sus fluidos por sus pliegues y las ingles.

—¿De qué hablas?

Eloy jadeó, tuvo que aclararse la garganta para pronunciar con propiedad.

—Tú también me has visto, Mara. Hace ya un tiempo —reveló, no sin dificultad—. Lo sé, Arantxa trabajaba, sólo tú estabas en casa.

Ella aminoró el tempo y despegó la mirada confusa.

—No.

—Sí, recuérdalo.

—No.

—Recuérdalo —insistió él—, fue en este mismo baño.

Acababa de escribir la palabra «Fin». Fue tan emocionante que la embargaron unas ansias tremendas de salir a celebrarlo. Tenía atascado el corto desde las últimas páginas y andaba seca de ideas. Aquel empujón creativo le había otorgado unas líneas magníficas que seguro encantarían en la escuela de guion. Guardó el documento, hizo cinco copias de seguridad diferentes y se vistió con prisas. Se moría por una cerveza fría y brindar con los demás.

Arantxa llegaría dentro de un rato, Eloy se estaba duchando. Como no oía el agua, creyó que ya debía de estar listo, así que se acercó al baño para proponerle el plan. No llegó a hacerlo. La puerta se encontraba semiabierta y, sí, Eloy había terminado de ducharse, pero, no, aún no estaba listo, dado que se había entretenido en algo más.

Apoyándose con una mano en el lavabo, ocupaba la otra en sacarse brillo a la polla. Los espasmos de placer lo inclinaban sobre el mueble, agitando su cuerpo desnudo. Apretando los dientes y cerrando los ojos por el agrado y el esfuerzo, movía la mano con rapidez y ligereza. Mara se sintió sobrecogida, sin razón ni voluntad. Era una demostración privada, vetada para ella, únicamente apta para el reflejo del espejo. Debería haber pasado de largo, esperarlo y luego hacer como si no lo hubiera visto.

Pero eso no sucedió, porque su lado más débil y recóndito la forzó a quedarse donde estaba y mirar. Mirar con deseo, con ansiedad, sofocada por un calor nuevo, diferente, y azuzada por un desasosiego tan retorcido como delicioso.

Siendo más joven, con la llegada de las primeras experiencias, Mara se había preguntado cómo sería su mejor amigo en la intimidad. En varias

ocasiones divagaba sobre si era rudo o timorato; si le gustaba postergarlo o iba al grano; si era más de teta o de culo; si mordía o besaba; si eyaculaba gritando y, si lo hacía, qué nombre pronunciaba. Lo encontraba inevitable, así como inocente, y lo achacaba a las extravagancias de la pubertad. Hubo un tiempo en que se obsesionó con el tema, ya fuera el sexo de Eloy o el sexo a secas. Un casto beso robado es todo cuanto se atrevió a sacarle, pues cualquier pregunta o interés en su sexualidad habría puesto en peligro su amistad.

De ahí que la visión de Eloy estirando el cuello y engullendo sus propios gemidos en vivo y en directo la embrujara. El fruncido del ceño, la nuez en movimiento, la contención en el estómago, sus piernas extendidas... Todo era soberbio.

Se sintió un poco James Stewart en La ventana indiscreta, fijando la misma mirada que atravesaba la lente de sus prismáticos para captar todos y cada uno de los movimientos de su presa.

Eloy se masturbaba con amargura, ansioso por correrse, y ella deseó que tardara una eternidad. Primero porque ardió en deseos de arrodillarse y sustituir aquellos dedos por su boca sedienta. Luego, por querer probar su tacto y su tamaño y, después, por recibir su leche y cautivarse con su textura y su sabor.

La indecencia de sus pensamientos la sobresaltó, devolviéndola a la realidad de un trompazo mental. Asustada, se apartó de la puerta, con tan mala suerte y equilibrio que chocó contra la jamba de la cocina. El cabezazo por poco le costó una nariz nueva. Por miedo a que la cazaran, echó a correr y se fue de casa sin esperar a nadie.

Mara pasó por alto su celebración. El arrepentimiento le carcomía las tripas. De imaginárselo de cría a estar a punto de comerle la polla siendo adulta había un largo y vasto camino. Sintió vergüenza e incluso asco de sí misma. El terror de que Eloy descubriera cómo y cuánto lo había deseado menospreciando su relación casi fraternal la paralizó. Estaba segura de que se horrorizaría y se alejaría de ella, y sólo de pensarlo se angustió.

No quería volver a verlo en aquella tesitura. De ahí que le exigiera que colgara algo de su manija o se buscara la vida para, como compañera, ponerla sobre aviso. Se juró no volver a pensar en lo que había visto y sentido, y lo cumplió. Lo que le costaba un poco más era olvidarlo.

—Te oí tropezar.

Malditas fueran su excentricidad y su perversión descubiertas. El recuerdo le enardeció las entrañas. Espiar a Eloy había sido un agradable golpe de suerte, compartir un segundo intento era, cuando menos, glorioso. Sin pretenderlo, estaban más cerca. Él, derecho, agilizando el compás, y ella, con las piernas bien abiertas y empapándose la mano.

Eloy extendió el brazo libre. Error. Mara reculó.

—No me toques, por favor.

Había llegado hasta allí y, sí, quizá podía dar un paso más y follárselo, pero el diminuto resquicio de lucidez que le quedaba pugnaba por impedirselo. Si se abandonaba a la locura por primera vez era porque no podía resistirse al aura que despedía Eloy. Era hipnótico, resplandecía, tenía ángel, y eso no se lo había visto la vez anterior, en su soledad.

Él comprendió lo que le preocupaba a Mara y cerró una hoja de la mampara. Entre ellos se interpuso una barrera de cristal, salpicada por gotas de agua y espuma de gel. Ella se metió un segundo dedo y se sacudió de placer. Eloy se dobló en dos y golpeó la mampara con el puño. Mara posó la palma de la mano a su altura. Al ver sus intenciones, él también extendió la suya. Luego apoyó la frente, como ella, y sus jadeos empañaron el cristal por ambos lados.

El caramelo derretido, burbujeante y al fuego vivo que era la mirada de Eloy cayó sobre Mara como una cascada de lava. Jadeó con expresión doliente. El corazón se le subió a la garganta, donde las palpitations detonaron y reverberaron por su paladar. Por el baño se oía la mezcla de sus gemidos con el chapoteo de sus genitales, casi a punto. Mara notaba la película de sudor que se le formaba en la nuca y el particular y gustoso modo en que bajaba por su columna vertebral. En el rostro de Eloy, tan próximo al suyo, sucedía lo mismo por las sienes y la pronunciada curva de su mandíbula. Qué visión tan espléndida la de su gesto contenido y desesperado, la llama anaranjada en sus iris, los mechones secos de cabello rodando por sus mejillas, la piel erizada del brazo y la polla hinchada y rojiza presta para estallar.

Mara se mareaba, creyó que se ahogaría cuando Eloy abrió la boca y sacó una lengua obscena que, en ademán perezoso, lamió el cristal que los separaba. Sin saber muy bien cómo, la suya fue a su encuentro, chupando y expandiendo

su saliva allí donde al otro lado holgazaneaba la contraria.

Se iban desplazando cada vez un poco más, buscándose, persiguiéndose, consumiéndose... Se restregaron por el cristal, aplastando sus cuerpos, empujándolos, besándolos, lamiéndolos y arañándolos. La sensación de impotencia, unida al deseo desmedido, les arrebató el recato y los hizo libres e irracionales. Mara cerró unos ojos vidriosos que no soportaban tanta carga lúbrica y gimió llena de fuego. Los sonidos procedentes de la boca de Eloy la hicieron temblar, teniendo que aferrarse al borde de la mampara y volver a jadear bien alto.

Su mojadura, abundante y pegajosa, le pringó las ingles, secándole a su vez el gaznate y vaciándole el cerebro. Un primer y cálido soplo se coló por su oído, mermando sus defensas. El segundo vagó por el rostro y se mezcló con su aliento. Sentir la respiración de Eloy en la suya, derramándose agitada por su barbilla, le valió un microorgasmo. Sus manos se rozaron, afanadas cada una en su tarea. Por unos instantes, Mara sintió la piel de los testículos de Eloy en la de su muñeca.

De repente, la necesidad de correrse se hizo acuciante. Sus labios se acariciaron y ella despejó una mirada nublada. Eloy, por el contrario, se encontraba muy despierto, y el simple hecho de que la mirara de aquella forma tan intensa le arrancó un grito de placer. Él gruñó, se le blanquearon los nudillos sosteniendo el cristal, haciendo un esfuerzo titánico por no dar rienda suelta a lo que los corroía y abalanzarse el uno sobre el otro.

Tampoco habría habido tiempo. Mara se mordió el labio y, en cuanto Eloy clavó su mirada ardiente y cautivada en su boca, se corrió de felicidad y de gusto. Temblando de pies a cabeza, soltó un alarido y dejó que el orgasmo la invadiera y la hiciera suya, prendiéndole hasta la sesera, cegándola y embadurnándola de sus fluidos hasta medio muslo.

Eloy vio aquel espectáculo y la siguió de cerca y en los mismos términos. Mara aún se dejaba azotar por los últimos coletazos de su corrida cuando Eloy friccionó un par de veces más y rugió tenso y salvaje como un animal. Culminó a lo grande, disparando un considerable chorro de semen que aterrizó nada más y nada menos que en la mano de ella, exactamente, la misma que había usado para meterse los dedos.

Aquel lefazo, sustancioso y templado como crema de leche, le sirvió la razón

en bandeja de plata. Verlo y, sobre todo, sentirlo pegado a su piel le secó la vista, sonrojó sus orejas y le marchitó las cuerdas vocales. Eso sí, el riego le llegó a los pies como una tromba de necesidad. Miró a Eloy, que a su vez escudriñaba su reacción entre el «¡Ups!» y el «Me va a capar», y salió de allí a zancada limpia.

—Espera, ¡espera, Mara!

Ella oyó un golpe y un juramento por resbalarse y lo ignoró. Se subió las mallas, bajó la falda y, estirando el brazo como un palo de selfi, se fue de casa. Se metió en el ascensor y, de aquella guisa, llegó hasta el portal.

El agotamiento pudo con ella y se sentó en el suelo, derrengada. Sonrió sin querer, dichosa por haberse corrido de una forma tan brutal y tan plena. La verdad es que lo necesitaba. No tenía previsto que fuera con Eloy, pero en el fondo, muy al fondo, no se sentía mal por lo ocurrido. El motivo era que en aquella ocasión la voluntad de Eloy había tomado parte, y eso la aliviaba un poco, sólo un poco.

A Mara la sorprendió gratamente que su desvarío no le produjera desagrado o rechazo a Eloy. Habría sido lo normal, tratándose y comportándose como hermanos, cosa que no debía cambiar bajo ningún concepto. Ya habían hecho la patochada. Se habían desahogado y ella por fin había culminado. No había una sola razón por la que debiera convertirse en una costumbre.

Mara contempló la simiente de Eloy con cara de circunstancias. Primorosa, juntó los labios y con la punta de la lengua probó su sabor. Encontrándolo bastante insatisfactorio, la sacó entera y barrió con todo de un buen lametazo. Ensimismada, lo paladeó y, cuando se sintió lo suficientemente colmada, se lo tragó.

Hundió la cabeza entre las rodillas. Quiso desaparecer. Eloy era ácido y especiado. Sabía estupendamente bien.

* * *

Arantxa daba toquecitos en el suelo con la punta de su zapatilla. El sueño y el cansancio se habían esfumado, tenía la mente despierta, lúcida y ávida de datos. Sus suposiciones no debían de ir mal encaminadas. Todo comenzaba a tener sentido, aunque le molestaba profundamente no haber estado más atenta a tantos indicios. Quizá la rutina o el hábito habían permitido que los pasara por

alto. En cualquier caso, se sentía muy torpe, y apostaba que desde que conoció a Elsa dicha peculiaridad se había agudizado.

Goku entró en la cocina y bebió de su agua actuando como si Arantxa no estuviera allí, como siempre. Era un gato muy listo, sabía a quién merecía la pena camelar y a quién no. «Sí que es lento...», pensó echando un vistazo al reloj de la cocina. Impaciente, se dispuso a ir en su búsqueda, pero justo antes de intentarlo, Eloy apareció en la puerta.

—¿Has visto a Mara?

Arantxa arrugó la frente. La única prenda que llevaba Eloy era una toalla blanca que no cumplía bien con su función. Dejaba al aire un muslo y media nalga, y no le apetecía ver ninguno de los dos.

—Acaba de marcharse corriendo.

—Hum...

Al ver que se escapaba, dio dos saltos y le cortó el paso.

—Alto ahí.

No iba a ir a ninguna parte sin antes desembuchar para ella. Estaba alucinando y, como amiga y compañera de piso, se merecía su sinceridad. Enganchando sus ojos con arte estudiado y trabajado, demandó su atención al completo. Sonrió ladina. Aquello iba a estar divertido.

—Cuando Mara nos presentó, creí que eras su amigo gay —comenzó diciendo—. Os pasabais el día juntos. Comíais juntos, bebíais juntos, salíais juntos... Y encima estudiabas enfermería para chuchos. Seamos realistas, debes de ser el uno por ciento masculino de la profesión.

—¿Qué?

—Calla, calla —chistó teatrera—, déjame terminar. Luego, al contarnos lo de Clementine, me desubicaste bastante. Admito que no me lo creí hasta que la conocí en persona, y todavía tenía mis dudas... Pero con esto último, machote... No lo podría tener más claro —aseguró y, sin paños calientes, preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que estás enamorado de Mara?

Como si el techo se hubiera resquebrajado de pronto y el cielo cayera sobre ellos, una nube de polvo escarlata ensombreció a Eloy; desde el torso, pasando por los hombros, el pescuezo y finalmente el rostro, que quedó tan colorado como un racimo de garnachas. En su mirada se advirtió el debate interno, un evidente conflicto de intereses. Duró unos segundos eternos y, luego, se rindió,

aceptando la derrota y suavizándose en una inconfundible señal de liberación.

Eloy se pasó una mano por el pelo.

—Necesito un botellín.

Arantxa asintió.

—Y una toalla más grande.

Salvar al soldado Eloy

Dicen que, cuando tienes a una persona metida entre ceja y ceja, comienzas a verla en todas partes. A Eloy no le hacía falta verla para notar su presencia. Mara había estado en su cuarto. El libro que leía se encontraba cerrado y, en la esquina del colchón, el nórdico tenía unas arrugas impropias de su meticulosidad a la hora de hacer la cama. Se recogió una pequeña cantidad de pelo con una goma en la coronilla y puso los brazos en jarras. Con la vista clavada en aquella esquina, reflexionó sobre lo que acababa de ocurrir.

Procuró no ser demasiado gráfico o se le pondría dura otra vez. Las fantasías en las que acariciaba, lamía o mordía las partes de Mara que le eran vetadas no eran nuevas para él. Por contra, correrse juntos mirándose directamente a los ojos había sido no sólo primigenio, sino también lo más intenso y emocionante que había vivido hasta entonces.

Eloy tenía un fetiche inconfesable, un vicio que le quitaba el sueño y una adicción continua, y todas esas cosas eran la misma. Eran Mara. Unido a ella como por un cordón invisible, volvía al cobijo de su imagen, magnética y complaciente, como por inercia, sin querer. Bueno, mentira. Sí que quería. Le encantaba, de hecho. Sabía perfectamente cómo le gustaría tocarla, con dedos ligeros y libertinos; dónde se perderían sus besos, por la constelación de lunares que salpicaba sus muslos, y cuánto desearía colmarla sin prisa y con dedicación absoluta, hasta que le doliera el cuerpo, hasta que se vaciara y de su deseo no quedaran más que cuatro gotas transparentes y sin sustancia, como agua.

Las perversidades de Eloy eran varias y se habían diversificado en la edad adulta. El problema era que su capacidad para recrearse estaba dejando de ser satisfactoria. De Mara lo quería todo. Quería que fuera su mejor amiga y su única amante. Deseaba las confidencias, las risas, las caricias, los jadeos...

Cuando decidieron compartir piso, creyó que sus oportunidades se multiplicarían como champiñones en un prado recién llovido. El tonto de él no había contado con que también tendría que lidiar con los extraños que metiera en su dormitorio. Intentó promover una ley comunal que impidiera llevar gente a casa, pero fracasó rotundamente. Una de las ventajas de aquel tipo de convivencia ajena al ambiente familiar era que podías hacer lo que te viniera en gana sin miedo al juicio moral.

Pudo disfrutar, sin embargo, de una novedosa forma de relación con Mara, la convivencia. En sus pequeñas costumbres encontraba el placer de ilusionarse con que eran algo más que amigos. Para Eloy no existían las palabras que explicaran lo que sentía cuando Mara dormitaba en el sofá y acomodaba los pies en su regazo; cuando le preparaba una taza de chocolate caliente repleta de nubes y se la dejaba entre sus montones de libros, marcadores y anotaciones, o cuando pasaban un domingo entero sin salir de casa, leyendo, cocinando y viendo series.

Eloy no tenía un perfil conquistador, dado que sus inseguridades le negaban cualquier avance, pero no por ello desconocía la experiencia del amor, pues precisamente del amor Eloy sabía mucho. Y él, más que nadie, sabía esperar. Vestido decentemente, entró en la cocina y se sentó a la mesa, donde Arantxa abría dos botellines de cerveza. Su suspicacia le había chocado, aunque, en cierto modo, le agradó poder sincerarse con ella. Lo llevaba tan interiorizado que le vendría bien hablarlo, no sólo expresarlo a través de una mirada líquida y una corrida bárbara.

—¿Y bien? ¿Desde cuándo?

Eloy bebió un buen trago y, sonriendo de manera inconsciente, hizo memoria.

—Me he hecho esa misma pregunta como un millón de veces y la respuesta sigue cayendo en el día de la Pelusa y el rescate del bocadillo.

Arantxa silbó entre dientes. *Goku* bufó.

—Es decir, siempre.

Eloy dijo que sí con la cabeza.

—Y Mara no sabe nada...

—Eso creo.

—¿Nunca te ha parecido que pudiera sentir lo mismo?

El auxiliar se mesó unos pelos que requerían afeitado. A su mente acudieron recuerdos como para catalogar en fascículos. Uno en particular se reprodujo nítido ante sus ojos.

Semanas antes de que Mara se fijara en Hugo, falleció su abuela paterna. Era una señora muy cariñosa y de permanente buen humor que convivía con el resto de la familia. Lo súbito de su desaparición, tratándose además de alguien tan querido, afectó mucho a los Hidalgo. Por eso mismo, la noche del velatorio, queriendo alejar a sus hijas de un ambiente tan doloroso, los padres de Mara la enviaron a ella y a su hermana pequeña a dormir a casa de sus más queridas amistades, que no eran otros que los padres de Eloy.

Las chicas se instalaron en su habitación y él fue confinado al sofá cama. De madrugada, mientras todos dormían, Eloy sintió la urgencia de ir al baño. Tras miccionar a gusto, se asomó a su cuarto para comprobar que las chicas estuvieran bien, y no tardó en percatarse del llanto de Mara.

Tumbada en posición fetal, la joven temblaba y sollozaba de tristeza pura, y aquello a Eloy le encogió el corazón. Sin pensarlo, se acostó a su espalda, le besó el pelo y la abrazó con una fuerza que desprendía todo su amparo y su ternura. La madre de Eloy solía decir que existen abrazos que curan el alma y rompen las penas y, justamente en aquella noche tan amarga, era lo que deseaba Eloy para Mara.

Por la mañana, el chico descubrió medio alelado que se había quedado dormido y habían pasado la noche juntos. Mara estaba tan cerca de su cara que la veía doble, y sus piernas se entrelazaban igual que cuando eran unos chiquillos. Notó que se despertaba y se puso tan nervioso que se hizo el dormido.

Fue entonces cuando ella hizo algo inaudito y lo besó, en la boca, con detenimiento y sabor a sal de sus propias lágrimas. Era un tacto sencillo, cosa de chavales, pero Eloy lo recibió como un regalo del cielo y albergó grandes esperanzas de que significara algo importante.

Desgraciadamente, Mara se levantó, despertó a su hermana y actuó como si no hubiera pasado nada. El chico se quedó unos minutos más en la cama, desconcertado y envuelto en las sábanas aún cálidas donde había dormido Mara. Se lamentó de no haber abierto los ojos y haberle devuelto el beso, comenzando así una larga lista de arrepentimientos que rellenaría hasta la saciedad. Una de la que Eloy se sentía muy avergonzado, pues el simple hecho de haber permitido que se formara una lista así ya era para matarlo.

Eloy prefería no seguir pensando en lo que no había hecho. Quería centrarse en todo lo que aún podía hacer. Arantxa ahuecó el mentón entre las manos y se lo quedó mirando con gravedad.

—Así que toda una vida enamorado de la misma persona...

Eloy volvió a asentir. Era raro ya que, por mucho que sintiera vergüenza de su cobardía, el muy zote también estaba orgulloso de su resistencia.

—Sé que ya no estáis juntos, pero ha sido un poco injusto para Clementine, ¿no crees? Y esto te lo digo sin que la tipa sea santo de mi devoción, bien lo sabes.

Él sonrió.

—Lo sabía. Es más, era mi única confidente —apuntó—. Clementine y yo éramos amantes, Arantxa. Ella está casada.

—¡¿Qué?! —gritó la fotógrafa, anonadada.

—Ella quería un lío y yo llamar la atención de Mara, encelarla, cosa que, como ya sabrás, jamás ocurrió.

Clementine era la única que había sacado cierto partido a su relación. Como mínimo, le había servido para impulsarla a separarse. Eloy, por su lado, no había logrado la atención que demandaba de Mara. Pensaba que, a costa de exhibir sus contemplaciones hacia la inglesa, la taquillera reaccionaría y le daría alguna pista sobre lo que sentía.

Se equivocó, francamente. Para una vez que se le ocurría un plan y no servía ni para dar pena.

—¿Y qué pasó? —escupió una Arantxa muy escéptica—. ¿Os contasteis vuestras miserias y os pusisteis de acuerdo?

Eloy se encogió de hombros.

—Es un buen resumen. Clementine y yo nos conocimos en una fiesta que

organizaron unos amigos en común. Yo le hablé de Mara, ella me habló de su marido infiel y lo demás vino solo —expuso—. Para cuando quisimos darnos cuenta, teníamos una aventura en toda regla. Nuestro error fue dejar que se alargara tanto tiempo.

Arantxa se palmeó las rodillas y soltó una risotada.

—Dirás lo que quieras, pero, aparte de enamorado, estás bastante enfermo.

Poca novedad era ésa.

—Lo uno va unido a lo otro.

El amor tenía tantas representaciones como fragmentos un caleidoscopio, y la del delirio suponía su mayor abanderada. Arantxa sacó otro par de cervezas de la nevera. Eloy se extrañó de que no aprovechara su patética vida para atacarlo con la acritud que acostumbraba.

—¿Estás un poco suave o me lo parece a mí?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Me he comprado un cartón de tabaco.

Abrió los botellines y volvió a sentarse. Aquello era mala señal, pero siendo Arantxa de nada iba a servir sugerirle que se lo replanteara.

—Intenta no volver a convertir esto en un cenicero, ¿vale?

—Intentad vosotros no follar como monos y dejarme dormir tranquila.

A Eloy le dieron ganas de encenderle un cigarrillo él mismo, y de ofrecerle la cajetilla entera con lo que soltó a continuación:

—Lo de Hugo debe de escocer, es tu primo.

Sí, era de lejos, lo que peor llevaba. Soportar a Mara bebiendo los vientos por Hugo en la adolescencia se le hizo cuesta arriba. Resultaba tan desagradable que se mantuvieron alejados un tiempo con la excusa de estudios y actividades varias, hasta que se le pasó el subidón.

El hecho de que fuera su primo y conociera sus gustos y sus prácticas de sobra lo irritaba todavía más. Mara no sabía o no quería enterarse de lo fantasma que era en realidad. Eloy no comulgaba nada con él, y desde que Mara puso los ojos en su persona, le tenía una tirria que no podía ni verlo. Cada noche, antes de acostarse, rezaba por que regresara al culo del mundo, se lo tragara un cachalote y se reencarnara en mosca de la fruta.

—Un poco —admitió.

—¿Cómo no lo has impedido?

Eloy resopló incómodo.

—Igual que no impedí que saliera con otro. Además —añadió—, no tenía fe en que Hugo y ella se entendieran. Sinceramente, creí que él pasaría de ella.

Mientras fuera un cuelgue sin correspondencia, Hugo no era peligroso. Las complicaciones llegaron con la primera cita, y después con... Sólo de pensar en Mara retozando con él se lo llevaban los demonios. Eloy quería borrar todas las huellas que hubiese dejado en ella, las del alma y las de la piel. Quería hacer desaparecer cualquier rastro de sus promesas y de su tacto, y quería hacerlo cubriéndola de besos, arropándola con sus caricias y hundiendo su lengua en cada hueco que le ofreciera, empapándola hasta el charco, llenándola por dentro y por fuera de él, únicamente de Eloy.

Uno de los motivos por los que se sentía tan fuerte últimamente era por la llegada de Hugo a la ciudad y lo que había sucedido después. La transformación de amor platónico a amenaza real le puso las pilas y lo incitó a llamar la atención de Mara a través de nuevas vías, que, al menos, le habían valido un orgasmo compartido. Todavía no podía creérselo, su rostro se iluminó al revivirlo.

—Pues no entiendo por qué de repente os encerráis en un baño y gemís como mulas de carga —protestó Arantxa—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Yo.

Sus ojos eran dos frías y duras ruedas de caramelo. Recordó el beso de sus quince y se cruzó de brazos.

—Durante nueve años esperé a que Mara me viera. Y, desde que lo hizo, llevo otros diez esperando que lo recuerde. Se me agota la paciencia.

Por unos segundos, Arantxa permaneció en silencio. Luego, asintió boquiabierta.

—Inaudito.

La carcajada de Eloy se debilitó por el camino y murió por su nariz. Ansiaba salir tras Mara y soltarle todo cuanto sentía y pensaba, pero no era la manera. Aunque ya estuviera lanzado, debía elegir bien sus movimientos para no asustarla.

—De momento ya he movido ficha. Es un avance.

—Es una mierda —objetó ella—. Hugo sigue en La Estación.

Eloy ilustró a su compañera con las recientes novedades.

—Han roto. Creyendo que deseaba una relación abierta, mi primo ha estado

beneficiándose todo lo que ha querido... Y a Mara no le ha hecho mucha gracia.

Arantxa maldijo abiertamente y Eloy quiso creer que fue por la rabia de que hirieran a Mara, no porque prefiriera verla con Hugo antes que con él.

—¿Y crees que por eso la vas a tener a tus pies mañana por la mañana?

El auxiliar sacudió la cabeza, desechando estupideces. Aquello le interesó.

—Eloy, si está enamorada de él, va a importar bien poco que hayan roto o no.

Hizo rechinar los dientes. Sí, los hechos venían a decir que no las tenía todas consigo. Si Mara había fingido una vez no haberlo besado, como pretendiera hacer lo mismo con los dedos que se había metido bien al fondo sin apartarle la mirada, le iba a dar un ataque.

—Asúmelo, lo tienes jodido.

Eloy inspiró y espiró una profunda y larga bocanada de aire. Se propuso luchar en activo por Mara, y nada ni nadie iba a quitarle ese placer. Todavía le quedaba cuajo para ignorar las adversidades o para patearles el culo si fuera necesario. Iba a por todas y no cesaría en el intento hasta conseguirlo o hasta que ella dijera «basta».

Una de las suyas

Cuatro mensajes en visto y cero recibidos. El teléfono tenía batería, cobertura y funcionaba a las mil maravillas. La ausencia de réplica era un plantón de libro, no un fallo del móvil. Si le costaba tanto entenderlo era porque Arantxa no acostumbraba a ser plantada, sino a plantar. Dio un sorbo a su café y lo escupió con asqueo y sin reparo. Estaba helado. Puede que lo mejor fuera pedir la cuenta, aceptar el revés y volver al trabajo. Posiblemente, era lo que Elsa trataba de decirle con su silencio escrito.

Arantxa: Perdóname.
Te debo una explicación.

Lo primero que hizo nada más despertarse fue buscar el móvil, abrir la aplicación e ir tras Elsa. Había tenido una pesadilla de lo más desalentadora.

En ella, Eloy esperaba a Elsa a la salida de un conocido teatro y, ante las cámaras y los flashes de una marabunta que aclamaba la carrera de una gran estrella, se declaraba arrodillado en el suelo. Difundió a viva voz que la amaba desde que cruzaron la primera mirada y que desde entonces sólo vivía y se pajeaba pensando en ella. Elsa se echó a llorar, diciéndole que sentía lo mismo, que estaba loca por él y que soñaba con que le comiera las tetas. Pero también lo increpó por ser un cobarde y un indeciso y lo mandó a hacer calceta con su abuela paterna. Y entonces apareció Cara Delevingne, se la llevó de la mano, le pidió matrimonio, la otra aceptó y se fueron a triunfar a Broadway versionando

las mejores obras de Virginia Woolf.

Arantxa abrió los ojos de golpe, ahogándose y con la respiración acelerada, y llegó a la conclusión, sin mucho esfuerzo, de que no podían dejarlo así. Debía cerrar aquel episodio, tanto por su bien como por el de Elsa. Tenía que hacerlo propiamente y derrochando el tiempo del que carecía la mayor parte del tiempo; no alterada y a gritos, mintiendo como una bellaca. Si no le contaba lo que le pasaba por la cabeza, no podría pasar página. El hecho de que pudiera negarse a los encantos de Lidia ya era muy mal presagio. Desengancharse de Elsa y continuar con su vida era lo más urgente y, para ello, precisaba cinco minutos para confesarse.

Arantxa: Si quieres, quedamos hoy en la cafetería de siempre a la misma hora.

Hasta ahí todo iba bien. El tema se complicó cuando siguió tecleando en un arranque de explayado sentimental y le dio a «Enviar».

Arantxa: Y te cuento por qué soy tan estúpida...

Frenética, tecleó más y más rápido, intentando buscar una solución a su torpeza mañanera. Y volvió a darle al mismo botón.

Arantxa: jahgfuoyegfuasfifisgfs.

Soltó el móvil como si fuera un pelo de gato y se mordió las uñas. Pensándolo bien, no era tan raro que Elsa no diera señales de vida. Tras aquello debía de imaginar que le estaba vacilando con algún tipo de humor aún sin calificar.

Arantxa vio la hora en una pantalla de plasma y se dio por aludida. Pagó en caja y atravesó el local con las manos en los bolsillos y la sesera en su mala suerte. La primera vez que le dieron calabazas fue en la universidad. Se declaró a una joven profesora de dibujo técnico, que reaccionó cruzándole la cara y llamándola «maldita desviada» y, claro, mucho afán por repetirlo no tenía, y menos tratándose de otra hetero.

Desde aquella época, los flirteos eran muchos y los flechazos pocos. Seducir, a quien se dejaba, era estimulante. Creía que no se cansaría de una vida sin

compromisos, pero lo aburrido de sus recientes experiencias la habían motivado a buscar nuevos retos, y en ellos había encontrado a Elsa.

La modelo le había desbaratado los planes. Sus defensas se habían venido abajo y tenía el corazón abierto, sangrante y listo para la puñalada final. Elsa lo había cambiado todo. La tenía tan presente que las expectativas ya se habían materializado en detalladas fantasías. Arantxa quería empaparse los dedos y el seso de ella, quería ir al cine y al teatro con ella, cocinar para ella, verla actuar y dirigir, regalarle ñoñerías y recibirla todas las noches en su cama, donde le acariciaría el pelo hasta que se durmiera, agotada tras una dura y larga jornada.

Arantxa, por una vez, quería cosas bonitas. Lo malo es que no estaban a su alcance, y antes de volver a pasar por otro desencuentro como el universitario, lo más recomendable era dejar aquella historia correr. En eso discurría cuando se fijó en una cabellera rubia que zigzagueaba por los pasillos del centro comercial. A toda prisa, una Elsa colorada y asfisiada sorteó a los viandantes y se detuvo a su altura.

—Siento llegar tarde —jadeó apoyando las manos en las rodillas—. Anoche salí y me he quedado dormida.

Arantxa sintió deseos de apartarle el pelo de la cara y colocárselo detrás de las orejas para, por última vez, como poco, poder contemplar su bello rostro en su plenitud. En lugar de eso, se contuvo y cerró los puños en torno al mechero y la cajetilla de tabaco que llevaba en los bolsillos.

—Estuve en un bar de ambiente.

La fotógrafa abrió la boca y la volvió a cerrar. La curiosidad de Elsa iba en aumento, no cabía duda. Cualquiera no asoma la cabeza por un sitio así de buenas a primeras.

—¿Fuiste con alguien?

Ella dijo que no y a Arantxa la alivió, pero también le molestó que no se lo hubiera comentado.

—Podría haberte acompañado.

Elsa arqueó una ceja que la inculpaba de haberle gritado en toda la jeta y de que, de no haber sido por eso, se lo habría propuesto sin rodeos. Es más, igual era lo que pretendía cuando la invitó a tomar café en su casa. Arantxa rehusó pedir explicaciones que no le correspondían y se tragó el orgullo.

—¿Qué tal fue? ¡No! Mira, déjalo... Prefiero no saberlo.

Se arrepintió enseguida. Además, sería un farol, una revancha por su mala conducta. Cambiar de tercio era lo más inteligente, así que capturó su mirada y no se demoró más.

—Elsa, seré breve. Tengo que volver a la tienda y tú necesitas oxígeno —observó y, luego, comenzó—: Quería verte para pedirte disculpas en persona por haber sido tan dura contigo y, sobre todo, por haberte mentado.

La modelo se irguió, orgullosa y visiblemente complacida por recibir al fin una justificación.

—Claro que voy en serio contigo, muy en serio, de hecho —prosiguió Arantxa—. Si sugerí que nos alejáramos fue por el bien de las dos. Te estoy liando en algo que ni te va ni te viene, y yo... En fin, prefiero cortar aquí antes de que se me haga más difícil.

Elsa asintió silenciosa y meditabunda. En su ceño se advertía cierto escepticismo.

—Dijiste que sólo querías probar que podías tenerme.

—Y es cierto —pero matizó—: Al principio.

—También dijiste que no significo nada para ti.

Menuda memoria, le iba a recitar la conversación entera.

—Para que te fueras —rebatía—. Si seguías en mi cuarto iba a acabar empotrándote contra la pared y tu rechazo me habría hecho pedazos.

No se podía creer que hubiera dicho eso en voz alta. Elsa tampoco, por lo visto. La sorpresa se instaló en sus ojos y los agrandó con nervio y exageración.

—¿Qué es lo que intentas decirme, Arantxa?

La fotógrafa resopló, con miedo y resignación a partes iguales.

—Que me estoy enamorando de ti. —Pero volvió a matizar—: Y no quiero.

Elsa se tomó unos instantes para asimilar su revelación. Su pulso ya se había normalizado y, a pesar de ello, su pecho se veía agitado. Era una mujer no incómoda, pero sí aturdida, que en un hilillo de voz se atrevió a preguntar:

—¿Tan malo sería quererme?

Arantxa acudió al recuerdo de Eloy y la disparatada historia de su vida. Amar tanto daba vértigo. Debía de consumir, y extraordinariamente, Eloy lucía firme, como si se alimentara de ese sentimiento. Arantxa creía en lo placentero del amor, pero también sabía por experiencia propia el modo en que pone a prueba la resistencia de cada uno y somete a canalladas varias. Sin la

correspondencia de Elsa no se veía con fuerzas suficientes para sobrellevarlo.

Y, como no se atrevía a presionar a alguien tan congestionado por el disgusto, o la repulsa, que vete tú a saber qué era esa mueca, se dispuso a largarse sin mediar palabra. Elsa, empero, se lo impidió aferrándose al polo de su uniforme.

—Deja que me marche con dignidad —musitó Arantxa—, la poca que me queda.

—No me da la gana.

Se volvió. En la modelo resurgía su espíritu guerrero. Estaba preciosa, imperativa y decidida. La fotógrafa la encontró más atractiva que nunca.

—Salgamos a cenar mañana —barruntó de pronto—. Invitaría yo, aunque deberías hacerlo tú por haberte comportado como una auténtica bruja.

Arantxa boqueó como un pez fuera del agua.

—Tengo un cumpleaños.

—Ah...

—Elsa —suspiró con pesar—, no quiero ser amiga tuya.

La rubia formó una línea recta con los labios y volvió a la gresca cuando murmuró:

—En tu mundo igual es diferente, pero en el mío cuando le pides una cita a alguien es porque te gusta.

Arantxa se quedó helada al procesar aquellas palabras. Se mentalizó para una negativa, ya fuera la educada, la comedida o la mordaz, mas nadie la había preparado para aquello. ¿Podría ser cierto?

—¿Sabes lo que estás diciendo?

Elsa la miró con unos ojos inmensamente azules, dos cuencas de océano puro donde nadaban incontables temores e ilusiones.

—Estoy hecha un lío, pero me gustaría intentarlo.

Se desencantó. Eso era lo que decían todas.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque he echado la vista atrás y estoy asustada, Arantxa. Quizá... —Se mordió el labio cohibida—. Quizá tengas razón y todo haya sido un error hasta ahora.

Aquello tenía mejor color. Arantxa estaba convencida de que Elsa jamás podría darle lo que quería. Tras notar su incertidumbre, no obstante, la esperanza

germinó en su pecho, borrando de su memoria que alguna vez la modelo juró no enamorarse de la fotógrafa.

Envalentonada por su sinceridad, la azuzó para comprobar si realmente sabía de lo que hablaba o si sufría alguna clase de crisis existencial de los veinte. Arantxa dio un paso y enredó un mechón dorado entre sus dedos. Elsa se envaró.

—Una cita conmigo conlleva cierto nivel de riesgo. Tengo fama de ansiosa, ¿sabes? ¿No te importará que te mire distinto de como te miran las demás? — Descendió la postura y el tono, acercándose peligrosamente a su rostro azorado —. ¿Estás preparada para que el resto del planeta te juzgue por cenar conmigo? ¿Permitirás que te toque, Elsa? ¿Que te bese? ¿Que lo haga sin rodeos y sin vergüenza?

Y, como no podía soportarlo ni un minuto más, se lo demostró allí mismo. Juntó los labios con los suyos, sosteniéndola de la nuca y cerrando los ojos, entregados al placer de explorar una boca suave y complaciente. Se demoró lo justo, percibiendo el temblor de Elsa, que la instó a despegarse. Un azul velado en la mirada y un rubor desmesurado en las mejillas le indicó cuanto necesitaba saber.

De todos modos, sonrió. Aquella expresión tan genuina la acompañaría en sus recuerdos de por vida. Sin poder resistirse, le propinó un lametón de despedida.

—Que tengas suerte, bombón. Si ésta es tu idea de intentarlo, se te va a dar fatal.

La soltó y echó a andar en dirección contraria. Estaba a punto de doblar la esquina cuando Elsa frenó su marcha y, asiéndose de la botonadura de su polo, se enganchó a su boca.

La besó con ímpetu y ganas, muchas ganas. Sacó a pasear una lengua voraz y provocadora que asedió su boca y conquistó lo inconquistable. No fue un beso dulce ni decente, fue casi dominante, una declaración de propósitos a cuál más inquietante. Elsa resolló contra su cuello.

—Tú espera a ver en lo que soy buena de verdad.

Dicho aquello, alisó la maltratada prenda, se retiró unas gotas de saliva de la comisura de los labios y retomó su camino. Arantxa siguió sus andares sin mover ni un solo músculo. Un ligero y reincidente tic en un ojo era la única señal de vitalidad que desprendía. Si aquello era tan real como parecía, Elsa no

iba a tener meseta para correr. Quería un voto de confianza y Arantxa se lo iba a dar. Ya no servía echarse atrás. Demasiado tarde, para la una y para la otra.

Dos hombres y un desatino

Las cajas de mensajería estaban acumuladas en cabina. El almacén no daba abasto con tanto material promocional y se buscaban huecos donde no los había. Mara, armada con un cúter, desembalaba paquetes intentando dar con un remitente en concreto, la distribuidora de *Star Wars*. Quería hacerse con un póster antes del estreno, cuando los espectadores enloquecieran y los pidieran todos. El fenómeno fan arrasaba con películas de aquel tipo, y por un cartel que ella birlara antes de tiempo nadie iba a decir nada. Además, debía darse prisa. Conocía bien a sus compañeros, no tardarían en imitar su jugada.

Tras revisar sin éxito la paquetería por segunda vez, Mara se convenció de que habrían trasladado la caja al despacho de algún encargado. Rabió por lo bajo. Si al cabo de varias semanas de emisión se llevaba una mísera chapa, podía darse con un canto en los dientes. Con los ojos llorosos y la nariz moqueando por los ácaros, estampó el cúter en una estantería. Uno de los chicos de cabina, el cual dormitaba plácidamente en su silla, se despertó de golpe.

Mara detestó marcharse con las manos vacías. Quería el dichoso cartel, sí, pero no dejaba de ser un pretexto. Era la mejor forma que se le ocurría de hacer frente a Eloy después de lo sucedido. Iba a regalárselo al más puro estilo: «Toma, lo querías, ¿no? ¿Dónde lo vas a poner? ¿Has probado a empezar a pegarlos en el techo? Venga, saquemos la escalera. La de metros que tienes aquí arriba para empapelar. ¿Te traigo más? ¿De qué película? Tenemos que comprar celo. Nos hace falta masilla. Estas molduras necesitan una mano de pintura. ¡Oh!

Una mota de polvo...». Mara se mordió las uñas tan apurada como una adolescente. No se iba a notar cómo esquivaba lo único que importaba, qué va... No era como lanzarle un hueso a un perro, para nada...

En el fondo obraba de buena fe. Quería normalizar las circunstancias, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo con naturalidad. Volver a ser los de antes parecía imposible, y lo que les deparaba asustaba bastante. No es que quisiera obviar su flamante corrida o la espléndida y hechizante cara de orgasmo de su mejor amigo, en absoluto. Atesoraría el momento de por vida. Es sólo que pretendía seguir adelante sin que nada bueno cambiase, como si el campo de minas que se extendía ante ella pudiera desaparecer en un chasquido de dedos. No pedía ella nada...

—Mara.

Era Olegario. Por la hora, vendría de darle el decimotercer beso de buenas noches a su compañera de taquilla.

—¿Sí?

El chico metió las manos en los bolsillos y achinó los ojos.

—Nada, hoy estás muy guapa.

Mara observó cómo subía la escalera sin más añadiduras. Veía demasiado acaramelada a la pareja como para exudar tanta amargura por los poros, ya era hora de que se suavizara alguno de los dos. Contenta por que algo, fuese nimio o destacable, saliera bien, se despidió del resto de los compañeros y salió por la puerta del vestíbulo.

En un principio no prestó atención a la figura que esperaba en ademán paciente en una esquina. Quizá porque el enorme ramo de flores que sostenía le tapaba la cara y eso le restaba interés. De no ser por su ropa y su estatura, no habría sabido reconocerlo.

La presencia de Mara, rígida y estupefacta, hizo su efecto. Hugo bajó el ramo y la saludó con mirada dulce y voz trémula.

—Hola.

Mara estaba absorta en las flores. Hugo se las entregó con celeridad.

—No sabía qué color te gustaría más, así que te los he traído todos.

Pesaba un montón, y era cierto: era tan colorido como una piscina de bolas envuelta en paniculata. Mara no solía recibir flores como obsequio. Una vez Eloy le regaló tulipanes blancos por su cumpleaños. Luego viajó a Londres y,

cuando regresó, no se volvió a repetir. Dudó sobre dónde colocaría semejante ramo. Desde que *Goku* se había instalado en el piso, el auxiliar de veterinaria tenía prohibida la entrada a cualquier clase de planta. Decía que la mayoría eran tóxicas para los gatos, y si les daba por amontonar macetas en el cuarto de Arantxa, aquello iba a acabar pareciendo el invernadero de Atocha.

No sabía por qué se estaba acordando de eso...

—Perdóname, Mara.

La joven alzó la vista. En el cuello de Hugo, su nuez subía y bajaba torpemente, atorada por la incertidumbre. Aguardaba una respuesta mínimamente indulgente y ella se la concedió con total honestidad.

—Tenía pensado ir a La Estación.

Con un par de cervezas se sentiría más valiente, con él y con quien correspondiera.

—Yo tengo que cenar antes del turno. ¿Me acompañas?

Le ofreció el brazo. Ella no se movió. Hugo se tomó su resistencia con filosofía y la apremió con humor.

—Puedes insultarme por el camino si quieres. Estoy acostumbrado.

—¿Por qué dices que estás acostumbrado?

Si Mara no enlazaba ese brazo con el suyo era precisamente por todas las mujeres que había imaginado aceptando ese tacto, y no iba mal encaminada si la mayoría consentía a cambio de cuatro vituperios tontos que caerían en saco roto.

—A ver, Mara... No voy a venderte la excusa de que ahora mi vida está patas arriba, lo está siempre. Madrid es temporal, como lo son todos mis destinos y, por eso, prometerte un futuro juntos sería un disparate por mi parte. Pensé que estaba claro y que lo aceptabas.

—No —respondió ella—, ni lo uno ni lo otro.

Para Mara, las señales eran múltiples y contundentes, y culpaba a la mayor parte de sus malogradas ilusiones. Lo que más le había molestado, por encima de compartirlo con media ciudad, era el trato que le había dispensado.

—Siento que el gran cariño que te tengo te haya confundido. —Ella fue a replicar y él se lo impidió añadiendo—: Mara, escucha, yo no me presento en el trabajo de nadie, ni compro flores, ni me quedo a dormir. Pero siento que contigo no puedo hacerlo de otra forma, que te lo debo, que te lo mereces.

—Ojalá te lo hubieras ahorrado.

Hugo se irguió endureciendo y enfriando su expresión.

—Entonces no habría sido tan alegremente invitado a tu cama.

Mara estrujó el pobre ramo como si se tratara de su pescuezo. La satisfacción fue nula.

—Eso es todo lo que te importaba, ¿no?

—Como a ti, si mal no recuerdo.

Ella se quedó callada, muy consciente de a lo que se refería.

—Cuando mencionaste a aquellos dos tíos con los que ibas a quedar, al principio me molestó. No lo concebía en ti, pero luego asumí que eras igualita a mí y que nos vendría de perlas porque nos entenderíamos bien —argumentó con suavidad—. Tu imagen de niña se esfumó rápidamente. Lo que vi fue una mujer sin ataduras ni prejuicios, con las ideas claras y unas ganas inmensas de disfrutar y exprimir el momento. Fui derecho a por ella —confesó—. Siento ser tan básico.

A Mara le había salido el tiro por la culata. Sus ingeniosas estrategias de conquista le estaban proporcionando más amargura que placer, del que ya no sabía ni dónde paraba. Aceptó con tristeza que la seducción no era lo suyo. Sus fracasos sentimentales daban fe de ello. Ni duraban, ni marcaban. Debía cambiar de tácticas o, mejor dicho, desestimarlas definitivamente. Tras aquel último y memorable batacazo, convenía hacer uso únicamente de la naturalidad, aunque no tenía mucha fe en que alguien fuera a fijarse en ella, y menos en ponderarla como cualidad.

—De haber sabido que tus sentimientos por mí estaban cambiando, podríamos haber tenido esta charla mucho antes y habría tenido la oportunidad de aclararte todo lo que dudabas.

La taquillera se mordió el labio, a punto de soltar una risotada que sofocó con premura y disimulo. «Cambiando», decía Hugo. Se preguntó qué cara pondría si le confesaba desde cuándo se había fijado en él. Por el modo en que chasqueó la lengua y clamó al cielo en silencio, supuso que lo adivinó sin necesidad de oírlo.

Hugo se acercó, hizo a un lado el ramo, y acarició la nuca y el cuello de Mara con delicadeza.

—Estás esperando algo de mí que nunca voy a poder darte, y también me duele, Mara, pero, por favor, no me apartes de tu vida por esto.

Ella tomó aire a trompicones, agitada por sus palabras, sus dedos y su mirada atribulada. No contemplaba eliminar a Hugo de su memoria o de su rutina; básicamente, porque era una tarea inviable. Con que dejara de defraudarla le bastaba. Mara se sentía mucho más decepcionada que dolida. Que la relación con Hugo no hubiese ido tal como ella se había mentalizado le desbarataba el presente y el porvenir, y eso la deprimía muchísimo.

Mitificarlo desde una edad tan temprana le había llenado la cabeza de pájaros. Una bandada de gorriones planeaba por su sesera tras la estela de Hugo, al son de su voz y piando su nombre sin descanso, como si se tratara de un mesías al que seguir por defecto.

Con su inesperada visita, Mara comprendió que Hugo le estaba devolviendo el corazón que tan gentil e inocentemente ella le había entregado, un corazón que regresaba al hogar después de una década. En lugar de visualizarlo hecho pedazos, lo notó perdido, mareado y encogido de miedo. Mara tragó un sollozo pesado y lacerante como lascas de hielo.

Las preguntas se apelonaban en la punta de su lengua y no había a quién dirigirlas, pues las respuestas eran simple y llana ignorancia universal. Mara necesitaba que le explicaran qué ocurría para que la pasión de un sentimiento tan ardiente llegara a desgastarse. Un único disgusto no podía ser el causante de semejante deterioro. No podía enfriar ni tanto ni tan rápido, lo que le llevó a replantearse sus sentimientos. Fue entonces cuando Mara llegó a una encrucijada que la hundió un poquito más, una intersección de dos caminos que señalaban por un lado el amor y por el otro la fuerza de costumbre. Uno estaba tapiado y el otro la recibía con alfombra roja y copa de bienvenida. Se agobió. Somatizó tanto que le dio dolor de tripa.

—¿No dices nada? —murmuró él—. ¿Ni siquiera vas a perdonarme?

—S-sí —articuló afectada—, te perdono... En parte es culpa mía. Debería haberte dicho lo que sentía para que no hubiera malentendidos... Mi error, supongo, fue creer que tú sentías lo mismo...

Hugo soltó el aliento contenido y la abrazó. Estrechó sus hombros, sus brazos y su espalda con lo que a Mara se le antojó sincero agradecimiento. El indulto iluminó el rostro de Hugo, dulcificando el verde musgo en sus ojos y devolviéndoles una chispa traviesa y juvenil.

—Ya te dije que era un tunante —sonrió—. Salir conmigo te volvería loca.

Sí, Mara lo había comprobado, y se cercioró de ello al fijarse con detalle en la cara que la contemplaba con tanto arrobó. Bajo la boca y sobre la curva del mentón, había restos de maquillaje. La diferencia de tonalidad y la pastosidad de su textura lo delataron. Atónita por su desfachatez y su repugnante promiscuidad, quiso retirarse. Hugo la pegó más a su cuerpo y, besándola en la mejilla, junto al oído, susurró:

—Si quieres, ahora que ya está todo aclarado, podemos continuar donde lo dejamos.

Lo miró detenidamente, buscando la burla y deseando encontrarla con todo su empeño. No la halló. Los gorriones se transformaron en una retahíla de insultos, a cuál más incisivo y singular, pero para su sorpresa se debilitaron y se evaporaron pronto. La indignación dio paso a la pena, que se extendió por sus extremidades y la desganoó.

Estúpida era lo más bonito que podía autodenominarse. Hugo hablaba, observaba y abordaba como un canalla. Lo carnívoro en la mirada y en los labios entreabiertos era casi permanente, igual que su sonrisa embaucadora y el mohín con el que imitaba al niño bueno que jamás había sido. Si se dedicaba a analizar su actitud de cabo a rabo, daba con un golfo de manual, y no le entraba en la cabeza cómo no había sabido verlo con anterioridad. Bueno, sí, se hacía cierta idea. Es lo que tiene encoñarse, suele cegar por defecto.

Repasó mentalmente las últimas semanas. No estaba segura de creerse algo de lo que habían vivido. La vulnerabilidad desprovista de máscara de Hugo eran unas escasas lagunas que se perdían en sus recuerdos más inmediatos. Distinguir al real del excelente intérprete costaba lo suyo, y no tenía ni fuerzas ni ganas para averiguarlo. Interpuso los puños entre ambos para dejar que corriera el aire. Su frustración pasó totalmente desapercibida para él. Mara comenzó a arrepentirse seriamente de su historia, de la que ni siquiera se había llevado un buen polvo. Todo mal.

—No —logró decir—, mejor no. Olvidémoslo.

Hugo aceptó su frialdad y, contra todo pronóstico, siguió sonriendo.

—Vale, pero que sepas que voy a echarlo de menos.

—¿El qué?

En el paisaje que eran sus ojos se puso la noche. El deseo templó su voz y la bajó unas octavas.

—Tu cuerpo desnudo, vibrante y caliente. —Mara parpadeó—. Eres la más sexy de todas, y no te enfades, déjame decírtelo —rogó volviendo a acercarse con temeridad—. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente y me muero por saldarla. Espiarte por una mirilla sigue siendo mi fijación.

—¿De qué hablas?

—Todavía no hemos cumplido nuestras fantasías, recuérdalo.

—¿Qué? —exclamó pasmada—. Yo ya cumplí la tuya.

Hugo enarcó una ceja castaña.

—¿Cuándo?

—El día que nos despertamos en mi casa. Me pediste que no me durmiera.

Él sonrió.

—¿Seguro que no te dormiste y lo soñaste?

Mara boqueó muy incrédula. Era el mejor orgasmo que habían compartido hasta la fecha. Se metió dos dedos y se corrió enseguida. Sentirse observada espoleó su deseo vertiginosamente. Fue nuevo, excitante, morboso e intenso. No había sido ningún sueño. En los sueños no te encharcas así.

—Me lo pediste —repitió.

—Sí, tenía mucha hambre —explicó él—. Fui a preparar el desayuno antes de ducharme y no quería esperar a que te despertaras cuando estuviera listo.

Los argumentos de Mara brillaron por su ausencia.

—¿Me estás diciendo que estuviste todo ese rato en la cocina?

—Sí.

—No bromees con esto —advirtió enfadándose.

—No lo hago —contestó Hugo en los mismos términos—, la que está tomándome el pelo eres tú.

Mara se estampó las dos manos en los carrillos. Su expresión era una careta de *Scream*. No fueron alucinaciones suyas, eso seguro. Se había refrotado con vicio y con placer y, tras correrse, chupó sus dedos empapados. Notó cómo se ruborizaba al recordar la puerta abierta de su dormitorio. Menuda invitación muda y gratuita al espectáculo más bochornoso jamás contado. Menos mal que no había nadie en el piso aquella mañana. Los cuartos de sus compañeros estaban cerrados y no se oía ni un...

Un momento. *Goku* era bastante silencioso. A veces pasaba el día entero sin decir ni miao. Su inclinación por el figoneo no molestaba a Mara, ni aunque se

diera en las situaciones o en los lugares más íntimos. Estaba familiarizada con su penetrante y felina mirada. Que la hubiera pillado masturbándose le traía sin cuidado. Ahora bien..., una cosa era mirar... y otra palpar género.

A Mara le vino a la mente el rizo que se tensó en su cabellera mientras yacía en la cama. Ciertamente, resultaba siniestro, pero lo peor no era eso, sino lo que recordó después: el nítido y profundo jadeo que había seguido al suyo. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Los gatos no jadean así. La joven sumó dos más dos y el resultado la noqueó.

—Mara, estás hiperventilando —rio Hugo—. Tranquila, no tiene por qué ser ahora, lo será cuando tú decidas. Tenlo por seguro, lo haremos realidad. Para ti siempre estaré disponible.

Ella lo miró como si acabara de llegar.

—¿Como gigoló? —escupió entre la risa y la indignación—. ¡Para lo que me sirves bien puedo sustituirlo por contar ovejas!

Le devolvió el ramo de muy malas maneras y se dio a la fuga dejando a Hugo con las flores en la mano y la palabra en la boca. Imitando una burda marcha militar, atravesó el centro comercial llegando a la salida, donde la tensión y los nervios no aminoraron, sino que la acompañaron hasta La Estación. O se pedía un lingotazo o mataba a alguien. Lo primero solía salir más barato.

* * *

Sentado en el frío mármol, con las piernas flexionadas y la espalda apoyada en una columna, Eloy aguardaba la hora de cierre de Mara. Debería haber terminado de cambiarse hacía mucho, así que imaginó que le habría surgido algún imprevisto y debía ocuparse de él.

Dio una vuelta por la planta del centro comercial, ya vacío, con un único acceso y todos los comercios cerrados a excepción de algún restaurante que hacía caja y fregaba mesas y suelos. Lo tranquilo y callado del ambiente aumentaba la sensación de aburrimiento. Eloy se entretuvo primero enredando con el móvil y, luego, leyendo la información y curiosidades del *Blu-ray*.

A su lado reposaban un paquete de Popitas saladas y *Kimi no na wa*. La película venía con un libreto que devoró rápidamente. Mara y Eloy la habían visto en el cine y a ella le gustó tanto que, cuando unos días atrás salió a la venta,

Eloy la compró para volver a disfrutarla juntos, ya en la comodidad e intimidad del salón de casa.

Desde que se había lanzado a obtener una consideración más íntima por parte de Mara, se notaba ilusionado y esperanzado. Cada vez que recordaba el episodio de la ducha, era pura exultación. Con aquel avance, el miedo comenzó a evaporarse. La gran losa con la que cargaba erosionaba a buen ritmo, permitiendo que diera pasos más seguros y ligeros.

Estaba convencido de que la actitud de Mara lo simplificaba. La confianza mutua, en lugar de suponer un obstáculo moral, facilitaba el acercamiento. Aquel orgasmo compartido despidió gran parte de sus temores, y la conversación con Arantxa atenuó la presión que se autoimponía por costumbre. Los cambios le estaban sentando bien y quería aprovecharlos al máximo.

Deseoso de reencontrarse con Mara y revisar que todo seguía bien entre ambos, se levantó y golpeó la persiana de los multicines. Después de dos o tres minutos insistiendo, la puerta ascendió automáticamente a la altura de sus rodillas. Por debajo, surgió una cabeza masculina. Eloy se puso en cuclillas. Era el mismo empleado con el que había hablado al llegar. En su chapa se leía el bonito y nada peculiar nombre de «Olegario».

—¿Qué quieres, tío?

—¿Mara sigue ahí dentro?

—Qué va, hace rato que se ha largado.

Eloy abrió los brazos demudado.

—¿Es que no le has dicho que estaba aquí como te pedí?

—Sí —contestó despreocupado—, pero no me ha hecho mucho caso. Ha aparecido otro pavo con un ramo de flores y se ha ido con él.

La bilis se le acumuló en el cielo del paladar. Abrió la aplicación de Facebook del móvil, buscó a su primo y le mostró su foto de perfil.

—¿Era éste?

—¡Justo! —sonrió.

El rugido de rabia que pugnaba por ser liberado asfixió a Eloy, encendiéndole el rostro y dándole un aspecto temible. Olegario se apresuró en bajar la persiana y al auxiliar se le blanquearon los nudillos. Hugo podía tomarle el pelo a Mara, pero con Eloy, tras su clara advertencia, le iba a costar caro.

La noche en que Mara volvió a casa hecha un mar de lágrimas por su ruptura con Hugo, Eloy se agenció un abrigo y unos zapatos y salió a hurtadillas del piso. La curiosidad pudo con él y, aunque sospechaba lo ocurrido, quería que su primo tuviera la valentía de decírselo a la cara.

No le hizo falta entrar a La Estación. Hugo, acompañado de una chica que fumaba un cigarro, conversaba apoyado en la lona que cubría el mobiliario de terraza. Al descubrir que era Eloy quien se le arrimaba por un costado, chasqueó la lengua y, disgustado, miró hacia otra parte.

—¿Por qué ha cortado Mara contigo?

El tono de Eloy, muy en caliente, no aconsejaba evasivas y, aun así, Hugo le indicó con un gesto mudo que estaba ocupado, que no iba a entretenerse en darle explicaciones.

—Ha sido un malentendido, hablaré con ella dentro de unos días, cuando se enfríe.

—Cuéntamelo.

Contrariado, le indicó a la chica que lo disculpara y se distanció con Eloy para farfullar en mitad de la madrugada:

—Me ha visto con otra. Lo solucionaré, ¿vale? Vete a casa.

Eloy se quedó. La rabia que acumulaba en el tórax se desplazó como un fognazo por el brazo hasta su puño, que se cerró y salió despedido de forma mecánica. Se estrelló contra el estómago de Hugo, que, doblado en dos, cayó al pavimento de un culatazo. La chica pegó un grito del susto y salió corriendo en dirección contraria.

—¿A qué ha venido eso? —protestó Hugo dolorido por el tremendo golpe.

Eloy no era violento. Los años de filosofía practicante le habían procurado un carácter tranquilo. Ese día, sin embargo, se desató en él una tormenta de furia. Ver a Mara y a Hugo juntos le producía un asco indescriptible, pero averiguar lo poco que valoraba su primo aquello que él protegía primorosamente lo irritó hasta el punto de desestabilizarlo entero. Lo cegó de venganza y endureció su mirada en dos piezas de caramelo helado.

—No puede ser... —barruntó Hugo de repente—. Esto ha sido por ti, no por ella, ¿verdad?

—Es por hacerla llorar.

La ronquera apenas permitía vocalizar a Eloy, con el puño aún en guardia.

—Y un poco por ti también, admítelo. —El camarero se incorporó—. Dios..., Mara soltera y tú con novia —le reprochó—. ¿Cómo iba a pensar que seguías tras ella?

—Es Mara, Hugo, ¡Mara! Para ti es como tu hermana pequeña.

—Sí, joder, hasta que le han salido las tetas.

Segundo asalto, y esa vez en plena mandíbula. Hugo aulló de dolor.

—¡En la cara, no, mamón!

Eloy abrió y cerró los dedos de las manos. Necesitaba calmarse o le dejaría la jeta multicolor. De haber sido completamente sincero con Mara, podría haberse ahorrado ese circo. Su primo nunca exhibiría ante ella al caradura que llevaba dentro. Mara era muy lista, de haberlo conocido bien, no se habría acostado con él.

Eloy sabía que Hugo apreciaba a Mara desde pequeña, pero precisamente por respeto a ese vínculo, si sólo quería un triste polvo, debería haberse estado quieto y no confundirla con otra más de la colección. Su torpeza en el ámbito sentimental era ya legendaria. Era un seductor de los pies a la cabeza, pero una pareja nefasta.

Hugo siseó y maldijo en voz alta.

—¿Qué sentido tiene para ti? ¡No te hace ni puto caso!

A Eloy casi le entró la risa. Casi, porque lo que le salió fue una mueca de feliz resignación.

—¿Alguna vez has estado enamorado, Hugo?

—No.

Eloy asintió.

—Por eso desconoces que dejar de enamorarse no es una elección.

Lo aprendería cuando madurara. Algún día. Algún año. En otra vida.

—Mantente alejado de ella. Necesita espacio.

—¿Y se lo vas a dar tú?

Lanzándole una mirada llena de encono y originales y minuciosas amenazas, giró en redondo. Contó mentalmente para serenarse antes de entrar en el portal. No, Eloy no le iba a dar tiempo a Mara. El motivo era obvio. Los cartuchos del mismo se le habían agotado. Tiempo era lo único que Eloy ya no tenía.

Furioso, tiró las palomitas y el *Blu-ray* a la papelera más próxima y se fue. Pero volvió. Era una edición especial con dos discos, postales y caja metálica, le había costado un ojo de la cara. Con la película bajo el brazo, marcó el número de Hugo y lo llamó. Descolgó al tercer tono.

—¿Dónde estás? —preguntó.

* * *

David Bowie era testigo de los botellines de cerveza que se disponían en su mesa como unos estilizados y altos bolos a los que derribar en una bolera. Por el local reverberaba Tino Casal, contagiando a los más jóvenes el espíritu danzarín de los veteranos en la pista de baile. Unos y otros se mezclaban componiendo una coreografía descompasada pero entusiasta. Mara no conocía la canción. Encorvada como un octogenario y apoyando la cabeza sobre la mesa, paseaba la mirada por la barra.

Dada la exaltación con la que había entrado en el bar, Arantxa propuso unos dardos para aflojar los nervios. Mara descartó la idea. Prefería aplacarlos con pan, carne, lechuga y mucha mayonesa. Su estómago protestó por la presión a la que se vio sometido. La ansiedad era una de sus peores enemigas.

Eloy no se encontraba en La Estación ni contestaba a los mensajes del chat de grupo. En el pasado lo habrían imaginado ocupado con Clementine a través de una cámara web. Ahora que habían cortado resultaba extraño que no diera señales de vida. Aunque se encontrara enfrascado en sus estudios, Eloy siempre respondía más tarde o más temprano. Al menos, con Mara funcionaba así, por eso su pasotismo cambió su estado de ánimo y la desalentó. Si la estaba evitando por no saber cómo relacionarse con ella de la noche a la mañana, lo comprendía. Si, en cambio, lo hacía por estar incubando una futura aversión hacia su persona, iba a destrozarla.

Mara contó a Arantxa todo lo relacionado con Hugo y, sin embargo, calló lo referente a Eloy. Ni ella entendía la paranoia que le había dado, como para explicársela a otro. Cuando la fotógrafa terminó de atender sus miserias y quiso pasar a la fase interrogatorio, Mara cambió descaradamente de tema. Le interesaba informar, no desahogarse. Lo segundo habría desembocado en una catarsis cuyo resultado le daba pánico. Era preferible evitarlo.

Un rato después de esquivar nuevas preguntas trampa, Mara señalaba sin ton ni son a las mujeres que cruzaban su campo de visión. Arantxa suspiró resignándose a sus despropósitos.

—¿Y ésa?

—No.

—¿Y ésa?

—No.

—¿Y ésa?

—No.

—¿Y ésa?

—Mara, soy lesbiana, no ninfómana —concretó Arantxa—. No me gustan todas.

—Claro, como ahora tienes novia...

En la cara de la fotógrafa se dibujó una mueca.

—¿Qué dices?

—La has invitado al cumpleaños de un amigo, tenéis una relación.

Arantxa también había piado un poco. Mara al principio estaba histérica y, tras la ingesta calórica, hecha polvo; pero es que ella tenía el ceño liso y la acritud a raya. Cualquiera se habría preocupado. Explicó que había decidido intentarlo con Elsa, que irían paso a paso, sin presiones, aprendiendo a escucharse y a comunicarse y luchando juntas por llegar al mismo punto. Lo veía difícil, pero su último encuentro le había dado una nueva y positiva perspectiva al respecto.

—Lo he hecho por ella, para que se relaje conmigo. Se sentirá mucho mejor en una fiesta que en una cita a solas.

Mara supo que tenía lógica y, de igual modo, supo que Arantxa no iba a tratar con Elsa como si fuera un cachorrito con el que medir sus gestos y dosificar sus pretensiones. Esperaba que Elsa supiera dónde se estaba metiendo. Conocía el comportamiento de Arantxa con sus rollos. Estando tan colgada debía de ser insaciable. No disponía de paciencia alguna. Era como si en todos esos años se la hubiera chupado Eloy mientras dormía; cosa que, por otro lado, no sonaba nada bien.

Mara se preguntó qué cosas le gustaría chupar a Eloy y, sin querer, evocó el modo en que solía disfrutar de un buen helado de cucurucho en verano. Cómo se

los intercambiaban y probaba del suyo; primero juntando los labios y sorbiendo con cuidado, y luego a lametazos, pringando su lengua y paladeando gustoso su sabor; así hasta saciarse y perfilar el contorno de su boca con una punta húmeda y meticulosa que indicaba su profundo deleite.

Trasladó la imagen a un tentempié más cálido y, al visualizar la misma lengua arrastrando otro néctar, se le erizó el vello de todo el cuerpo. La ocurrencia le valió un pinchazo entre los muslos y un lamento vergonzoso. Desechó aquel dislate con premura.

—Eh, tú, ya te he tirado cuatro cacahuetses a la cabeza y los cuatro han rebotado, ¿con qué te lavas el pelo?

Mara se alborotó el amasijo de muelles castaños con los dedos. Arantxa hablaba, y ella, absorta en sus perversiones, ni se enteraba. Se alegraba mucho por la fotógrafa y por Elsa, aunque no tenía el humor para hacérselo ver como correspondía. Oyó y notó a su amiga más cerca cuando preguntó:

—Mara, ¿seguro que te encuentras bien?

Un cóctel aterrizó de pie frente a sus narices.

—¡Con esto se le pasa!

Al incorporarse como un resorte, la oreja le hizo ventosa con el cristal de la mesa. Lo que le acababan de servir era un mojito repleto de hojas de hierbabuena y fresas. Una de las camareras contemplaba su reacción con los brazos en jarras.

—No pongas esa cara, los míos son mucho mejores que los de Unihuevo, ¿o es que ya no los recuerdas? Llevan extra de ron y tienen menos azúcar. QUITAN las penas y mantienen la línea.

Mara se golpeó la frente con la mano. Su ingenio había trascendido más de lo que pretendía. A ver cómo lo solucionaba sin salir escaldada... Agradeció la bebida con cordialidad y estiró un dedo demandando atención.

—Con respecto a lo del huevo...

—Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

Arantxa y ella miraron hacia la puerta. Hugo cruzaba el establecimiento buscándola con los ojos. Dar con ella fue fácil y rápido. Su asiento variaba menos que su apetito nocturno. El camarero se aproximó y su compañera volvió a sus quehaceres girándole la cara.

Tanta impertinencia dio pistas a Mara sobre las situaciones que se habían

dado en La Estación en su ausencia. El desasosiego punzó de nuevo en ella.

—¿Me concedes un minuto? Tengo la sensación de que has vuelto a malinterpretarme.

Mara no dio crédito.

—¿Qué es lo que he malinterpretado de querer hacer de mí tu *follamiga*?

Hugo asintió molesto.

—Sí, ahí no he estado muy fino. Lo siento, déjame explicártelo.

Se sentó a su lado sin recibir permiso y comenzó un discurso inconexo. Mara fue incapaz de procesar lo que dijo. El culo de Hugo reposaba donde acostumbraba a hacerlo el de Eloy, justo a la derecha de Mara y frente a Arantxa. Concebir a otra persona en su lugar la descolocó. Por más que pusiera foco en el monólogo, el subconsciente se empeñó en mostrarle el perfil de Eloy desdibujado y mezclado con el de su primo. Fue tan perturbador que tuvo que pararlo de inmediato.

—Levántate —ordenó—. Hablaremos en la barra.

Hugo accedió sin objeciones. Arantxa, por su parte, arqueó las cejas ante la salida de tono de Mara. Saltaba a la vista que actuaba de forma rara, y se temió un segundo interrogatorio. Una vez acomodados en dos taburetes, pidió a Hugo que volviera a empezar.

—Te decía que sí, que tienes razón, Mara. Ojalá no hubiera sucedido nunca.

—¿El qué?

—Nosotros.

La joven se sintió verdaderamente ofendida al oír tal afirmación en voz alta. Él lo percibió enseguida.

—No quiero arrepentirme, a mí me gusta lo que tenemos, pero no merece la pena si sigue dándome estas jodidas y constantes jaquecas.

Mara se removió sobre el taburete. Pestañeó y sacudió la cabeza de un lado a otro. El cambio de parecer de Hugo era muy repentino. O lo había poseído un demonio bromista o era otra persona.

—He sido un iluso, o un inconsciente... Yo qué sé... —bufó malhumorado—. El caso es que este asunto es, con diferencia, el que más guerra me está dando desde que llegué a Madrid. Así que, sí, pongámosle fecha de caducidad. No demos ni un paso más en esta dirección —sostuvo con seriedad—. A partir de hoy tu versión cachonda queda relegada única y exclusivamente a mi

imaginación, y, lo siento, ahí mando yo y pienso resarcirme de todo este mamoneo con nota.

Entre la alucinación y el desagrado, la taquillera se echó hacia atrás. Protestar u obligarlo a olvidar sus intenciones no serviría de gran cosa. Primero porque no le iba a hacer ni caso y, segundo, porque era lo que llevaba haciendo ella toda la vida con él. Habría estado feo recriminárselo. Igual la Mara de la mente de Hugo lograba correrse. ¿Quién sabe? Le deseó mucha suerte.

—Como ves, respeto y acepto tu decisión, Mara. Pero tienes que prometerme una cosa, prométeme que no dejarás de hablarme.

—¿Por qué? —preguntó desconcertada—. ¿Qué más te da? Llevamos media vida sin vernos y sin dirigirnos la palabra —apuntó con tristeza—. Hasta hace unos días ni siquiera tenía tu teléfono.

Según hablaba, se iba convenciendo no sólo de lo poco que conocía a Hugo, sino de lo poco que se conocía a sí misma. No tenía ni idea de lo tonta que era hasta entonces. Prendarse tan ciegamente durante años y entregarse al fin con tanta libertad puso de manifiesto su alto grado de ingenuidad.

Hugo se mantuvo en silencio por unos segundos eternos. Cuando le dio por hablar, su voz sonaba más serena, incluso cansada, como la de un hombre mayor con una mochila cargada de pesadumbre a la espalda.

—No tengo grandes amistades, más bien conocidos. Viajar tanto hace que conecte menos de lo que me gustaría. Tú eres la única persona con la que tengo un vínculo sólido y remoto.

Aquello sonaba muy deprimente, tenía que ser una payasada de las suyas.

—¿La única?

—De las pocas que me caen bien y la única que me profesa un sentimiento mutuo.

Mara resopló.

—Eres un caso...

Y ella se sentía una mojigata. Si sólo existía una persona en el mundo que lo aguantaba, Hugo debía de ser una joya. Con Mara siempre había sido un buen chico, alguien que enamoraba con agilidad. No le entraba en la mollera que, en vez de ir acumulando valores en sus viajes, los estuviera perdiendo todos.

La mano de Hugo envolvió la suya y ella no la retiró. La miró fijamente. Había deseado esos dedos de una y mil formas por su piel desnuda, para

acariciarla, sobarla y pellizcarla, para darle cariño y placer. Esos dedos tendrían que haber superado el tacto de los que vinieron antes e impedir desear que aparecieran otros después; tendrían que haber dejado fuera de juego al resto de los hombres del planeta y, en lugar de eso, le habían causado tanta indiferencia como cualquier nombre masculino de su agenda.

A Mara se le humedecieron los ojos sin remedio.

—Me hizo muy feliz volver a verte —comentó él—. Recordar anécdotas del instituto, contarte mis experiencias, que me contaras las tuyas, salir a comer, mantener una buena conversación... Me ha gustado mucho más de lo que piensas y, ahora que lo he encontrado, no quiero perderlo.

Hugo sonrió y apretó su mano sin vacilación. Tal vez a Mara el Hugo seductor le alteraba el sentido, pero allí tenía al Hugo de antaño, protector y afectuoso, con un prado despejado y verdísimo en sus ojos, ansioso por complacer y ser complacido. Ella se sorbió la nariz y procuró imitar su sonrisa.

—¿Sabes, Hugo? Creo que es lo más sincero que me has dicho hasta ahora.

—No te confundas, siempre soy sincero —puntualizó—. Simplemente me gusta engalanar la verdad.

Mara repelió aquella distinta sonrisa, la nueva, la zalamera. Si se quitaba la careta con ella, quería que fuese algo permanente, no cuando a él le conviniera. Aquel comportamiento la irritaba, además de entristecerla. Deseaba salvar lo que quedaba entre ambos, por irrisorio que fuera, pero pintaba complicado y empezaba a vislumbrar por qué.

—Todas las mujeres te odian, ¿no es cierto?

Hugo rio por la nariz.

—Sólo las que me conocen.

Mara se dio por vencida. Su anatomía se arqueó expulsando aire y formando chepa. No iba a perder más tiempo en comprender a Hugo, o más bien en intentarlo, y muchísimo menos en cambiarlo. Ya había aprendido la lección. No se puede cambiar a nadie, ni con tiento ni por la fuerza. Si para ser feliz con alguien precisas moldearlo a tu gusto o recordarle tus virtudes por activa y por pasiva por miedo a que se te escape de las manos, está claro que esa persona no es para ti. Descubrir aquello a Mara le produjo una terrible desazón y, como la angustiaba perderlo del todo, adoptó un término medio.

Lo soltó antes de pensarlo dos veces y descartarlo.

—Supongo que podríamos llamarnos de vez en cuando...

Él volvió a sonreír.

—Déjame abrazarte.

Mara se dejó hacer. En aquel abrazo hubo un deje de alivio y otro de nerviosismo. Hundió el rostro en su cazadora, captando olor a cuero y a colonia. Cerró los ojos, empapándose del momento, grabándolo en su interior incapaz de creer que se acabara allí y con eso; un penoso abrazo de amantes sin calor ni expectativa. Años de fantasías húmedas reducidos a una pareja totalmente incompatible. Mara sabía que los había malgastado y que el vértigo que sentía en ese momento no iba a ser nada comparado con lo que vendría después, con el terror de perder el referente de vista y volverse vulnerable a lo que siempre se había vetado.

Respiró hondo y procuró serenarse. Hugo depositó un suave beso en su mejilla y, luego, lo profundizó en sus labios.

—Me encanta pasar tiempo contigo, Mara. —Y agregó entre susurros—: A partir de ahora, un poquito menos, pero tendré que aguantarme.

La joven se lo quitó de encima y le lanzó una mirada centelleante. Hugo se pasó la mano por la nuca en gesto apurado.

—Sigue siendo pronto para los chistes, ¿no?

—¡Unihuevo! —gritaron por alguna parte—. ¡Ponte a trabajar!

Hugo enrojeció de ira.

—¡Que no me llaméis eso!

—Creo que me voy a ir ya.

Mara tenía el cerebro atrofiado y el estómago del revés. Necesitaba aliviar su nervadura tirándose en el sofá, poniendo anime y olvidándose de pensar. No tenía el ánimo para contemplar al Hugo soltero sirviendo copas y recopilando números de teléfono en todo su esplendor.

—Vale, llámame si me necesitas.

A Mara le rechinaron los dientes.

—¿Necesitarte? ¿Para qué?

—Es una expresión —aclaró él pidiendo sosiego—. Con ella quiero decir que estaré aquí si me necesitas. Como siempre, como antes.

La taquillera asintió sin querer darle más cuerda. Estaba sembrado. Mejor largarse cuanto antes. Rehuyendo su tacto y su mirada, se giró para avisar a

Arantxa de su marcha. Se topó con ella al instante. Desconocía que se hubiera movido y la tuviera tan cerca. Se pusieron de acuerdo, recogieron sus cosas y salieron de allí con el eco de un conocido tema de Sting aún flotando en sus oídos.

La madrugada descendió sobre ellas con una helada que cortaba el cutis. Caminaron hombro con hombro para darse calor.

—Mara.

—¿Hum?

—Lo he oído todo.

La joven se encogió un poquito más bajo su abrigo, su gorro y su bufanda.

—¿Crees que soy idiota por perdonarlo?

—Sí —afirmó Arantxa con rotundidad—, y también creo que es un patán que se cree sus propios faroles.

Mara se detuvo en mitad de la acera. Arantxa también. Los ojos azules de su amiga brillaban en la oscuridad. Despedían inquina y reproche.

—«Estaré aquí si me necesitas» —lo imitó ridiculizando su tono de voz—. Mara, ese tío jamás ha estado aquí y tú jamás lo has necesitado, ¿o sí?

La triste realidad volvió a golpearla seca y directa en el pecho. Su boca onduló conteniendo un berrinche. Lo injusto de la situación y la verdad a la que se vio arrojada como cristiana a los leones la sumieron en una destacable congoja. Arantxa abrió los brazos y Mara se refugió en ellos. Juntas, sin separarse, anduvieron por las calles en un consuelo mudo que duró hasta llegar a casa.

Con perdón

Era tardísimo y Eloy todavía no había regresado al piso. Mara se mantuvo despierta, leyendo guiones en su portátil y echando mano de una bolsa de gominolas para seguir poniendo a prueba la resistencia de su estómago. Antes de que Arantxa se acostara probaron suerte con una nueva llamada, pero el teléfono de Eloy no daba señal. Estaba inquieta. Si por algún casual había guardado dos mudas y cuatro mangas en una mochila y había salido huyendo, Mara no se lo perdonaría ni en el más allá. La que tendría que estar molesta era ella por aquel lefazo traicionero que podría haber encestado en cualquier otro sitio mucho más problemático que su mano, como la boca. O un ojo.

Mordisqueó una nube sin ganas. Sus temores se cumplían. Habían abusado de la confianza que tenían. Se habían extralimitado en su relación, y ahora pagaban las consecuencias. El distanciamiento no había hecho más que despegar. Lo próximo era la exclusión y, finalmente, el olvido. Mara clavó las uñas en el nórdico, espantada por que llegaran a tal extremo. Olvidar a Eloy era un disparate. Antes que planteárselo siquiera, prefería cortarse un brazo. El dolor sería infinitamente más reducido que arrancar a su mejor amigo de sus pensamientos.

Siempre se habían tenido el uno al otro, incluso cuando él estuvo en Londres. Por aquel entonces eran ellos los aficionados a las videollamadas y las sesiones Skype. Se trataba de dos personas destinadas a mantenerse en contacto y a volver la una junto a la otra desde niños. Romper esa unión era una insensatez y

hacerlo por un desliz tan perfecto, una crueldad desmedida. Mara no habría sabido decir si en su vida era merecedora de Eloy, pero ya que había tenido la gran suerte de encontrarlo, no estaba dispuesta a perderlo bajo ningún concepto, y si eso implicaba no volver a sucumbir a la tentación, así iba a ser.

Goku, adormilado sobre la almohada, movió las orejas. De inmediato, saltó al suelo y salió al pasillo. Mara oyó llaves que giraban en la puerta principal. Se relajó levemente. Como mínimo, Eloy se dignaba pasar la noche bajo el mismo techo, era un dato sustancial. Que por la mañana fuese a esconder la vergüenza como la cabeza un avestruz era ya otro cantar, aunque eso lo solucionarían con la luz del sol. Mara cerró el ordenador. Con intención de reemplazar los aprietos por unas horas de sueño, se hizo un ovillo en el colchón. Iba a cerrar los ojos cuando un estrépito la sobresaltó.

Se levantó corriendo y corriendo también se dirigió a la cocina, donde encendió la luz. Eloy, torcido y pesaroso, se incorporaba del suelo con dificultad. Llevaba el abrigo mal abrochado y la bufanda medio guardada en un bolsillo. Sus intentos por mantenerse erguido eran peores que los de un dibujo animado, se tambaleaba como un tripulante en la cubierta de un barco.

—¿Eloy?

El joven alzó una vista vidriosa y desenfocada.

—La nevera se ha movido.

Se acercó para ayudarlo. Él lo aceptó de buen grado, con la mansedumbre que lo caracterizaba y que, además, se acentuaba con la ingente cantidad de alcohol que llevaba encima.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí...

Mara exudaba incredulidad. El hecho de que Eloy se emborrachara no era nuevo, pero sí inhabitual, y más si no se daba en su compañía. No era aficionado a las grandes juergas y, si se veía envuelto en una, solía ser con ella. Aquella inusual cogorza la alarmó. Estaba a punto de ponerlo derecho cuando Arantxa entró blandiendo un trípode y les pegó tal susto que se cayeron los dos a la vez.

Por suerte para Mara, Eloy amortiguó parte del trompazo, aunque no por ello dolió mucho menos. Él tenía aspecto de ponerse a echar las tripas por la boca y ella de no querer verlo.

—¿Qué hacéis? —preguntó Arantxa bajando el trípode.

—Es Eloy, está como una cuba.

La fotógrafa analizó el percal aturdida por la somnolencia. Mara manejaba al auxiliar como un muñeco articulado, quitándole el abrigo y los zapatos. Eloy, a pesar de su lamentable estado, albergaba suficiente lucidez como para centrarse en sus atenciones y ayudarla en la tarea. Un brillo melancólico asomó por la ebriedad de su mirada. Estaba ido y, al mismo tiempo, sujeto a cada uno de los movimientos de Mara. Los dos se concedían un trato personal e indivisible. Aquél era un instante donde saltaba a la vista su profundo nexo y el afecto mutuo. Arantxa se sintió fuera de lugar, como si perturbase una escena que le estuviera vetada. Soltando un lindo taco, dejó el trípode sobre la encimera y se dirigió a su compañera:

—¿Te apañas tú sola?

—Sí, aunque...

—Buenas noches.

Sin más, bostezó y desapareció tras la puerta de su dormitorio. Mara se quedó boquiabierta.

—Qué cabrona...

Tiró de Eloy y, sin querer, le dio una patada a un objeto metálico. Se agachó y recogió la carátula de una película. *Kimi no na wa*. Alucinó en colores. Con las ganas que tenía de volver a verla y aquel cenutrio la tenía escondida por alguna parte. Se preguntó dónde la habría visto y con quién. Entre eso y la borrachera, sus miedos se agudizaron. Si había encontrado sustituta a Clementine en la perversión de algún antro nocturno, iba a ser otra que la iba a oír bien alto y bien claro.

Cualquiera no era digna de Eloy. Su historial era corto, si bien todas tenían pegas y Mara no había logrado congeniar con ninguna. O eran muy hippies y charlatanas, *otakus* y sobonas, o tiranas como Clementine. Si por ella fuera, las mandaba a todas a hacer gárgaras y se quedaba a su amigo del alma para sí sola, a su entera y completa disposición; pero era un sentimiento tan egoísta e irracional que, si sólo pensarlo aterraba, planteárselo suponía ir derecha al psiquiátrico.

Un ligero cosquilleo en la mejilla entorpeció su desvarío. Eloy estaba pegado a ella. La punta de su nariz descendía por su rostro, aspirando su aroma con calma y delicadeza. Aquel escrutinio aceleró el pulso de Mara, quien se volvió

provocando que ambas narices se rozaran. Eloy volvió a inspirar, sorbiendo el aliento de ella con ojos velados y entornados.

—Hueles a regaliz.

Mara trastabilló, aunque se repuso enseguida.

—Y tú a muerto —replicó señalándole su baño—. Entra ahí y lávate los dientes.

Eloy obedeció con expresión achispada, haciendo eses y canturreando algo ininteligible. Mara se ocupó de guardar su abrigo y su calzado, así como de buscar ropa limpia con la que pudiera acostarse. Cuanto antes durmiera la mona, antes descansaría ella y dejaría de dar vueltas a absurdecos e imposibles.

Extrañada por cuánto se demoraba, echó un vistazo al pasillo y comprobó confundida que la actividad provenía del baño que compartía con Arantxa, no del de Eloy. Cautelosa, caminó hasta la puerta, donde, nada más ver lo que sucedía, pegó un berrido y estiró un dedo acusador.

—¡Ése es mi cepillo!

Eloy se lo sacó de la boca, apreciando con la mirada la espuma blanca que envolvía las cerdas y que caía después sobre el lavabo.

—Lo sé. Es lo más cerca que puedo estar de ti sin asustarte.

Mara vio cómo añadía dentífrico y repetía el cepillado, con brío al principio y concienzudo al final, refrescando dos filas de perlas y una lengua con complejo de espiral que envolvía el cepillo como una piruleta, como si fuera ella quien lo puliera en vez de ser al revés, succionando cuanto podía, salivando de gusto y asomando entre unos dientes carnívoros e insaciables. De pronto, Mara tuvo el impulso de quitarle el cepillo y compartirlo en su boca, arrebató que la conmocionó, obligándola a buscar sostén en la pared.

—Bueno... —articuló—. Esto lo está haciendo un poco, la verdad...

Eloy se rascó la cabeza y achinó la vista, cavilando.

—Entonces... Si te pido unas bragas, ¿alucinarás?

La taquillera enmudeció y volvió al cuarto aturullada. Cuando Eloy bebía derivaba en el clásico bebedor tipo almeja. Se aislaba y se recluía en sí mismo. Si no emitía sonido, ni te dabas cuenta de la papa que arrastraba. Aquélla era una de las pocas ocasiones en que Mara se encontraba con un Eloy diferente, abierto y desinhibido. Lejos de tomárselo como una oportunidad para hacerle hablar, optó por no seguirle el rollo, temerosa de lo que fuera a oír.

Dicen que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad. Mara era de las que pensaban que hay verdades que no es necesario purgar. Eloy le estaba mostrando una cara desconocida, y, anticipándose al temporal, ella escogió abrir el paraguas para que no le salpicara ni una gota de riesgo o de remordimiento. Mara era de ésas, de las que creían que, si todo iba bien, para qué cambiarlo. A pesar de que fuera susceptible de mejorar, era preferible no tocarlo. En definitiva, se conformaba con mediocridad cuando podía tener excelencia.

Una sombra se extendió por el parquet. Junto al quicio de la puerta, Eloy tenía los ojos muy abiertos, fijos en Mara. Ella se encontraba sentada en la cama, con la ropa de él apretada contra el pecho y la mente embotada. Se espabiló rápidamente.

—Sólo voy a acostarte —aseguró—. Si no te ayudo, acabarás echado en la alfombra de la ducha.

Enganchó su camisa, lo llevó al centro de la habitación y procedió a desvestirlo. Desabotonó la prenda procurando no desviarse ni un milímetro de su cometido. Notaba los ojos de Eloy puestos en ella, indiscretos y penetrantes. La simbología de lo que estaban haciendo, siendo un acto tan trivial en el pasado, tenía una connotación totalmente distinta desde que se habían masturbado juntos. No podía decir que le resultara incómodo, pero le causaba una sensación desconcertante que le alteraba la sangre en las venas.

Unos dedos deambularon por su clavícula. Mara se estremeció.

—Estás roja como un cangrejo...

Azorada, le dio un golpe en la mano. Eloy la sacudió enfurruñado.

—¿Ahora me tienes alergia? —Y añadió más bajo—: ¿Por eso ya no me tocas?

A Mara se le atascó el botón de un puño. Exasperada, le quitó la camisa como pudo. Si evitaba tocarlo era para no estimular las sensaciones que le produjo el asunto de la ducha. Claro que, en tales condiciones, dejar volar la perversión era casi automático... Eloy se desabrochó el cinturón y Mara le bajó los pantalones. Arrodillándose, le tendió una mano para que no perdiera el equilibrio y, al fijarse más detenidamente en su cuerpo semidesnudo, olvidó lo que venía a continuación.

Las esbeltas piernas de Eloy ascendían por unos muslos tonificados que concluían en una estrecha cadera. Enfundado en un bóxer azul, ocultaba lo que

había querido comerse tiempo atrás. El abdomen plano se contrajo bajo su inquisitiva mirada. A Mara se le iban la cabeza y los dedos. La curiosidad la incitaba a escalar aquella piel cubierta de pelusa rubia con el índice y el corazón, pasito a pasito, cual duende tocón y grosero; desde los tobillos hasta muy arriba, donde deslizaría la mano por el tejido azul y se impregnaría del calor que desprendía la zona que rodeaba su miembro. Lo envolvería con mimo y lo obsequiaría con su boca, que se acoplaría a su forma proporcionándole calor, empapando la tela con su saliva, para acabar mezclándola con la leche resultante de su dedicación.

Una bocanada fresca y mentolada peinó su frente, interrumpiendo su juicio desatado. Mara se ciñó a la realidad. Eloy envolvía un mechón de rizos entre sus dedos. Sonreía con la boca y con los ojos.

—Aprovéchate de mí.

Mara mudó de la sorpresa. Le tendió una camiseta para que se la pusiera.

—Esas bromas no tienen gracia, Eloy.

El auxiliar de veterinaria contrajo su rostro en un mohín disgustado.

—Ojalá lo hicieras.

—Deja de decir bobadas —masculló ella.

—¿Es porque soy bajito?

—¡Mides lo mismo que yo!

—¿Es porque no estoy cachas?

—¡Cállate!

Casi se echó a reír. Eloy desprendía un atractivo que resaltaba en multitud de detalles. No era cuestión de físico olímpico, sino de actitud, la misma que últimamente la avasallaba y la desorientaba. Debía mantener a raya aquellas incitaciones a la desidia. Le estaban disparando la imaginación a niveles bárbaros, aumentando en frecuencia y florituras.

Para colmo, Eloy se encargaba de agravarlo presentándose mamado y más excéntrico que nunca. Por lo visto, no iba a salir huyendo a ninguna parte. Al contrario, lo de la ducha no parecía suficiente para él y estaba poniendo a prueba la resistencia de Mara. No sabía si llorar a moco tendido o reír a carcajada limpia. Eloy se comportaba a la inversa de lo que esperaba, azuzándola para dar un paso más, en vez de hacer gala de su sensatez y poner orden en tanto contrasentido.

Lo ayudó con los pantalones, poniéndoselos lentamente y quemando la carne que sus pulgares rozaban en el ascenso. Al incorporarse, se enfrentó a su rostro, marcado por un gesto expectante e inusualmente impaciente. Supuso lo que podía ofrecer para apaciguar su desazón y no vaciló en proponérselo.

—Si te doy unas bragas, ¿dejarás de besarme?

A Mara se le ocurrió la idea sin maldad, porque creyó que aplacar su apetito evitando nuevos acercamientos y porque regalarle unas bragas usadas a un amigo era lo más normal del mundo. Eloy se encogió de hombros.

—Por probar...

Asintiendo, se dirigió a su dormitorio. Eloy, empero, se lo impidió.

—No. Quiero éstas —resolvió filtrando un dedo en el elástico de las que llevaba.

Mara se quedó inmóvil, rezando para sus adentros porque no le diera por despojárselas a la manera que tuviera en mente.

—Un momento —farfulló—. Has estado con Hugo.

—Sí —contestó ella—. ¿Cómo...?

—¿Os habéis acostado?

—No.

—Quiero éstas.

Tensó el elástico y lo liberó, propinando tal zurriagazo a Mara que se replanteó su generosa propuesta. Eloy terminó de colocarse la camiseta, mientras ella dudaba si cambiarse allí o a solas. Decidió que, a esas alturas, eso no importaba, no le estaría descubriendo nada que no hubiera visto con anterioridad.

Ni corta ni perezosa, se desvistió con naturalidad. Eloy asistió a su escueto estriptis estupefacto, admirando su desnudez como si fuese la de un animal atípico y salvaje. Sus mejillas se arrebolaron, y en su cuello se ensanchó una carótida febril. Mara no entendió lo exagerado de su reacción hasta que él preguntó:

—¿Me las das voluntariamente?

Se echó a temblar. Dejó la prenda doblada en el escritorio y, con nervios reincidentes, abrió el nórdico indicándole que se acostara de una vez y que pusieran punto final a aquel descabellado episodio de sus vidas para siempre.

Eloy, sin embargo, tenía otros planes. Era lógico, había cogido carrerilla, y

Mara, con sus ocurrencias, lo animaba todavía más. Se metió en la cama de muy buen humor y, en cuanto ella se dispuso a taparlo, la asaltó con ojos tiernos y voz arrulladora.

—Quédate un rato, como cuando éramos pequeños.

«Muy pequeños», apostilló Mara. Con el pudor de la prepubertad, se dieron por finalizados los baños, las siestas y los cambios de vestuario en compañía. Desde entonces habían dormido juntos en contadas circunstancias. A la joven no le parecía mal repetirlo, el inconveniente era que, aquella noche, Eloy insistía en meterle fichas a destajo. El auxiliar ladeó su sonrisa.

—Vamos, ¿crees que con semejante ciego se me va a levantar?

Mara ni contestó ni hizo amago de constatarlo. Pasó por alto el cachondeo que se traía y, sí, claudicó sin más ruegos. Se metió en la cama con él. Cubriéndose con el nórdico por la barbilla, interpuso unos palmos de separación, cosa que a Eloy no le afectó en absoluto. Destilaba triunfo y regocijo. La última vez que lo vio poner esa cara fue una mañana que salieron a patinar, y en un descuido, Mara resbaló y cayó, con tan mala suerte que acabó sentada en la jeta de Eloy. No quiso relacionarlo, había pasado ya tiempo de eso y no tenía sentido.

Fuera como fuese, lo que estaban haciendo en esa cama no se parecía a lo que hacían de niños, así que Mara reunió fuerzas. Estaba determinada a mantenerse fría como el hielo y lo llevaba muy bien. Era más que obvio que ahí no iba a ocurrir nada. Darse un muerdo, meterse los dedos, pasar la noche juntos o dejarse las bragas cual obsequio del Ratoncito Pérez eran cosas normales. Pasaban todos los días entre los mejores amigos del mundo. Los raros eran los demás.

—Debe de ser incómodo.

Mara parpadeó.

—¿El qué?

—Llevar pantalones sin ropa interior.

—Oh...

—Puedes quitártelos, si quieres.

Ella le lanzó una mirada centelleante y Eloy la esquivó contraatacando con guasa. Tenía una tontería en todo lo alto que la pobre no sabía cómo torear.

—¡Duérmete!

Eloy extendió los brazos, era su invitación. Mara bufó. ¿Qué alergia ni qué

ocho cuartos? Se acercó un poquito. Aquello también era muy normal. Que la rodeara y la achuchara era pura espontaneidad, y que a ella le encantara ya ni te cuento.

Aun así, hubo algo que perjudicó la débil armonía conseguida. Mara palpó a tientas con sus piernas y, una de dos, o Eloy de repente estaba mal hecho o la rodilla se le había subido a la cadera. Bajó la vista y se dio cuenta de que estaba duro. El joven tuvo la decencia de disculparse a través de un gesto medianamente sufrido.

—Llevo un pedal muy serio, Mara, pero tú serías capaz de resucitar a los muertos.

Ella se llevó las manos a la cara. No podía creer lo que les estaba sucediendo. Eloy separó sus dedos con suavidad, evitando así perder contacto visual. Se miraron en silencio, atenazados por miles de dudas y temores, y en ese mutismo se dijeron un montón de cosas, todas las que no se atrevían a decir de viva voz.

Mara contempló el rostro de Eloy, tan próximo al suyo que podía fruncir los labios y besar su barbilla. Se había afeitado, lucía joven e inexperto, pero ella sabía que sólo cumplía una de las dos condiciones. Su mirada era melaza embriagada; derretida, dulce y caliente; lo opuesto a la inocencia de antaño. Había pasado de ser un niño pálido y desgarrado a un hombre lleno de pasiones que brillaba con luz propia.

En su cuello se enredaban una minúscula coleta y una goma de pelo. Mara aflojó la goma consciente de que Eloy dormía sin ella y la desenroscó, tocando sin querer una piel palpitante que vibró a su tacto. Él emitió un sonido ahogado cuando tragó saliva. Estrechó su abrazo y comentó:

—Mañana es mi cumpleaños.

Mara sonrió.

—Lo sé.

—¿Podría pedirte mi regalo ahora?

—Ya te hemos comprado un pijama.

—No lo quiero, quiero esto.

Su mano derecha avanzó resuelta por el cobertor, se escurrió por los pantalones de Mara y halló refugio entre sus muslos. La joven dio un respingo.

—Eloy...

No era preciso añadir más. Se sobreentendía el atrevimiento. Era la primera vez en casi veinte años que la tocaba en un punto tan íntimo y privado. Se paralizó de arriba abajo y Eloy probablemente llegó a la misma conclusión, pues su mano se quedó estática. En lugar de recular, con el transcurso de los segundos fue desentumeciéndose. Mara notó la fricción entre sus ingles y se puso frenética. La pregunta se formuló en los ojos de Eloy, a lo que ella replicó:

—No deberíamos cruzar ese límite.

En un gesto quejumbroso, casi infantil, él respondió:

—Sólo quiero comértelo.

Mara suspiró, más rendida que abochornada, y él surcó más hondo.

—Un dedo. Déjame meterte un ded... Estás mojada.

Sí, como las bragas que le regalaba. Se quería morir. Eloy, en cambio, se iluminó de improviso como un foco solar. Sus dedos se anegaron de libido. Conmovido, sometió a Mara a un tanteo que anteponía la dedicación a las prisas. Se mostró comedido, curioso y generoso, evidenciando una satisfacción que le erizó todo el vello del cuerpo.

—Eres líquida, Mara. Escucha.

Introdujo un largo dedo en su interior. Ella vertió un gemido sobre la almohada y oyó, como él había predicho, el chapoteo de sus fluidos cuando jugó con ellos en su entrada.

—¿Por qué estás así?

Fue rauda. Se defendió con los términos exactos que había usado él:

—Es una mera reacción física.

Eloy se esforzó por no reír.

—¿A qué? ¿A verme tan hecho polvo o tan transparente?

Mara se sacudió como una hoja a la intemperie. Tenía la boca seca. Toda su humedad se concentraba en su sexo, envolviendo unos dedos solícitos y ávidos de recreo. La martirizaban. Sus restregones le aceleraban el pulso, atropellando su respiración y su cordura.

Eloy juntó la frente con la suya. Se bebió sus jadeos y los arrojó después en forma de incógnita.

—¿Te excita lo vulnerable que soy contigo —musitó—, ver lo mucho que te deseo a pesar de lo borracho que estoy?

Mara sintió una fuerte contracción. El olor de su excitación subió por el

nórdico, condensándose en una nube que Eloy aspiró por completo. Azorada, escondió la cara, pero él malogró sus intenciones.

—No —la sujetó firmemente por el cabello—, déjame volver a verla.

—¿Ver qu-qué?

—Tu cara, al correrte —apuntó—. Estabas preciosa. Erótica hasta las pestañas. Si me hubieras dejado, juro que te habría follado a bocados, hasta que reventara y tú te deshicieras conmigo.

Se relamió hechizada, y él, al verlo, no pudo resistirse. Mara presagió un beso de película, e inmediatamente alzó un puño y lo mordió, conteniendo un impulso y un gemido. Estaba cardíaca. Si se besaban, iba a suplicarle que se la metiera cual perforadora eléctrica. Tenía que parar aquello, le licuaba el seso y el vientre. No podía más.

—Dime, Mara... ¿Quieres que lo intente ahora? —propuso—. ¿Probamos a desgastarnos?

—¿Por qué? —balbuceó ella, ausente—. ¿Por qué, Eloy?

Él sonrió. Era una pregunta retórica, al aire, con una decena de interpretaciones posibles y, aun así, Eloy contempló a Mara con una ternura infinita y acercó su boca a su oído.

—Porque eres un sueño hecho a mi medida —susurró.

Mara abrió unos ojos como platos. La saliva se coló por su oreja. Se le endurecieron los pezones. Su clítoris se hinchó. Boqueó asfixiada y un potente latido la agitó como un gong.

—Para, por favor.

Apenas le quedaba voz, mas la orden fue tan urgente que Eloy detuvo su abordaje sin retardos. No parecía confuso, sino resignado. Derrochando su clásica parsimonia, sacó la mano de su vagina en una perturbadora caricia que arrastró sus jugos por su pubis, incluyendo el distanciado ombligo.

Luego, se la llevó a su nariz, valiéndose del olfato y, por último, a los labios, donde su lengua emergió glotona y se enroscó en varios dedos a la vez. El fuego prendió en sus ojos. Los cerró extasiado, capturando una salpicadura pringosa que colmó su paladar. Tragó, degustándolo y profiriendo un gruñido que zarandó la fortaleza de Mara.

No volvió a abrir los ojos hasta que la mecha se sofocó.

—Tienes miel en el coño, Mara.

«Y tú en la mirada», pensó ella.

Habían estado tan cerca...

Su pulso seguía serenándose y tenía el pijama empapado como el de un bebé. Menuda vergüenza. Deseó estar tan bolinga como Eloy, quien se desperezaba y calibraba algo que, por cierto, no tenía buena pinta.

—¿Puedo tocarme un poco?

Mara resopló. Apartó el cobertor de una patada y se incorporó.

—Hazlo cuando cierre la puerta.

Eloy la agarró de la cintura.

—No, en ese caso, no —objetó tumbándola de nuevo—. Prefiero que te quedes.

Se acurrucó a su lado, pasándole un brazo y una pierna por encima obviando las zonas conflictivas y bostezó, acusando su cansancio. Mara se quedó rígida, aguantando la respiración y el afán por despegarse. Ladeó el rostro y, al encontrarse con dos puntiagudas y peludas orejas en la coronilla de Eloy, pegó un buen bote.

—¿Qué pasa?

Goku zapateó por encima de sus cabezas y se apostó en una esquina de la cama. Eloy rio somnoliento y volvió a amodorrarse.

—Le gusta mirar. Como a mí.

A Mara se le descolgó la mandíbula. Como aquello fuese con segundas y sus sospechas estuvieran acertadas, eso iba a ser Puerto Hurraco. Eloy, ajeno a sus pesquisas, suspiró.

—Siento ser un cobarde, Mara... Siento no haber hecho esto antes...

—¿Antes? —inquirió—. ¿Cuándo?

Se quedó con las ganas de saciar su interés. Eloy estaba frito. No debía de ser más que un sueño ligero, pero sueño al fin y al cabo. Alentada por el momento, se apoyó en un codo para apreciarlo a su antojo. Le retiró la maraña de pelo rubio de la cara, despejando un gesto de placidez nocturna y deleitándose en él.

Parecía mentira la de años que habían pasado, y Eloy continuaba durmiendo en la misma postura y con la misma expresión: boca abajo, con los antebrazos sepultados bajo la almohada y la boca jugosa y entreabierta. Mara recordó el fatídico día en que falleció su abuela; cuando se lo encontró a su vera y se lanzó a besarlo de una vez por todas. Sonrió. Lo recordaba muy bien. El primer beso

nunca se olvida.

Menos mal que se escabulló nada más hacerlo. Se sintió intrusiva y abusiva y temió incordiarlo; igual que entonces, sin el derecho propio a reclamarlo. Era una pena. El beso del sofá había sido soberbio. El muy bobo besaba fenomenal.

Mara salió de la cama con cuidado de no hacer ruido y apagó la lámpara de la mesilla. Esperó a que su vista se adecuara a la oscuridad, reforzada por las luminarias de la calle que entraban escasas y débiles por la ventana. Buscó a *Goku* y le hizo un par de carantoñas. Su ronroneo acompañó los incipientes ronquidos de Eloy. Mara dejó vagar la mente y los ojos por el cuarto, los cuales quedaron anclados en el enorme cuadro que decoraba el cabecero de la cama.

Entre sombras, distinguió el monte Fuji y las barcas amenazadas por la furia del mar. Era una imagen que rebosaba garra, dándole protagonismo a un oleaje que ponía de manifiesto la ira y el poder del océano. A Mara siempre le había gustado, y había perdido la cuenta de la de veces que se había detenido a mirarlo, procurando no entorpecer el estudio de Eloy.

Aquella obra era *La gran ola de Kanagawa*, del artista japonés Hokusai. Mara se perdió intencionadamente en ella, pidiendo a gritos una vía de escape, una alternativa a su realidad. Para cuando despertó de su trance, el gato se había movido de sitio y Eloy dormía boca arriba.

Desconocía cuánto tiempo llevaba observando el cuadro, pero sabía de sobra por qué tenía la nuca cubierta en sudor frío. El rubor invadió su semblante al comprender lo que no quería. Aquella ola..., aquella maldita ola que había acudido a su mente en el momento más inoportuno... iba a volver su vida del revés.

*Los caballeros de la mesa del fondo y
sus locas seguidoras*

Suele decirse que de una boda sale otra boda y que de una despedida sale una pedida. De las fiestas de cumpleaños, sin embargo, sólo salen gorriones, borrachos y deprimidos. Los gorriones solían ser los acoplados de última hora, sin regalo pero con hambre; los borrachos, la masa general, y el deprimido, el cumpleañosero principalmente. Ese día, teniendo en cuenta la exploración de bajos fondos de la noche previa, Eloy no estaba especialmente deprimido. Más bien lucía exultante. Ni la resaca podía con él. El ibuprofeno y el aroma de unas sábanas arrugadas y mojadas le habían alegrado el carácter.

Rodeado de familiares y amigos, repartía besos y abrazos a cambio de felicitaciones. El local escogido para el festejo era el mismo donde habían celebrado los cumpleaños de Mara y Arantxa meses atrás. La Estación no celebraba eventos privados: ni el aforo ni la disposición del espacio contribuían a la comodidad del cumpleañosero y sus invitados.

Sin dejar de observar a Eloy, Mara pedía otra cerveza desde la otra punta del establecimiento. Era un buen bar, un clásico modernizado del barrio que les cedía la planta baja, les servía aperitivos y copas decentes y, además, ponían la tarta. Lo malo era que cerraba pronto y pinchaban temas de gusto y calidad cuestionables, pero era limpio y barato. Más que suficiente.

Mara picoteó de un plato de patatas fritas. Con disimulo, se desabrochó un botón de los vaqueros. Pensó en cambiar el programa de su lavadora. Era

increíble la cantidad de ropa que se le encogía últimamente. Se deslumbró con el flash de Arantxa por quinta vez consecutiva. Era la fotógrafa oficial de la noche. Tenía material de sobra para trabajar, y en ello se entretenía.

El cumpleaños de Eloy había congregado a bastante gente. Compañeros de veterinaria, japonés, asociaciones y otros conocidos depositaban sus presentes en una mesa común. La mayoría eran chicas y todas le hacían corro atosigándolo a preguntas y encantadas por recibir su atención. Mara activó su escáner mental para detectar a las ex. El test dio negativo, aunque había riesgo de que dos o tres le comieran los morros, sobre todo si seguían manoseándolo de aquella manera.

A la futura guionista no la desconcertó aquel barullo. La simpatía de Eloy era bien conocida en los círculos en que se movía y, además, aquel día tenía el guapo subido. Ya fuese por lo mucho que lo favorecía aquel jersey azul o por cómo le brillaban los ojos o por la adrenalina o la montaña de regalos que lo esperaba, Mara lo percibía encantador.

Su madre la pilló mirándolo y ella se puso derecha en el acto. Saludó sonriente y le dio la espalda. La familia de Eloy le profesaba un gran cariño. Estuvo charlando con los padres nada más llegar. Como siempre, la interrogaron sobre trabajo, estudios y novios, y no precisamente en aquel orden. Hablar distendido con la que parió a la misma persona que se había cenado sus jugos le resultaba incómodamente nuevo, así que se retiró sin entrar en detalles y sin dilación.

Arantxa soltó una ovación cámara en mano. Iba dirigida a Elsa, que bajaba la escalera y se detenía para buscar una cara conocida. La fotógrafa inmortalizó su turbación en secreto. Mara las examinó con detenimiento. Una lanzada y sin frenos, y la otra mansa como un cordero.

—No os parecéis en nada —cabeceó.

Arantxa le dirigió una mirada cansada.

—Mara, las parejas de lesbianas somos amantes, no gemelas.

—¡Qué tonta eres! —rebatió—. Lo que quiero decir es que no parece que tengáis algo en común.

La fotógrafa soltó la cámara y mostró su desacuerdo con firmeza.

—Te equivocas. Yo soy artista y ella mi musa. Voy a gastar todas mis tarjetas de memoria en Elsa. Pienso empapelar las redacciones de moda de este país con su cara. No me digas que no es un bombón.

Elsa zigzagueaba entre los invitados de puntillas y alzando la vista. A ver, el cumpleaños de Eloy no era la Fabrik un viernes por la noche. La chiquilla no sólo estaba nerviosa, sino torpe.

—Creía que Elsa estudiaba teatro.

—También —asintió Arantxa—. Llenaremos las páginas de cultura con sus fotos y mi firma. Sus funciones y mis retratos nos llevarán al estrellato. Seremos tan famosas que ella tendrá su propia colonia y yo, una cámara customizada.

Mara suspiró.

—Qué mercantil y qué bonito.

—Sí, es mi versión gay y lucrativa de un cuento Disney.

Mara sonrió. Le encantaba que Arantxa se hubiera echado una novia del mundo del espectáculo. La de contactos que iba a hacer entre bambalinas...

Deseó que el tema durara y les funcionara, y no por haber encontrado a alguien a quien encasquetarle un guion, que también, sino por lo mucho que arriesgaba su amiga en esa historia. Era asombroso cómo se aventuraba en una relación tan incierta. Arantxa era bastante racional, verla tan ilusionada con un futuro de lo más impreciso era muy chocante.

Cohibida como una niña pequeña, Mara tiró de la manga de su camiseta.

—Arantxa... ¿No tienes miedo?

Ella arrugó la frente, sorprendida por el cambio de tono. Sostuvo su mirada unos segundos, meditabunda, y después volvió la vista al frente.

—Sí, mucho, de hecho. Pero prefiero vivir recordando algo efímero y bello que conformarme con lo gris y corriente de siempre.

Elsa eclipsó la réplica de Mara. Las chicas se saludaron con un beso en la mejilla. El rostro de Arantxa se llenó con su sonrisa y el embeleso que emanaba por los poros. Mara cerró la boca. Entendía su valentía y su positivismo. No había más que verlas, vaya par de tórtolas.

—Buenas, Elsa. Tu novia no nos ha presentado como es debido.

La fotógrafa regurgitó bilis al oírla.

—Soy Mara, guionista, taquillera y la menos aburrida de los tres.

—Sí, y pico de oro también.

—¿Eres guionista? —preguntó Elsa—. Qué emocionante, ¿dónde trabajas?

—De momento, en mi casa. Cuesta mucho colocarse en este mundillo.

—Dímelo a mí —coincidió—, estudio Artes Escénicas.

Mara miró de reojo a Arantxa, que sólo tenía foco para la recién llegada.

—Algo me han contado... Es una carrera sufrida, pero, aquí, mi amiga la retratista cree que os vais a hacer de oro las dos.

La fotógrafa ni la escuchaba, era como si no existiera. Su universo se había transformado en Elsa, quien la observó a su vez rebosante de curiosidad.

—¿Con el teatro y la fotografía? —consideró mordiéndose el labio—. Te sale más a cuenta hacerte fotógrafa de bodas y comuniones.

Arantxa reaccionó:

—Ni muerta.

Elsa rio y Arantxa se contagió de sus carcajadas. Tenía las manos en los bolsillos, seguro que temblorosas y tensas. Mara se percató de lo mucho que se estaba conteniendo. Ansiaba tocarla más que nada. Si no se dejaba llevar era porque debía de tener mucha fe en lo suyo. Que escogiera el pan y agua frente al desenfreno por no estropear lo que todavía no había empezado decía mucho de su respeto y su afecto por Elsa.

—¿Qué es eso? —preguntó Mara apuntando el estuche que sacaba Elsa de su bolso.

—Venir con las manos vacías a un cumpleaños me sabía muy mal, así que he traído una caja de bombones.

Arantxa se estaba derritiendo viva.

—No tenías por qué haberte molestado.

Mara se cansó de presenciar su tontuna. Estaba a punto de interceptar la caja cuando la fotógrafa se la arrebató en un impulso ninja.

No protestó, unas risotadas la distrajeron. Provenían del grupo de Eloy. Más mujeres y más escandalosas. El auxiliar se dejaba querer sin reparos, cosa que no era reprochable, aunque a Mara le revolviere las tripas. Pensar en Eloy magreándose con unas el sábado y tonteando con otras el domingo le sentó como una patada en el culo, y si para colmo ella se veía inmersa en dicha espiral de vicio, le hostigaba las ganas de estrangular a alguien.

—¿Pasa algo? —inquirió Arantxa.

Mara señaló su objetivo.

—¿Desde cuándo levanta tantas pasiones? Lo tienen acorralado.

Su querida amiga manifestó su desinterés.

—No sé de qué te extrañas. Ahora que saben que vuelve a ser un tío soltero,

estarán al quite de lo que pueda caer.

La patata que iba a engullir se quedó a medio camino de su boca. Por eso había tanta feromona suelta. No eran imaginaciones suyas. Se lo estaban rifando de verdad. Creía que se estaba desquiciando viendo líos donde no los había. Dejó de preocuparse. Eloy era el mismo de siempre, sólo que soltero y disponible.

Claro que, si todo eso era cierto, no entendía por qué seguía sintiéndose tan miserable. Arantxa arqueó una ceja al verla.

—¿Tienes celos, Mara? ¿De tu mejor amigo?

La aludida se espantó.

—¡Qué dices!

Bebió de su cerveza molesta por aquella ocurrencia. Su comentario carecía de sentido. De hecho, era tan inapropiado que la alertó enseguida de lo que podría estar deduciendo la fotógrafa. Rasgando la mirada con desconfianza, preguntó:

—¿Tú sabes algo?

—¿De qué?

—De nada.

Era imposible. ¿Qué iba a saber, con lo discretos que habían sido?...

—¿Lo sabes o no?

Arantxa enseñó los dientes con travesura.

—¿Debería?

—¿Eh?

—¿Hum?

—Me estás vacilando —concluyó Mara.

—Sí, igual que tú a mí.

—¿Eh?

—¿Hum?

—¡Acercaos todos! —gritó de pronto la madre de Eloy—. Vamos a dar los regalos. ¡Maravillas, ven!

Quiso volverse invisible. Fue pronunciar su nombre y los ojos de todos se volvieron en su búsqueda. Los murmullos no se hicieron esperar. Debería presentarles a Olegario. Con ése tendrían para rato, el chaval tenía feo el nombre y cuatro cosas más.

Entre todos rodearon la pila de cajas envueltas en celofán. Eloy se dedicó a abrirlas una a una, agradecido, risueño y revelando unas dotes interpretativas de lo más profesionales. Podía esforzarse cuanto quisiera en fingir que engañaba a cualquiera menos a Mara. La taquillera se tapó media cara con las manos para ocultar la risa. Es lo que pasaba en esas fiestas. Algunos regalos tenían los días contados nada más verlos, eran carne de Wallapop, y ahí iban a parar unos cuantos. Simplemente con ver el gesto de Eloy lo sabía. Lo que más ilusión le estaba haciendo era el sobre con billetes que le había dado su familia.

Su jefe le tendió un libro de su parte y una bandeja de tartaletas de limón y merengue de la de su mujer. Mara reprimió otra carcajada. Eloy detestaba el merengue. A ella, por contra, se le hizo la boca agua, y más aún cuando Eloy la miró y se relamió burlón. Puede que únicamente pretendiera hacer el chiste, pero a Mara aquella boca húmeda y guasona la dejó tocada en más de un sentido.

Después de un gran número de piezas de ropa, libros, películas y juegos de mesa, llegó el turno del regalo de Mara y Arantxa. Eloy les lanzó una ojeada confusa. Su caja pesaba un quintal, y lo acusó al desplazarla sobre la mesa.

—¿Cuántos pijamas me habéis comprado?

Ellas se dedicaron una sonrisa cómplice mientras el auxiliar abría el regalo y descubría su interior. Aquel cofre tan voluminoso contenía los seis volúmenes de *Akira*, uno de los mangas predilectos de Eloy. Se trataba de una edición de coleccionista que se había diseñado con motivo del trigésimo aniversario de su publicación y estaba impresa a todo color. Era una exquisitez, y él lo apreció al instante, boquiabierto y genuinamente impresionado. Mara se retorció los dedos de las manos con nerviosismo infantil. Aquel júbilo era real.

—Dios, qué preciosidad... —murmuró maravillado—. Pero... no puede ser. Esto fue una edición limitada y numerada.

—Sí, amigo, aquí lo pone —convino Arantxa señalando la pegatina interior.

Eloy sacó un volumen con prudencia, casi con miedo a que sus páginas se deterioraran antes de tiempo. Los invitados imitaron su silencio, no así Arantxa, que, animada por su entusiasmo, remató la sorpresa con lo que dijo a continuación:

—¿Recuerdas el día que atracaron a Mara? Ése era el cargamento secreto que llevaba en la mochila. Menos mal que tenías un queso bajo la manga.

Su risa rebotó por las paredes del local y se desintegró con el hilo musical.

Ni Elsa la acompañó, pues nadie le había pillado la chanza. Mara se puso azul, luego violeta y, por último, morada. Todos escudriñaban su reacción, y lo peor no era eso, sino el modo en que lo hacía Eloy, con un pasmo inquietante. Antes de que sacara conclusiones precipitadas, se dispuso a justificar sus actos.

—Nos costó muchísimo hacernos con todos los volúmenes. Tuvimos que rebuscar entre vendedores de segunda mano y...

—Maravillas, hija, ¿te han atracado? —oyó decir a su madre.

—¿Por eso trae esa cara?

—Claro, de ahí esos pelos...

Eloy, desoyendo las elucubraciones, se abrió paso hasta ella y la tomó firmemente por los hombros.

—Mara, ¿no te dejaste robar porque llevabas mi regalo de cumpleaños en la mochila?

—¿Es que no me has oído? —volvió a la carga—. Nos costó sudor y lágrimas encontrar...

Su efusivo abrazo la enmudeció. Envuelta en el calor que le transfería su cuerpo, cerró los ojos. Por un momento se sintió lejos, segura y querida. Desplazada a un lugar privado, donde el resto del mundo no tenía cabida. Eloy la apretó fuerte contra sí.

—Estás loca —susurró en su oído—, y me encanta.

Un mordisco en el lóbulo le subió la temperatura al máximo. Al soltarla, se tambaleó, acalorada y mareada. Arantxa se cruzó de brazos, sopesando su actitud.

—Oye, Maravillas, ¿por qué estás tan roja de repente?

Ella tartamudeó.

—Será alergia —resolvió Eloy guiñándole un ojo.

Mara lo reprendió llevándose la mano a la oreja. Estaba ardiendo, como el resto de su anatomía.

* * *

Un par de horas más tarde, muchos de los invitados ya se habían marchado. Quedaba la gente joven, todos ellos amigos. Eloy se despidió de un compañero de la Escuela Oficial de Idiomas y buscó un rincón donde ver sin ser visto. Si

daba otra vuelta, volverían a reclamarlo, y ya estaba agotado. Le apetecía cargar los regalos y optar por la comodidad de su casa. Tirarse en el sofá, seleccionar tickets regalo y terminar lo que sobraba de tarta con Mara hasta quedarse dormido resultaba más atrayente que cualquier otro escenario.

El único inconveniente es que ella no se veía por la labor. Creería que él no lo percibiría, pero Eloy sabía que llevaba toda la noche huyendo de él como de la peste. Justo cuando pensaba que sus nervios se aflojaban, le daba por esquivarlo. Quizá la había asustado con su melopea. Se acordaba de la mitad de las cosas que le había dicho y hecho, y lo cierto es que no se arrepentía de ninguna. Tampoco es que lo hubiese planificado. Sencillamente surgió, y, contra todo pronóstico, ella respondió estupendamente bien. Le alegró saber que no era inmune a su desvarío y menos aún a su tacto, que la agitaba como un seísmo.

Mara era muy receptiva. Si pudiera conquistarla por esa vía... Algo le decía que era su puerta de entrada. Le iba el juego tanto o más que a él. Se le cambiaba la cara al tocarla, mudaba a un registro lascivo y sudoroso que lo ponía a mil por hora. Las inseguridades de Eloy desaparecían cuando su calentura entraba en acción, pues la confianza que le otorgaba Mara al ponerse en sus manos lo volvía imparable. Merecía la pena probar suerte. De haberlo sabido, se habría colado bajo su nórdico mucho antes.

—Cada día tienes más cara de atontado. Supongo que significa que la cosa no va tan mal.

Arantxa lo encontró ensimismado en la conversación que Mara tenía con Elsa. Se estaban contando la vida en verso, particularmente la guionista, que era incapaz de mantenerse callada. Elsa se limitaba a atenderla. Eloy se preguntó por qué tendría carrete para todo el mundo menos para él. Era su cumpleaños, un poco de socialización y cariño por parte de su mejor amiga era lo mínimo que cabía esperar.

—No sabría decirte —respondió—. Me tiene confundido.

—¿Sí? —Arantxa se descolgó la cámara del cuello—. Pues, visto lo visto, yo creo que lo que Mara necesita es un empujón. Quizá si se lo contaras, reaccionaría.

Eloy negó con la cabeza.

—Es pronto.

La fotografía le hizo ver lo disparatado de su lindeza y él lo argumentó,

creyendo realmente que existían excusas para justificar su cobardía.

—Contarle lo que siento sería...

—No, *tolai*, lo que sientes, no —frenó ella—. Me refiero a lo de la cámara de vídeo.

Eloy volcó toda su atención en Arantxa.

—¿Qué?

Su confusión debió de hacerle mucha gracia. Era evidente que se estaba aguantando la risa. Sus ojos azules lo acusaron con una mezcla de resignación y cachondeo difícil de eludir.

—Ahora que tengo toda la información y un enfoque nuevo, no me ha costado nada deducirlo —aseguró—. De hecho, tiene mucho más sentido. Creo que es bastante obvio. Ya no me engañas, Romeo. Fuiste tú quien le compró la cámara a los quince. ¿O no es así?

Eloy escupió el sorbo que acababa de dar a su refresco. Se sintió translúcido como un cristal. De hecho, así se había vuelto para su compañera de piso. Había tardado en calarlo, mas una vez descubrió su secreto, ya no había misterio que se le escapara. Daba un pelín de miedo. Si además de eso también podía dilucidar todas las porquerías que Eloy deseaba hacerle a Mara, no dudaba de que le estrangularía el pene con la correa de su objetivo.

—Eres un jodido polígrafo, Arantxa.

Ella aplaudió riéndose a mandíbula batiente, encantada con su olfato detectivesco y con tener una nueva miseria en la que regodearse. Mara los divisó, y entonces fue él quien sorteó su mirada. Se volvió, acojonado por que supiera leerle los labios y la mente. Arantxa lo imitó y le sirvió una cerveza.

—Bebe.

Sí, era preciso. Aparcó los refrescos que estaba bebiendo en deferencia a la resaca y dio un trago que dejó la botella casi seca. Por primera vez en lo que se le antojaba una eternidad, alguien descubriría el engaño. Exhaló una bocanada de aire que liberó una tensión ancestral.

—¿Cómo fue?

Eloy hizo memoria, remontándose a una mentalidad adolescente, naíf y soñadora.

—No hay mucho que contar —confesó.

Aquella tarde, Hugo y Eloy se dirigían a la cafetería de los padres del segundo cuando se cruzaron con Mara. Estaba sentada en un columpio con la mirada perdida y balbuceando como un despojo humano. Eloy se asustó muchísimo, daba la impresión de que se le hubiera muerto alguien. Al preguntarle por lo sucedido, tenía tal disgusto que apenas vocalizaba.

Al instante de oírla, Hugo frunció el ceño sorprendido por su exagerada reacción a los hechos. Eloy no lo encontró tan raro. Había estado junto a Mara durante el largo proceso de producción de su corto y conocía de primera mano su ilusión por rodar con aquella handycam. La profundidad de su tristeza lo paralizó. Su primo, por su lado, se agachó y le retiró varios bucles de la cara.

—No te preocupes, Mara. No voy a permitir que sigas así —prometió en un susurro—. Verás cómo todo se arregla. Confía en mí.

Eloy miró para otra parte, aprovechando el paréntesis para calibrar los pasos que daría después. En el fondo ya lo sabía, sí, nada más oírla lo supo. Aquel verano no habría campamento de mascotas.

Volvió a casa y rompió la hucha con sus ahorros. Bueno, en realidad la vació y punto. Era una caja en forma de Pikachu con apertura giratoria en el culo. Llamó a Hugo para que lo acompañara y, ante todo, para que le sirviera de escolta debido a la suma de dinero que llevaba encima. Se fueron al centro comercial y allí compró la cámara de vídeo sin que su primo dejara de expresar su incredulidad.

—¿Estás seguro? Es mucha pasta, Eloy. Te quedas canino hasta Navidad.

El chico no vaciló.

—Creo que Mara puede ganar el concurso, pero ella no cree que pueda hacerlo sin esta cámara. Si es cuanto necesita para convencerse, yo la ayudaré en lo que haga falta.

Hugo soltó una carcajada atronadora.

—Tú mismo con tu mecanismo, chaval, pero esto ya no es un cuelgue, estás muy pero que muy pillado.

Sí, lo tenía claro, y con su mofa no le estaba resolviendo la panacea a su aprieto sentimental. Más tarde, empaquetaron la cámara y la dejaron frente a la casa de Mara. Hugo sólo le echó una mano, pero todo se torció de la manera más inverosímil. Al día siguiente, la chica llamó a Eloy por teléfono.

—¡Tienes que venir a casa! ¡Vas a flipar con lo que me ha regalado tu

primo!

Una tromba de granizo le habría sentado mejor que lo que le cayó en aquel momento. Nunca hasta entonces se había sentido tan idiota y desgraciado.

—Si al menos le hubiera dejado una nota... —rumió—. Quería sorprenderla, probar eso que los mayores llamaban romanticismo y provocar una escena peliculera de esas que tanto le gustaban... —Desechó sus ocurrencias gesticulando—. ¡Bah! Siempre seré un desastre en estas cosas...

Arantxa chasqueó la lengua muy seria.

—¿Por qué nunca se lo has dicho? Y no me vengas con que no has tenido oportunidades, porque te casco el botellín en la cabeza.

Eloy resopló, irritado por que juzgara cada una de sus malas decisiones. Él ya se martirizaba lo bastante por todos, no necesitaba más puñetazos en el ego, con el del corazón le sobraba.

—No lo hice porque se veía muy feliz creyéndose una mentira, y no creí necesario herirla contándole la verdad. Entiéndelo, Arantxa, a los quince Mara tenía a Hugo en un pedestal, la habría destrozado.

La fotografía le concedió un respiro, aunque duró poco.

—No es justo. Ni para ti, ni para ella.

Eloy se encogió de hombros y apuró su cerveza. Lo que Arantxa no podía entender era que el hecho de ver a Mara feliz era motivo de felicidad para él también. Al menos, lo fue en la adolescencia. Con la edad se estaba volviendo egoísta y valoraba mucho cómo le estaba cambiando.

—No hacéis mala pareja.

Eloy se fijó en lo que se traía entre manos. La instantánea de su abrazo se proyectaba en la memoria de la cámara. Sonrió. Quería una copia de esa foto.

—Está para comérsela, ¿verdad?

Arantxa carraspeó.

—A mí me gusta más la rubia.

Siguió la dirección de su mirada. Las chicas continuaban de cháchara. Mara se movía mucho, Eloy estaba cada vez más intrigado con su verborrea.

—Voy a pedir una última copa antes de que cierren esto —comentó Arantxa.

Él descartó otra ronda. Le echó un par y se puso en pie. El pistoletazo de salida había sonado días atrás y debía mantener el ritmo o corría el riesgo de

perder su favor. Si dejaba que se enfriase, perdería a Mara para siempre. Era un ahora o nunca. Las oportunidades así no se daban dos veces. O ponías toda la carne en el asador o te quedabas en una esquina, cerveza en mano y echando barriga, lamentándote de tu patética vida hasta la extenuación.

—Me estás cayendo de lujo, Elsa, pero ya te he avisado —oyó que decía—. Arantxa sólo nos tiene a nosotros, sus amigas del baloncesto y un par de compañeros del trabajo con los que se lleva bien. Si le haces daño, es probable que te matemos.

Eloy puso los ojos en blanco.

—Lo que Mara quiere decir es que...

—Es probable que te matemos.

Elsa puso cara de circunstancias.

—Perdónala —insistió Eloy—, se le ha subido la Coronita a la cabeza.

Arantxa emergió de la nada ofreciendo un cóctel a Elsa.

—Te he traído otra copa. ¿Qué tal?

La modelo tosió, sin saber cómo responder a aquella sencilla cuestión.

—Fenomenal... Mara me estaba contando lo mucho que te quiere.

Fue ver la vena agarrotarse en el cuello de Arantxa y Eloy se llevó a Mara en un santiamén. Sujetándola por el codo, se alejaron hasta llegar a la esquina contraria, junto a una mesa de cóctel, de esas altas, repleta de vasos y platos vacíos.

—No seas tan macarra con Elsa. Me gusta.

Mara abrió una boca muy escéptica.

—¿Por qué?

—Arantxa se transforma cuando está con ella. Es como si no hubiera fumado nunca. Mírala.

La pareja era un verdadero remanso de paz cuando se encontraba a solas. Entendía y compartía las buenas intenciones de Mara con sus advertencias, pero debía controlarse en las formas o Arantxa le cortaría la lengua con la guillotina de papel de foto. Percibió enseguida la ensoñación en el rostro de Mara. Tomó oxígeno y preguntó:

—¿Te lo estás pasando bien?

La joven volvió a la realidad.

—Sí, ¿por?

—Porque me evitas.

Eloy estaba probando nuevas estrategias. Si el cerramiento de siempre no le había servido de nada, tantearía la honestidad sin filtros.

—¡Eso no es cierto! —se quejó ella—. Eres tú el que está continuamente ocupado.

Se apoyó en la mesa. No podía rebatir aquella observación sin salir escaldado. Quedaba pendiente, sin embargo, tratar el tema de su presente. La colección de *Akira* lo había fascinado, y la locura de Mara, al protegerlo como un objeto sacro, lo dejó anonadado. Tenía muchas ganas de agradecerse.

—Sigo alucinando con lo del regalo, ¿cómo se te va tanto la cabeza?

Aunque el gesto le hubiera llegado hasta el alma, ella interpretó su crítica a su manera.

—Perdona por querer regalarte algo especial y no otro estúpido pack experiencia —barboteó—. He contado tres sesiones de *spa* y cuatro descensos en tirolina.

—No me estoy quejando de eso, el vuestro es el mejor regalo de todos —aseguró—. ¿Has visto las tartaletas? Esa mujer nos ceba en la clínica con sus experimentos culinarios, voy a tener que pararle los pies.

Mara tamborileó la mesa con los dedos fingiendo distracción.

—Sobre eso..., si no las quieres...

—Descuida, las he guardado en tu bolso.

El dulce era otro de los numerosos placeres de Mara. Era una mujer con múltiples aficiones, y la del buen yantar se remontaba al pleistoceno de su relación. Conquistarla por ese camino nunca fue un propósito, sino más bien un hábito lejos de dobles sentidos.

La oscuridad propia de los antros de medianoche abarcaba el espacio, siendo iluminado escasamente por una bola de luces y unos pocos y parpadeantes focos mal puestos. Aun y con éstas, Eloy pudo distinguir cómo a Mara se le subieron los colores nada más oír su contestación. Se contagió de su rubor como un niño de instituto. Estaba encantadora, adorablemente sexy pasando por tantas tonalidades en una sola noche. Parecía un arcoíris intermitente. Ella levantó su botellín y lo balanceó como un péndulo.

—¿Me traes otro?

Eloy hizo hueco en la mesa para depositarlo.

—¿No llevas ya unos pocos? ¿Por qué quieres tajarte?

Ella desvió la vista, rehuyendo su escrutinio. Aún marcada por el rubor y con una voz cohibida, respondió:

—He pensado que si bebía lo suficiente podría desinhibirme tanto como tú.

Eloy contuvo el aliento. Aquel ramalazo de sinceridad le supo tan bien como mal. Bien porque daba la sensación de que Mara tenía algún tipo de interés en desinhibirse con él, y mal porque la muy chalada asumía que era el alcohol el que hablaba por Eloy.

—Mara, yo no necesito beber para sentirme así contigo —sostuvo—. Lo hago siempre, sólo que nunca te lo digo.

Sus labios se fruncieron, puede que complacidos o avergonzados, no habría sabido decirlo. Tal vez se estaba extralimitando en la honestidad que pensaba emplear; tal vez iba demasiado rápido para propiciar el desenlace a un camino tan largo; o tal vez hacía uso de la desesperación por las ansias que lo carcomían entero cuando la tenía cerca. Fuera como fuese, estaba cristalino que Eloy iba a por todas.

Mara levantó los brazos para peinarse el pelo con los dedos. Como era costumbre, se le atascaron entre los rizos. Eloy se sirvió de la coyuntura para deslizar su mirada por su cuerpo arqueado, expuesto y repleto de curvas. Tuvo que cerrar los puños para no surcar el contorno de su silueta como un escultor con su pieza. Desde que la había tocado y saboreado, resistirse a repetirlo le costaba una barbaridad. Mara tenía un sabor adictivo que no se despegaba de la memoria de su paladar, y lo reciente de su cata sólo servía para avivar su deseo todavía más. Era así de simple. Una vez había comenzado, Eloy no podía parar.

Su repaso se detuvo, cómo no, en la cremallera de los vaqueros. Descubrir aquel botón desabrochado lo ilusionó y lo hizo reír a partes iguales.

—¿Y esto qué es? —se burló dándole un capirotazo—. ¿Otra indirecta? ¿Para facilitarme el acceso?

Mara se subió la camiseta. Lo que en un principio parecía pudor se convirtió en asombro cuando cayó en dos pequeñas manchas azules que adornaban el tejido.

—Oh, no... ¡Es tinta!

Sin reparo ni demora, se chupó un dedo y frotó la zona en cuestión, que no era otra que la inglete, junto a los dientes de la cremallera. Eloy se puso cardíaco.

Su perversión descarriló acelerada por la parte más turbia de su sesera. Las imágenes de una Mara ardiente y sensual se sucedieron como fotogramas animados dotados de un realismo escalofriante. Le tembló hasta la campanilla. Ah... Tenía que dejar de consumir tanto *hentai*.

—¿Sabes con qué se quita la tinta? —preguntó dando un paso adelante—. Con leche.

—Ah, ¿sí?

Él asintió, acorralándola contra la pared. Levantando su camiseta con delicadeza, inquirió:

—¿Pruebo con la mía, a ver si se quita?

Mara se quedó perpleja y sin aire. Su pasmo era tan palpable que casi se podía masticar.

—Es justo aquí, ¿no?

Rozó la mancha con la yema de un dedo y presionó. Ella dio un saltito ridículo. Eloy lo repitió y Mara se estremeció. Volvió a hacerlo y su boca se abrió sedienta y su mirada castaña se cubrió de un velo hipnótico. Su sometimiento se vio acrecentado por el jadeo que le sucedió y las manos que favorecieron el asalto, aferrándose a la mesa y a la pared, lejos del que se estaba convirtiendo en su centro de mando.

Su rostro, antes dulcemente apurado, se volvió anhelante y espasmódico. En él se dibujó la Mara obscena de sus sueños, la que curaba sus noches de insomnio y sus días de tedio. El remedio infalible a la inapetencia. El mejor estímulo para despegar directo al apogeo; natural, caliente y seductora, tal como la había contemplado con anterioridad, en una ocasión al borde del clímax y en otra, explotando a su merced.

—Me gusta lo que estás pensando.

A Mara se le escaparon las fuerzas.

—¿Cómo vas a saberlo?

Siguió presionando, acompasado con los machacones *samples* de la canción que retumbaba en el local. Uno, dos, tres, cuatro... Cuatro punzadas, cuatro jadeos. Eloy habló junto a su boca:

—Porque te conozco mejor que a mí mismo.

Mara vibró. Por su garganta se atascó un sollozo y ascendió un gemido. Eloy lo recibió en sus labios, que se desesperaron por besar y ser besados. Aquella

Mara real era infinitamente superior a la de sus delirios. Su disfrute le daba mil vueltas a cualquier clon imaginario.

La uña que se hundía en su ingle la enloqueció, y a Eloy le produjo un señor pinchazo en la entepierna. Era tan bueno que la razón brilló por su ausencia cuando dijo:

—Mara, si no me detienes, te hago un dedo con público.

—¡Eloy!

Se detuvo. Por fuerza mayor. Leticia, una antigua compañera de los estudios veterinarios, se aproximaba hacia ellos. Su juvenil semblante poblado de pecas apenas se vislumbraba al completo entre tantos cacharros dispuestos sobre la mesa. Por fortuna, la altura de la misma y su propio cuerpo escondían parte de la figura de Mara y el dedo ordinario que se negaba a separarse de ella.

—Vamos a echar una partida a Código secreto en mi piso, ¿te apuntas?

Eloy dudó, no sobre aceptar su invitación, sino sobre dispensar a Mara de una situación tan vergonzosa. Estaba tiritando de los nervios. El joven podía bajar la mano y dejar que se fuera, aunque incordiarla siempre sonaba más divertido, y si eso involucraba algo tan excitantemente novedoso como el sexo, la decisión se tomó sola.

—No, gracias, Leti. Me iré dentro de un rato, mañana tengo un día duro.

Y era verdad.

—Pero ¡si todavía es pronto!

—No, de veras. Además, me has pillado con un asuntillo a medias.

Echó un vistazo a Mara y sonrió con picardía. Ella se puso pálida y, aun así, no se escurrió entre su dedo y la pared.

—¿Qué pasa? —preguntó Leticia.

—Es Mara, la tengo muy perjudicada.

¡Ping!

—¡Sí! —resolló por su punzada—. Estoy fatal...

Eloy sofocó la risa como buenamente pudo. Mara era todo placer, mosqueo y bochorno, una combinación deliciosa que le reblandeció el seso y el *kokoro*.^[7] Puro morbo.

Leticia extendió una mano con buena voluntad.

—Ays, pobre...

A Mara se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡No me toques!

—Uy...

—No se lo tomes a mal —la excusó Eloy—, es que está muy sensible.

¡Ping!

—¡Sí! —reincidió—. Mucho...

Mara perdió fuelle. Eloy temió tener que sujetarla de un momento a otro, y no se veía capaz entre el ataque de risa y su propia agitación. Leticia, totalmente ajena a lo que se cocía, se encogió de hombros.

—Bueno, bueno, tómate un café bien cargado, a ver si te asientas. — Después, sonrió a Eloy—. No te vayas sin despedirte.

Él la despachó con un gesto y retomó su cometido. ¡Ping! Mara le propinó un manotazo en el pecho. Le ardían el cuello, la cara y la mirada.

—Voy... a... matarte.

—Lo siento, pero no me lo creo.

¡Ping! Le fallaron las piernas. Era muy rápida, Eloy estaba cautivado.

—No pienses... ni por un segundo... qu-que lo de ayer se va a vo-volver... a repetir...

Eloy se mordió el labio, consciente de la poca convicción que ponía Mara en sus palabras.

—¿Por qué? Si te encantó...

—¿T-tú qu-qué sabrás? —protestó.

—Hombre, me calaste el colchón.

Ella lo golpeó más fuerte. Él notó su erección en alza. Supuso que debía de estar tan empapada que acabaría por humedecer la tela vaquera. Se moría por ver algo así. Más les valía salir de allí y buscar la intimidad que demandaba su estado o no respondería de sus actos. Quería jugar y vacilarle, si bien masturbarla en mitad de una pista de baile le resultaba de lo más surrealista. Mara se percató del bulto en sus pantalones.

—Eres un salido...

Eloy ladeó la cabeza y sonrió, decidido a no perder más tiempo y besarla.

—Sólo contigo.

Ella hundió la cara entre sus manos y, acto seguido, oyó:

—Oh, Dios, Hugo...

Punto final.

Aquello fue un golpe bajo y doloroso.

Su mano cayó como muerta por su costado y a ella ni siquiera le importó.

Al joven le bulló la cólera por las venas. Tuvo que contar hasta diez para serenarse, antes de descargar su rabia tronando las maldiciones más ingeniosas y retorcidas que se le ocurrieron.

—Mara, mírame bien —masculló—. Soy Eloy. E-loy.

Ella levantó la vista confundida. De inmediato, componiendo un gesto aún más airado que el suyo, hizo que se girara en redondo y lo obligó a enfocar lo que menos le apetecía.

Hugo. Allí estaba, rodeado de todas sus amistades femeninas, quitándose la cazadora y luciendo bíceps. La erección de Eloy pasó a churro reventado en tiempo récord.

—Menudas horas —oyó la voz de Mara a su espalda—, sí que se hace de rogar.

—Espera un momento, ahora vuelvo.

A grandes zancadas, se dirigió hasta donde se encontraba su primo. Su cólera no hizo sino avivarse con aquella inesperada visita. Al margen del espacio, el precio, el servicio y todo lo demás, si Eloy había tomado la decisión de celebrar su fiesta en aquel local era por Hugo. Que trabajara en La Estación le desbarataba su escasa vida social. Ya no tenía un lugar donde cenar, beber y bailar a gusto con Mara. Hasta eso le había arrebatado con sus actos.

Bastaba con verlo responder a las zalamerías de todas para que Eloy se enfureciera. Hugo era su versión mejorada en cuanto a físico se refería. Más alto, más musculado, más castaño, mil veces más confiado y seductor hasta en lo más ordinario que se le pasaba por la mente. Si con suerte Eloy atraía la curiosidad de alguna mujer en alguna parte, con el aterrizaje de su primo se desvanecía cualquier oportunidad. Que lo hiciera con la mayoría le traía sin cuidado, pero que tuviera el mismo efecto en Mara ya eran palabras mayores.

—Fuera —ordenó señalando la escalera.

Hugo alzó las manos como si temiera que volviera a noquearlo.

—Tranquilízate, haz el favor. He venido para felicitarte. Anda que..., bien que avisas. De no ser por los tíos, ni me entero de que montas este tinglado. —Echó un ojo a su alrededor con poco entusiasmo—. Aunque, de haber sabido que iba a ser así de muermo, lo habría pensado dos veces antes de venir...

—Muy amable. Ya te estás largando.

El camarero resopló.

—Hice lo que me dijiste, me volví a disculpar.

Eloy recordó su última conversación, la que mantuvieron cuando se quedó compuesto y sin cita.

Con la película bajo el brazo, marcó el número de Hugo y lo llamó. Descolgó al tercer tono.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Déjame en paz, Eloy, estoy cenando.

Le dio lo mismo.

—¿Con Mara?

—No, me ha dejado colgado —se lamentó—. Hemos vuelto a discutir.

—Cuéntame qué ha pasado.

Eloy salió del centro comercial y deambuló por las calles sin rumbo, atendiendo la narración de Hugo, tan reciente que estaba cargada de exactitudes y todo tipo de detalles. Según iba relatándolo, al pobre se le multiplicaban las canas en la coronilla. En cuanto Hugo se calló por fin, dio rienda suelta a todo lo que llevaba dentro.

—Tú... —farfulló—, miserable capullo sin cerebro... —escupió desatado—, escúchame bien, vas a volver a disculparte, vas a decirle la verdad; que sí, que la apreciarás y la admirarás mucho, pero que para un polvo te sirve cualquiera. Deja tu palabrería para las demás, sé directo —ordenó de carrerilla—. Y Hugo, atiéndeme, como intentes meterle mano, te corto los dedos, pero como encima me entere de que llora por tu culpa de nuevo..., entonces no respondo. Te dejo que no sirves ni para carnada, es que ni para abono para plantas...

—Que ya, sí, sí, que ya me he enterado...

—Dile que lo has hecho mal y que esto tiene que terminar ¡ya!

Su suspiro principesco se coló por el auricular.

—La voy a asustar.

—Mejor eso que ilusionarla para nada —resolvió él.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan mandón?

Eloy hizo un cálculo rápido.

—Desde que gané mi primera partida al Risk y te sobrepasé en madurez.

Hugo se quedó unos segundos en silencio. Si entraba en aquel debate iba a salir perdiendo. Fue inteligente, no entró.

—Yo no quería hacerle esto a Mara.

Su tono era lastimero, el de un niño pequeño arrepentido por romperle un juguete a otro. A Eloy no le dio ninguna pena. Se abstuvo de pronunciar un «lo sé». Era lo que sentía, pero por encima de su cadáver iba a concedérselo. Estaba cansado de ser tan piadoso, y más con él, quien había metido la pata hasta el fondo.

—Tengo que irme —anunció Hugo poco después—. Eloy, una cosa —agregó con debilidad—. Si por alguna milagrosa razón ella acaba fijándose en ti..., haz lo posible para enmendar esto, ¿quieres?

—¡Ja! —casi se meó de la risa—. Tranquilo, Hugo. Después de ti, será muy fácil.

Colgó sin querer oír más sandeces. Se estaba cabreando por momentos. El esquinaldo inconsciente de Mara, el entrometimiento de Hugo... Mara, Hugo... Siempre Mara y Hugo... La regresión se intuía inevitable y no tenía fuerzas para bloquearla. Se paró en la acera, alumbrado por unos neones desconocidos en los que leyó: «Taberna La Francisca». Su noche estaba escrita. Entró resguardándose del frío y lo que empezó con una cerveza derivó en whisky, orujo y varias partidas de dominó.

Su estómago lo soportó y su cabeza desconectó; a su corazón, no obstante, le sirvió de poco. Las noches así son jodidas, mas las mañanas que les suceden son aún peor, cuando crees que has conseguido solucionar todos tus problemas y, en realidad, nada ha cambiado.

Eloy asintió.

—Está bien. Es lo que debías hacer. Vete ya.

—Vamos, Eloy, no puedes hacer esto. Soy tu primo, sangre de tu sangre —dramatizó—. No puedes cortar lazos así, sin más.

—No me hagas reír, Hugo. Tú llevas haciéndolo toda la vida.

Que le diera lecciones de aquella índole era de chiste. Si había acudido hasta allí para enmendar una relación ya de por sí muy dañada, lo estaba asustando porque no se lo creía. Debía de haber otro motivo, y lo que sospechaba tampoco lo aliviaba. Pensando en ello, analizando bien la figura de su primo, se percató

del pegote amarronado que decoraba su mentón.

—¿Te has maquillado?

Hugo emitió un gruñido, palpándose la cara.

—Sí, todavía está rojo. Me diste una buena tunda, pedazo de...

—Eloy, ¡preséntanos!

Aquel súbito ruego provino de Leticia. Del brazo de otra chica, se interpuso entre ambos demandando un nombre, un teléfono y una noche de pasión.

—No paramos de preguntarnos quién es este tiarrón tan guapo —bromeó.

Leticia era así, abierta, lanzada y sin pelos en la lengua; todo un surtido de cualidades que le vinieron de lujo. Hugo correspondió al flirteo sin mucho arte y volvió a dirigirse a Eloy:

—Me gustaría hablar con Mara. ¿Está aquí?

—Leticia, os presento a Hugo, mi primo favorito. Soltero, aventurero y un excelente picotero. Todo vuestro.

Ante la atónita mirada de su primo, le lanzó a la pareja y dio media vuelta. Eso sí que no, Mara ya no. O dejaba de tocarle las palmas o volvía a mutar a oso cavernario y lo dejaba hecho un cromo. Aquella noche era suya y la iba a proteger a capa y espada. Buscó a Mara entre los pocos invitados que quedaban. No la vio. Preguntó, nadie sabía dónde estaba. Con los brazos en jarras, giró sobre sí mismo. Rezó por no haberla perdido antes de tiempo.

Los amantes del baño polar

Necesitaba un paréntesis. Se podría decir que hasta se lo debía a sí misma. Estaba sometida a mucho barullo recientemente. Le afectaba a su rendimiento en el trabajo, las clases y, por supuesto, desbarataba su vida social. Diferenciar a amigos de amantes y viceversa se estaba convirtiendo en un jeroglífico que se volvía aún más complicado de resolver con el paso de los días. Deseosa de recluirse de todo y de todos, se escabulló en los aseos.

Mara se observó detenidamente en el espejo. Su imagen le devolvió un deje de preocupación cincelado entre ceja y ceja. Durante unos minutos, se dedicó a concentrarse al máximo. Quería entender lo que le estaba pasando por la cabeza, y creía que aquel reflejo se lo diría de buenas a primeras.

En él veía a una joven abierta en lo social, creativa y apasionada en lo laboral, y exactamente esas tres mismas cualidades en lo íntimo y personal. Hasta ahí estaba claro. Era al llegar al corazón cuando ponía esa cara de completo aturdimiento, como la de un filólogo frente a un teorema físico o la de un espectador frente a una cinta de David Lynch.

Una corriente de aire gélido le provocó un escalofrío. Mara cerró la contraventana que daba a la calle y se abrazó a sí misma. Se había dejado el jersey y estaba aterida, por dentro y por fuera. La incredulidad se apoderó de ella. En toda la noche, a lo largo de toda la celebración, ni siquiera se había detenido a pensar dónde se habría metido Hugo ni por qué no acababa de aparecer en el cumpleaños de su primo. Lo lógico es que hubiera preguntado por

él y, sin embargo, era como si lo hubiera borrado de su mapa mental. En el momento en que lo vio aparecer en el bar rodeado de mujeres mientras Eloy incrustaba un dedo en su ingle, se dio cuenta del despropósito en el que se estaba metiendo.

Debía de estar enferma. No había otra explicación. El modo en que su relación con Eloy se desvirtuaba no tenía sentido alguno. Descubrir su lado erótico y hallarlo tan pervertido la descolocaba. En primer lugar, por el mero hecho de tener acceso al mismo; segundo, por cómo la atraía, y tercero, por cuánto la afectaba. Si a eso le sumaba las ganas de repetir que le quedaban tras cada encuentro, ya era para desquiciarse del todo. Supuso que aquello debía de tener que ver con que en las dos últimas ocasiones lo habían dejado a medias. A Mara ya la habían dejado en visto en la cama, tenía sus anécdotas, pero la desazón que experimentaba con él no era comparable con lo vivido en el pasado.

Eloy estaba desatado. O Clementine no le había dado lo suyo o se estaba dopando a pastillas azules. No tenía ni idea de cuál era el motivo, aunque ninguno de los que se le ocurrían le agradaba. De hecho, los detestaba todos, porque en ellos Mara sólo era un coño más. Lo que la diferenciaba era que el suyo siempre estaba a mano. Que Eloy se acostumbrara a esas licencias iba a ser muy doloroso, porque si hacer de Hugo un *follamigo* era descabellado, con Eloy era impensable.

Y ahí residía su contrariedad. Le gustaba. Aquel tacto le gustaba mucho. Las confianzas que se tomaba, lejos de resultarle desagradables, le resultaban fluidas y naturales como respirar. Le hacían cosquillas en el vientre y en el pecho. Daba tanto vértigo que tuvo que apoyarse en el lavabo. No podía pensar con claridad.

—¿Mara?

Levantó la vista. Eloy estaba bajo el dintel de la puerta. Se miraron a través del espejo, concediéndose unos segundos para calibrar el escenario y sus circunstancias. Él se metió las manos en los bolsillos, aparentando una ufanidad que sus ojos no compartían, y dio un paso adelante. Ella se apretó contra el lavabo.

—Llevas mucho rato aquí abajo. Pensé que te habías desintegrado por un agujero negro —bromeó—, o que habías encontrado el camino al almacén.

Los ojos de Mara dieron una voltereta. Viendo que le bloqueaba el paso y, por añadidura, seguía avanzando, entró en el cubículo y puso la puerta por

medio. El pestillo no funcionaba. Farfullando, la encajó sin mucho éxito.

—Yo la sujetaré —se ofreció Eloy.

Mara se apartó. El eco de la música se oía amortiguado por el pequeño recinto. No sabía qué hacía allí dentro. En realidad, lo que quería era salir, ponerse el abrigo y volver a casa, no meterse en una ratonera.

Se cruzó de brazos chasqueando la lengua. A saber lo que iba a pensar Eloy después de que se tirara otra media hora allí encerrada. Mejor abrir de golpe, usar el factor sorpresa y esquivarlo como en un partido de balón prisionero. Sí, eso y pegarse una carrera para evitar más confusiones era lo más sensato y maduro que se le ocurría.

Aunque, ya que estaba, daría uso a aquellas comodidades. Se desabrochó el segundo botón de los vaqueros y se agachó para bajárselos como leotardos de lo prietos que los llevaba. A continuación, se bajó la ropa interior y, cuando fue a ponerse recta, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Algo se adhirió a su sexo.

Boca abajo, agachándose un poco más, distinguió a Eloy. En cuclillas, apoyando un codo en una rodilla y extendiendo el otro hacia ella, cubría su entrepierna con la palma de la mano. Del revés, Mara no acertaba a medir su expresión, pero veía que la miraba fijamente.

—Si quieres que me vaya, lo haré.

Esa frase sonaba rara en boca de Eloy. No recordaba situación alguna en que hubiera deseado que se fuera de su lado. Aquel momento habría sido una buena oportunidad para que el tema cambiara, pero no lo vio así. Lo inapropiado del sitio o de la iniciativa de Eloy no la achantó. Otro hombre la habría espantado; él, con su simple ofrecimiento, le encendió las entrañas.

—Entonces... —se atrevió a decir— nadie me sujetará la puerta.

Eloy echó la cabeza a un lado. Se mordió el labio.

—Entiendo que eso es una frase de interpretación libre.

—Tú sabrás.

Casi se echó a reír. Le faltaba poco para pedírselo por favor. Mara no deseaba tener sexo con Eloy porque no quería confundir las cosas y, al mismo tiempo, se encontraba tan agarrotada mentalmente que un buen orgasmo era justo lo que necesitaba para desfogarse. Buscaba la mente en blanco, el encefalograma plano, y lo más parecido que había vivido hasta entonces eran unos dedos acelerados en otro baño. Resultaba paradójico que lo único que no

quería de Eloy fuese lo mismo que precisaba para reiniciarla y calmarla.

Él movió la mano. Sus dedos se desplazaron de atrás hacia delante.

—Tengo tanta sed, Mara... —confesó—, que me lo tomaré como un «ven aquí y sírvete tú mismo».

Estiró el cuello y, con la boca abierta, alcanzó el trasero de Mara. Sus dientes asomaron a sus labios propinándole un delicioso mordisco en la nalga derecha. Ella se enderezó en un espasmo súbito e intenso. Se sujetó a la pared de gres. Su superficie gélida no le importó. Ya tenía a Eloy para calentarla.

La temperatura subió por sus extremidades conforme la acariciaba por la corva y el muslo. Sutil en un principio, enervando sus terminaciones nerviosas y presionando después, amasando y pellizcando la piel que nunca antes había tenido a su alcance. De abajo arriba, pasó una mano por su pierna mientras la otra jugaba en su sexo, que le dio una bienvenida por todo lo alto.

—¿En quién pensabas?

La respiración de Eloy, larga y pesada, se coló por el hueco entre el muslo y la nalga. Su voz era un murmullo mezclado en un beso apasionado.

—¿Qué?

—¿En quién pensabas? —repitió—. Estás jugosa como pulpa de fruta. Mira.

Arrastró la mano por el coño como quien la mete en un tarro de melaza y esparció sus jugos de un lado a otro. Mara ya lo sabía, sabía que se había puesto perdida. Pero, contrariamente a lo que pensaba Eloy, no necesitaba más estímulo que su tacto para ponerse así. Era verlo y sentirlo tan entregado a su anatomía que se derramaba como una fuente.

—En nadie.

Sintió su sonrisa sobre la piel.

—Mentirosa...

Eloy se hizo un hueco entre sus piernas, las cuales Mara separó todo lo que la ropa le permitía. El roce del cabello de Eloy en aquella zona la puso a cien. La punta de su lengua ascendió por la cara interna de sus muslos. Suave, como una gominola, degustando hilos de sudor y fluido. La nariz se unió a su paseo, dibujando curvas y atraída como por un imán, se hundió en su sexo y, luego, inspiró hondo. Mara vio los ojos en blanco de Eloy y salivó.

—Hueles a gloria, Mara... A lluvia de verano.

—Cállate.

Volvió a sonreír. Aquella vez, directo en su entrepierna, donde el gesto le valió una descarga eléctrica. Un lametazo la hizo flaquear.

—Está bien —concedió alternando sus palabras con su lengua—. Lo haré si me tocas.

Mara se tensó. No podía hacer eso. Tenía un miedo terrible a que le gustara demasiado. Eloy jugó con un dedo que deambuló desde su pantorrilla, pasando por la rodilla, el muslo, la ingle y finalmente el coño, donde se enjugó entero. Acompañándolo con su lengua, lo sacó y volvió a meterlo sucesivas veces. Mara se puso frenética, por la determinación del dedo, la obscenidad de la lengua, el calor de la boca y la desvergüenza de los dientes.

Ver y sentir el rostro de Eloy entre sus pliegues le fundía el seso. Era como encontrar algo fuera de sitio que se las ingeniaba para encajar en ella a la perfección, acoplándose a su forma y rindiéndose a su necesidad. Los labios de Eloy estaban ardiendo. Su temperatura, unida a su suavidad, le produjo un hormigueo que contrarrestó con la fricción del firme y largo dedo en su hendidura.

Sintió un roce en su mano. Eloy la tomaba con la suya. Temblando, dejó que sus dedos se entrelazaran y que, con lentitud y premeditación, se los acercara.

—Tócame, Mara.

El martilleo de su corazón rebotó en sus oídos. Eloy tenía medio rostro enterrado entre sus piernas. Alcanzaba a verle los ojos, que se cerraron placenteros cuando se colocó la mano de ella en el nacimiento del pelo.

El joven lamía y perforaba en silencio, como prometió. Podía oírlo tragar. Su engullido era pausado y profundo. Como el de un atleta bebiendo tras una larga carrera, denotaba un placer sin igual. Mara se aferró a un mechón de pelo, tan dorado como rayos de sol y tan suave como un puñado de arena. Tirando de él, pasó las uñas por el cuero cabelludo hasta casi la nuca, instante en que el gemido de Eloy la sacó de sus ensoñaciones.

Lo soltó como si quemara. Se estaba quedando sin aire y él lo percibió. Apartó la boca, concediéndole un respiro y reposando la mejilla en su muslo. La respiración de Eloy salía acelerada por sus labios. Sus ojos no podían quitarle la vista de encima. La miraban arrobándose en su imagen, oscureciéndose por algo carnal y primitivo que los volvían de fuego.

Con los dedos, removió su cóctel de éxtasis en círculos. Primero con ligereza

y luego recogiendo más fluido y apretando más intenso contra su carne. Así, hasta que le metió los dedos para que su vagina los engullera y los devorara trasladando ese baile a su interior, donde fue creciendo como un remolino, caluroso y arrasador, que desembocó furioso por la garganta de Mara.

—Mira, mira cómo salpicas.

Eloy abrió la boca y recibió los chispazos de su libido en la plenitud de su lengua. Mara enrojeció. Por una parte, aquella faceta de Eloy la excitaba como nada y, por otra, no entendía por qué la hacía sentir así, y eso la enervaba. Con mimo y la vista puesta en su cometido, el auxiliar recogió sus fluidos y los desplazó por su perineo. Deslizó una considerable cantidad que excitó la zona, calentándola y pringándola a su modo. La estimuló con la delicadeza que requería y, después, introdujo un dedo en su ano.

Mara se puso rígida.

—Lo siento, Mara. Desperdiciar esta preciosidad de culo que tienes sería delito.

Haciendo uso de pausa y suavidad, ensartó otro dedo. Ella apenas podía moverse, del susto y, para su sorpresa, de gusto. El culo no se le daba a cualquiera. Era una concesión que sólo se otorgaba al amante habitual y, ante todo, gentil. Por suerte, Eloy derrochaba tiento. Su invasión era intransigente pero considerada.

Su boca volvió a besar el coño de Mara de aquella forma tan lasciva, jadeante y famélica como la de un nómada en busca de un oasis en el desierto. Eloy extendió el brazo libre y lo extravió bajo su camiseta. Las puntas de sus dedos treparon por su vientre, rodearon el ombligo y se agitaron al percibir el calor que manaba de los pechos. Controlando la ansiedad a duras penas, rozaron la copa de algodón. Buscaron la fina piel que escondía y, al hallarla, tiraron del tejido hacia abajo.

Mara notó cómo su pezón se liberaba y se irguió. La fricción directa con la camiseta la excitó aún más. No reprendió el atrevimiento, aunque demostró que no lo aprobaba. Su réplica fue un peligroso mordisco en la ingle y una mano lenta y pegajosa que arrastró su languidez resbalando por todo su tronco.

Los dedos de Eloy se movían en su ano, uno encima del otro, tiesos y muy prietos. La presión aumentaba las convulsiones a su alrededor. A Mara le vibraban las nalgas y el sexo. Estaban inflamados y enrojecidos de exaltación.

Gimió cuando sintió otros dedos alcanzando su clítoris.

Eloy ladeó la cabeza y sonrió hechizado.

—Tienes un pequeñín muy ansioso.

Sirviéndose del índice y el pulgar, despejó el susodicho, colorado, húmedo e hinchado. Le dio unos toquecitos con la lengua. Mara gimió más alto y, al hacerlo, deseó que el volumen de la música amortiguara su delirio. A Eloy aquel sonido, sumado al caudal que chorreaba por sus manos y sus mejillas, lo fascinó. Repitió el movimiento y lo intensificó. Tiró del diminuto músculo, tensándolo al máximo, y lo besó. Chupó de él como si lo hiciera de un racimo de uvas, extrayendo su jugo y su esencia, provocando en Mara una catarata de placer.

—Todo un aguacero...

Sí, Mara le estaba regando la cara entera. No podía aguantar más. El asalto de Eloy era tórrido, y en su mirada se reflejaba todo su descaro. Se ponía las botas sin represión alguna, insaciable a más no poder, como si la retara, como si la instara a deshidratarse hasta ahogarlo.

—Vamos, Mara... —demandó seductor—, muévete, dame de beber.

Una oleada de deseo ascendió desde su vientre hasta su paladar. El orgasmo estaba al acecho, como Eloy. Abordándola con aquella figura arrodillada, postrada ante ella, valiéndose de su cuerpo para satisfacer el suyo, con ojos dorados de ángel y boca de predador.

Mara se balanceó adelante y atrás. Eloy gimió y su respiración se evaporó por su pubis. El ritmo se fue acrecentando, en su vaivén, en la penetración anal, en los lengüetazos y en la sangre que le galopaba por las venas. Aquello no era destreza ni experiencia, era conexión llana y genuina. Nada traspasaba de un modo tan hondo como aquella afinidad.

Mara contempló a Eloy en mitad de su danza. Sus miradas conectaron y sintieron el tirón al unísono; el que los llevó a adherirse el uno al otro con más ímpetu, con desenfreno y desesperación. Mara gritó. La invasión en el culo se intensificó y de entre sus muslos se expandió un seísmo que sacudió todo su cuerpo. Apretó los dientes y las piernas y se corrió generosamente, retorciéndose como una lombriz, perdiendo aire, equilibrio y razón.

No volvió a enfocar la vista hasta pasado un rato, cuando, todavía jadeante, se recomponía de espaldas al gres. El sudor empapaba su piel incluyendo los sitios más comprometidos, los que Eloy liberó sin prisas, manifestando una

reticencia desvergonzada. Mara se armó de valor y miró hacia abajo.

De rodillas, enrollando un brazo en su pierna derecha y reposando la cabeza despeinada sobre su muslo, Eloy recuperaba el aliento. Tenía el aspecto de haber disfrutado tanto o más que ella. Su mejilla ardía contra la piel de Mara y su mirada brillaba entre el júbilo y la ebriedad.

—Tenemos una extraña fijación con los baños. ¿Lo habías pensado?

No. Ni iba a contestar. Su razón y su agitación se lo impedían. Eloy aceptó su silencio. Sus dedos atraparon una gota de fluido que descendía cercana a su rostro. Dibujaron distraídos el camino inverso, serpenteando por la piel, erizándola a su paso y aproximándose a las ingles, donde acabaron derrapando. Mara torció el gesto.

—Eres un poco guarro.

Eloy sonrió.

—Soy un poco díscolo —corrigió.

Su mirada se elevó y en ella Mara vio los coletazos de la lujuria entremezclados con una ansiedad que la desubicó. Por unos segundos, se mantuvieron en suspenso, mudos y absortos en la vista del otro, enredados en una espiral de indecisión.

—Pregúntamelo —dijo él.

Mara consiguió al fin respirar por la nariz. Se frotó la cara, despejándose, quitándose la tontería como si se tratara de un sueño al despertar, y dejó caer los brazos.

—¿Por qué de repente no puedes quitarme las manos de encima?

Eloy suspiró.

—Porque, desde que nos besamos, mi boca te echa en falta y el resto de mi cuerpo te tiene pendiente.

Así que por un beso... No se lo creyó. Algo tan simple no podía revolucionarlo de aquella manera. No tenía sentido, debía de haber algo más.

—No he cambiado..., soy la de siempre... ¿Qué es lo que tengo para que te sientas así?

Su cara se arrugó.

—¿Lo que tienes?...

—Sí, es lo que no comprendo —confesó desesperada—. ¿Qué puede gustarte tanto como para alterarte a este nivel? Mira lo que estamos haciendo, ¿qué nos

está pasando?

Subió el tono sin querer. Hablaba el desconsuelo y el afán por arrojar luz en una sesera repleta de niebla. Eloy se incorporó. Una vez a su altura, demandó su atención en una orden silente.

—Me gustan muchas cosas.

Toqueteó sus rizos y evocó una pose feliz y fantasiosa.

—Me gusta cuando estás nerviosa y juegas con tus rizos tensándolos como un elástico; me gusta cuando crees que sabes bailar, me gusta que seas tan inquieta y obstinada; me gusta el orden que hay en tu caos; me gusta lo despierta que estás por las noches y lo malhumorada que estás por las mañanas, y me gusta la cara que estás poniendo, porque en ella presiento que quieres besarme.

Mara inhaló profundamente. En efecto, lo quería y, por ello, procedió. Se besaron; primero con los labios, cubriéndose mutuamente y apretando para abrirse después, dejando entrar y salir dos lenguas que se saludaron como si fueran viejas conocidas. Sin contacto en mucho tiempo, pero comportándose como si se hubiesen abordado ayer. Afectuosas, penetrantes y con el punto justo de intensidad que les permitía seguir respirando. Un beso largo y cargado de adoración que los hizo perder el sentido y la noción del tiempo; que les fundió el corazón y que les aclaró gran parte de lo que necesitaban saber.

Mara se sacudió cuando notó regresar los dedos de Eloy a su entrepierna.

—Te estás mojando otra vez.

Un resuello escapó de su boca para abanicar la de Eloy.

—Es que no sabía que tuvieras tanta labia.

La suave risa de él templó sus nervios.

—Podemos volver a hacerlo, todas las veces que quieras.

—¿De verdad lo crees?

Eloy paró el vaivén de sus dedos en seco. Hizo presión entre la palma de su mano y el clítoris de Mara y dejó pasar unos instantes. Las pulsaciones de la joven vibraron bajo su tacto.

—¿Lo notas? Es como tocarte el corazón.

—Eloy...

Sus pupilas se dilataron. La nuez en su cuello bajó y subió con torpeza.

—Otra vez.

—Eloy...

Jadeó embrujado. Acarició la curvatura de su mandíbula con suavidad, dejando resbalar por la misma una mirada que reflejaba un apetito revocado.

—Quiero tanto de ti... que esto no es más que un mísero anticipo.

Mara no pudo controlar un repentino impulso de tocarlo. Atrapó su rostro entre las manos y lo cobijó en ellas sin saber si deseaba besarlo con languidez o pasarle la lengua por todas partes. Lo tenía a su disposición, muy impresionado por su arrebato, lo que le dio fuerzas para prepararse para la verdad.

—Dime qué es lo que quieres, Eloy.

Él evaluó su rostro y, envalentonado, curvó la boca en una expresión de lo más esperanzada.

—Prefiero demostrártelo. No hay palabras para transmitir lo que anhelo de ti, lo que deseo contigo y lo que espero que me hagas.

Mara tragó saliva. Su desconcierto hizo mella en Eloy, que traicionó cuanto se había prometido y acabó cediendo.

—Muy bien —suspiró—. Quiero que nos demos la mano —comenzó diciendo—, que vayamos a cenar a un sitio caro, pidamos vino, nos tentemos bajo la mesa y sudemos excitados hasta otro baño —sonrió—, donde follemos cerda, intensa y lentamente. —Al ver que ella no lo interrumpía, prosiguió—: Quiero que nos volvamos locos e imprevisibles, que nos echen por escándalo público y que encelemos a las calles y a la noche con besos como el que me has dado —enfaticó con ronquera—. Quiero que siempre estemos juntos, que compartamos el mismo dormitorio y la misma cama, que nos entreguemos a corazón abierto y que lo celebremos con arrumacos y lametazos que nos hagan reír, gritar y llorar de gusto.

Sus dedos se movieron, sobresaltándola.

—Eso quiero —confirmó—. Y tú te deshaces al oírlo.

Sí, a Mara se le deshizo el coño, el corazón y el cerebro con aquello. Se encontraba tan aturdida que no lograba discernir si era una broma cruel o una salvaje verdad.

—¿Lo dices en serio?

Eloy asintió, tardo y circunspecto. Si hubiera prestado la debida atención, podría haber notado la poderosa y única contracción en la entrepierna de ella, la que provino directa del pecho; pero no lo hizo, ya que sólo se mostraba pendiente de su verbo.

—Di algo —imploró bajando la voz.

Mara abrió la boca y movió los labios, aunque nada se pronunció en ellos. Su cabeza no producía señales precisas, la corriente fluía, pero no llegaba al chispazo para hacerla reaccionar. No pudo ni pestañear, cosa que a Eloy no le pareció nada halagüeño.

—Intentémoslo, Mara. Tú y yo. Creo que...

Un coro de carcajadas femeninas saturó el baño de improviso. Los dos se llevaron un buen susto, sobre todo ella, que se reseteó de golpe y se vistió con prisas. Aprovechando aquella distracción, se apartó y abrió la puerta. Las chicas se callaron. Sorprendidas por la pareja que salía del cubículo, se miraron unas a otras y murmuraron por lo bajo.

Mara se fijó en Eloy. Estaba demudado. Sobrepasada por cómo se estaba sucediendo la noche, la semana, el mes, el año y aquella surrealista etapa de su vida, tomó su centésima mala decisión. Vertió una mirada líquida con la que pretendió expresar su más sincera disculpa y puso pies en polvorosa.

Fiebre de lunes por la mañana

Eloy cerró la maleta. Los jerséis y los libros ocupaban casi todo el espacio, lo que abultó su volumen y aumentó su peso. Repasó una vez más que todo quedara en orden. Cama hecha, escritorio despejado, regalos amontonados en una esquina, persianas bajadas y nada que perder. Descolgó el abrigo del armario y se lo puso guardando los billetes de avión en el bolsillo. Revisó el maletín del portátil y echó otro vistazo por la habitación. Tenía la sensación de que se dejaba algo. Se palpó a sí mismo, llevaba el móvil, las llaves y la cartera. ¡Bah! Serían los nervios del vuelo y las horas intempestivas.

No había pegado ojo. De hecho, su despertador no llegó a sonar. Lo apagó antes de tiempo, aburrido de contar los minutos que le quedaban para darse una ducha rápida y buscar un taxi. La falta de descanso comenzaba a perjudicarlo, lanzándolo al bostezo y a la urgencia de una taza de café. Eran las cinco y media de la mañana. Según él, un buen madrugón; según Mara, madrugar era levantarse a las siete, lo de las cinco era despertarse en mitad de la noche. En el fondo tenía mucha razón.

Ay, Mara... Su querida Maravillas... Eloy salió al pasillo y encendió la luz. La puerta de su cuarto estaba entreabierta, como siempre. La empujó con cuidado para verla una última vez antes de marcharse. Casi no podía reconocerla tan tapada como se encontraba. Le habría gustado que hablaran con calma y poder explayarse de un mejor modo del que había improvisado.

Se había dejado llevar por la adrenalina del momento y, bullendo de

exaltación, cantó *La traviata* entera. Sobra decir que no se parecía en absoluto a lo que tenía planeado. Era en una de esas citas que le estaba pidiendo donde pretendía abordar la seriedad y el futuro de su relación. Soltarlo a bote pronto no le había sentado bien a ninguno de los dos. En fin, estaba visto que abrir la boca para algo más que gemir y jadear durante el sexo estaba sobrevalorado. Era más aconsejable chupar, tragar y callar; aunque aquel pobre desgraciado no tenía la culpa de que el sabor de Mara lo atrofiara sin remedio.

Goku se coló por el hueco de la puerta. Eloy intentó impedirlo yendo tras él, pero, como era de esperar, el gato fue más rápido. Saltó a la cama y, sigiloso como el felino que era, anduvo por el nórdico que enrollaba a Mara como una crisálida blanca. Se acostó en la almohada y comenzó a ronronear. Eloy lo acarició con cautela y susurró:

—Cuida de ella, gordo.

Su contestación fue un maullido tan estridente que Mara se asustó y se despertó de su propio ronquido.

—¿Qué pasa?! —aulló—. ¡Ladrones!

El gato salió volando a la otra punta del colchón y Eloy se apresuró a calmar a Mara. Colocando la mano en su frente, volvió a acostarla.

—Chist... Tranquila, sigue durmiendo.

La arropó y, después, masajé las arrugas de preocupación que se habían formado sobre sus cejas. Solía tener un sueño profundo, creyó que caería rendida enseguida, así que aguardó tomando asiento. Al cabo de unos instantes, sin embargo, ella abrió primero un ojo y luego otro. Las arrugas retornaron a su frente.

—¿Estoy soñando o es verdad que te has vuelto un mirón onanista?

Horrorizado, se levantó de un salto.

—¿Qué? ¡Ninguna de las dos! —protestó—. He venido a despedirme.

Mara se sentó, muy espabilada. Tenía el pelo enmarañado, los ojos rojos y el pijama recogido sobre el abdomen.

—¿Cómo que a despedirme?

Eloy señaló su maleta.

—Tengo el SEVC. Me voy a Barcelona. ¿No lo recuerdas?

Ella resopló, frotándose la cara.

—No, lo había olvidado.

Eloy lo comprendió. No se habían dedicado precisamente a hablar los días previos.

—¿Cuánto dura?

—Volveré la semana que viene.

El congreso duraba apenas tres días, y él, como auxiliar, debía asistir obligatoriamente a dos. No obstante, su jefe tenía concertadas varias reuniones con proveedores y viejos colegas de profesión a los que quería presentarle. A Eloy no lo apasionaban aquel tipo de eventos. Algunas charlas merecían la pena, pero el resto consistía en un montón de distribuidores dándole la tabarra con la publicidad de sus productos. Suturas, collares, medicación... Lo último que le apetecía era lidiar con aquello, y más con el humor que ya gastaba.

—Eso es mucho tiempo.

Eloy enarcó una ceja.

—¿Comparado con qué?

Mara estaba nerviosa. Desviaba la mirada de un lado a otro como un péndulo acelerado e hincaba las uñas en el colchón.

—No puedes irte, Eloy, no dejando esto a medias.

Por poco le dio un vahído. O seguía más dormida que despierta o había perdido la memoria.

—Es curioso que me lo diga la misma persona que ayer salió corriendo como si le fuera a contagiar la sífilis.

Ella se encogió por su tono, abrazándose las piernas y apoyando la cabeza sobre las rodillas. Tenía todo el aspecto de una figurante huérfana de *Los miserables*. Lastimera, se echó una mata de rizos hacia atrás. Enfocó una mirada vidriosa y dijo:

—Lo siento. No quiero que nada cambie.

Eloy sufrió un miniinfarto. No podría haber sido más rotunda. Directa en el corazón y con hoja dentada y de hierro.

—¿Tú ya eres feliz así, Mara?

Se encogió de hombros.

—Soy una conformista de mierda —murmuró—. Y me gusta.

Con las fuerzas y las ilusiones por los suelos, acusando un molesto hormigueo por la espalda y la nuca, Eloy procesó su negativa. Sus inseguridades salieron a flote. Ya no se veía imparable e invencible como cuando atrapaba la

mirada de Mara y le provocaba la condensación. Su presente se estaba resquebrajando y el mañana era plano. No habría ni citas, ni besos, ni más baños.

Llevaba la vida entera esperando la situación y el momento exactos para exponerse a Mara. Había fantaseado con la respuesta positiva y tenía prevista la contraria. Después de tanto tiempo, se creía preparado para afrontar el rechazo. Lamentablemente, el dolor era mucho más intenso de lo que había imaginado.

Se le dispararon los interrogantes y las autocríticas. Todo estaba saliendo mal. Pensó en cómo enmendarlo, en cómo pedir un receso y empezar de nuevo... Pero no podía engañarse a sí mismo. Nada iba a tener la capacidad para condicionar la decisión de Mara. Sintió una impotencia terrible; porque hasta ahí podía llegar, porque Mara había dicho «basta». Al parecer, estaba equivocado. No tenían nada de que hablar.

—Está todo dicho, entonces.

Ansioso por salir de allí, atravesó el dormitorio en dos trancadas y cogió su maleta.

—Yo seré una conformista —reiteró ella—, pero, yéndote así, demuestras que tú eres un cobarde.

Se detuvo con brusquedad. Lentamente, volvió el rostro y en él evidenció una peligrosa indignación. Mara tragó saliva.

—Lo dijiste la noche que llegaste alcoholizado perdido, cuando nos echamos a dormir.

Mara lo malinterpretó. Eloy no estaba cabreado por haberlo cascado, ya fuese sobrio o borracho. Estaba cabreado por que se lo echara en cara quien acababa de admitir ser una resignada patológica. Entre eso y el plantón de la noche anterior, no pudo más. Tocó fondo.

—¿Sabes, Mara? Creo que ya no soy tan cobarde —masculló—. Porque alguien así ni se atrevería a confesarte lo mucho que te ama, ni aceptaría tu rechazo de guardería con la cordura con la que lo estoy haciendo yo.

La taquillera abrió tanto la boca que debió de dolerle. Lucía pasmadísima, y eso no le produjo ninguna satisfacción. Lo que quería era que pegara un salto y se arrojara a sus labios, no que se transformara en una pálida estatua de mármol. Ni un parpadeo, ni un mísero vocablo. Bien, mensaje captado. Se le echaba el tiempo encima y aquella conversación le estaba dando acidez de estómago.

—Adiós, Mara.

Recogió sus bártulos y siguió su camino, lejos de su refugio, lejos de ella. Había descubierto, ya tarde, que con Mara no había miedo que sirviera, que la relación fluía y la complicidad se reforzaba. O, al menos, esa sensación le había dado por un breve lapso. Quizá lo habían confundido las ganas que tenía de que todo prosperara. Quizá sólo había sido una ilusión.

—Eloy, espera.

Mara lo alcanzó en el rellano, esperando al ascensor. Se acercó y, cortada, le tendió un bulto de lana.

—Tu bufanda.

Ah, así que eso era lo que se le olvidaba... Suspiró. Odiaba lo mucho que amaba aquella afinidad entre ambos. Ella desenrolló el bulto y se dispuso a ponérselo. Con el pulso martilleándole las sienes, Eloy se dejó hacer. Cuando terminó, la bufanda le tapaba hasta la nariz.

Mara lo miró a través de unos ojos que eran dos granos de café tostado. Se quedaron absortos en él, a la altura de su boca, oculta por el tejido, y brillaron con añoranza.

A Eloy se le blanquearon los nudillos de hacer fuerza y aferrarse a su equipaje. Si se despegaba, la levantaría en brazos y se encerraría con ella en su dormitorio hasta perecer.

—Adiós, Eloy.

Su despedida, en una voz tan débil como un hilillo susurrante, se estancó en sus oídos. Abrió el ascensor y se fue sin mirar atrás. Estaba perdido. Después de Mara, nada le iba a saber igual.

*Nadie hablará de nosotras cuando
hayamos avanzado*

Arantxa se rebulló en el asiento del metro. Iba lleno. Era día de partido y la masa de gente hablaba a gritos y se apretujaba entre familias, peñas y grupos de amistades. Las camisetas y bufandas de dos equipos distintos coloreaban su vagón. Por si fuera poco, una señora uniformada se hizo paso sosteniendo una pancarta que anunciaba la venida del anticristo, y, tras ella, culebreó otra armada con un altavoz y un organillo que se lanzó a versionar a Rocío Jurado.

Faltaban los coristas del Hare Krishna y el gitano de la cabra. Arantxa no dudó de que asomarían el morro de un momento a otro. Por fortuna, nada de eso le importaba. Ése era un día muy especial. Bien podía presentarse un encantador de serpientes, que lo único que podía afectarle era la compañía del asiento de al lado. Elsa.

Se dirigían hacia su primera cita, aunque, teóricamente, ya había arrancado. Las dos se mantenían calladas como tumbas. Imaginó que por los mismos motivos: los nervios y el jaleo que se montaba a su alrededor. Para celebrar la ocasión, Arantxa había dejado la chupa en casa y se había engalanado con algo más formal. Camisa blanca, pantalones de pinzas, zapatos Oxford y abrigo corto gris. El atuendo del teatro, las exposiciones y las entrevistas de trabajo.

A Elsa la protegía su parca marrón hasta las rodillas, donde emergían unas medias estampadas y unos botines de piel. Tenía colorete rosado e irisado en las mejillas y olía a un perfume dulzón. A la fotógrafa le habría gustado besarla y en

otras circunstancias lo habría hecho. No tocarla como deseaba se le hacía cuesta arriba y tenía que hacer uso de toda su paciencia para serenarse.

Invitarla al cumpleaños de Eloy había sido un acierto. Las ayudó a olvidar la tensión y a ser naturales en un ambiente festivo, donde charlaron de banalidades y bebieron sin pretensiones. Estar rodeadas de otra gente les sacó el palo que llevaban incrustado en el trasero, pero en aquel vagón de metro, parecía que fuesen a retroceder y a volver a su marca de salida.

—¿Te divertiste en la fiesta de Eloy?

Elsa dio un respingo, como si la hubieran sacado de una ensoñación honda y distante.

—Sí, mucho —sonrió—. Tienes buenos amigos.

Arantxa sacó su móvil y se lo tendió.

—Aparte de las que tengo en la cámara, hice también muchas fotos con el móvil —informó—. Sales en varias. —«En casi todas»—. Pásate las que quieras.

Elsa ojeó las imágenes con interés. Al llegar a la que salía Mara comiéndose sus bombones a escondidas, se echó a reír. Envío unas pocas a su número y, cuando le devolvió el terminal a Arantxa, la fotógrafa acarició sus dedos con alevosía y premeditación. Elsa abrió los ojos considerablemente, mas no rompió el contacto. Arantxa enlazó sus manos y se inclinó sobre ella. La modelo estaba agarrotada. Con expresión expectante, sí, pero rígida como un elástico en su punto más tenso. Arantxa se quedó a un milímetro de su boca. No quiso presionar, iría a un ritmo más sosegado, tal como se había prometido.

—Oye, ¡vosotras!

Un chaval no mucho mayor que ellas se tambaleó junto a su asiento. Estaba enfundado en prendas bicolor de un equipo local y columpiaba una lata de cerveza en la mano. Lo secundaban otros cuatro con pintas y condiciones similares. Echó un trago a la bebida y espetó:

—Sois tortilleras, ¿no? Daos un beso.

Arantxa puso cara de oler una boñiga gorda y contundente.

—¿Qué? —exclamó—. Vete a criar ganado y déjanos en paz, pedazo de paleta.

El chico se puso granate.

—¿Qué me has llamado?

—Pedazo de paleta.

—Como me vuelvas a contestar —amenazó estrujando la lata—, te meto un puñetazo.

Arantxa se puso en pie. Presumiendo de estatura y con toda la chulería y cachaza del mundo, apoyó un zapato en el borde del asiento.

—Atrévete, estaré encantada de devolvértela.

Él profirió una risa estridente.

—No tienes huevos.

—No, la verdad es que no —apuntó—. A mí lo único que me cuelga es la campanilla, pero me sobra genio para atizarte si hace falta.

La réplica irritó tanto a aquel burro que arrojó la lata al suelo y levantó el puño. Arantxa no se dejó amilanar. Ladeó la cabeza y sonrió.

—Si lo haces, te siembro el culo a patadas.

El puño se mantuvo en suspenso por lo que podría haberse considerado una eternidad. Por suerte, el metro paró y uno de los de su tropa lo asió por el hombro y tiró de él.

—Vamos, tío, olvida a las *tortis*, nos bajamos ya.

Sin perderla de vista, se fue como los cangrejos, escorándose y perdiéndose en la marabunta que salía en tropel en dirección al estadio de turno. Arantxa le regaló una peineta mientras el metro cerraba sus puertas y se ponía en marcha. Después, resopló y volvió a sentarse. Iba a comentar la jugada con Elsa, quien, para su desgracia, se encontraba mucho peor que antes.

Los pocos que quedaron en el vagón tenían la vista puesta en ellas. Intrigados o admirados, qué más daba. Ninguno había abierto la boca. Por ella, como si se ponían a aplaudir. Para Arantxa no dejaban de ser cómplices de una sociedad egoísta, insolidaria y anestesiada como nunca. Lo único que le preocupaba era la mala pinta que tenía Elsa. Creyendo que vomitaría o infartaría, la instó a moverse.

—Venga, vámonos de aquí.

Dirigiéndola con una mano en la nuca, ya que, sinceramente, no sabía de dónde agarrarla, no pararon hasta llegar al final del metro, donde nadie tendría por qué reparar en ellas. Si lo sucedido la había impresionado, abrazarla y confortarla a su estilo le habría provocado un ictus. Por eso, Arantxa se valió de la larga cabellera rubia para acariciarla disimuladamente. Aun sí, en cuanto notó

la tensión del músculo, apartó la mano y se la guardó en el bolsillo. Elsa no recuperó el habla hasta la siguiente parada.

—Estás loca, Arantxa.

Ella rio por lo bajo.

—No, loca me habría vuelto si te hubieran tocado.

Elsa emuló una triste sonrisa. Estaba recuperando el tono saludable en los carrillos y los ojos.

—¿Cómo lo aguantas?

Arantxa hundió la cabeza entre los hombros.

—Con práctica.

Miró hacia otra parte y tarareó una cancioncilla en ademán superficial. Lo que no usó ni enseñó por un rato fueron las manos. Le daba mucha vergüenza que Elsa descubriera cómo le estaban temblando. Arantxa tenía agallas, mas no era inmune a situaciones así. Cazurros como ése los había a puñados y siempre donde menos te lo esperabas. Afortunadamente, no eran su día a día. Para ella formaban una minúscula parte de su realidad. No obstante, para Elsa era algo ajeno, propio de un universo paralelo que tal vez no estaba dispuesta a asumir tan a la ligera.

—Ésta es nuestra parada —informó.

Se culpó en cierta medida por haber contribuido a su espanto. Igual podría haber bajado la cabeza. O igual aquel tío podría haberse metido la lengua por el culo. Ella lo tenía claro; lo que pensase Elsa era un misterio. Seguía aturdida. Desconectar y disfrutar de la noche no parecía que fuese a ser coser y cantar para ella. La fotógrafa hizo de tripas corazón y se paró en medio de la riada de gente que buscaba su transbordo.

—Elsa, ¿qué te parece si damos media vuelta y cenamos cualquier cosa en mi piso?

La modelo, confundida y recelosa, se cruzó de brazos.

—Dijimos que iríamos despacio.

Se echó a reír, desganada.

—Confundes mi lado salvaje con mi voluntad de buena samaritana.

Al adivinar a qué venía su ofrecimiento, Elsa asintió turbada por el equívoco. Arantxa quería que aquella cita fuese perfecta, y no había empezado de la mejor de las maneras. Podía solucionarlo en un entorno más íntimo, uno en el que la

modelo no se sintiera tan expuesta.

—No —respondió sorprendiéndola—. No, Arantxa, quiero probar el *steak tartar* ese que tanto te gusta.

El pecho de la fotógrafa se llenó de orgullo con su respuesta. Continuaron caminando. Cuando Elsa expresaba su arrojito era cuando más se alegraba de haber apostado por ella. Bajo aquel aspecto dulce y angelical, había escondida una leona. Bastaba con rascar un par de capas para que saliera a relucir y la deslumbrara con su fuerza.

Arantxa, mucho más animada, la condujo a uno de sus restaurantes favoritos. Se lo había recomendado por su variedad de platos y su barra de cócteles. Esperaba que le gustara, que regresaran muchas veces y que en cada una de ellas fuesen un paso más allá. Un roce, un beso, un muerdo... Hacer de aquel sitio su centro de evasión y vincularlo a sus primeras veces le resultaba emocionante y quería transmitírselo a Elsa.

Al llegar, les ofrecieron una pequeña mesa junto a la ventana. Era un bistró de luces bajas con multitud de espejos y decorado con un exquisito estilo *art déco*. Los comensales eran casi todos jóvenes y guapos, dando a entender que aquel sitio se había subido al carro del nuevo postureo madrileño. Mientras la comida fuese de su gusto, a Arantxa no le molestaba.

Enseguida, una camarera les llevó las cartas.

—¿Arantxa?

Alzó la vista. La camarera en cuestión la observaba con ojo crítico. Ella hizo lo mismo. Aquella chica le sonaba... Sí... Oh, sí, por supuesto. Una ex. Otra de una lista que de repente, sin saber por qué, le parecía interminable.

—¡Arantxa! —gritó al cerciorarse de que era ella—. ¡Qué alegría! ¡Hace mil años que no sé nada de ti!

La fotógrafa balbuceó. Recordaba haber ido con ella a cenar, al cine y a la cama. Hacía años de eso. Se llamaba... Por Dios, se llamaba... Bárbara... Belinda... Beca...

—¡Bea!

La chica la abrazó e intercambiaron un par de besos.

—Recuerdo que cuando salía contigo todavía era pelirroja —rio.

—Sí...

Tenía una melena de fuego larguísima que se había desgraciado tiñéndola de

oscuro y cortándosela a capas, que, en vez de tijeretazos, concordaban más con mordiscos de cabra.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. —Y haciendo uso de una indirecta muy directa, agregó—: Te presento a Elsa.

—Encantada —comentó de pasada.

Elsa murmuró. No miraba a Arantxa, sino a Bea, que la chequeaba de arriba abajo como una impresora láser.

—¿Cómo te va con la fotografía?

—Tirando, ¿y tú con lo tuyo?

—En mi línea, sin mucha novedad —contó despreocupada—. Veo que mantienes los gustos en la cocina si sigues viniendo a cenar aquí. ¿Pedirás el *steak tartar*?

Arantxa inspiró comedida.

—Puede.

—Genial, les diré a mis compañeros que se esmeren y le pongan mucho amor.

—Y sustancia, por favor.

Bea prorrumpió en carcajadas.

—Esta mujer me volvía loca —le dijo a Elsa—, ¿a ti no te pasa lo mismo?

Por la cara que estaba poniendo, no, no comulgaba con aquel tipo de locura. Alguien demandó la atención de Bea. La chica abrazó a Arantxa por los hombros con familiaridad y sonrió.

—Ahora vuelvo, chicas. Esta noche seré vuestra camarera, ¡podremos hablar cuanto queramos!

—Qué bien.

«Justo lo que quería.» Elsa pensó lo mismo, a juzgar por cómo se desataba la tormenta eléctrica en sus iris azules.

—Así que salíais juntas... —mencionó—. Sé que está de más preguntarlo, pero no lo puedo evitar. ¿Sabías que trabajaba en este sitio?

La fotógrafa negó con la cabeza.

—Este restaurante forma parte de un grupo. Antes Bea trabajaba en uno que había al otro lado de la Castellana.

Y la verdad es que lo había olvidado por completo. De hecho, aquella tipa se

estaba preparando unas oposiciones a docente. Había tenido tiempo de sobra para dejar de servir mesas. Claro que la famosa y prolífica fotógrafa afincada en un Fototrix de barrio no era la más indicada para hablar.

—¿Cómo os conocisteis?

—Por internet.

Elsa leía la carta, o más bien hacía que leía. Arantxa rezó para que aparcara el tema, aunque no estaba muy por la labor.

—¿Conoces a muchas chicas por internet?

—Sí —pero se corrigió—: Quiero decir..., antes, sí. Facilita mucho el tema.

—Ya..., sobre todo si lo que buscas es ir al grano.

Arantxa rumió en voz baja. Inesperadamente, Bea regresó con una Voll-Damm, que le sirvió en un vaso.

—Me he tomado la libertad, sé que es tu favorita —explicó, y luego se volvió hacia Elsa—: ¿Qué te apetece a ti?

La modelo le dirigió una mirada engañosamente agradable.

—Podrías haberlo preguntado antes de mostrarte tan solícita.

Fue tan chocante que ni Bea ni Arantxa supieron cómo reaccionar. Elsa rio segundos más tarde, quitándole hierro al asunto.

—Lo digo porque vas a dar dos viajes, mujer. Quiero lo mismo que ella.

Bea se puso a lo suyo un tanto descolocada. Arantxa cerró la carta.

—No se lo tomes en cuenta. Siempre ha sido así de... espontánea.

Elsa bufó.

—Pues que se guarde la espontaneidad para quien le interese.

Aquel comentario le habría resultado de lo más divertido de no ser por la cara tan verde que tenía la modelo. Era cara de mareo, de contener la bilis y necesitar Biodramina. No estaba dando ni una aquella noche.

—Aquí tienes tu bebida —dispuso Bea al volver—. ¿Ya lo tenéis, chicas?

Arantxa supo que ni ella ni Elsa estaban listas para pedir.

—Dame cinco minutos.

La camarera apoyó una mano en su hombro y se echó a reír.

—Mira, eso no me lo decías mucho.

—Bea...

Se estaba acordando de su madre, de su padre y de por qué lo habían dejado. Charlatana y metomentodo, nada de su estilo. Elsa echó su silla hacia atrás con

énfasis en el arrastre y habló evitando mirarla a los ojos:

—Disculpadme.

Menudo cuadro. De todos los restaurantes de la ciudad tenían que haber ido a parar a aquel, donde trabajaba la más cargante de sus ex. La suerte no le sonreía, le hacía un corte de mangas y la lanzaba de lleno al foso de los tiburones. A ver cómo salía de aquélla y lograba apaciguar la renovada ansiedad de Elsa. De momento, comenzaría con Bea, que seguía carcajeándose mientras desatendía el resto del local.

—Oye, Bea, córtate un poco. Es mi primera cita con Elsa y la estás incomodando.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque eres más pesada que un tuno borracho.

La camarera retiró la mano con rapidez.

—Uy, qué borde, pero si yo tengo novia.

Arantxa pestañeó.

—Joder, pues la tendrás contenta.

—Ahora entiendo —cuchicheó—. Será por ese humor por lo que te ha plantado tan pronto. Pobre Arantxa, con ésta habrás batido el récord.

—¿Plantado? —chilló—. Habrá ido al baño.

Bea apuntó la dirección que había tomado Elsa.

—Por ahí se va a la calle, no al baño.

Arantxa vio que la modelo se había llevado consigo el bolso y la parca y se levantó de un brinco. Ignorando los gritos de Bea y esquivando al personal, salió al exterior como un vendaval. Elsa estaba en la puerta, apoyada contra la pared e iluminada por el foco que indicaba la bienvenida al local. Tenía una mano en el bolsillo y, en la otra, para desconcierto de Arantxa, sostenía un cigarrillo. Lo miraba con el mismo deseo con el que Arantxa miraba el cartón que había guardado bajo llave en su dormitorio.

—¿Tú fumas? —espetó.

—No, ya no —dijo haciendo un puchero—. Hace meses que lo dejé, pero últimamente me puede la tentación.

Una carcajada reventó en el paladar de Arantxa. Nunca lo habría dicho de ella, y menos que sufriera su mismo mono y, aparentemente, por los mismos motivos. Sin pensarlo mucho, por el bien de ambas, partió el cigarrillo en dos y

lo tiró en el cenicero de la entrada. Sacó un paquete de chicles y se lo ofreció a Elsa.

—Yo también llevo varios meses de abstinencia.

La chica meneó la cabeza y se llevó uno a la boca.

—Qué suerte que lo lleves tan bien.

Arantxa se tragó una segunda carcajada.

—Sí, firme como una roca.

Masticó otro chicle y guardó el paquete. Sintió lástima por haberla arrojado al vicio sin querer. Quiso recompensárselo.

—Siento si Bea te lo está haciendo pasar mal. Si sirve de algo, hace como un lustro que no tengo ningún tipo de interés en ella —aseguró—. Podemos cenar en cualquier otra parte. Ah, y se me olvidó comentarte que también siento mucho que Mara se refiriera a ti como «mi novia» en el cumpleaños. ¿Te molestó? —preguntó muy interesada.

Elsa le quitó importancia con la mano.

—No pasa nada, me lo tomé como una broma sin maldad.

Arantxa ansiaba otro tipo de contestación, pero se contentaba con que Elsa no se hubiera desmayado en mitad de la fiesta.

—Como cuando amenazó con matarme si te hacía daño. —¡¿Qué?!

—Tus amigos te quieren mucho —rio—. Ella y Eloy.

Arantxa también los quería. Eran lo más parecido que tenía a un par de hermanos. Eso no la eximía, empero, de querer matarlos de vez en cuando. Lo juró para sus adentros. Le raparía los rizos a Mara con la maquinilla de afeitar de Eloy mientras durmiera.

—Arantxa..., creo que me estoy metiendo en algo que me viene grande.

La fotógrafa miró a Elsa boquiabierta, alucinada por la seriedad de su tono, por su repentino cambio de parecer y, en definitiva, por aquella bofetada mental.

—No puedes volver a reprimir lo que sientes, ¿te vas a echar atrás ahora?

Ella lo había dicho, su pasado sentimental estaba plagado de fracasos porque empezaba a darse cuenta de que rondaba por la acera que no era.

—Lo digo por ti.

Aquello fue peor, más personal y más confuso. Elsa le sostuvo una mirada honesta al explicarse.

—Es la segunda vez que te veo con una ex, y a ninguna de las dos da la

impresión de que la hayas dejado indiferente. Y, para colmo, en el cumpleaños vi cómo te miraban y te rondaban otras cuantas chicas.

Arantxa procuró no reír. Era cierto. Entre algunas de las auxiliares con las que había estudiado Eloy había un rollo bollo muy serio.

—Impones un montón, Arantxa. Imagino que ya lo sabes.

No, aquello no se lo veía venir, no de Elsa.

—Vaya, yo que pretendía ponértelo fácil y resulta que no hago más que fastidiarla.

—Sé que no es culpa tuya —aclaró con celeridad—. Sé que te estás esforzando porque me sienta a gusto. Pero lo que no sé es cómo pretendes que te dé algo... que ni siquiera sé cómo se da —rio—, y que ya tienes a tu alcance cuando quieras.

Arantxa no podía creer lo que estaba oyendo. Era inconcebible que una mujer tan preciosa por dentro y por fuera como lo era Elsa se sintiera tan insignificante a su lado. Quiso abofetearse por haber permitido que se infravalorara así. Arantxa nunca se había visto en una situación parecida y el tiento no era lo suyo. Tan sólo lo hacía lo mejor que podía. Su objetivo más inmediato era pasar una memorable velada con Elsa, no arruinar su autoestima sometiéndola a un casting de zopencos y metomentodos nocturnos.

—Sí, Elsa —admitió sin filtros—. Si me lo monto bien, puedo asegurarme un rollo insípido y sin importancia. El problema es que ya no quiero esos rollos. Quiero noches de indecencia y mañanas de mimos, y las quiero todas junto a ti. Tú eres tú y las demás son cascarilla. Mézetelo en la cabeza, aquí no entra nadie más. Vamos a hacer que funcione. ¿Está claro?

Desde que la conocía sólo tenía ojos para ella. Estaba convencida de que a aquellas alturas todos podían verlo. La entristeció que para Elsa no fuese tan obvio.

—¿Y si te parezco aburridísima y te vas con la primera tetuda que se te ponga a tiro?

Su tristeza evolucionó a indignación en un nanosegundo.

—Gracias por la confianza.

La modelo se enderezó muy agobiada y compuso un gesto digno de una saetera de Semana Santa.

—¡Arg! Ha sonado fatal, lo sé... Es que..., Arantxa, esto es emocionante pero

también asusta —gimoteó—. He estado mirando vídeos por internet y hay cosas que no sé cómo voy a poder hacer. Vale que me gusten las mujeres, lo estoy asumiendo, pero no me cabe duda, después de haber visto esos vídeos, de que, como lesbiana, dejo mucho que desear. ¡Soy realmente patética! No va a haber manera de que puedas llamarme bollo porque lo que yo soy es una empanada, ¡la más empanada de todas!

Arantxa notó nuevas carcajadas haciéndole cosquillas por el gaznate.

—¿Que eres qué?

—No te burles.

—No me burlo, es que lo encuentro encantadoramente nuevo y, simplemente, sonrío.

Contempló a Elsa con ojos burlones e irremediadamente tiernos. Era lo más auténtico con lo que se había topado jamás, y por nada del mundo se permitiría el lujo de perderla. Tan natural como demoledora y tan ingenua como brava. Era un delicioso desastre, un drama con piernas, y Arantxa estaba descubriendo lo mucho que le iba el drama con ella.

Suspiró idiotizada y enganchó el brazo de Elsa en el suyo mientras se calentaba las manos en los bolsillos del abrigo. Pasaban por un par de amigas, aquella postura no era indicador de nada, y lo mejor era que ella no protestó.

—Venga, dejemos las tragedias para otro día y busquemos un sitio donde cenar. Será por bares en el centro de Madrid...

Elsa tiró de ella, azorada.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Sí, pero como estoy loca por ti toda esa palabrería me entra por un oído y me sale por el otro. Creo que es por ahí...

Elsa le dio otro tirón.

—¡Y tanto que estás loca! ¿Y nuestra mesa? ¿Y las cervezas? ¡No las hemos pagado!

—¡Bah! Que se las tome Bea con un ansiolítico.

No volvía a meterla ahí dentro ni harta de vino. Doblaron por una esquina y bajaron una calle poco concurrida.

—Atajaremos por aquí.

—¿Sabes adónde vamos?

—Sí, vamos a ir a Chueca.

Elsa puso los ojos en blanco y aflojó su agarre. Arantxa se encargó de que no se soltara.

—Es un tópico, lo sé, pero es importante que estés preparada para lo que te voy a enseñar —advirtió—. Vas a experimentar de primera mano qué es lo peor que te vas a encontrar allí. Va a ser duro, no te voy a mentir, asusta un huevo y medio, pero tranquila, que yo no me separaré de ti.

—¿Qué es?

—Los precios.

La modelo rio a mandíbula batiente. Arantxa se contagió de su risa cantarina y la imitó. Una vez se hubieron calmado, miró a un lado y a otro. Estaba oscuro, la gente iba a lo suyo y Elsa parecía distraída. Perfecto. Se agachó y le dio un suave beso en los labios. La modelo alzó el rostro como si le hubiera sabido a poco, como si necesitara más, mucho más. Arantxa sonrió, lo tenía claro. Con el tiempo, no iba a necesitar oscuridad para que Elsa se dejara tocar por ella.

Su futuro estaba bien amarrado a su brazo, y tenía el pelo largo y rubio y los ojos azules como el Mediterráneo. Se le ocurrió una idea y deseó que prosperase. No estaba segura de poder aguantar por más tiempo.

—Elsa..., ¿tienes planes para el próximo puente?

Una sonrisa se extendió por su rostro. Era genuina, esperanzadora y apetitosa. A Arantxa le flaquearon las piernas. La respuesta era tan obvia como lo poco que iba a pensar en el tabaco de ahí en adelante.

Regreso al pasado

Los despistes son característicos de personas con perfiles psicológicos de lo más variados. Clínicamente pueden deberse a un trastorno de déficit de atención, una inteligencia por encima de la media o a lo que comúnmente se denomina ser un atontado. El caso de Mara, por suerte o por desgracia, no era clínico, era mucho más simple que eso. El meollo residía en los graves problemas que por la noche le quitaban el sueño y por el día la volvían más torpe que de costumbre.

Tras haber confundido el zumo con la leche, el catálogo del Carrefour con los apuntes y las entradas con los tickets descuento, supo que necesitaba terapia o una copa, y lo segundo solía ser más barato y más divertido. Mara terminó de cambiarse y salió del vestuario, asegurándose de no haberse dejado nada como había ocurrido la jornada anterior.

Se le estaba yendo la cabeza. Desde que Eloy se había ido, vivía en Babia. Padecía su despedida reviviéndola una y otra vez en la sesera y le carcomía las tripas lo que podría desencadenar en su reencuentro. Una semana no era intervalo suficiente para limar asperezas tan enconadas. Mara le había dicho que no quería que nada cambiase, pero le daba la sensación de que con aquellas palabras había provocado todo lo contrario a sus deseos. Desde luego que iban a cambiar las cosas y, por cómo se estaba dando la distancia, lo iban a hacer de la peor de las maneras.

En ello pensaba cuando se le pegaron los botines al suelo. Los había metido en un charco de Coca-Cola. Su compañera de taquilla, que lo limpiaba sin garbo

y sin gracia, le pasó el cubo y la fregona.

—Toma, los de sala están desbordados y yo me voy a mi casa.

Mara accedió como un autómata. Escurrió el mocho y se puso a fregar. Los carteles de los próximos estrenos decoraban la pared de enfrente. Según iba avanzando leía los títulos que presagiaban el futuro de su vida. *Perfectos desconocidos*, *La herida*, *El vacío*... Parece ser que en diciembre la cartelera romántica brillaba por su ausencia. Los thrillers, la histórica y la animación navideña de turno era lo que la acompañaría de ahí a fin de año, cuando la fusión de plomos mentales se veía meridiana.

—¡Pero, Mara, ¿qué estás haciendo?!

El encargado de salas bajó corriendo la escalera.

—¡Si ya te has cambiado! Deja, yo me ocupo, tú vete.

Mara se echó un vistazo, llevaba hasta el bolso puesto.

—Vamos, vete.

Obedeció tan mecánicamente como con su compañera. Era la primera ocasión en que veía un encargado en meses. Le había dado por pensar que se habían extinguido y resulta que salían a la luz a la hora del cierre. Huyó antes de volver a dejarse manejar como una pánfila y puso rumbo a La Estación. El frío de la madrugada le hizo bien. Le refrescó un seso embotado y congeló sus pensamientos. Al abrir la puerta del local, por contra, la melancolía germinó en sus adentros.

Despachando gente, llegó a la mesa de siempre y se fijó en que aquel grupo de mujeres no eran quienes debían ser. Alguien le dio un tirón en la manga del abrigo. Arantxa la saludaba reservándole un taburete junto a la barra. Aquello era inaudito.

—¿Nos han quitado la mesa?

—No estaba Eloy para guardárnosla.

Ah..., Eloy... Eloy esto, Eloy lo otro... Su nombre resonaba por todas partes, pero con Mara su mención no era necesaria para tenerlo presente. Se sentó y pidió un botellín. Tenía mucha sed, pidió otro de seguido. Arantxa cascaba pistachos al tiempo que comentaba sus trajines con Elsa. Con sus ex no era tan dada a explayarse ni a volcar tanto entusiasmo. Verla con una actitud tan soñadora era casi cómico. Mara desconectó sin querer en cuanto llegó a la parte en que mencionaba un caserío, una sesión de fotos rural y no sabía qué más.

Vislumbró el cuadro de David Bowie entre los paseos de los clientes y las camareras. Era la imagen de la portada del álbum *Aladdin Sane*, esa en la que el famoso rayo azul y rojo cubre el ojo derecho del cantante. Para Mara no era su mejor disco, pero sí el más iconográfico. Ella misma había sucumbido a su estilo pop en algún que otro carnaval.

Intentar remontarse a los orígenes de su admiración por el artista era inútil, puesto que no los recordaba. En su primera visita a La Estación había ido derecha a por aquella mesa con Eloy siguiéndole los talones, y todo por un impulso sin precedentes. En su opinión, Bowie era uno de esos artistas que se conocían de joven y se apreciaban en la madurez, y el paso del tiempo así se lo demostraba cada vez que escuchaba las letras de sus canciones.

—¡Mara! —gritó Arantxa pegando un manotazo a los pistachos—. ¿Qué es lo que acabo de decir?

—Eh... Que a Elsa le gusta el mambo.

—¡Que me la llevo al campo! —rugió—. ¿Dónde estás, Mara?

En las nubes, sin ningún interés en bajar y afrontar la vida real; en gran medida porque estaba repleta de Eloy y no le daba la gana reconocerlo. Es por eso por lo que tomó una decisión a la desesperada.

—Arantxa, necesito contarte algo.

Por el bar resonaron los primeros acordes de *Loca*, de Luz Casal. Qué oportuno todo...

—Dispara.

Iba a involucrarla. Por una parte, porque era cuestión de un sencillo desliz que se enterara y, por otra, porque necesitaba que sus preguntas al aire recibieran una respuesta que no fuera su propio eco. Como si era un aplauso o un tirón de orejas, eso era lo de menos. Deseaba un hombro sobre el que lamentarse y confesarlo todo.

—Se te va a hacer un poco raro oír esto...

—¿El qué? ¿Que te estás tirando a Eloy?

El botellín resbaló por su mano. A cámara rápida, evitó montar un estropicio sobre la barra.

—¡Lo sabías!

—Sí, porque vosotros no gemís, Mara: vosotros mugís —le recriminó—. El día de la ducha me puse taponés, y en el cumpleaños me tuve que aguantar las

ganas de ir al baño por lo mucho que os emocionasteis. Casi me provocáis un cálculo nefrítico.

El calor le encendió la piel al recordar ambos escenarios. Toda conmoción por averiguar que Arantxa estaba al tanto del asunto se empequeñeció con los fotogramas que se proyectaron por su mente. Los largos y eróticos dedos de Eloy marcando el camino hacia su pubis, la sensual boca entre sus muslos, la lengua curiosa y juguetona... Sus besos, sus embriagadores besos primero en unos labios y después en otros... Y su mirada, puro almíbar líquido traspasándole la piel, el músculo y el hueso.

—Uf, Arantxa, lo siento —suspiró—. Es que... Madre mía, si tú supieras... Eloy es un *cuqui*guarro...

La fotografía se tapó los oídos con apremio.

—Por Dios, Mara, cállate, también es amigo mío.

A petición de Arantxa, la joven relató lo acontecido con Eloy. Saltándose también por su ruego los detalles más íntimos, quedó una estampa clara de la situación existente. Con ella no quiso limitarse a narrar como un apuntador de lo vivido, así que se volcó con sus sentimientos. Durante un buen rato, vomitó su amargura y sus dudas y, mientras lo hacía, más se alegraba por soltarlo y más se angustiaba por su abrupto proceder.

Arantxa silbó, rio un par de veces y tomó buena nota de su estado.

—Se te ve hecha mierda. ¿Cómo está él?

—No lo sé.

—¿A ti tampoco te ha escrito ese perro? —se extrañó—. Vamos a salir de dudas.

Desbloqueó su móvil y abrió una ventana de chat privada, ajena a la del grupo de siempre. Mara no creía que fuese buena idea, mas le podía el afán por saber de él.

Arantxa: ¿Qué haces, doctor Dolittle?

En menos de dos minutos, Eloy aparecía como «conectado».

Eloy: Beber.

Arantxa y Mara se miraron.

Arantxa: ¿El qué? ¿Un Cola Cao antes de dormir?

Eloy: No

Vodka

—Madre de Dios —murmuró Arantxa—. Qué animal y, encima, solo. Éste mañana aparece en las noticias haciendo *balconing*.

Eloy: He salido con una amiga de Leticia y sus compañeros.

—¿Quién es Leticia? —preguntó Mara.

Arantxa: ¿Quién es Leticia?

Eloy: (gif de Tony Stark con los ojos en blanco)

La conoces.

Es una auxiliar con la que estudié.

Estaba en el cumpleaños.

Me pasó el contacto de esta chica para el congreso.

—Ah, sí...

Mara la recordaba. Era la pelmaza que no se iba mientras Eloy hacía fuego en sus ingles. Arantxa frunció el ceño y la nariz. No tecleaba.

—¿Tú te lo crees?

Ella se pasó los dientes por los labios, pensativa. Eloy no tenía alma de juerguista, tenía otros intereses sociales. Aquella excusa se consideraba poco probable.

Arantxa: No me lo creo.

Eloy: (vídeo)

Un vídeo de cinco segundos y con el volumen a tope ponía de manifiesto su sinceridad. En él aparecían Eloy, dos chicas y otro chico y, al mismo tiempo en que él sostenía la cámara, el resto gritaba las clásicas incongruencias festivas y alcohólicas, barridos por un mayor grupo de gente que saltaba y bailaba en lo que se presumía que era un pub.

Mara no daba crédito. Eloy era muy responsable, y aquella juerga en un viaje de trabajo suponía un despropósito en su rutina. Había dado por hecho que se encontraría hecho polvo, verlo disfrutar de la nocturnidad sin duelo y sin ella le

formó un nudo en el estómago y otro en la garganta.

—Pues sí... Ahí está —confirmó Arantxa y, al mirarla, rio—. Menuda cara que se te ha puesto. ¿Qué pasa? ¿Querías verlo llorando? ¿Eso te pone?

—Cállate y pregúntale si tiene pensado ir al congreso resacoso.

Antes de que lo formulara, Eloy se adelantó a sus acusaciones.

Eloy: Se me ha ido un poco de las manos.
Mañana me portaré bien.

—Entremos en materia... —bisbiseó la fotografía.

Arantxa: Mara me ha contado lo que pasó entre vosotros en el cumpleaños.

No hubo reacción alguna hasta pasados unos instantes.

Eloy: Esta tarde nos han enseñado larvas de filariasis.

Arantxa: Sé que te ha mandado a paseo.

Eloy: Tengo un montón de fotos donde se explica cómo se reproducen y acaban necrosando los órganos internos.

Arantxa resopló.

—Mira, como me pete el móvil con esas mierdas, te juro que no tiene litoral para correr.

—¡Sigue escribiendo! —apuró Mara.

Arantxa: ¿No vais a volver a dirigiros la palabra?

Eloy: (imagen)

—¡No! —gritó Arantxa, borrando antes de que se volviera nítida.

—Creo que está esquivando el tema.

—Eres un lince, Mara.

Arantxa: Ella está fatal.

El retardo en su respuesta se repitió.

Eloy: Le habrá sentado mal la recena.

—Bien, algo es algo.

Mara rumió antes de dar cuenta de su cerveza. El pasotismo de Eloy con ella era mucho más ácido de lo normal en sus discusiones.

Arantxa: Me ha dicho que está buscando piso.

Casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué dices?

—Chitón, espera.

Eloy: Tendremos que poner un anuncio para realquilar su cuarto.
¿Conoces a alguien?

Un sollozo se quebró en el gznate de Mara, sin fuerza y sin voz.

—Vaya —dijo Arantxa—, está escocido, sí.

Eloy: ¿Estás con ella ahora?

Arantxa: No

Mara curvó una ceja castaña.

—A ver, seamos prácticas —se defendió la fotógrafa—. Si le digo que sí nunca sabremos lo que pretendía decir.

Eloy: Voy a quedarme unos días más en Barcelona.

—¿Qué? —exclamó una Mara anonadada—. ¿Por qué? ¿Hasta cuándo?

—Una a una, torpeda. Una a una.

Arantxa: ¿Por?

Eloy: Me quedan días de vacaciones.

El hotel es barato.

Y voy a cancelar lo del viaje a la sierra en el puente.

A Mara aquella conversación la estaba poniendo del hígado. Esa persona no era Eloy, era un completo desconocido que actuaba por su cuenta y se desentendía de ella. Era loco e impulsivo, justo lo que quería para ambos y lo que estaba experimentando con otros. Un cóctel de rabia, celos y abatimiento se

agitó por sus costillas.

Arantxa: Hazlo ya.
Yo no voy.

—¿No vas? —bramó—. Oye, pero ¿esto qué es? ¿Alguno va a contar conmigo para algo?

—Si te lo acabo de contar, que no te enteras de nada —le recordó ella—. Elsa y yo nos vamos a una casa rural en el norte. Paso de aguantaros a vosotros en este plan. Bueno, y en el otro también.

Mara achinó los ojos. Entre que Arantxa ya sabía lo que se cocía y que Eloy respondía con naturalidad y sin sorprenderse por su entrometimiento, dedujo que entre esos dos se había intercambiado mucha palabra sobre su persona. Se preguntó desde cuándo lo llevarían en secreto y por qué.

Eloy: Peor me lo pones.
Ahora mismo no puedo verla.

Los labios de Mara se despegaron incrédulos. Las piernas se le aflojaron y comenzó a ver húmedo y borroso. Arantxa chasqueó la lengua, pasándose la mano por el pelo.

—Ah... Esto empieza a ser incómodo.

Arantxa: Ya se te pasará.
Deja que pase el tiempo.

Eloy: ¿Más?
(emoji escorado partiéndose de risa)

Arantxa sonrió. Mara no encontró el chiste por ningún lado, lo que le vino a decir que aquel secreto tenía su rodaje. Por más que se estrujó el cerebro, no supo cómo averiguar en qué momento propició que Eloy la viera como algo más que una amiga. Remontarse a tanta distancia la mareó.

Eloy: Cuéntame algo con final feliz.

La fotógrafa tamborileó la barra con los dedos, abstraída.

Arantxa: Puedo hablarte de Elsa.

Eloy: (gif de Oprah reprimiendo las lágrimas y sonándose los mocos)

Arantxa: Anda, sigue a lo tuyo.

Cómele la boca a alguna.

Y desmádrate.

—Pero ¿qué estás diciendo?! —aulló Mara.

Arantxa le dedicó una mirada intrigada.

—¿Cuál es el problema? ¿A ti qué más te da lo que haga y con quién?

La taquillera balbuceó cualquier incoherencia y la fotógrafa rio por lo bajo.

Eloy: La verdad es que me están tirando los trastos.

(emoji con gafas de sol)

Arantxa: Pues hala.

A pecar.

Mara ardió en deseos de coger el teléfono, mandarle a Eloy el gif de Rambo a metrallazo limpio en la selva y, después, hacerlo pedazos contra la pared.

Eloy: Vete a dormir.

Arantxa: Le diré a Mara que estás bien.

Eloy: Me da igual.

La joven cerró los ojos. Resultaba evidente que no lo soportaba más, así que Arantxa cerró la aplicación y apagó el teléfono. No deberían haberle escrito. Además de angustiada, ahora Mara también se sentía dolida y celosa. Espiró una gran bocanada de aire. Estaba hecha un lío con respecto a Eloy.

—En el cumpleaños, Elsa creyó que erais pareja.

A Mara la cerveza se le fue por el sitio equivocado.

—Mentira.

—Lo digo en serio. Suele dar esa impresión cuando se os conoce a la vez.

Mara pensó que la gente tenía mucha imaginación. Qué idea tan descabellada. Sólo por que vivieran juntos, comieran juntos, bebieran juntos, bailaran juntos, dibujaran juntos, leyeran juntos, viajaran juntos... Bien. Cabía la posibilidad de que esa gente fuera un poco intuitiva.

Formaban un binomio indivisible, y eso le encantaba. Se tenían el uno al otro para todo y no se negaban nada excepto por la última y más destacable demanda de Eloy. Concedérsela o no había estado en manos de Mara, y ella se encargó de

que no durara ni un instante cuando la aplastó entre sus palmas y la hizo desaparecer.

Pillándola por sorpresa, unas manos se posaron sobre sus hombros y una conocida voz la saludó junto al oído:

—Hola, Maravillosa.

Hugo la besó en la mejilla y sonrió. Lo caldeado del interior hizo que se desprendiera de su cazadora con rapidez y luciera brazos de nadador experto. Mara correspondió a su saludo con vestigios de desinterés.

—Tengo que hablar contigo, ¿me concedes unos minutos?

Hugo accedió por la puerta de empleados antes de que pudiera contestar. Arantxa y ella intercambiaron una mirada interrogante. Mara daba por hecho que se lo encontraría en La Estación y había acudido igualmente. El desencanto estaba en su cénit. En cuanto surgió tras la barra, ni su altura, ni el pectoral amplio y henchido, ni la camisa remangada, ni el pelo ladeado produjeron la descarga de antaño.

Que era espectacularmente atractivo resultaba indudable; que lo fueras conociendo y su pali que te matara la libido pasaba de la apreciación al hecho en un chasquido de dedos, y si, para colmo, te había hecho papilla en todos lados menos en la cama, el panorama amenazaba verdadera demencia.

—Mira, lo de meterme entre dos primas no lo he hecho nunca —comentó Arantxa—. Ahí me sacas una ventaja considerable.

Le habría estampado el cuenco de los pistachos en toda la cara de no ser porque Hugo ya se les había echado encima. Aquello era otro de los temas que la traía de cabeza. Confió en que no trascendiera en la familia o serían los padres y los tíos de Eloy los que le tatuarían las palmas de las manos en fila india.

Hugo se dirigió a Arantxa con confianza.

—Puedes quedarte, no es privado.

La fotografía se volvió hacia Mara.

—¿Qué dice éste? No pensaba moverme.

—¿Qué pasa, Hugo?

El camarero se llevó una mano a la nuca y esbozó media sonrisa en expresión vacilante.

—Llevo días queriendo contarte algo en persona. Imaginaba que si no te pasabas por aquí era porque andabas liada con tus cosas.

«Sí —pensó ella—, mis cosas y las de tu primo.»

—En fin, Mara, parece que ha llegado el día —anunció—. Me marcho.

—¿Adónde? —preguntó sin captarlo a la primera.

—A Komodo, la isla —especificó—. Me ha llamado un antiguo conocido del parque nacional. Dice que tiene trabajo para mí hasta fin de temporada. Allí acaba de comenzar el verano, es la época de avistamiento de ballenas, mantarrayas y varias especies más. No sé cuándo volveré, puede que en primavera. Quería que fueras la primera en saberlo.

La risilla entre dientes de Arantxa podría haberse interpretado como envidia de la mala por las aguas azules y cristalinas o regocijo por su partida y por su alta capacidad premonitoria.

—En cuanto reúna el dinero que me falta para el billete, me iré.

Mara se quedó mirando a Hugo con cara de póquer. Sus ojos ya no eran un despejado y bello prado verde. Aquel prado era otro de tantos, no tenía nada de especial, ni soplaba la brisa ni relucía con sus emociones. Era de un verde mate, liso e insultantemente vulgar, y si para los demás se asemejaba a un pozo cuajado de hermosas olivinas, ella ya no podía verlo. Porque la desilusión se lo impedía, porque la traía sin cuidado.

—Es lo que querías.

Mara podía colgarse la medallita de vigesimoquinta novia ninguneada en su vuelta al mundo. Tenía una menos para tachar de su lista. Ahora tocaba buscar otro puerto donde atracar su zalamería y su minga.

Hugo estaba en suspenso, como si esperara que ella fuera a añadir algo más. Extrañada, lo felicitó.

—Enhorabuena.

La escasa vergüenza que tenía transparentó su profunda decepción. Si presentía los chillidos y el llanto es que no la había calado bien. Se acercó a su rostro y moldeó el tono hasta convertirlo en un plañido.

—Voy a echarte de menos, Mara.

Ella asintió entre una risotada y un resoplido.

—Pues estos próximos diez años puedes aplicarte y demostrarlo.

Un destello metálico atravesó la mirada de Hugo. Le encogió las pupilas, la nuez y puede que también las canicas. Mara no se arrepintió por ello. Tenía asuntos más importantes que tratar y él debió de percibirlo, ya que agachó la

cabeza como un niño y reprimió su lamento.

—Me da que ya traías de casa esa pena que tienes encima —adivinó sin apenas voz—. ¿Qué te ocurre, Mara? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Ella vaciló. Revelárselo conllevaba implicar los sentimientos de Eloy, pero, teniendo en cuenta hasta adónde había metido la mano en aquella familia, no vio diferencia en hundirla un poquito más.

—He discutido con Eloy.

Hugo soltó un bufido que le peinó la frente.

—Acabáramos... ¿Quién no discute con Eloy?

—Mucha gente —respondieron las chicas al unísono.

Lo raro era lo opuesto, así que no pilló el chiste de su primo.

—Pero ¿es algo serio o una riña tonta de las vuestras de un par de horas?

Aquello le tocó moral. De haber sido lo segundo, no habría tenido la pinta de piltrafa que arrastraba por el bar.

—Tu primo me ha dicho que está enamorado de mí y yo le he dicho que me gusta todo tal como está.

Cerró los ojos fuertemente. Pronunciarlo en alto y oírse le punzó el pecho y aumentó el tamaño del agujero que se le abría dentro. Evocó el sonido prometedor y sedoso de su voz. «Quiero que nos demos la mano...», «Quiero que siempre estemos juntos...». La congoja le picaba entre las pestañas. Necesitaba calmarse o explotar.

—Vaya... —pronunció Hugo, atónito—. Con eso lo habrás rematado por completo...

Ofuscada por el atrevimiento, Mara lo sacó de su error.

—Ha sido él quien se ha largado. Dice que no hay nada más que hablar. Ni siquiera quiere abordar el tema o explicarme las cosas —barbulló—. Tiene razón, él mismo lo dice, es un jodido cobarde...

—Mara, Eloy está trabajando. Deja de culpabilizarlo —frenó Arantxa—. Según lo que me has dicho, te pidió que lo intentarais y tú no fuiste capaz de abrir la boca para responderle.

—No era el momento —balbuceó.

—Deja de mentir como una bellaca. Tú sí que estás aterrada.

Su contundencia la hizo enmudecer. Arantxa era áspera y tajante, y aquella noche pulió sus cualidades favoritas hasta sacarles brillo. En el rostro de Mara se

formó la incógnita, y la fotógrafa inhaló con solemnidad. Algo le decía que estaba racionando cuanto quería expresar.

—Eloy y tú vivís juntos, tenéis las mismas aficiones y os queréis con locura —dijo adoptando un registro más templado—. Si lo piensas, sólo os falta compartir la cama.

Mara desvió la vista y también su atención. Aquello era demasiado.

—No puedo...

—Estás exagerando. Hay algo que no parece que tengas claro, y es que Eloy es tu mejor amigo, no tu hermano. Por supuesto que puedes.

—No puedo perderlo —especificó—. A Eloy, no.

No lo estaba entendiendo. Nadie lo hacía, por lo visto. Para los demás era muy fácil animarla con que se lanzara a la aventura. Claro, ¿qué podía salir mal? La respuesta era «todo». Una cosa era dejarlo con un mindundi más y si te he visto no me acuerdo, y otra muy distinta, arriesgarse a compartir su vida con quien consideraba su alma gemela. Se arriesgaban a acabar como el rosario de la aurora y se perdieran para siempre.

Mara no concebía un futuro sin Eloy y le daba mucho miedo jugárselo todo a una carta tan incierta. Se había pasado la vida entera reprimiendo ese riesgo y, con el transcurso de los años, seguía sintiéndose inamovible con respecto al mismo. La música rock dio paso a una balada de Roxette. Varias parejas se agruparon en el fondo del local, donde bailaron lento y almibarado. Mara se desinfló sobre el taburete.

—Ni siquiera sé qué le ha dado de repente... —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. No entiendo por qué no me explica qué es lo que ha pasado para que le haya pegado tan fuerte.

Hugo tiró una caña del grifo de cerveza y suspiró.

—Mara, creo que esto ya viene de lejos.

Arantxa tosió.

—¿Tú lo sabías? —inquirió Mara—. ¿Te lo ha contado?

Estaba perpleja, al parecer, lo sabía el planeta entero menos ella.

—Lo sé desde que te compró tu dichosa cámara de vídeo.

Arantxa tosió más fuerte.

—¿Qué cámara?

Él hizo un gesto de obviedad.

—La Sony esa con la que ganaste el concurso de cortos.

Arantxa tosió más fuerte y más veces. A Mara le costó poner a funcionar la materia gris. Por su mollera desfilaron aquellos once términos que Hugo acababa de pronunciar. Lo hicieron en círculos, parpadeando y resonando con estrépito. La única Sony con la que había ganado un concurso de cortos era la misma que le había regalado él. No comprendía lo que le estaba diciendo. No tenía ningún sentido.

Hugo se esforzó por ser más concreto.

—Una *handycam* plateada.

Un hormigueo incómodo se extendió por sus extremidades y subió por su tronco. Su cabeza se llenó de presión. Tenían quince años.

—Rodaste un corto.

El pulso aceleró sus manos, que se echaron a temblar. Le dolía el pecho. Iban a la misma clase.

—Tu instituto te dio un premio.

Abrió unos ojos espantados. El vello de la nuca se le puso tieso como el de un puercoespín. Arantxa la tomó por los hombros.

—Mara, sigue mi dedo...

Se desasió de ella en un aspaviento y se encaró a Hugo. Enderezándose como un látigo, lo apuntó con un dedo acusador.

—¡No! —estalló—. ¡Esa cámara la compraste tú! ¡Eras tú el que estaba enamorado de mí, pero lo llevabas en secreto porque yo era una cría y, a pesar de lo que me amabas, me respetabas!

Arantxa procuró apaciguarla. Fue inútil. A Mara la poseyó una hiel hasta entonces desconocida. Era una mezcla de cólera y sufrimiento, un huracán de emociones que tomó el control de su mente y de su cuerpo. Le ardía por dentro y la erizaba por fuera. Era una figura escalofriante y achantó a Hugo, que tartamudeaba encogido tras el mostrador.

—Eh... No, Mara... Por supuesto que te respetaba, pero no era yo quien sentía eso por ti.

—¡Te digo que fuiste tú! —gritó sin bajar el dedo—. ¡Tú compraste la cámara y las entradas!

—No... De hecho, yo sólo compré las entradas —esclareció—. Era mi pequeño granito de arena. Ya sabes, para que dejaras de estar tan triste. Pensé

que eso te animaría. Te dije que todo se iba a arreglar.

—¡Las entradas! —rugió—. ¡Dijiste...! —No, no dijo nada—. ¡Pusiste...! —No, no había ninguna nota—. ¡Me...! —No, tampoco trataron el tema después.

Para entonces, Hugo ya se había ido a vivir a Valencia y Mara encontró muy poético dedicarle el premio desde la distancia. El camarero no oyó su discurso hasta meses después, cuando se limitó a transmitir su agradecimiento a través de su familia.

—Así que por eso fuiste tan generosa dedicándome el premio... —dilucidó boquiabierto.

Mara regurgitó una riada de ponzoña que le abrasó el esófago. Sus dedos se anquilosaron como zarpas, dispuestas a llevarse lo que se le echara por delante. Lentamente, con movimientos de hiena, se encorvó sobre la barra. Sus ojos llamearon anaranjados como sarmiento recién prendido.

—Dime, Hugo... Cuando subí al escenario y dije literalmente «sin él no habría sido posible llevar a cabo este proyecto», ¿de qué mierdas crees que estaba hablando?

Hugo era una maraca a tamaño natural, agazapada y alerta.

—Pensé que te referías a la inspiración, que te habría inspirado de algún modo para el corto —explicó—. La mayor parte lo escribiste aquí, en esa mesa.

Mara miró a su espalda. La gente la observaba entre codazos y murmullos. Tenía una rodilla en la barra y, desde su posición, avistó la mesa en cuestión. Una neblina cubrió su presente y lo tornó en pasado, mostrándole a dos chiquillos, cabeza con cabeza, sumergidos en páginas de letras y bocetos.

—Sí... Junto a Eloy —musitó.

Siempre junto a él, en los días más importantes y en las noches más largas. Su historia estaba ligada a la suya por un largo lazo de tejido inquebrantable y del color de la constancia. Soportaba contratiempos, frustraciones y golpes certeros al corazón. Podía con todo, pero no se atrevía con nada, y era en esa falta de arrojo donde residía el motivo por el que su unión se había estancado.

Ni atrás ni adelante. Echaban raíces en un punto común pero yermo que estaba rodeado del más absoluto vacío, y lo más triste es que lo hacían a voluntad. Uno por falta de confianza y otra por falta de fe. Mara apretó los dientes. La sangre se espesó ardiente en sus venas. El daño que había provocado con sus malas decisiones le vino de vuelta con brusquedad. El karma se las

cobró con un dolor tan agudo que le rompió la voz.

Con el rabillo del ojo acertó a ver a la representación de su conciencia, una Arantxa inmune a su histerismo que se le acercó en actitud felina y descarada.

—Vaya, Mara... —susurró con la boca pegada a su oído—. Te acabas de dar cuenta de que ya tenías novio..., sólo que no follabas con él...

Se apartó derribando el taburete. Al verlo, quiso levantarlo y lanzarlo contra los ventanales, seguido de los vasos y las botellas. Necesitaba romper algo, soltar un berrido o salir corriendo. Hugo tenía los ojos muy abiertos, atentos a nuevos arrebatos. Arantxa, en cambio, la miraba levantando las cejas en gesto burlón. Mara se rindió. Cogió su bolso y salió a la carrera de La Estación.

La madrugada pudo atestiguar su esprint. Había cogido ritmo y no era capaz de parar. Atravesó las calles con la cabeza llena y el corazón desbocado. Los recuerdos de la infancia y la pubertad acudieron a ella como espíritus persiguiendo la llamada de un médium. Las risas, las bromas, los éxitos, los llantos y los fracasos la cegaron y le revolviéron las entrañas.

A saltos, se detuvo para vomitar. Arrojó la ansiedad por la boca, doblándose y sometiéndose a los espasmos y la tos.

—¡Qué asco de juventud! —oyó.

Mara escupió, farfullera. Cuando lo único que le quedaba era bilis, se limpió con un clínex y retomó su camino. Jadeante y tambaleándose como un zombi, llegó a casa, dejando caer el bolso y descalzándose a trompicones. Una vez en su dormitorio, abrió el armario y lo revolvió de arriba abajo. Tenía que estar por alguna parte. No se había mudado sin él. Desorganizó cajones, cajas, estanterías... Lo puso todo patas arriba.

Al final, de puntillas y pasando por montones de chismes, desvalijó el baúl y dio con ella. Una caja de zapatos rota por las esquinas y asegurada por una goma vieja. Al tirar de ella, se rompió. Mara destapó la caja y deslizó la mano en su interior. La luz blanca del flexo del escritorio iluminó un pesado trofeo en forma de claqueta. La inscripción indicaba el año y el nombre del certamen de cortometrajes del instituto Dámaso Alonso. «Primer premio», leyó Mara.

—¡Bah!

«A la mierda el premio.» Lo tiró por encima de su cabeza ocasionando un considerable estruendo. Siguió escarbando. Su cara se iluminó al encontrar la funda que buscaba. Muy emocionada, encendió su portátil, se sentó doblando las

rodillas en la cama y, con mucho mimo, sacó el DVD de su funda. «Soñar a todo color y morir a carboncillo», ponía en una etiqueta. Mara lo colocó en la platina y le dio al «Play».

En cuanto un Eloy quinceañero salió a escena, la melancolía afloró en su interior. Era el protagonista del corto, dando vida a un bohemio y joven dibujante. En muy resumidas cuentas, la historia narraba la vida de un artista que soñaba con exponer sus obras en un importante museo. Se valía de una colección de carboncillos con los que se expresaba llenando cuadernos de dibujo, pero al ver que la tendencia de sus colegas de gremio se encaminaba hacia el color, aparcó el polvo de carbón y se hizo con un estuche de acuarelas.

No le gustaba ni el material, ni la técnica, ni el resultado. Trabajaba obligado y sin pasión, y eso se transmitía en sus obras. Mientras el resto despuntaban, él se iba empequeñeciendo cada vez un poco más. Echaba de menos sus primeros dibujos, pero no creía en ellos, así que se empeñó en vivir amargado, aunque rodeado de color.

No fue hasta ya viejo cuando pobre, enfermo y malviviendo encontró uno de sus viejos trabajos en blanco y negro y lo envió a sus mecenas en un acto desesperado. Aquella misma noche falleció y, poco después, la obra se publicó convirtiéndose en un éxito de críticos y público, además de hacerse bombazo comercial. El mensaje venía a decir que la vida no era cuestión de superar a los demás, sino de creer en ti mismo y superar tus propias metas, y al jurado de su instituto le gustó.

Recordaba que a Eloy le encantaba la historia porque decía que él entendía un mensaje distinto, que hablaba de la búsqueda de la felicidad y que, en aquel caso, indicaba que el artista se había pasado la vida buscándola sin saber que ya la tenía en sus manos, en forma de carboncillo. Mara comprendió el significado oculto de su interpretación aquella madrugada y se echó a reír como una loca.

Eloy lucía flaco y vacilante en los planos medios. Eran los primeros planos los que reflejaban su encanto adolescente, donde se distinguía el surtido de pecas por sus mejillas, las pestañas rubísimas quemadas por el sol y la mirada despierta salpicada de tonos dorados y tostados. Con dos dedos temblorosos, Mara lo acarició a través de la pantalla.

Cuando finalizó el corto, emergió una dedicatoria. «A mi abuela», rezaba. Falleció aquel mismo año, meses antes, y nunca pudo ver su cinta. Mara estaba

tan absorta en el pasado que no cayó en la melodía que comenzó a acompañar los títulos de crédito. Fue segundos más tarde cuando la reconoció y algo en su pecho se partió en dos. Aquel detalle derribó el último baluarte a su vulnerabilidad. Subió el volumen al máximo y rompió a llorar. *Heroes*, de David Bowie, desbordaba su habitación. Mara aferró la almohada, hundió la cara en ella y ahogó un grito desgarrador.

Mujer al borde de un ataque de honestidad

La procrastinación es un arte infravalorado y desaprovechado que pocos saben cómo llevarlo a la perfección. Es injusto cómo se la tilda de lacra y se promueve su superación, como si se tratase de un vulgar defecto. A menudo se confunde con vacío existencial y se achaca a vagos y descuidados. El error es creer que eso es cierto y, por tanto, menospreciar el poder de dicha actividad. Como con todo lo bueno, de la procrastinación no se puede abusar y se debe consumir en dosis pequeñas.

Es importante, además, saber elegir la ocasión adecuada para dejarte remolcar por ella. Cuando tienes mil cosas que hacer y son todas para hoy, cuando se acerca una fecha de entrega, cuando se te acumulan los problemas, cuando te ves saturado por los acontecimientos o cuando sólo tienes fuerzas para echarte a llorar, es el momento en que procrastinar tendría que recetarse en la farmacia. Deberíamos poder liarla, fumárnosla y dejarnos anestesiarse por ella.

Procrastinar es como meditar, pero con la tele puesta, y meditar te sobra cuando controlas esta técnica porque procrastinar desbloquea, porque te resetea y porque a la larga te ayuda a tomar mejores decisiones. Sólo requiere cumplir tres reglas básicas: ser aburrida, improductiva y debe aplazar todo lo importante por un tiempo indefinido.

En el caso de Mara, aplazaba una llamada. Tendida en la cama, boca arriba y con los brazos en cruz, la joven fijaba la mirada en el techo. Un leve pero

continuo pitido que se reproducía en su cabeza le impedía parpadear y aparentar cualquier signo de lucidez. Su evasión era total y efectiva, y en parte se debía a la llorera de la noche previa. Estaba exhausta.

Dar vueltas a los hipotéticos panoramas que podían darse en el futuro le había reblandecido el seso. Algunos eran horripilantes y otros prometedores, pero ninguno auguraba un término medio y todos dependían en gran medida de ella. El único que la atraía era el que más miedo daba y el que demandaba una reacción inmediata. Si no se daba prisa, perdería la oportunidad de elegir y se vería supeditada a las decisiones de los demás.

Un tic agitó su mano derecha. Desentumeció los dedos y la muñeca. Poco a poco, la sangre recuperó su fluidez devolviéndole color a la piel y fuerza a los músculos. Mara arrastró aquella mano por las sábanas y se la metió en las bragas. Se acarició con cuatro uñas. Un cosquilleo cruzó por su vientre. El dedo corazón se deslizó perezoso entre sus labios y, cuando fue a rozar su entrada, un gato aterrizó en la cama.

Gritó, asustada y recuperando de golpe la motricidad de todo el cuerpo. Un poderoso maullido le recordó la hora de comer. Mara acarició y achuchó a *Goku* con cariño y con fastidio, hasta que el felino se sintió preocupantemente atosigado y se escurrió de su abrazo para huir a saltos. La taquillera se sentó en el borde de la cama. Encorvada, legañosa y ojerosa, suspiró al comprobar el estado de su dormitorio. Parecía que lo hubiera visitado el *Katrina*.

Echó a un lado su portátil con el pie. Debería haberlo abierto para ponerse a corregir su proyecto de fin de curso. No olvidaba que tenía que rehacerlo entero. Es más, debería haber ido a clase. Se rascó la cabeza, somnolienta, y atravesó el cuarto como si se tratase de un campo de minas. Nuevos maullidos la urgieron a ponerse en marcha.

—Ya voy... —respondió con voz cascada—. Ya voy...

Entró en la cocina y, tras jabonar los cuencos, los llenó con agua y pienso. *Goku* se lo agradeció con un sobeteo de rabo por las piernas y, acto seguido, se dispuso a engullir lo servido. Mara limpió su arenero y tiró los desechos. Después, volvió al cuarto y buscó su móvil. Haciéndose paso por entre películas, cuadernos, libros, cajas y ropa como Moisés abriendo las aguas, lo encontró enterrado bajo la almohada.

No tenía ni una llamada ni un mensaje. Abrió la aplicación de contactos,

pasó el pulgar por la pantalla y, sin más, lo apagó y se lo guardó en el bolsillo. Al salir, inconscientemente, los pies la llevaron al final del pasillo, a un dormitorio tan atiborrado como el suyo, pero escrupulosamente ordenado. Mara subió las persianas. La luz del día inundó la estancia, mostrándole un reducido templo de estudio y coleccionismo. La envidia la corroyó por las venas.

Con naturalidad, se sentó en la silla giratoria y apoyó los codos en el escritorio. Su dedo índice dibujó el contorno de las orejas puntiagudas de un Piccolo de resina. Estaba mejor conseguida la Mayor Kusanagi. Mara la apartó y sacó una novela aleatoria de la estantería. Pasó las páginas impregnándose del característico olor a libro y la dejó en un montón. Las anotaciones decoraban el hueco de la pared libre de láminas y pósteres. En ellas, la caligrafía era clara y pequeña. Despegó unas cuantas y las pegó en los leds del flexo.

En el cubilete de la esquina se apiñaban lápices, bolígrafos y rotuladores. Sacó un rotulador amarillo y lo observó con inexpresividad. Se lo llevó a la boca y le propinó un lengüetazo desde la base hasta el capuchón. Lo mordisqueó y, distraída, chupó la punta como con un polo de hielo.

Acomodándose, subió las piernas y encaramó los pies en el canto de la mesa. Separó bien las rodillas y se metió el rotulador en las bragas. Sus labios lo recibieron calientes y acogedores. Mara masajéó su clítoris con él. Dotada de nivel experto, lo hizo con cuidado y constancia, disfrutándolo y recreándose en aquel instante de quietud y manso placer.

Echó la cabeza hacia atrás e, impulsándose con un pie, escoró la silla. Al enfocar la ola del cabecero de la cama, le tembló la mano, el rotulador y el coño. Notó cómo se empapaba. Frotó el diminuto montículo de arriba abajo, cada vez más rápido y más anegada. Su gemido rompió el silencio y, tras él, su respiración se volvió más ligera.

El calor ablandó sus extremidades y le encendió el rostro.

—¡Miau!

—¡La Virgen! —gritó levantándose.

Goku daba vueltas entre las jambas de la puerta.

—¿Qué pasa ahora?

Echó a andar. Mara tiró el rotulador por ahí y, resignada, se frotó la cara con las manos. Lo siguió y comprendió su cabreo. De poco servía limpiar el arenero si no lo llenaba después. Levantando el saco de arena como si fuera un pedrusco

de los de Iñaki Perurena, roció una buena cantidad y concedió al gato un poco de intimidad.

Dio un par de vueltas a lo loco, sin intenciones claras, y finalmente optó por regresar a la cocina. Abrió la nevera. Menudo jardín de lechuga pocha y lácteos caducados. La cerró inmediatamente y leyó el reparto de tareas en el calendario imantado. Le tocaba a ella hacer la compra. Claro, ya se entendía... Rebuscó por los armarios y abrió una bolsa de magdalenas. Puso dos en un plato y se lo llevó al salón. Se fijó en que su bolso y sus zapatos estaban recogidos. Uno sobre el sillón y los otros a sus pies. Cogió el mando a distancia y se repantingó sobre el sofá.

Encendió la tele e hizo zapping dándole mordisquitos a la primera magdalena. La programación daba verdadera pena. Si eliminaba matinales y reposiciones, no sabía por cuál de todas las absurdecas decantarse: si esa en la que se quedaban preñadas a los dieciséis, los que pesaban trescientos kilos o los que se dejaban desgraciar la boda por David Tuter... Pulsó el botón de apagado.

En el móvil, los chats estaban muertos. Tanto el de casa, como el de la escuela y el del trabajo, aunque tan sólo tenía interés en uno de los tres. A veces, su vida le recordaba a la de un personaje de «Friends». Cuando alguno de ellos montaba una fiesta, el piso de Monica se llenaba de amistades que nadie sabía de dónde habían salido y que en el fondo no significaban nada. En realidad, sólo se necesitaban entre los seis, y aunque diera la impresión de ser un poco sectario, se sintió muy identificada y comprendió ese sentimiento. A Mara le ocurría lo mismo con sus compañeros de piso. Se preguntó por qué en el amor no funcionaba de forma similar y por qué tenía esa necesidad de llenar el vacío con gente que la traía sin cuidado.

Goku acudió al olor del dulce. Mara le ofreció unas miguitas, pero reculó antes de que el felino les hincara el colmillo. No debía hacerlo. Se aguantaron, sobre todo el gato, y dejó el plato donde no pudiera alcanzarlo. La joven ya no lo quería. De hecho, ni siquiera le apetecía. Se recostó sobre el sofá, desperezándose, y echó un vistazo por la ventana. Absorta, se quedó mirando una paloma que se zampaba una lombriz. Sonrió embobada. Maravillas Hidalgo sabía procrastinar y, además, lo hacía muy bien.

Mara en el País de las Pesadillas

El escaparate de la tienda era un abarrotado muestrario de carcasas de móvil. Las había de todos los colores y tamaños, desde las más horteras con purpurina y formas imposibles, hasta las clásicas de piel. Mara recorrió la selección con la mirada. Estaba parada en medio del pasillo del centro comercial, con las manos en los bolsillos y un imperceptible velo nostálgico cubriéndole los ojos. Diez años atrás, su versión adolescente salivaba frente al mismo escaparate, aunque con diferente contenido.

En sus orígenes, aquel negocio era una tienda de electrónica. Vendía electrodomésticos y productos de informática, imagen y sonido; el típico comercio abarrotado de televisores a un lado del local y lavadoras al otro. Un día cualquiera, Mara pasó por delante y se fijó en una cámara de vídeo digital de uso doméstico. Leyó atenta las características en el cartelito que colgaba a su lado y, cuando llegó al precio, sufrió una breve parálisis cardíaca y cerebral.

No se explicaba de dónde había sacado Eloy el dinero para comprársela. Debía de haber invertido la mayor parte de sus ahorros en ella. Soñadora, imaginó cuán diferente habría sido su vida de no haber dedicado el trofeo a la persona equivocada. ¿Se habría atrevido Eloy a confesarle lo que sentía? ¿Por qué no lo había hecho nunca? Dudó sobre los posibles motivos y no llegó a ninguna conclusión.

Sacó su teléfono del bolso y, por enésima vez, volvió a llamarlo. Buzón de voz. Escribió sin recibir respuesta. Ni siquiera figuraba como texto recibido. Los

nervios la agitaron como una licuadora. Empezó a temer el peor futuro de todos, el gris, vacío y solitario.

—Tú le pillas la cartera y yo el móvil. Rápido.

Mara se giró en redondo. Arantxa y Elsa sonreían por su aturdimiento. Su amiga llevaba el uniforme del trabajo y la rubia cargaba una parca en una mano y una bolsa de comestibles en la otra.

—¿Qué haces aquí plantada como una farola?

Echó un último ojo al móvil. Totalmente invariable.

—Creo que Eloy me ha bloqueado las llamadas y los mensajes.

Arantxa asintió, concordando con su teoría.

—Es normal. —Al ver la cara de Mara, aclaró—: No lo veas como algo a mala conciencia. Es lo que se suele hacer cuando tienes a alguien muy presente y pretendes olvidarlo.

La taquillera sufrió un escalofrío. Sólo de pensar que Eloy, estuviera donde estuviese, pudiera olvidarla le retardaba el pulso. Su semblante era tan inquietante que Arantxa y Elsa intercambiaron una mirada. La primera tenía el ruego en la punta de la lengua, y la segunda lo aceptó de buen grado.

Elsa se dirigió a Mara y sonrió.

—Íbamos a tomar un café. ¿Quieres venir con nosotras?

No hubo respuesta verbal, más bien se dejó llevar por ellas. Acabaron en el restaurante habitual, donde encontraron una mesa libre y pidieron tres cafés con leche y una selección de grandes galletas americanas.

Arantxa la instó a comer, pero Mara lo rechazó.

—No, gracias. No me apetece.

A la fotógrafa se le desencajó la mandíbula. La cosa era seria. A Mara se le había quitado el hambre. Olvidó el desayuno improvisado y expuso la situación.

—Vale, hablemos con franqueza. Elsa lo sabe prácticamente todo. Se lo conté yo. Con alguien debía comentar la jugada, entiéndelo.

La modelo hizo un gesto de disculpa con las manos. A Mara no le preocupó que conociera su historia o incluso opinara sobre la misma. Arantxa y Hugo ya lo habían hecho a sus espaldas. Por otra que se sumara al corrillo de pueblo, no iba a notar la diferencia. Amén de que a aquellas alturas, y con el beneplácito de la fotógrafa, nadie podría impedirselo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Fumigarás tu cuarto algún día?

Mara pasó por alto la ironía de su desastre y contestó:

—Llevo puesto uno de sus bóxeres.

Arantxa se enderezó en el asiento con incredulidad. Miró a Elsa, quien se encogió de hombros y bebió un sorbo de café.

—Son cómodos.

La fotógrafa mudó de asombro y se inclinó sobre la modelo, sentada a su vera.

—¿Elsa?

La chica se acoquinó con carrillos arrebolados. No pudo soportar el escaneo de Arantxa por su figura, especialmente por su cintura, sin echarse a temblar. Mara advirtió el hambre en los colmillos de su amiga, que maltrataron sus labios y relucieron como los de una pantera. Resoplando, removió el azúcar en su café. Que fueran cómodos o no los bóxeres de Eloy no era la razón por la que se los había enfundado. Las costuras le rozaban en sitios inesperados, provocándole sensaciones de lo más agradables, y a ella le gustaba creer que eran las manos de su dueño las que ostentaban ese poder.

—Quiero que vuelva —admitió.

Arantxa partió una galleta en dos, saciando su apetito del único modo que se le ocurrió.

—Lo hará, no puede quedarse allí eternamente —apuntó—. Aprovecha su ausencia para poner en orden lo que se te esté pasando por la cabeza.

Mara rio para sus adentros. Lo que se le pasaba por la cabeza era un torbellino de juicios y remordimientos. Repasar las decisiones del pasado y sus consecuencias le estaba amargando el carácter. Le molestaba que Eloy le hubiera ocultado por tanto tiempo lo que sentía por ella y, a la vez, se culpaba por cuanto le había hecho sufrir involuntariamente. Cuando hieres a alguien tan querido, a pesar de que lo hagas inconscientemente, el dolor tiene el mismo efecto que las maldiciones de *Jóvenes y brujas*. Se te devuelve por triplicado.

—A ver, Mara... —suspiró Arantxa—. ¿Qué significa Eloy para ti?

Abrió la boca en el acto, dispuesta a explayarse sin pausa y sin dificultad, cuando se percató de que no había una respuesta redonda a esa pregunta. Juntó las cejas enfrascándose en la dura tarea que era recopilar la multitud de emociones que le hacía sentir Eloy.

Le gustaba mucho de él, lo nimio y lo destacable. Recordaba cómo arrugaba

el ceño de niño y se mordía el labio al concentrarse para estudiar o dibujar; la delicadeza con que estiraba el cuello para pasarse la cuchilla en la universidad, la habilidad para desenvolverse en la cocina ya de adulto e incluso su forma de caminar, recta y elegante como la de un caballero inglés en zapatillas de tela.

El suyo había sido un desarrollo hacia la madurez cargado de cotidianidad, y eran esos simples hábitos los que hacían de Eloy alguien diferente, valioso y especial para Mara. Habían crecido de la mano, apoyándose, admirándose y otorgándose una confianza ciega. Su presencia sempiterna iba mucho más allá de la amistad y la devoción. No, definitivamente, no sabía qué decir. Aglutinar tanto en simples palabras le resultaba insuficiente e incluso zafio.

—Si te cuesta tanto responder es porque no lo tienes muy claro...

—No, al revés —intervino Elsa—. Cuando sientes algo especial por alguien es difícil transmitirlo de viva voz. Los sentimientos son muchos, se mezclan y es difícil decantarse por uno solo.

Ante la indulgente sonrisa de la fotógrafa sólo pudo añadir:

—Eso dicen.

Mara no podía estar más de acuerdo. Jugueteo con la cucharilla, llenándola de café y vaciándola a chorros por la taza. La aflicción constreñía su rostro.

—No paro de pensar en la de cosas que hemos vivido juntos y la de veces que le he hecho daño sin querer.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arantxa.

—A los tíos que metí en casa.

Eso la estaba apuñalando y lo de Hugo, en concreto, la abría en canal, con hoja fría y mordaz. Jamás se le habría ocurrido perseguir a Hugo de saber lo de Eloy. Su prioridad era obvia e inamovible. Por encima de aquel amor de instituto estaba el afecto y el respeto por Eloy y sus sentimientos. Habría enterrado su fijación por él. Después de todo, la indiferencia de Hugo se lo habría puesto fácil.

—Él tenía a Clementine.

Mara rumió al recordarla.

—Valiente petarda... Puestos a buscarse a otra, podría haber encontrado una más simpática.

Aguantar a Clementine siempre se le había hecho cuesta arriba. Mara no entendía lo que Eloy había visto en ella. No eran dos polos opuestos que se

atraían. Clementine era tan opuesta que aquello era imposible. Esos dos eran las clásicas y matemáticas rectas paralelas, condenadas a no cruzarse nunca y sin ningún punto en común. Mara, por ende, no comulgaba con ella y le tenía una tirria que no podía ni verla.

Arantxa se cruzó de brazos al tiempo que estudiaba su barbullo mal disimulado. En su postura se adivinaba el dilema interno que la carcomía y que, al final, terminó soltando.

—Mara, voy a decirte algo porque me da la impresión de que Eloy te está contando de la misa la media...

Y, como meter cizaña estaba en su naturaleza, lo ejemplificó:

—Clementine y él no eran novios. Ella estaba casada, en realidad, Eloy era su amante.

—¿¡Qué?! —chilló estupefacta.

—Quería darte celos con ella.

Mara se quedó muda y quieta como una estatua. Estaba pasmada, y dicha rigidez se acrecentó cuando oyó la historia completa de labios de Arantxa. Le habló del matrimonio, de cuándo surgió la relación, de lo que pretendían y de cómo y por qué habían acabado. Por la expresión de Elsa, ella ya lo había oído.

—Pero, y aun con la distancia, ¿seguían con eso? —se horrorizó—. ¿Y por tanto tiempo?

—Se desvirtuó la cosa...

Mara meneó la cabeza, consternada y descompuesta. Cuando creía que no podía haber más disparates se daba de bruces con otro para coleccionar. Ya no sabía si lo de Eloy era romanticismo, insensatez o desesperación. Suponía que él amaba así, paciente pero también loco y atormentado; hasta llevarlo a los límites más surrealistas. Y todo por ella. Nunca se habría creído merecedora de tanta molestia.

—Eso es una barbaridad, Eloy está como un cencerro.

Arantxa se echó a reír.

—Sí, y tú te pones sus gayumbos.

Mara apretó los morros.

—Porque son cómodos, ya has oído a tu novia.

Elsa tartamudeó, incongruente.

—Bueno, en fin —interrumpió cambiando de tercio y arrimándole a Mara el

plato de galletas—. Deberías comer algo. Estás muy pálida.

Arantxa le restó importancia con la mano.

—Tranquila, esta tiene reserva calórica para rato.

—Es increíble que nos esté pasando esto ahora —comentó Mara medio ausente—. Si me descuido, me entero de todo el belén en el geriátrico, con el Kukident en una mano y la dentadura en la otra.

La fotógrafa se apoyó en la mesa, ensimismada y posando los ojos en la nada.

—No lo sé, Mara. Supongo que el amor no llega cuando te lo esperas, sino cuando lo aceptas.

La joven alzó la vista. Sus oídos se llenaron hasta la saturación de aquella palabra.

—El amor...

Arantxa y Elsa se miraron, sin pensarlo ni esperarlo. Diferentes sonrisas se dibujaron en sus rostros, y Mara sufrió la irremediable punzada de celos en el vientre. Eloy y ella se miraban así, desde hacía mucho tiempo, aunque sin pretensión ni esperanzas, y ahora entendía por qué.

—He estado pensando después del rebote que te pillaste en La Estación —reconoció una Arantxa confabuladora—. ¿Y si la manía que le tenías a Clementine no era manía, sino celos?

—A ti también te caía mal —reprochó.

—Sí, pero cuando surgían los marrones y Eloy se iba con ella en vez de darnos la razón a nosotras, me importaba un huevo de pato.

Estaba en lo cierto. A Mara siempre le dolía que se posicionara del mismo lado. Creyendo que en esa relación había una cacique y un esclavo, se había esmerado en criticar la conducta de Clementine con práctica y empeño. A la mujer ya deberían haberle reventado los oídos de camino a Harrods.

—Pobre Clementine... ¿Recuerdas aquel día cuando le dimos sobrasada y le dijimos que era igual que el Marmite?

—Sí —sonrió Arantxa.

A Mara ya no le resultaba gracioso. Eloy era el responsable de la farsa y le había salido tan mal que la taquillera, en lugar de querer luchar por reclamarlo, se había dedicado a apiadarse de él. Si es que era tonto... Y ella también... Todos menos la mandarina. Mara se llevó las manos a la cara, la de bilis que había

vomitado sobre aquella mujer...

—¿Por qué soy así? —se lamentó.

—No es tu culpa —rio Arantxa—. Es de todas.

Ella la miró sin comprender.

—Las mujeres siempre tendemos a castigarnos entre nosotras.

Elsa asintió en silencio y terminó su café. Mara la imitó. Poco se podía replicar a semejante máxima. Arantxa, que había cogido carrerilla, continuó elucubrando.

—¿Llegaste a hablar con Hugo sobre tu bloqueo, Mara?

Ella dijo que no, extrañada por que sacara ese tema a colación.

—Entonces imagino que no le habrás dado más vueltas. —Y así era—.

Fíjate, yo creo que ese bloqueo no tenía nada que ver con Hugo, sino con Eloy.

Mara, cazada, se puso del color de la cayena. Se llevó los dedos al puente de la nariz y contestó:

—Eso podría deberse a muchas cosas.

Normalmente esos problemas estaban relacionados con rollos psicológicos que Mara no controlaba, y no había tenido más interés en ahondar sobre ello. Así se había mantenido hasta acostarse en la cama de Eloy, a la sombra de una enorme ola que se le había escapado de las manos semanas atrás. No era la primera vez que le sucedía, aunque jamás se le había ocurrido vincularlo.

No es que Mara tuviera presente a Eloy, es que lo tenía tatuado en el hueso y el alma, y eso no era reversible. No existía nada ni nadie capaz de arrancarlo, y si alguno lo había intentado, ella se había encargado de alejarlo de una forma u otra. Es lo que estaba haciendo con todos, al fin y al cabo.

—¿De verdad estabas colada por ese tío? —Y subrayó—: Pregunta seria.

—Sí.

Había querido muchísimo a Hugo, claro que sí. En la adolescencia se ama muy intenso y muy imprudente. Lo que pasa es que ese arrebato se había evaporado con los años y ella no quiso verlo; porque necesitaba que funcionase, porque era el referente que se había marcado para planificar una vida plana y sin miedos, y porque, de perderlo, sabía que se volvería vulnerable al sentimiento que más pánico le daba.

—Ah... —articuló una Arantxa más agnóstica que Saramago—. Pensaba que era la excusa para no admitir lo gallina que eres tú también.

—¿Cómo dices? —pestañeó repetidas veces.

La fotógrafa adoptó una pose seria y mosqueante.

—Digo que si pasas tanto tiempo con Eloy es porque eres incapaz de cortar lazos con él, pero a la vez estás aterrada de dar un paso más y que no funcione. Eso es lo que digo.

Mara aguantó la respiración. Lo hizo hasta que le dolieron los pulmones y desenfocó la vista. Pensaba que si llegaba el día en que oyese esa acusación, la irritaría, y ahora que había llegado tan abruptamente, sintió que estaba desaprovechando la mejor época de su vida y que los años se le venían encima.

Si echaba la vista atrás, reparaba en oportunidades desaprovechadas, avances vetados y sentimientos reprimidos, y si miraba hacia el futuro, veía sus tristes consecuencias, las de una vida marcada por la incertidumbre.

Cuando te obsequian con una piedra preciosa, como un valioso diamante, te asombras de tu suerte, lo agradeces, lo halagas, lo admiras, lo estimas, y después de haber tonteado un poco con él, lo guardas a buen recaudo, en su cajita, envuelto en fieltro y a oscuras; porque de lo contrario se puede estropear, o deteriorar, o te lo pueden robar, o lo puedes perder y no quieres correr ese riesgo, porque es mejor saber que tienes un diamante en perfecto estado escondido, a ponértelo, lucirlo y quedarte sin él. Para Mara, Eloy no era un diamante, era la jodida herencia del tío Gilito, y se sentía una perfecta idiota por no haberse tirado de cabeza sobre sus montañas de oro.

—Arantxa, si eso es verdad... —que, por supuesto, lo era—, entonces es que estamos hechos el uno para el otro. —Y, al ver que las chicas no lo captaban, añadió—: Porque nadie puede ser más cobarde que nosotros.

El móvil vibró en su bolso. Lo sacó y comprobó con el corazón dando saltos como una pelota de goma que el nombre que aparecía en pantalla era el de Eloy.

—¡Es él!

Su histerismo no pasó desapercibido para ninguno de los clientes del local. Elsa sonrió.

—Si descuelgas así, seguro que vuelve enseguida.

—Sí... —murmuró Arantxa—. Enseguida y sordo.

Mara se levantó, ignorándolas a ellas y al resto del mundo, y se hizo a un lado buscando un rincón donde poder hablar tranquila y sin interrupciones. Descolgó y lo saludó disimulando los nervios:

—Hola.

—He visto todas tus perdidas, ¿ha pasado algo?

Su tono era alterado y urgente. Mara se recuperó de la impresión de volver a oírlo y lo sacó de dudas antes de que se preocupara.

—No.

Un suspiro interfirió la línea telefónica.

—Me he dejado el móvil en el hotel y acabo de volver a por él —explicó—. Aquí hay un montón de llamadas, Mara. ¿Qué ocurre?

Muchas cosas. Últimamente su existencia era un brote continuo de novedades. Sabía sobre sus sentimientos, la cámara, Clementine, y sabía lo que tenía que hacer y decir.

—Nada.

No, eso no era lo que tenía que decir, pero es que tampoco veía apropiado hacerlo por teléfono.

—¿Estás bien?

—No.

«Necesito verte», pensó. Lo echaba de menos. Era curioso, cuando Hugo dijo que se marchaba a Komodo, se sintió indiferente y, en cambio, Eloy pasaba unos días en Barcelona y lo acusaba como si fuese un exiliado de guerra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó bajando la voz, con suavidad, diestro como un docente con alumnos párvulos.

Mara se dejó derretir el corazón por aquel tono. La llenó de recuerdos, expectativas, deseo y ansias por arrojarse a sus brazos. Quedó tan prendada de lo que le hizo sentir que se embobó, y de todo lo que había ocurrido tras su partida soltó lo más incoherente:

—Me he masturbado en tu habitación.

Silencio. Pesado, incómodo y largo. Mara creyó que la línea se había cortado. Según la pantalla, no obstante, Eloy seguía al otro lado, a cientos de kilómetros y sufriendo lo que parecía un colapso. La joven fue a abrir la boca para aligerar el ambiente cuando, por fin, le llegó su réplica.

—Me están esperando, Mara. Ya hablaremos.

Colgó. Rápido y tajante. La taquillera se quedó mirando la pantalla en negro como si le hubieran desenchufado los cables, igual que si le hubieran quitado la batería y quedara floja, mustia y sin sangre circulando por las venas. Desde la

mesa, Arantxa y Elsa contemplaron cómo metía el teléfono en el bolso y arrastraba los pies por el pasillo central, rumbo a los multicines.

Hizo honor al alma en pena que se había convertido y remolcó su congoja por el centro comercial, cerciorándose de que, en efecto, cuando las cosas van mal, siempre hay opción de que vayan a peor.

Atrápame si quieres

Existe una extraña tendencia a que cada vez que se nombra el amor se asocie a algo bonito por inercia. Desgraciadamente, eso es demasiado utópico. El amor tiene lo suyo, no es para todos ni todos lo digieren igual de bien, y es que tiene un gran inconveniente: es especialista en hacer difícil lo sencillo.

Para Mara, el amor tenía muchas representaciones. Por ejemplo, compartir el bocadillo en el recreo, mitigar el dolor adolescente con abrazos y besos en el pelo; sacrificar los ahorros del verano, encontrarte la cena sin haberla pedido; que arriesgaran el pellejo por ti blandiendo una chapata en alto; noches de susurros y confesiones, y lengüetazos sorpresa.

Mara también tenía idealizado el amor como algo sencillo. Para ella era algo tan simple como una piruleta azul pintalenguas, pero se le había complicado, y lo había hecho mezclándose con infinidad de apelativos que no supo cómo interpretar y manejar. Como una coctelera a rebosar de buen cine. Complejo como una cinta de Kubrick, irónico como las de Lubitsch, lleno de suspense y misterio como las de Hitchcock, y tan surrealista como algunas de Buñuel.

El amor te despista, llevándote por donde no debe; te engaña, haciéndote creer cosas que no son; te sorprende para bien y para mal; te encela sin motivo; te pone a prueba sin cesar... En conclusión, el amor es bien jodido. Sólo tiene un estado de completa satisfacción. Uno solo, que se dice pronto, y no es otro que la correspondencia. El resto es pura incertidumbre. Si no eres correspondido, ya puedes darte por jodido. En eso pensó Mara cuando despertó, en que quería que

el amor se limitara a una sesión de anime y palomitas, y que excluyera todos los embrollos que conllevaría llevarlo a buen puerto.

Desperezándose y con unos ojos irritados, volvió a encogerse bajo el nórdico. El cobertor de Eloy era más cálido que el suyo y la almohada conservaba su fragancia de la última noche que había pasado en casa, una esencia que ya se percibía muy ligera y a la que Mara se aferraba hundiendo el rostro en su tejido. Notaba la boca pastosa y seca y pensó en beber un vaso de agua y regresar sin dilación a la comodidad que le ofrecía aquella cama, en cuyas sábanas se sentía envuelta y aún recordada por él.

Fue a levantarse cuando su móvil vibró bajo la almohada avisándola de una llamada entrante. Su mollera, abotargada por el sueño, se espabiló de súbito al descubrir que era Eloy quien la llamaba. Entusiasmada, se incorporó y descolgó.

—¡Hola! —saludó con raspas en el gaznate.

Se vino un silencio y Mara chequeó que no se hubiera cortado la llamada o que se hubiera demorado en descolgar.

—Hola, Mara —lo oyó decir plano y lacónico—. Te llamo porque quiero que me repitas lo que me dijiste ayer.

La joven se alborotó los rizos haciendo memoria matutina.

—¿Que me masturbé en tu habitación?

—¿Cómo?

—¡Que me masturbé en tu habitación! —repitió más alto y más claro.

Un resoplido como una ventolera atravesó la línea de punta a punta.

—No, digo que «¿cómo?».

—Ah... —comprendió—. Pues me senté en tu silla..., abrí las piernas... y me metí un rotulador.

Nueva dosis de silencio.

—¿Cuál?

Mara apoyó los codos sobre las rodillas, acusando el agotamiento y preguntándose si el objetivo de aquel telefonazo era ella o respondía a intereses más ególatras, como la habitual gayola mañanera masculina. Por tratarse de Eloy, no la incomodó en absoluto que fuera lo segundo, aunque no por ello se sintió contenta u orgullosa.

—Uno... de Carioca... amarillo...

—¿Te corriste?

—No —lamentó al recordarlo—, *Goku* me interrumpió.

La leve interferencia que le sucedió bien podría haber sido consecuencia de la risa o la desazón.

—Vale —concedió—. Ahora explícame por qué lo hiciste y por qué me lo cuentas.

Eso tenía ya más intrínquilis, pues había ciertas preguntas para las que Mara no tenía ninguna respuesta.

—Lo hice porque me aburría —contestó con sinceridad—, y te lo cuento porque imagino que te interesará saberlo. Después de todo, es tu habitación...

La misma donde se encontraba en ese momento, repasando con los ojos el lugar exacto donde su excitación fue repentinamente interrumpida y donde el rotulador asomaba entre apuntes y libros.

—¿También me dejaste que te comiera el coño porque te aburrías?

—¡No! —Estaba sacando sus palabras de contexto—. No, Eloy. Deseaba que lo hicieras.

Aquella vez, su inquietud deseaba ser sofocada por la indecencia de su boca, no por el cariño de su abrazo. Hay veces en que la tontería no te la quita un achuchón y un beso en la frente, sino un buen orgasmo a manos de un buen amante. Mara entendió con un retardo de mil demonios que de Eloy podía obtener ambas cosas y que las dos la cautivaban por igual a su debido momento. Lo que estaba entendiendo al fin también es que podía durar y que podía hacerlo sin detrimento.

Al ver que él se sumía en el mutismo, habló por miedo a que colgara de improviso, y lo hizo, además, empleando un doble sentido.

—¿Nunca te ha pasado nada parecido, Eloy? ¿Nunca me has sentido tan cerca que tu mano no ha podido resistirse a ir por libre?

Porque eso era lo que la había poseído al rodearse de su orden, su impecabilidad y sus pertenencias; su pequeño y concentrado universo.

—Cada-puta-mañana-de-mi-vida —masculló.

Mara boqueó.

—Menudo desgaste...

—¿Me estás vacilando?

—Sí... —admitió—. Y no.

Aquello dejaba de ser un vacile cuando la cháchara se volvía vacía y Mara se

desalmaba porque se manifestara su Eloy, el afable y conciliador; no aquel ser mudo y huraño. Eloy tenía sus reservas, pero siempre hablaba para ella.

—Dime algo.

Lastimera, cayó en la cuenta de que él le había rogado lo mismo al final de su cumpleaños, cuando se declaró en un baño público, con la cabeza y la boca llena de ella.

—Lo que sea.

A Mara sólo se le ocurría un modo de paliar ese malestar, aunque tampoco estaba convencida de que fuera a beneficiarla. Lo dejó estar y preguntó:

—¿Por qué estás tan enfadado?

Lo que vino después sí que fue risa, bien áspera y amarga.

—Porque primero saliste corriendo, luego me rechazaste y ahora me vienes con éstas —explicó cabreado—. No te entiendo, Mara. Por primera vez, por mentira que parezca, no te entiendo, y menos aún sé lo que pretendes de mí. ¿Cómo esperas que reaccione si te contradices una y otra vez continuamente?

Mara encajó su acusación, consciente de que no le faltaba razón. Su empeño en mantener su amistad intacta a causa de sus temores la angustió tanto que creyó que se volvería loca. La había llevado, como siempre, a vetar un avance y la degustación de lo que podría ser algo perfecto.

—Siento haberte mentado.

—¿Cuándo?

—Te dije que era una conformista de mierda, y es verdad —reconoció resignada—, pero no es verdad que me guste. Es lo peor de mí y no me gusta nada.

Necesitaba cambiarlo, pues la afectaba en todos los aspectos de su vida. Creyó que hacerlo con lo que sentía por Eloy complacería a los dos y sería un buen comienzo.

—Me alegra oír eso —respondió él, más cercano—. Una creadora de historias de tu talla y con tus aspiraciones no puede permitirse la conformidad. Nunca te hará brillar.

A Mara se le humedeció la vista con ese detalle, esa tendencia de Eloy por alentarla a ser una mejor persona y ayudarla a conseguirlo a través de su afecto, volcado en tan confortantes palabras. Siempre apoyándola, creyendo en ella y animándola a seguir su propio camino; un acto generoso y propio del amor más

sincero que no podía quedar sin correspondencia por más tiempo.

Se aclaró la voz, más sedienta que nunca, y dijo:

—Eloy..., creo que estoy enamorada de ti.

Un sonido ahogado entró por su oído con pesar.

—¿Por qué quieres volverme loco?

Mara apartó el cobertor de una patada y salió de la cama con ansiedad.

—¡Lo digo en serio! ¡Nunca bromearía con esto!

Era alocada, no despiadada. Eloy barruntó algo para el cuello de su camisa.

—Muy bien... Así que crees que estás enamorada —farfulló con burla en la voz—. Cuéntame, Mara, ¿por qué crees eso?

La joven suspiró.

—Porque me gustas más que mi segunda merienda.

—Joder...

—¡No puedo explicártelo!

—Ya...

Mara golpeó el escritorio con el puño.

—¡No puedo hacerlo porque no encuentro las palabras para comunicártelo! Es tan profundo que no sé con qué compararlo; tan antiguo que remontarme hasta tan lejos me da vértigo —confesó—. Es tan sólido que me mantiene cuerda cuando más lo necesito, y es tan verdadero y real que casi puedo tocarlo.

Cerró los ojos controlando un llanto desesperado. Debía mantenerse entera y demostrar, aunque fuese con el verbo, que lo suyo iba en serio y que él debía tener conocimiento de ello. Sin embargo, al no percibir sonido alguno por su parte, el lamento y la aridez se expandieron por su paladar.

—Créeme, por favor.

Eloy no decía nada, y con esa nada le transmitía a Mara un mensaje que ella se negaba a aceptar.

—Es tan cierto como que he pasado la noche en tu cuarto.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó extrañado.

Mara se mordió el labio.

—Hace años te habría contestado con la excusa de que no tengo sábanas limpias o que tu nórdico al menos tiene funda. Hoy soy sincera —sonrió—, y te digo que lo he hecho porque te echo de menos y quería olerte y sentirte mientras dormía.

Oyó una inhalación larga y profunda, y su exhalación dilatada, seguida de un chasquido entre los dientes.

—Dices que es antiguo... ¿Desde cuándo, Mara? ¿Desde ayer?

—Creo que se difumina en el tiempo...

—Pero ¿qué me estás contando?!

Aquel aullido zarandeó a la taquillera, que se vio colmada por las emociones. Salió de la habitación y fue hasta la cocina, donde se sirvió un vaso de agua. Expresarse y compartir aquella intimidad oculta la estaba mareando. Se había estado engañando durante tanto tiempo que liberarse de sus ataduras le produjo igual nervio que alborozo.

Mara, que la boba de ella se creía valiente y echada para adelante, en realidad era una cobarde en lo más desconcertante y delicado que conocía, que no era otra cosa que el amor. Eloy, por lo menos, admitía y asumía lo que le ocurría. Ella, en cambio, luchaba contra sí misma casi por deporte, y había tenido que chocarse contra la verdad de Eloy para atreverse a ser brava y agarrar al toro por los cuernos.

Podía seguir negándose, por supuesto. Podía testar si era capaz de llevárselo a la tumba, comprobar los límites de su resistencia como la más demente y la más gallina; de hecho, ésa fue siempre su intención. Pero lo que no podía hacer era negárselo a él una vez que se hubo enterado de lo remoto de su adoración. Vetárselo entonces le parecía una crueldad desmedida.

Mara se lo tomó como una señal, como una llamada a la acción. Había llegado el momento de intentarlo. Siempre y cuando Eloy siguiera dispuesto, claro está.

—Si eso es cierto, ¿por qué no lo dijiste antes?

—Sé que lo tuyo viene de lejos, Eloy. Tú tampoco lo hiciste —reprochó ella.

—¡Porque me acojonaba tu rechazo!

—¡Y a mí me acojona que lo echemos todo a perder! —berreó—. ¡Te quiero, Eloy! ¡Te quiero, pero valoro lo nuestro por encima de todo y me aterra estropearlo por lo que siento!

—Dios... —articuló él—. Estás hablando en serio...

La joven bebió más agua a punto de atragantarse. Tosió, se limpió los morros con el dorso de la mano y se abanicó la cara y el cuello. Seguro que estaba tan roja como un fresón de Huelva. Necesitaba cambiarse, se notaba sudorosa y

pegajosa.

—Me besaste una vez —dijo él de pronto—. Fue la noche que pasaste en mi casa con tu hermana. Acababa de fallecer tu abuela.

Por lo visto, el auxiliar de veterinaria estaba retomando el pasado para hilar lo que nunca conseguiría sin ayuda. Mara se la proporcionó, dispuesta a rendirse a la honestidad.

—Sí.

—Lo recuerdas... —murmuró, muy asombrado.

—Claro —sonrió ella—, fue mi primer beso.

—¿Cómo dices?! —estalló Eloy—. ¡Creía que eso fue con Javi *Porretas*!
¡El repetidor retrasado de cuarto!

—Ya... Mentí.

—Por Dios, Mara... —murmuró entre dientes—. ¡Mientes más que hablas!
¡Abres la boca y sube el pan!

—¿Pan? ¿Dónde?

—No me lo puedo creer —oyó que decía en tono soñador—, tu primer beso fue conmigo, te desvirgué la boca.

—Hombre...

—El mío fue con *Mónica Atómica*.

Mara sufrió una leve parálisis en mitad de la cocina.

—¡Qué! ¿Con esa hormiguilla?

—Se me tiró encima...

—Pero ¡si hasta era más enana que yo! ¿Se te enganchó como una garrapata?

—Mi primera vez fue en Londres.

La taquillera asintió. Así se lo hizo ver cuando estuvo por allí. Lo próximo que le iba a decir, puesto que se notaba que estaba esperando, no le iba a hacer ni pizca de gracia. Por aquella época cambiaba de novio como de camisa, y nunca fue muy concisa al respecto.

—La mía fue con Javi *Porretas*.

—Joder...

—Es verdad.

—Por eso.

A Mara aquella conversación la estaba incomodando muchísimo.

—No deberíamos estar hablando de esto.

—Tienes razón —resopló él—. Tengo muchas ganas de colgarte ahora mismo.

—Serás idiota... —siseó cabreada—. ¿Es que tú vas de santo?

—No, voy de atontado, y así me ha ido.

Se sintió muy identificada. La rabia, la impotencia y el remordimiento recorrían su sistema nervioso. Quiso tener el poder de rebobinar y viajar atrás en el tiempo, encontrar el botón de reinicio y revivirlo todo de la misma forma, pero unidos por lo físico, por lo más primitivo, uno encajado en el otro, enredados como nudos marineros e inseparables como el cine y las palomitas.

—Me siento el tío más estúpido del mundo.

«Bienvenido al club», pensó ella.

—Siempre he creído que no era suficiente para ti.

—¿Quién? ¿Tú? —profirió Mara. Aquello era inaudito—. Pero si eres todo cuanto quiero.

—No daba esa sensación —reprobó.

—Habló el más transparente de todos.

Eloy suspiró.

—Quiero pegarme un tiro.

—¿A lo Werther? —exclamó ella—. Ni siquiera tú eres tan dramático.

—Cierto —concedió con seriedad—. Alivio el drama con mucha imaginación y un juego de muñeca envidiable, uno que tú ya conoces. —Mara tragó saliva—. Pero sólo es un espejismo, dura un momento. Luego vuelve y eso se convierte en un círculo de onanismo y melodrama imparables.

Una gota de sudor descendió por su canalillo. No sabía ni qué decir.

—Eres muy completito.

—Y tú una lianta.

Se desinfló. Mara no imaginaba nada más edulcorado y entrañable que enamorarse de su mejor amigo, y no se le ocurría peor castigo que el de admitirlo demasiado tarde y perder su favor.

—¿Arantxa trabaja todo el día?

Desesperanzada, fue a ponerse ropa limpia.

—Sí.

—Bien, tengo mucho que hacer y necesito tomarme mi tiempo.

—No comprendo... ¿Ya has vuelto a Madrid? —quiso saber, emocionada—.

¿Estás aquí?

—Yo siempre estoy aquí, Mara. No lo olvides nunca.

La joven se detuvo frente a su puerta y abrió unos ojos como platos. El abatimiento dio paso a la estupefacción en un instante. Eloy estaba en su cuarto.

Entre gallinas anda el juego

La cama estaba deshecha y él llevaba puestos sus pantalones y su camiseta vieja. Parecía que hubiese dormido allí. Eloy se encontraba sentado con las piernas cruzadas, la espalda recta y el móvil pegado a la oreja. La intensidad de su mirada traspasó a Mara como una centella a un pararrayos. El corazón le bombeó con estrépito.

—Me hice una promesa hace veinte años —dijo él—. Una que decía que siempre permanecería a tu lado, y no voy a atreverme a romperla a menos que a ti se te ocurra pedírmelo.

Mara bajó el móvil. Eloy también.

—Nunca —musitó.

Se arrodilló sobre el colchón con expresión apremiante y extendió una mano hacia ella.

—Ven aquí, Mara. Ven aquí ahora mismo y bésame. Bésame ya o se me secará la boca de tanto esperarte.

Mara no fue, Mara corrió. Derribó a Eloy con su ímpetu y ambos rebotaron sobre la cama, abrazándose, buscándose la cara, la mirada y los labios. El beso que compartieron fue desesperado al principio, rebosando lengua, saliva y dientes, y luego fue decreciendo en profundidad, que no en sentimiento, para convertirse en la máxima expresión de su afecto. Un beso largo de bocas húmedas y perezosas y lenguas curiosas.

Estaban aferrados el uno al otro, unidos por los brazos y las piernas; nunca

tan pegados, nunca tan excitados y nunca tan fascinados con la erupción de emociones que se detonó entre ellos. Eran una trenza de músculos, temblores y palpitaciones; una unión inquebrantable en tantos sentidos que hasta ellos mismos se sorprendieron de su compenetración.

Eloy mordisqueó el labio inferior de Mara. Al fijarse más detenidamente en su rostro, pasó las yemas de los dedos bajos sus ojos castaños con preocupación.

—Has estado llorando.

Mara lo besó de nuevo, esquivando el tema. No es que le diera vergüenza lucir vulnerable ante Eloy, ya no; es que quería olvidar lo malo y centrarse únicamente en lo bueno, en él, en su presencia, en su llegada inesperada, su correspondencia y su entrega. Como no parecía que fuera a dejarlo estar, ella lo abordó primero.

—Dijiste que pasarías más días fuera.

El gesto de Eloy no varió.

—Y tú me dijiste que no estabas bien.

Se sintió boba por haber creído que Eloy dejaría pasar los monosílabos pronunciados. Se había visto desahuciada y le estaba pasando factura. Mara reforzó su agarre. Lo cierto es que no quería hablar. Si lo hacía, recordaría la pesadumbre de los últimos días y los disparates del pasado más lejano. Lo que precisaba era tocar, sentir y dejarse llevar como no se había atrevido antes. Para Mara ya estaba todo hablado o, al menos, casi todo. Sus ganas de fundirse en Eloy arramplaban con todo lo demás. Fue de nuevo a por su boca, pero él la miraba con un deje distinto. Aún se veía preocupado, aunque no en el sentido emotivo, sino en el apocado, en el de un panal de miel donde todos los zánganos se habían acoquinado ante la presencia de la abeja reina.

—¿De verdad, Mara? ¿Estás segura de lo que dices que sientes?

A la joven le dolieron sus dudas, más no podía culparlas. Su confesión se había dado de un modo improvisado y, sobre todo, muy repentino para él. Seguro que no tenía nada que ver con el tipo de recibimiento que se esperaba al aterrizar en Madrid.

—Segurísima.

Si las palabras no se le daban bien, lo demostraría como él se lo pidiera. Depende de lo rebuscado que fuera, claro...

—Te odio.

Mara arrugó el ceño.

—Te odio mucho y muy fuerte.

Ella sostuvo su rostro entre las manos y lo acercó al suyo cuando preguntó:

—¿Por qué?

Eloy suspiró.

—Por ser tan cobarde como yo.

Mara asintió, entendiendo, sonriendo y llorando a la vez. Como un estallido de hormonas sin ton ni son que a él le provocaron una sonrisa.

—Yo también te odio —lloró sonriente—, nunca he odiado a nadie tanto como a ti.

Eloy la abrazó, uniéndose a su risa. Le acarició el pelo, como pudo, y la espalda, escondiendo una mano bajo el pijama con toda la libertad que le fue denegada en su cumpleaños. Los dos rieron, aturcidos por las impresiones, las calientes sensaciones primerizas y lo agradable detocarse tan plenamente, sin pudor ni extrañezas. Como si fuese natural, como si fuese necesario; sin lograr entender por qué no se había dado antes si se sentía tan bien y no dolía en absoluto. Porque en aquella cama no tenía cabida el dolor. Allí sólo había sitio para el cariño y la indecencia, y esperaban que se quedaran por tiempo indefinido.

Eloy apartó su cabello y posó sus labios en la base del cuello. Con calma, su boca fue ascendiendo a pequeños y suaves besos por la piel hasta el lóbulo de la oreja. Su dentadura lo atrapó y le propinó un mordisco que Mara acusó entre las piernas. Él impulsó la cadera, transmitiendo su estado y lo rápido que iba creciendo.

—Si no me detienes, no creo que pueda parar —advirtió junto a su oído.

Mara sonrió esperanzada.

—Mejor, porque no quiero que lo hagas.

Eloy encadenó su mirada con la de ella. Sus pupilas se dilataron, y a su alrededor el panal se llenó de miel densa y oscura, como de brezo, espesa, dulce y picante. Agarró a Mara de los rizos de la nuca y tiró de ellos hacia atrás, exponiendo la totalidad del cuello para él. Un lametazo la recorrió de abajo arriba, pulcro y parsimonioso, regodeándose con su manjar. Lo siguió otro y otro y otro..., mojando su cuello y su sexo a partes iguales.

La expresión embriagada de Eloy asomó por su mentón. La boca de él se

afanó en lamer y degustar toda porción de piel que se le ponía al paso, sin poder desperdiciarla, como si fuera de un valor incalculable y un sabor inimitable. Los dientes se arrastraron por la curva de su mandíbula. Mara gimió. Eloy encajó su cadera en la suya. Un potente bulto se frotó contra ella y le puso los ojos en blanco.

—Llevo toda la vida haciéndote el amor con la mirada... —susurró él—. Hoy, por fin, voy a hacértelo con los cinco sentidos.

Mordió la carne palpitante y Mara hundió los dedos en sus hombros. La nariz de Eloy volvió a hacer de las suyas, vagando por la epidermis como si hubiese sido encantada por algo que la llamaba entorpeciendo su ruta, haciendo eses y altos en el camino que erizaron el vello del cuerpo entero de Mara. Al querer profundizar su exploración, la taquillera se dio cuenta de que sus condiciones no eran las más idóneas para un encuentro tan íntimo.

—Espera, debería ducharme.

Eloy hundió la nariz entre su lóbulo y el nacimiento del pelo.

—No... —objetó inhalando y cerrando los ojos—. Estás perfecta...

Un húmedo beso se prolongó desde ese punto hasta su escote, donde el pijama impedía la profundización y se interponía como una barrera molesta que nadie quería conservar. Eloy aflojó su agarre y Mara se incorporó arrodillándose sobre el colchón. Se quitó la prenda de arriba y la tiró al suelo. Total, otro cachivache más... Nadie lo iba a notar.

A Eloy se le iluminaron la cara, los ojos y casi el pelo rubio con las vistas que ella le ofreció. Embobado, estiró los brazos y las manos abarcaron sus pechos. El simple roce lanzó a Mara al jadeo y él se sintió envalentonado para acariciarlos, amasarlos y estrujarlos cuanto quiso. Cautivo de su suavidad y su tamaño, restregó su rostro entre ellos. Mara tuvo que dejarse caer y apoyarse con los codos, facilitándole su paladeo. Tenía los oscuros pezones tan empitonados que casi podían usarse como arma arrojadiza.

Eloy sacó la lengua y la enroscó en uno de ellos, cuidadoso, primoroso y ensimismado. El otro recibió la atención de sus dedos índice y pulgar, estrujándolo con un tiento que Mara creyó que se derretiría literalmente.

—Están tan duros... —murmuró él ocupado en ello—. Deben de doler...

—Sólo si no los tocas.

No podría ser más directa ni Eloy más obediente a sus deseos. Cerró los

labios en torno a un pezón y mordió mientras retorció el otro. Mara chilló de placer. Su vientre vibró, como si hubiera abierto la presa que incitaba a sus fluidos a desbordarse por sus ingles. El joven tenía un toque propio, uno que ponía de manifiesto su carácter paciente y dedicado. Mara no pudo evitar preguntarse si habría sido así con otras o era marca de la casa en exclusiva para ella.

Desechó las paranoias. Si seguía por ese camino, tendría un problema gordo que arrastraría hasta el día del Juicio Final. Estaba exultante por el corazón, la mirada y la boca de Eloy, pues todos repicaban, reflejaban y pronunciaban su nombre en cada gesto, y no podía sentirse más querida y deseada. Pensar que había estado a punto de perderlo por su cabezonería le dio escalofríos.

—Creía que ibas a olvidarme.

Eloy alzó la vista de su cometido, alucinado y confuso al mismo tiempo.

—Olvidarte... —repitió quitándose su camiseta por la cabeza—. Ni quiero, ni puedo —sonrió—. Para olvidarte no basta con una excursión a Barcelona, Mara. Para eso hace falta un milagro.

Ella se enderezó y tomó su pecho descubierto como una invitación. Sus manos se pasearon temblorosas y mimosas por el vello rubio, de abajo arriba, notando el calor y las contracciones nerviosas bajo la piel. Con la punta de la lengua, rozó una tetilla. Eloy gimió sobre su cabeza. Tenía la carótida hinchada, la boca entreabierta y los ojos a punto de licuarse. Mara mordisqueó gustosa y, después, metió las manos por su pantalón, haciéndose con su culo prieto. Eloy perdió el equilibrio y ella aprovechó su turbación sexual.

—Sé lo de la cámara de vídeo —anunció—. No puedo creer que hicieras eso por mí.

Eloy se quedó estático. Los colores subieron por su torso, colonizando la piel hasta la frente. Después de cerciorarse de que aquello no era un reproche sino un agradecimiento lúbrico, soltó una gran bocanada de aire aliviado.

—Pensé que me ibas a matar.

—Ganas no me faltan —rumió ella.

—Espero que sea a besos, entonces.

—Es una idea.

Sus dedos caminaron pasito a pasito por el pectoral, rodeando una tetilla.

—Besos ahora. —Lo retorció sin piedad—. ¡Tortura después!

—¡Ah!

Eloy se frotó y se sopló la zona, dolorido. Aunque daba más la sensación de que estuviera haciendo fuego.

—¿Por qué has hecho eso?

—Por callarte tanto tiempo.

Él se dio unos toquecitos inconscientes en la tetilla.

—Pues me ha gustado...

Mara parpadeó. La reacción fue tan opuesta a la intencionada que no vio venir la revancha. El pellizco en la teta derecha le hizo ver las estrellas.

—¡Ah! ¡Animal! —chilló zurrándole en el brazo.

—Empate. —Eloy sonrió.

—¡A mí no me ha gustado!

—No, claro que no... —contestó metiéndole la mano en el pijama—. Por eso me patinan los dedos aquí abajo.

Estuvo a nada de no terminar la frase, y tuvo que ver con una de las razones por las que Mara quería huir a un baño y desvestirse a solas. Eloy frunció el ceño y enarcó una ceja. Sí, algo raro debía de haber notado, y lo confirmó cuando le quitó los pantalones. Al verlos, su mirada ascendió lentamente por Mara hasta posarse en sus ojos. Disimulando su perplejidad, adoptó un registro conminatorio.

—Mara..., ¿has estado hurgando entre mi ropa interior?

La joven se vio los bóxeres azules y compuso una mueca de disculpa, muy vaga. Él tragó saliva. Con un dedo, trazó un garabato inconexo desde la costura, pasando por las ingles y luego presionando en el centro, humedeciéndose a través del tejido. El interior de Mara se prendió.

—¿Qué más te has puesto estos días?

—Nada... —articuló—. Sólo bóxeres.

Él punzó más adentro, notó cómo se abrió y pudo empapar la tela en sus fluidos. Mara jadeó con la electricidad corriendo por sus venas.

—¿Te has metido los dedos mientras los llevabas?

Ella dijo que no, o eso creyó. Al menos, lo hizo con la cabeza.

—¿Seguro?

Asintió.

—Mira que tú mientes mucho...

No tenía fuerzas para protestar. Aquel dedo obsceno continuaba torturándola de fuera hacia adentro. Eloy se recostó a su lado, apoyándose en un codo, tan pancho. En su expresión brillaba el deleite por verla hecha un manojo de sacudidas a merced de su dedo. Lo movió en círculos y ella se mordió el labio.

—Yo me llevé tus bragas a Barcelona.

A Mara casi se le había olvidado ese detalle, por eso no se extrañó de no haberse topado con ellas al cotillear sus cajones.

—¿Te las pusiste?

Eloy se dio impulso con la mano, añadió otro dedo y entró un poquito más.

—Sí. En la cara.

Mara se agitó de gusto y de susto.

—¿En la cara? —profirió—. ¿Como si fueras un boxeador de lucha libre mexicano?

Una carcajada salió despedida por boca de Eloy.

—Sí, uno muy virginal. Blancas y de algodón —apuntó.

La tela de los bóxeres se estaba encharcando. El hueco entre los muslos era una mancha azul marino, muy húmeda y muy caliente. Mara se mecía sobre las sábanas, al compás de la mano de Eloy. Jadeante, se sostuvo de su nuca, donde desenredó su pequeña coleta y soltó su pelo. A diferencia de lo ocurrido en el baño, quiso recrearse en aquella preciosidad de mata dorada. Eloy cerró los ojos cuando arañó su cuero cabelludo.

—¿Ibas de esa guisa por la ciudad?

—No, me habrías visto en el telediario —rio de nuevo—. Me las puse al echarme a dormir. Aunque no me ayudaban precisamente con eso...

A Mara le vino el recuerdo de Eloy masturbándose en la ducha y sintió una descarga por su tronco hasta la garganta. Él se inclinó para beberse sus gemidos en un beso tórrido e insaciable. El dedo se restregó arriba y abajo, acelerando el ritmo y pringando toda la tela. Mara abrió bien las piernas, como en una postura de yoga, y permitió que el acceso fuera más amplio y profundo. Un caldero de lava se cocinaba por su pubis y se iba expandiendo peligrosamente al resto del cuerpo.

—Eloy... —rogó entre sus besos.

—Estás cerca, ¿verdad?

Asintió, agradecida de que no sólo conociera bien su mente, sino su cuerpo,

al parecer. Los latidos se sucedían a tal velocidad que debió de advertirlo entre las yemas mojadas de sus dedos.

Eloy se sentó en la cama. Introdujo aquel vicioso dedo bajo el elástico y el roce de la uña enervó a Mara cuando tiró hacia abajo. La tela fue desprendiéndose por la cadera y los muslos recibiendo la total atención de Eloy, que no apartaba los ojos de lo que escondía en su interior. La tiró por encima de su cabeza y, después, meloso, se acercó al rostro de Mara y se relamió la boca. Ella tartamudeó.

—¿Sabes, Mara? Estoy enamorado desde que tengo uso de razón —reconoció—. Pero perdido... Perdido vivo desde que probé estos labios.

Bajó lentamente y, cuando estaba a un milímetro de su boca, cambió de parecer y dejó deambular su interés por el pecho, el estómago, el ombligo y, finalmente, su coño. El beso que le brindó en aquellos labios dobló a Mara como un arco de medio punto.

La lengua, bien acompañada de dos dedos, volcó su destreza entre sus pliegues. Fue directa a por su recién amigo el clítoris, quien le dio los buenos días sin demora y le suplicó que lo succionara hasta dejarlo seco y arrugado como una pasa. Ella acató la orden juguetona y se hizo con él. Mara tembló y se pasó las manos por la cara y la cabeza, acosada por calambres exquisitos que se multiplicaban por toda su anatomía.

Cada vez que Eloy metía y sacaba los dedos, Mara se mojaba más y él se lo bebía todo y lo tragaba glotón y fascinado, invadido por una gula que no parecía que fuera a apagarse. El ritmo se acrecentó, Mara se enganchó al nórdico y apretó los dientes. Le quemaban los talones de restregarlos desesperada contra las sábanas.

—Vamos, Mara, dame la bienvenida a casa.

Gimió sobrepasada.

—Viértelo en mi cara.

Bajó la vista y, al encontrarse con aquella mirada directa, intensa y cargada de fuego, liberó el orgasmo a través de cada poro de la piel. Onduló como un oleaje furioso e incontrolable mientras Eloy la sostenía a duras penas y rebanaba nuevos chispazos de excitación. Sentirlo contra la sensibilidad de su carne la puso frenética, le faltaba el aire. Quiso recular, pero él se lo impidió, adhiriéndose más a ella y agotando sus reservas de líquido y resistencia. Mara

claudicó, hecha un guiñapo y balbuceando incoherencias. Sólo le faltaba sacar burbujitas por la boca. Aunque no era necesario: Eloy ya lo estaba haciendo por ella.

La joven enfocó una vista nublada, luchando por recuperar el ritmo normal de su respiración. Su descanso, no obstante, duró muy poco. Eloy se quitó los pantalones y la ropa interior y dejó a la vista una poderosa erección. Gateando como un predador, llegó hasta ella, poniéndose encima, siendo Mara incapaz de mover un solo músculo, y colocó sus manos a ambos lados de la cara. La expresión de su rostro era una mezcla de júbilo, hambre, lujuria y desespero, como la de un ángel pecador y con muy pocos remordimientos.

Se acostó y apoyó el peso de su cuerpo en el de Mara. La rigidez de su polla se aplastó contra el caldo de su sexo. Ambos se miraron un segundo y, luego, se besaron, saboreando aquel momento previo a su manera. Una temblando y otro meciendo las caderas como un Elvis nórdico. Despacio y con precisión, Eloy bañó su miembro en el estanque de Mara.

—¿Por qué crees que lo vamos a estropear? —preguntó con voz suave, aunque perjudicada.

Ella se sintió mareada, por la relevancia de la pregunta, los mechones de Eloy haciéndole cosquillas por la cara y lo que renacía entre sus piernas.

—Que nos conozcamos tanto... o que nos llevemos tan bien... no garantiza que seamos compatibles en esto...

—Esto...

—Follando... —explicó—. No garantiza ni que follemos bien, ni que nos entendamos como... pareja...

Eloy dejó escapar la risa por la nariz. Se levantó un poco y le dejó ver lo que se cocía entre ambos. Su pene, unido a ella por hilos de excitación, segregó una apetitosa gota seminal. A Mara se le secó la boca. Él ladeó la cabeza y sonrió.

—No tiene mala pinta.

—No.

La besó una vez más con un beso que transmitía un mensaje de lo más prometedor y confortante y se retiró, casi con una mueca de pesar. No le quedaba más remedio. Mara supo al ver su estado que iba a reventar. Se quedó hipnotizada con su imagen desnuda, y es que Eloy tenía una polla tan bonita... Era de esas pollas que, una vez las habías visto, no podías olvidarlas. Una polla

de película, y no como las cachiporras de las pornográficas; era de cinta independiente, de cine de autor, con sello propio, sin parecerse a ninguna otra, realista, bella y cruda. Una joya genital.

Eloy fue un momento a su dormitorio. Al regresar, estaba verde.

—Por favor, dime que tienes condones.

Mara rio, aunque se le cortó la risotada al percatarse de que no estaba segura de ello. Neurótica, se lanzó a por su mesilla de noche y buscó entre las porquerías de sus cajoneras. Armó tal estropicio que Eloy se ofreció a buscarlos por ella.

—Déjame a mí, Pájaro Loco...

Hincó una rodilla en el borde de la cama mientras rebuscaba.

—Ah, mira, aquí tienes.

Se entretuvo en abrir la caja. Estaba sin desprecintar. Ninguno era un follador de la pradera, se hacía lo que se podía. Mara se fijó en el culo de Eloy y frotó las manos. Aprovechó lo apropiado de su postura y, ni corta ni perezosa, se coló entre sus piernas. Asomó por la pelvis de Eloy como un mecánico que se arrastra bajo la carrocería de un vehículo. Él pegó un bote del susto y, antes de que pudiera preguntarle lo que pretendía, Mara le envolvió la polla con la mano.

—Oh...

Sí, era tan suave como había imaginado, con un capullo delicado por fuera, muy fino, como papel de liar; pero era dura como una barra de hierro en su longitud. Mara no era capaz de resistirse. Abrió la boca, sacó la lengua y le propinó un lametón en la punta. Eloy se estremeció jadeante. Pudo notar la vibración seca y punzante junto a sus hombros, pegados a sus rodillas.

Repitió el movimiento. Eloy también. Se puso más dura, más roja, más curva. Mara se la introdujo en la boca y el gemido de Eloy se dilató pesadamente. Ella se relamió. Tenía sabor a sal y a ella, y estaba caliente, con la sangre hirviendo y rugiendo por su interior. La siguiente vez, se ayudó de la mano, subiendo y bajando, pero Eloy se apresuró en negar frenéticamente con la cabeza.

—Me vas a hacer estallar antes de tiempo.

Ella rio y se apiadó de él. Después de todo, se moría por que se la metiera. Una buena mamada podía esperar, aunque no mucho. Se había quedado con ganas de más. La taquillera le birló el condón y abrió el envoltorio. Muy ansiosa,

se lo colocó en el pene, recreándose traviesa en la tarea y asegurándose, palpando con esmero, de que estaba bien puesto. Cuando miró a Eloy, éste tenía una cara para enmarcar. No sabía si la emoción lo iba a hacer llorar o besarle los pies. Deseó que fuera lo segundo.

El joven rodeó su cintura con un brazo exigente y la acercó más a él. Ella se sentó sobre sus muslos. La punta de su polla rozó su entrada y se agitó con anticipación.

—Ya no hay vuelta atrás.

Mara asintió.

—Estoy lista para empalarnos.

Eloy esbozó media sonrisa.

—Tu romanticismo me derrite el *kokoro*.

—A ver lo que sabes derretir tú —alentó ella.

—¿Eso es un reto? —Y, al ver que efectivamente lo era, acercó su boca a su oído y accedió—: Muy bien. Me aplicaré a fondo. Muy... al fondo.

Mara sonrió encantada y observó sus cuerpos desnudos. Eloy, no obstante, la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo. Lento y suave, fue introduciéndose en ella y ella fue abriéndose para él; uno alzando la cadera y otra bajando la suya; una unión que derritió el seso e inflamó las carnes, compartida con dos miradas prendidas en llamas y un abrazo indivisible; una unión que concluyó en un acople certero y perfecto, como la de dos bloques de Lego.

Los alientos se mezclaron, los labios se rozaron y las lenguas salieron corteses a saludarse. Sus cuerpos se movieron, se separaron y volvieron a juntarse. Gimieron al unísono, uno dentro del otro, encantados con la sensación, con sentirse tan reales, tan próximos y tan plenos. Volvieron a moverse, a bombear entre caderas; acariciándose las mejillas, las orejas y el pelo; besándose con pasión absuelta y desatada, piel con piel, pectoral contra pezones duros y tiesos, brazos encadenados y genitales húmedos y pétreos.

Mara y Eloy eran una amalgama de jadeos, músculos enrojecidos y fluidos varios. Las acometidas eran largas, pausadas, profundas y muy intensas. Formaban una danza indecente que desprendía un calor inhumano. Llevaban el fuego dentro y les estaba fundiendo las entrañas. Los temblores dieron paso a los espasmos, los latidos repicaron por sus gargantas y se les embotaron la cabeza, los oídos y la vista.

Mara clavó las uñas en los hombros de Eloy y él hizo lo propio en sus nalgas. Vislumbraban ya la cúspide, que los esperaba para recibirlos desde tiempos inmemoriales, paciente, acogedora, generosa y rebosando complacencia. La pareja aumentó la velocidad de su baile inconscientemente, sin poder remediar unas ansias tremendas por explotar y completarse.

Cuando ya no se pudo respirar entre besos, Eloy agarró a Mara del culo y lo presionó contra él. Ella tembló y la bendita sensación se agudizó cuando él la movió en círculos sobre su pubis. Ella emitió un largo gemido echando la cabeza hacia atrás. El aliento acelerado de Eloy le llegó por el cuello hasta los oídos.

—No lo vamos a estropear, Mara.

Ella continuó dejando que la moviera a su antojo, puesto que lo hacía estupendamente bien y le proporcionaba un placer inaudito. Era paulatino pero denso y amenazaba con una traca cegadora.

—Mírame.

Eloy la sostuvo del cuello, ella descubrió la honestidad y la ansiedad descarnada en su mirada.

—No lo vamos a estropear, lo nuestro es de verdad. Sé que podrá con todo.

—Y recordó—: Siempre ha sido así.

Mara sufrió una fuerte contracción. Comenzaba a considerarlo. Si lo que compartían era tan verdadero y real, no podría debilitarse, podría con cualquier cosa. Ya lo sospechó cuando supo acerca de sus sentimientos. Creía que, si Eloy había sido tan paciente, lo daría todo porque nunca se hicieran daño y ella no podía por menos que esforzarse y luchar por lo mismo.

Con el nuevo envite, Mara perdió fuelle y razón. Estaba acercándose al borde, y Eloy también. Por mucho que se empeñara en cocinarlos a fuego lento, le podían el deseo y los sentimientos acumulados con los años. En aquel momento correrse era más una urgencia que un propósito.

El baile se hizo más rápido, más seco, más hondo y más violento. Se agarraron de los pelos, apretaron bien los dientes y se empujaron el uno al otro con estrépito, con ansia viva, con el arrepentimiento mudo de no haber movido ficha con anterioridad; con la rabia que suponía comprobar de primera mano lo excelente que era aquello y cómo lo habían desaprovechado.

La sangre tronó por sus venas al mirarse. Eran chocolate y caramelo; hirviendo, burbujeantes y abrasadores. Una mixtura dulce y potente hasta la

exageración, hasta el mareo, la borrosidad en la vista y la pérdida de equilibrio. Así llegó el clímax, arrasando y colapsando todo a su paso, volviendo sus gemidos dos estridentes gritos de guerra; germinando entre sus genitales, extendiéndose por sus extremidades y alcanzando la cabeza que creían les iba a explotar.

Exhaustos, fascinados y asfixiados, se dejaron caer sobre el colchón; sin soltarse, sin dejar de mirarse y sin creer en su buena suerte, porque sabían que se amaban con locura, pero no tenían ni idea de que follaban los dos de muerte.

Condenados a aguantarse

El poscoito se concentró en corazones agitados, caricias lánguidas y un silencio reparador y necesario, para procesar lo ocurrido y retomar el raciocinio. Tumbados de lado, sobre un nórdico arrugado y las piernas entrelazadas, vertían la mirada el uno en el otro. Mara no podía dejar de tocar a Eloy. Como ya había augurado en su día, le gustaba demasiado. Tocarlo donde quisiera y como quisiera era un placer en sí mismo, aunque simplemente fuera el cuello y el rostro, que sonreía embobado y absorto en ella. La diferencia es que antes temía por el caos que pudiera desencadenar en su relación, y en aquel instante guardaba grandes esperanzas de que todo fuera rodado. Por eso le dolía en el alma haber sido más lenta que el caballo del malo.

—¿Por qué no hemos hecho esto antes?

Eloy emitió un suspiro que le alisó los rizos de la frente. Era obvio que se arrepentía tanto o más que ella, mas su vena positiva salió a relucir, como de costumbre.

—No pienses en eso, piensa en la de veces que vamos a repetirlo.

La estrechó entre sus brazos y jugó distraído con uno de sus pezones, el que había retorcido hasta el chillido. A Mara se le pusieron los ovarios de pajarita y se echó atrás.

—Cuidado, vas a asustar al gato.

Mara se incorporó atónita. *Goku* estaba subido en la cama, a sus pies. Maulló a modo de saludo y volvió a su acicalado gatuno, lamiéndose las patas para

lavarse detrás de las orejas.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Eloy se encogió de hombros.

—Desde tu segundo o tercer berrido. Mañana me lo llevo a la clínica. Le haré un reconocimiento completo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene? —preguntó ella preocupada.

—Él, daños irreversibles. Tú, pulmones de nadador olímpico.

A Mara no le afectó ni la chanza de Eloy ni el gato *voyeur*. Se recostó y cerró los ojos. Estaba feliz, por la placidez del momento y lo que les quedaba por vivir, pero un resquicio de tristeza se abrió paso por aquellos rayos luminosos de júbilo y oscureció su carácter.

En vez de centrarse únicamente en el futuro, regresó al pasado y no pudo dejar de pensar en lo desafortunado de muchos de sus actos y en el daño que podría haberle hecho a Eloy. El primer ejemplo era la cámara de vídeo. Se le hacía un nudo de amarre en la garganta al recordar el dineral que se había dejado con aquella edad y el jodido nombre que pronunció ella en el certamen.

—Eloy... Me gustaría pedirte disculpas por un par de cosas —comenzó—, pero sobre todo y con mucha diferencia, siento lo de Hug...

Un dedo presionó sus labios impidiéndole terminar la frase. Eloy le lanzó una mirada encendida, abrasadora, y no tenía nada que ver con la lujuria y la cerdada previa.

—Ni se te ocurra, y menos aquí —reprendió haciendo referencia a la cama.

—Pero deberíamos...

—Vuelve a mencionarlo y te juro que rescato lo de la Pelusa.

Mara le quitó el dedo de un manotazo, uno que posiblemente le hizo más daño a ella en el hocico que a él en la mano.

—¡No vas a hacer eso! —protestó—. Ya no vas a seguir vacilándome. Ahora soy mucho más que tu amiga la taquillera buenorra de los multicines. Me debes todo el respeto que no me tenías antes.

Las carcajadas de Eloy inundaron su habitación y por poco le reventaron los tímpanos. Su respuesta fue una sonora palmada en el culo y más carcajadas.

—Demasiadas cosas creías que iban a cambiar, me parece a mí.

Mara quiso echarlo a un lado, pero le fue imposible. Por una parte, porque él hacía mucha fuerza y, por otra, porque escurrió los dedos por sus ingles y la

caricia la amansó como la música a las fieras... En los ojos de Eloy había ternura cuando los mojó en su sexo y después pintó dibujos inconexos bajo su ombligo.

A la joven la hechizaban todas las facetas de Eloy, sobre todo esa en la que se unían la puerca y la tierna y no se sabía dónde empezaba una y acababa la otra. Deseó que no la perdiera nunca.

—Eloy, vayamos despacio, ¿vale?

Él enarcó ambas cejas, seguramente preguntándose qué estaría pensando para soltar aquello a bote pronto.

—Despacio... ¿Te refieres a no precipitarnos?

—Sí.

Eloy se llevó un dedo a la boca y lo saboreó meditabundo.

—Ya... —comentó volviendo a mojarlo—. Como no vivir juntos, viajar juntos, presentarnos a las familias, ir a...

Aquella vez, fue Mara la que sofrenó su discurso.

—Tú me has entendido.

—No, la verdad es que no —admitió risueño—. Pero con tal de repetir esto te voy a decir que sí a cualquier cosa.

Mara se aguantó la risa. Eloy parecía borracho o más bien resacoso de amor, calentura y desenfreno. Le hizo gracia, así que hundió los dedos en su mata de pelo y lo besó, queriendo ensalzar su estado y verlo aún más guarro, más juguetón y más dulce, aunque logró lo contrario, despertándolo del feliz letargo y reactivando su materia gris.

—Tu habitación da asco.

Mara resopló y se tumbó boca arriba, con cuidado de no patear al gato. Sí que daba asco, y no por la suciedad, sino por el desorden. Era un completo vertedero de cine y todo tipo de coleccionismo. La joven acarició a Eloy y dulcoró su voz cuando le dijo:

—Lo hice a propósito. Para ti.

La mirada de Eloy reflejó su genuina confusión.

—Como sé que limpiar te relaja...

Nueva carcajada.

—Menuda cara tienes...

Mara lo intentó, aunque estaba visto que no iba a salir bien. Aquel trajín le iba a llevar mucho rato y mucha paciencia, y no tenía ninguna de las dos cosas.

—¿No te gusta mi cara?

Eloy le dio un pequeño mordisco en el mentón.

—Me gusta tanto que quiero besártela entera a lengüetazos, pero esto lo vas a solucionar tú solita.

La taquillera comenzaba a comprender eso de que creía que iban a cambiar demasiadas cosas. Como pareja, a ella le resultaba natural que su trato, sus contestaciones, sus favores y otro tipo de situaciones se vieran perjudicadas, ya fuera para bien o para mal. Había dado por hecho que aquel paso conllevaba una evolución como binomio y que en ella se incluía la pérdida de algunos valores y la llegada de nuevos.

Si, por contra, lo contemplaba desde el punto de vista de Eloy, lo que estaba por llegar seguía siendo un misterio, mas lo que precedía se mantenía, y eso la tranquilizó mucho, muchísimo. En el fondo lo tenía claro. Prefería que sus estúpidas peleas perduraran en el tiempo a que se convirtieran en personas diferentes y que, por ejemplo, Eloy le hiciera caso por una vez en la vida.

Él cambió de postura, apoyando la cabeza sobre el abdomen de Mara. Ella le acarició el pelo y se dejó adormecer por el calor que desprendían su mejilla y su aliento descendiendo por su monte de Venus. Iba a proferir el primer ronquido cuando se le adelantó el estómago, el cual rugió como un león en plena cópula.

Eloy se echó a reír y pasó los dientes alrededor de su ombligo.

—¿Quieres que pidamos algo y que nos lo traigan? Ya he visto que has vuelto a escaquearte de la compra.

Mara le dio una pensada rápida.

—Llamemos al sushi de siempre. —Y puntualizó con retintín—: Siento si os he dejado al límite de la inanición, he estado un poco depre.

Al él su broma no le hizo ni pizca de gracia. Deseoso, en cambio, de que la burbuja no estallara demasiado pronto, contestó:

—Espero que lo que acabamos de hacer y lo que tengo previsto que hagamos durante el resto del día te suba un poco el ánimo.

Lo hizo sólo con mencionarlo. Pudo verlo en el destello de expectativas que se iluminó en los ojos de Mara y que se contagió en el suyo.

—¿Tienes previstas muchas cosas?

Eloy besó su abdomen y, con la yema del dedo, trazó suaves y hormigueantes círculos por el monte de Venus.

—Llevo toda una vida diseñando y perfeccionando fantasías contigo, Mara. Mi idea es dedicarme lo que me queda a llevarlas a cabo.

Ella sonrió.

—Será si yo te dejo.

—Lo harás —respondió muy convencido—, creo que todas te van a encantar.

—¿Por qué?

—Porque en mi cabeza siempre te corres gritando como una tirolesa.

La dentellada que le pegó iba a dejar una marca como la del hierro al rojo en las ovejas. Mara pegó un brinco y lo apartó, deseando que se callara y dejara de reír como un poseso. Bien empezaba la cosa si a él lo poseía aquel complejo de piraña y a ella le entraban esas ganas de soltarle un guantazo con toda la mano abierta.

—¡Quita, pedazo de burro! Voy a darme una ducha.

Se levantó y él hizo lo mismo.

—A buenas horas...

No pudo más, aquello era tentar osadamente a su paciencia, que tenía ya de por sí muy mermada. Fue a darle una patada en el culo cuando Eloy, que se la veía venir, se movió con agilidad. A Mara no le supuso ningún impedimento. Cogió impulso, saltó y se le encaramó a la espalda como un chimpancé.

—¡Mara!

Le mordió en la oreja y él rugió tambaleándose por la habitación.

—¡Ah!

Con tanta montaña de cajas y de películas no se sabe aún cómo no tropezaron y se rompieron la cabeza contra un mueble. *Goku* daba saltos y maullaba queriendo unirse a la jarana.

—¡Bájate! ¡Ya no tenemos quince años!

La taquillera se agarró a él como un bebé alien. Estaban tan pegados que podían hacer ventosa.

—¡Mira al pobre gato! ¡Ah! ¡Tanto estrés le va a provocar un cálculo renal!

Mara mordió más fuerte. Eloy zigzagueó y saltó como un artista de circo. De pronto, se detuvo y dejó caer los brazos a los lados.

—Oh... Me estoy empalmando...

Más rápida que si fuera al son de la canción de «Benny Hill», se dejó caer y

salió corriendo a la ducha, coreada por los maullidos de uno y las risotadas del otro. Sin saber por qué, abrió el grifo del agua caliente sonriendo y, sin entender cómo, la risa se fue abriendo paso por su boca y acabó reverberando por las cuatro paredes del baño.

A Mara la embargaba la felicidad. Sentía que había hecho lo correcto confesándose, que era lo mejor, y que a partir de entonces su vida daría un giro de ciento ochenta grados. Lo que se iba a encontrar era desconocido, aunque, como decía Eloy, «no tenía mala pinta». El sexo había sido conexión en mayúsculas. No obstante, quedaba mucho más. El paso que habían dado era una subida de nivel importante.

Una relación seria de pareja no era para todos los públicos. Conllevaba madurez, autoconfianza y hablar las cosas. Mara no reunía todas esas cualidades, aunque la ilusión era tan poderosa que la encomiaba a aprender rápido y sin remedio. Mara quería luchar, porque quería todo lo que se había negado hasta entonces, y estaba dispuesta a hacer uso de uñas y dientes por impedir que languidecieran todas las cosas bonitas que estaba sintiendo.

Se enjabonó el pelo, se lo aclaró bien y se secó con la toalla. Usó el secador un rato para quitarle humedad a la cabellera y se aplicó una hidratante en las piernas y los brazos. Eran todo cosas que debería haber hecho antes, aunque si Eloy la conocía recién levantada y en las ciclogénesis explosivas que montaba cuando dormía, por mucho que se sacara partido, a él lo iba a traer sin cuidado. Otra ventaja. Aquello era mejor de lo esperado.

Cuando salió del baño, fue a cambiarse al cuarto para ponerse ropa limpia. La maleta y el resto de las cosas de Eloy ya no estaban allí. Normal, debía de estar deseando regresar a los aposentos de sir McOrden, aunque ojalá no tuviera muchas esperanzas en aquel otro rincón, pues Mara llevaba días haciendo vida en él... Mientras se vestía con unas mallas y un jersey amplio, oyó el timbre de la puerta. Sí que se demoraba esta mujer en el baño, y eso que ese día no había hecho uso del patito.

—¡Vamos, que se enfría!

Apuró el paso inconscientemente, hasta que cayó en la coña y llegó a la cocina con cara de perro y arrastrando los calcetines. Eloy destapaba las bandejas de sushi.

—¿Cuánto tiempo he estado en el... —Se calló al percatarse de que Eloy sólo

llevaba su bóxer—. ¿Has abierto así al repartidor?

—Sí —sonrió él.

—Eres un pelín exhibicionista, ¿no?

—Sí —volvió a sonreír.

Daba igual, podría darle por insultar a toda su familia de un montón de formas y un montón de veces. No iba a recibir reprimenda. A Eloy nadie iba a borrarle la sonrisa de la cara aquella tarde, y a ella le resultó de lo más irresistible y tentador. Lo ayudó con la tarea, distribuyendo *makis*, salmón y atún crudo en un par de platos.

Cargados con comida y bebida, se trasladaron al salón y, una vez allí, Eloy le tendió los palillos para que los partiera.

—Te he traído una cosa de Barcelona.

Ilusionada, vio cómo salía al pasillo y desaparecía por su dormitorio.

—¿Qué es?! —preguntó, ansiosa.

—¡*Paprika*!

La taquillera arrugó la nariz.

—Páprika..., ¿con el sushi?... ¡Yo es que soy más de pimentón de la Vera! —gritó haciendo bocina con las manos.

Eloy ya estaba detrás de ella, recuperando la estabilidad tras haber sido derribado por su alarido.

—La película —suspiró, tendiéndosela.

El corazón de Mara dio un señor salto en el pecho. Apenas fue capaz de contener su alegría. *Paprika* era una de sus películas favoritas. Se encontraba en su Top Cinco de mejores animes de los últimos tiempos. Se lanzó a los brazos de Eloy, quien la abrazó a su vez.

—Te la compré en el aeropuerto. Imaginé que preferirías esto a unas flores o unos bombones.

Mara se deslizó por su cuerpo despacio, en actitud melosa.

—A los bombones no te habría dicho que no.

Eloy carraspeó, en la otra mano llevaba una caja azul de bombones.

—Lo sé. Para la segunda merienda.

Ella se echó a reír y casi a llorar, y eso último por dos motivos: lo divertido que iba a ser aquello y la razón que tenía Arantxa cuando decía que Mara ya tenía novio, sólo que no follaba con él. En efecto, así era, porque estaba muy

segura de que Eloy le habría traído ambos obsequios estuvieran juntos o no.

Encantada, agradecida y llena de anticipación, se apretó más a él. Eloy arqueó una ceja.

—Yo ya sé lo que quiero merendar esta tarde, Eloy, y no es chocolate.

—Ah, ¿no?

—No. —Y explicó agarrándole el paquete—: Quiero probar tu *nigiri*.

La sonrisa de él se expandió, iluminándolo como un Gusi Luz.

—Sólo si me dejas volver a comerte el *sashimi*.

Mara se relamió.

—Hecho.

Lo pactaron con un beso, uno de esos que se estaban convirtiendo en costumbre y sello propio de la pareja. Los dos sonrieron en mitad de ese beso. Eloy porque había entrado en un bucle de atontamiento y erecciones sin fin a la vista, y Mara porque aquella película, los bombones, el beso y el polvazo que se metió entre pecho y espalda la cautivaron hasta límites infinitos y deseó que aquel culmen de sentimientos no cesara nunca.

Fuera del laberinto

El miedo es bueno. Te despierta, te vuelve prudente y ayuda a protegerte. A veces, nos salva de situaciones y de personas indeseables. Otras, nos reactiva y nos enfría cuando es preciso. El miedo no es tan terrible; de hecho, es necesario para sobrevivir. El problema viene cuando te dejas dominar por él y permites que condicione tu vida. Vivir en base al miedo es más peligroso que no tenerlo.

Lo mismo pasa si lo focalizas en un aspecto concreto de tu día a día. Miedo al amor. Miedo a un amor en concreto. Nunca avanzas. Nunca aprendes. Nunca ganas, pues nunca tomas parte. Nunca vives. El amor va unido al riesgo. Si no arriesgas, ya sea la dignidad, el orgullo, la vergüenza o el pellejo entero, el amor no llega. Se esfuma y no te espera. Se busca a alguien con agallas y a ti te mantiene en vilo y sufridor.

Como les ocurría a Mara y a Eloy. Que no eran tan idiotas como podía parecer; es que una sufría prudencia patológica y el otro se veía rebasado por sus inseguridades. La unión, por supuesto, daba un resultado terrible. Fue a base de indebidos agentes externos que se produjo la catarsis que los arrojó de la cueva al mundo, uno que los recibió lleno de color, música ochentera y películas de culto.

Le habían cogido el tranquilo, les estaba encantando, y se volvieron adictos a los exquisitos frutos que recogieron. El prado yermo se transformó en rico pasto y se extendió, ampliando horizontes, visión y carga sensitiva. Durante días, se entregaron al cien por cien y fueron uno. Conectaron y compartieron mente,

corazón y genitales. Un popurrí que los hizo más fuertes y que sirvió como medicina para paliar el temor que gradualmente iba disipándose.

Las semanas transcurrieron y, con ellas, llegó el puente de diciembre. La Estación estaba medio vacío. La mitad de los madrileños se había marchado para disfrutar de unas minivacaciones previas a las fiestas navideñas. Algunos se iban a esquiar, otros buscaban la temperatura agradable de las islas y otros rehusaban el turismo y se quedaban en casa. Mara y Eloy eran el tercer escenario, y es que tenían mucho que estudiar y aún más tiempo perdido que recuperar. Aquellos días los pasaron entre libros de texto, películas, sofá, manta y cajas de condones.

Arantxa no estaba, tenían la casa para ellos solos, o, más bien, el lupanar, como lo llamaba entonces la fotógrafa. Si al principio se quejaba del continuo vicio que se tenían, no iba a encontrar palabras para lo que se habían dedicado durante el puente. Se desquitaron, pero bien. Sólo les faltaba mancillar la terraza, pero era un primero, daba a un parque público, y lo de hacerse virales por YouTube no les hacía especial ilusión.

Eloy, con agujetas hasta en los dedos de los pies, recogió su pedido en la barra. Derrochando talento para el malabarismo, llevó los botellines y los tacos a la mesa, donde Mara tecleaba concentrada en su teléfono.

—Podrías echarme una mano —reprochó él.

—Tú ya tienes dos, amorcito.

Él distribuyó el tentempié sin abrir la boca. Mara estaba acostumbrándose a llamarlo por aquel apelativo cada vez que quería irritarlo. Lo que no sabía la pobre es que conseguía lo contrario de su propósito. A Eloy le encantaba que se tomara esas confianzas, y que bromeara al respecto era otra de las evidencias de que realmente tenían una relación.

Fue a sentarse donde lo hacía Arantxa normalmente, así hablarían de frente, estarían más cómodos y sería menos ridículo que dejar el asiento libre.

—Voy a...

—No. —Mara lo sujetó por la muñeca—. Quédate. Seamos cursis por una noche.

Eloy sonrió y se acomodó donde siempre, pegado a ella.

—Será un placer ser cursi contigo.

La joven dejó el móvil sobre la mesa y lo miró, procurando disimular la sonrisa que él ya mostraba abiertamente. Sin saber cómo ni por qué, lo próximo

que estaban haciendo era besarse y, como ya venía sucediendo, se emocionaron rápido y demasiado.

—Aquí no podemos —recordó ella separándose sin apenas aire.

—No, no, aquí no —coincidió él retirando la mano de su muslo.

Resistir a la tentación una vez que se había caído en ella y había gustado tanto era tarea de chinos. La convivencia lo agravaba, ellos lo asumían y Arantxa y *Goku* lo soportaban. De seguir así, que lo deseaba con verdadero ahínco, Eloy pensó que el próximo año lo mejor sería trasladarse a un estudio. Era una idea, aunque aún no comentada. Mara le había pedido que fueran con calma y él quería respetarlo, a pesar de que muchas veces no sabía cómo interpretarlo.

—¿Qué se cuenta Arantxa? —preguntó cambiando de tema.

Mara abrió la aplicación de chat y le enseñó los mensajes. Arantxa se encontraba en Navarra con Elsa. Las mismas semanas que ellos llevaban retozando como mandriles, a ella se la llevaban los demonios por los nervios que tenía encima. Aquel viaje marcaría un antes y un después en su relación con Elsa. Desde fuera parecía irles bien, paso a paso y cada día más inseparables. Lo que hubiese ocurrido finalmente en aquella casita de campo navarra era un misterio para Eloy, hasta que leyó su texto.

Mara: ¿*Habemus* polvo?

Arantxa: *Habemus* polvo.

Mara: (gif de las monjas de 'Sister Act' cantando el 'Aleluya')

Mara: ¿Cómo ha ido?

Arantxa: Raro al principio.

Bonito al final.

Mara: ¿Por qué raro?

¿Es *pillow queen*?[8]

¿O le va la marcha?

Arantxa: A ti te lo voy a contar.

Mara: Siempre ha sido así.

(emoji de chica encogiéndose de hombros)

Arantxa: Con Elsa no quiero hacer eso.

Mara: Qué mona.

Arantxa: Qué mona ni qué ocho cuartos.

Tú tampoco me vas contando lo que haces con el otro.

Mara: Pero lo hago sin problema.

¿Qué quieres saber?

Arantxa: NADA.

GRACIAS.

Mara: Eloy tiene una polla superbonita.

—Vaya, gracias —comentó él llevándose la mano al pecho.
—De nada.

Arantxa: *RETARD ALERT.*[\[9\]](#)

Mara: No perdona los mañaneros.

Arantxa: *RETARD ALERT.*

Mara: Y es un poco caníbal.

Eloy sonrió.

—Es que estás para chuparse los dedos.

—Eso dices.

—Y eso hago.

Arantxa: Vuelvo mañana.

Mara: Bien.

Arantxa: No me esperéis para cenar.

Cenaré en casa de Elsa.

Mara: ¿Vienes a dormir?

Arantxa: ¿Por?

¿Quieres saber si podéis barritar a gusto?

Mara: No.

Es preocupación de BFF.[\[10\]](#)

Arantxa: Podéis barritar a gusto.

Mara: Bien.

Eloy observó un desfase de varios minutos entre un mensaje y otro. Lo siguiente decía:

Arantxa: Vale.

Tú ganas.

Tiene unas tetas preciosas.

Y un coño muuuuuy receptivo.

Ya.

Y ahora te dejo.

Que está saliendo de la ducha.

Mara: Y no te lo quieres perder.

Arantxa: Y no me lo quiero perder.

Mara: Dale besos de nuestra parte.

Arantxa: Ya habláis en plural.

(emoji de cara verde a punto de vomitar)

(Imagen)

(Imagen)

(Imagen)

Se sucedieron las imágenes de praderas, ganado, un castillo y, finalmente, una en la que salían Arantxa y Elsa juntas. Parecía hecha en lo alto de una construcción, iban muy abrigadas y el viento les alborotaba el pelo a las dos.

—Salen guapas —comentó Mara.

Eloy objetó, devolviéndole el móvil.

—Esa foto tiene más filtros que una tabacalera.

Se alegró al menos de que las chicas funcionaran. Arantxa bebía los vientos por Elsa y, de haberse torcido la cosa, el batacazo habría sido tremendo.

—Hace mucho que no nos hacemos una foto de los dos solos.

Eloy soltó el botellín y posó junto a ella.

—Dispara.

Mara estiró el brazo para encuadrar el selfi. Tiró un par de fotos y luego les echó un vistazo. Eloy resopló, desoyendo sus carcajadas. En las instantáneas él sonreía y ella se ponía bizca y sacaba papada. Era como Jabba el Hutt, pero con peluca.

—Creo que es precisamente por esto por lo que dejamos de hacerlo.

Las últimas eran las de su cumpleaños, y en casi todas salían en grupo, excepto por el abrazo que captó Arantxa. Eloy maquinó artimañas para fotografiar a Mara despistada y conseguir una instantánea decente. Aun a las malas, siempre le quedaría apañar un arreglillo con Photoshop.

—Eloy..., ya no somos los mismos, ¿verdad?

Él masticó pesadamente la tortilla de maíz. Mara volvía a obsesionarse. De vez en cuando, y de buenas a primeras, le daba por retomar el asunto, demostrando así que no se le iba de la cabeza. Él confiaba en que sus miedos fueran remitiendo. Lo que tenían y la dirección en la que se encauzaban daban a entender que no había nada de lo que temer.

Eloy jamás había sospechado que Mara pudiera estar enamorada de él, principalmente porque parecía que ni ella lo sabía, y una vez que tuvo conocimiento de ello, no se esperaba que se reprimiera por miedo a que les fuera mal. Lo fastidiaba la poca confianza que reflejaba con eso, aunque, por otro lado, lo enternecía. Como romántico empedernido que era ese hombre, de los victorianos, de los sufridores en silencio, de los carcomidos por su pena y revividos por una imagen con la que sacudírsela, comprendía que aquello

destilaba de lo mucho que lo amaba.

Así que Eloy masticaba, tragaba y aceptaba que los miedos no son reprochables y que la mente de cada uno es una fortaleza inexpugnable.

—En mi opinión, creo que lo que hemos hecho ha sido mejorar. Me gusta conocerte como te conozco hoy. Siento que estamos más unidos, que hemos completado un círculo y que ahora sólo es cuestión de permitir que siga rodando —ilustró—. Deja que lo haga lento, justo como tú quieres, y ya verás cómo no nos cansamos nunca de incordiarlos y meternos mano sin parar.

Mara asintió y bebió de su cerveza meditativa.

—¿Cuándo crees que empezó a cambiar todo?

No tuvo que pensarlo mucho.

—Cuando me corrí en tu mano.

Mara se atragantó, tosiendo y escupiendo espuma de cerveza. Eloy le dio unas palmaditas en la espalda, y una servilleta.

—Me lo tragué —articuló.

—¿El qué? —preguntó él preocupado—. ¿Qué te has tragado?

—No, no... —Desechó con la servilleta—. Digo que me lo tragué. Cuando salí de casa y llegué al rellano, me senté en el suelo y me chupé la mano.

Al joven se le dislocó la mandíbula. Mara era una caja de sorpresas incesante, no le quedó duda de lo poco que se iban a aburrir en aquel aspecto. Él la adoraba, y le encantaba despertar con ella por las mañanas y deshacerse en arrumacos, caricias y besos tontos y somnolientos. El sexo, en cambio, Eloy lo quería sucio. Con Mara ni quería ni podía refrenarse. Lo quería todo de ella, sin trabas, ni pudores, ni gazmoñerías y, afortunadamente, Mara convenía con todo y respondía con entusiasmo.

Estaba tan anonadado con aquel arrebato que no sabía ni qué responderle.

—¿Te supo bien?

Ella se encogió de hombros.

—A poco.

Eloy ladeó la cabeza y sonrió.

—Puedo repetirlo todas las veces que quieras hasta que te llenes.

—Oh, no, ahora me sabe mucho y bien.

Normal, no podía quejarse, lo había exprimido tanto como había querido, hasta casi dejarlo seco. A pesar de ello, si le daba la neura y lo obligaba a

deshidratarse rebasándole la boca, no iba a poner impedimento. Lo estaba visualizando y tenía su punto.

—Aquella vez estuvo bien... —prosiguió Mara—. Pero no era la primera, ¿no? Ya nos habíamos masturbado antes.

Eloy se puso en guardia. Olía a pregunta trampa. Llevaban tiempo viviendo juntos y Mara era muy discreta en ese dato, igual que Arantxa. Se había topado con alguna teta al aire, mas nunca la había pillado en plena acción en solitario... Hasta hacía unas semanas.

—¿Cuándo?

—El día que tu primo pasó la noche en casa, por la mañana.

—Joder... —rumió cazado y derrumbado—. Lo siento, Mara.

—¡Lo sabía! —chilló ella—. ¡Sabía que habías sido tú! ¿Cómo eres tan guarro?

Eloy chistó para que dejara de gritar. Sí, tenía una mente con una imaginación muy explícita y muy soez, pero no se consideraba ningún tipo de mirón de tres al cuarto.

—Mara, escúchame, todo tiene su explicación —comenzó diciendo—. Aquel día me desperté y salí de mi cuarto para ir al baño, pero imagínate la cara que se me quedó cuando pasé por el tuyo y te vi ahí, desnuda, autoperforándote y jadeando con la puerta abierta. —Sólo de recordarlo se ponía malísimo—. Me quedé helado, era la primera vez que te veía así y, por si fuera poco, empezaste a decir que sabías que era yo. Miré a todos lados. Estabas sola. Soy tan idiota que de verdad pensé que te referías a mí. Entré y me quedé mirándote. Es verdad, me toqué. —Metió el freno al ver la cara de ella—. Pero ¡sólo un poco! —Mentira—. Te rocé el pelo, era lo máximo que podía hacer. Por mucho que me hablaras, me sentí intrusivo. Aquello era entre tú y tú, y pobre del desgraciado que osara interrumpirte —auguró—. Todo era perfecto, un sueño erótico en directo... Hasta que dijiste su nombre y comprendí que era gilipollas —rabió—. Salí echando virutas y de camino al baño fue cuando vi la puerta de la cocina cerrada y supuse que el innombrable estaría allí. El muy tarugo..., perdiéndose aquello... Si es que no le da... No le da...

Otra de las cosas que no tenían pinta de cambiar era el tema de Hugo. Eloy no lo superaba. El camarero llevaba días fuera. Se había despedido e ido bien lejos y, aun así, su resquemor, en lugar de disminuir, incrementaba con el

tiempo. No lo podía nombrar y, si lo hacía Mara, desconectaba. Por suerte, lo hacía poco. Hugo había dicho que no regresaría antes de la primavera como pronto, así que se lo ahorra en Navidades. De hecho, mantuvo las esperanzas de que permaneciera bien separado durante los próximos diez años.

Aquel resentimiento sí que era irracional y personal, pues lo que Eloy se negaba a asumir era que, de no haber vuelto su primo, probablemente, Mara y él no habrían llegado aún a darse esa oportunidad.

—Perdona, Mara, de verdad que no habría entrado de no haberme sentido invitado.

La taquillera le dio un mordisco a un taco. Se la veía mucho más resignada que cabreada.

—No importa. Yo también me quedé mirando cuando te vi cascándotela en el baño.

Era cierto. Eloy casi lo olvidaba. Alguien le cortó el asunto y se tropezó contra la puerta de la cocina. Para cuando se cubrió con una toalla y salió a la búsqueda de su fisgona, allí no había nadie. Arantxa trabajaba y Mara escribía minutos antes en su habitación. Blanco y en botella...

—¿Te tocaste?

—No.

Eloy se rascó su muy incipiente barba, dilucidando cómo interpretar aquello.

—Quería tocarte a ti.

Mara lo observaba con ojos risueños. Eran ojos que había visto con anterioridad; templados, absortos y tan castaños como un bosque de hayas en otoño. Ese día, no obstante, tenían una connotación nueva y diferente, porque habían pasado de simplemente ver a Eloy a percatarse y llenarse por completo de su presencia. Fue a besarla cuando ella lo echó a un lado. Prácticamente reptó por encima de él.

—Déjame pasar, que me hago pis.

—Sí, señora...

Ella se giró rabiosa y masculló:

—No vuelvas a llamarme eso.

—O señora o Pelusa, aclárate.

—¡Ninguna de las dos!

Eloy alzó los brazos, fingiendo desesperación.

—Si es que no se te puede llamar de nada, ni corazoncito, ni pichoncito, ni bizcochito, ni palomita...

Mara simuló una arcada y se marchó. Eloy rio a solas en la mesa. Era al que menos gracia le hacía rebautizar a Mara. Para él, la taquillera ya tenía un nombre que la definía desde la primera hasta la última letra. Bebió un sorbo de cerveza y volvió a darle una pensada a lo del estudio.

Ojalá encontrase uno bueno, bonito y barato por el barrio. Ojalá Arantxa no se pillara un rebote del quince al quedarse con dos habitaciones vacías. En parte lo hacía por su salud mental. Ojalá Mara no entrara en brote psicótico cuando se lo propusiera. Ojalá la vida real fuese así de sencilla... Lo único de lo que estaba seguro era de que, si se mudaban, le buscaría compañía al gato. La casa sería más pequeña, aunque el felino se aburriría menos. Adoptaría una gata, una cría para que no se sintiera amenazado. La llamaría *Bulma*.

Eloy decoraba con esmero e ilusión lo que le gustaría que fuese su futuro como quien distribuye bolas en el árbol de Navidad. En ello se entretenía cuando a sus oídos llegaron las notas de su canción favorita, con la que se concentraba para estudiar, se evadía para pensar e invadía su mollera con un montón de recuerdos.

David Bowie entonaba las letras de *Heroes* en La Estación. De manera instintiva, buscó con la mirada a Mara, que no venía de los aseos, sino de la barra, de hablar con una de las camareras. Contoneándose y presumiendo de un cuerpazo que envolvía en unos corrientes vaqueros, se acercó y le tendió la mano. Eloy se la estrechó con mucho gusto y se dejó guiar por ella al fondo del local, donde bailaban cuatro gatos, ya ebrios o faltos de ocio y de cariño.

—¿La has pedido tú?

Mara rodeó su cuello con los brazos y lo instó a bailar con ella.

—Me encanta esta canción.

Él la abrazó por la cintura, altamente complacido. Cuando inauguraron La Estación, Mara fue directa a por la mesa de Bowie aduciendo que la cautivaba el artista. Según la explicación idealizada de Eloy, Mara lo relacionaba con el corto que rodaron y por eso se sentaba allí día sí y día también. No creyó que aquella idealización fuese a ser una realidad, y descubrirlo lo fascinó.

Si alguien le hubiera dicho en aquel instante en que ambos se mecían como patos que acabar así era cuestión de echarle pelotas, él habría dicho: «Dios, ya

podría haberme espabilado antes...».

—Bailas de pena.

Mara no se lo tomó en serio.

—Eso es porque ahora no me estoy luciendo.

—Ajá...

No era ningún vacile, ya que se asemejaban más al soldadito cojo de plomo y la bailarina de papel que a una pareja acompasada, pero, visto lo visto, mejor dejarlo estar.

—¿Qué quieres este año por Navidad? —preguntó ella.

Eloy, Mara y Arantxa se obsequiaban con regalos inútiles y sin sentido por esa época. Agradeció su interés.

—Hum... Teniendo en cuenta que llevas tres jodidos meses para regalarme un pijama, cambiaré de estrategia y diré que no necesito nada.

Mara achinó la vista, mirando al vacío, sopesando.

—Estaba pensando en cocinar algo especial... Y rematar después con algo más especial encerrados en tu cuarto.

—Pues sí que estás canina este año...

Ella asintió, componiendo un puchero que no lo apiadó ni lo más mínimo.

—¿Qué quieres tú?

—Necesito un portátil nuevo.

—¡Sí, claro! ¡Y un Ford Fiesta! —bufó él.

La agarró por la coronilla y se la pegó al hombro para que dejara de decir gansadas. Eloy casi se echó a temblar. Como tuviera que comprar un ordenador, iba a tener que alimentarse con el pienso del gato. Pretendiendo olvidar que las fiestas estaban a la vuelta de la esquina, se concentró en aquel momento. Si Mara mantenía la boca cerrada, se le antojaba bastante mágico. Intencionadamente, bajó las manos y cerró los ojos al palpar su culo, aquel jugoso, tierno y enorme culo que tanto le gustaba desayunar.

—Eloy, ¿por qué nunca me dices que me quieres?

Rápidamente, devolvió las manos a su sitio. Trastabilló por aquella falacia e ignominia descarada.

—Pero si te lo digo continuamente...

—¿Cuándo?

Lo iba a volver loco, a ver si todavía el que se arrepentía era él...

Nah... Ni en broma.

—Desde que me levanto hasta que me acuesto. Te lo estoy diciendo ahora, ¿no lo notas?

—No, Eloy —masculló ella—, no soy un maestro Jedi que percibe tu uso de la fuerza.

Paciente, repitió el gesto y se colocó la cabeza de Mara en el hombro derecho. Sus discusiones, ante todo las más estrambóticas, lo agotaban antes, y supo que lo harían siempre.

—Siento si no soy muy verbal. Ha pasado mucho tiempo, lo tengo muy interiorizado —asumió—. Mara, yo ya te quería antes de que me dijeras tu nombre.

Los labios de ella se expandieron en su cuello. Eloy suspiró.

—Es todo lo que querías oír, ¿verdad?

—Sí.

Eloy estaba descubriendo una Mara con una carencia importante. En cuanto le susurraba una lisonja, se derretía en el acto, lo que venía a decir lo poco que le habían regalado los oídos en el pasado. A veces daba la impresión de ser más bruta que un arado, y nada más lejos de la realidad. En la intimidad era de lo más mimosa, y en público disfrazaba su afecto sugiriéndole que cenaran codo con codo o pidiendo aquella canción para los dos. En su comportamiento había amor por los cuatro costados.

Como cuando le llevaba *merchandising* de sus películas favoritas, o cuando se enfrentaba a un yonqui por un regalo de cumpleaños, o al arroparlo con un viejo edredón, o encontrándoselo con una tajada de altos vuelos y metiéndolo en la cama, o cuando no dejaba que se marchara sin su bufanda...

Eloy quiso devolvérselo con creces. Sólo era cuestión de expresar con palabras lo que llevaba toda la vida haciendo con gestos de los que nadie se había percatado.

La canción tocó a su fin y derivó en el *Salta!!!* de Tequila. Fue instantáneo e irremediable. Mara se contagió del ritmo y dio rienda suelta a su descoordinación motriz.

—¡Esto es bailar, pringado!

Y fue entonces cuando Eloy prefirió quedarse a mirar desde la barra; en parte, para que no los relacionaran y, en otra, para carcajearse a gusto, lejos de

un buen sopapo. Era feliz, y se iba a encargar de que durara.

Lo bueno del futuro es que no saber lo que te deparaba te obligaba a exprimir el presente y a vivirlo con la máxima intensidad posible. Si Eloy y Mara se entregaban a la causa, todos sus días serían inolvidables, y cuando al final fueran un par de ancianos con gotero y andador, se darían cuenta de que el futuro ya había transcurrido, que habían sabido cómo explotarlo, que no se habían privado de nada y que, en definitiva, les había ido de cine. Eso fue lo que se prometieron, y lo que cumplieron sin descanso.

Epílogo

Un año después...

El pequeño baño del hostel era un cubículo empapado en vapor y cargado de gemidos. El lavabo servía de asidero para los nudillos blancos de Elsa, quien temblaba de pies a cabeza de forma descontrolada.

Desnuda por completo, con la toalla por los suelos, se sometía a la boca de Arantxa, enterrada glotona y cálida entre sus piernas. Su lengua barría con la humedad que fluía por sus muslos y se enroscaba experimentada donde debía; alrededor del clítoris, endureciéndolo y excitándolo con dedicación especial y casi exclusiva.

Elsa jadeó bajando la vista y encontrándose con la de Arantxa, atenta a cada espasmo, al agitado ritmo de sus latidos y a la ardiente temperatura de su piel. La fotógrafa paseó las manos con ternura por sus nalgas y su cadera, enrojeciendo la epidermis y erizando el vello a su paso. El sabor de Elsa inundaba su paladar y su espíritu. El sexo con ella había pasado de ser una exploración y su posterior estudio de reacciones a un placer para los diez sentidos que tenían cabida en cada encuentro.

Le encantaban su disposición y su entrega, la rápida respuesta de su cuerpo a su tacto, cómo sobresalían sus pezones bajo la yema de sus dedos, cómo se enganchaba a su pelo y tiraba de él con placer, escuchar los sonidos de su excitación, perderse en el aroma de sus ingles y ser testigo de su éxtasis, bebiéndoselo y atiborrándose de él, excitándose ella misma hasta límites antes insospechados.

Elsa resultaba adictiva y no tocarla, aunque fuese un leve roce, suponía una

tortura así que Arantxa se iba cortando menos en aquel aspecto. A ella no parecía molestarle en absoluto. Las quejas brillaban por su ausencia y eran sustituidas por bamboleos de cadera y balbuceos incoherentes. Cuando el aliento de Elsa quebró y ya no pudo seguir siendo dueña de sus actos, abrió los ojos de golpe y exhaló un clímax hondo y dilatado que llegó en forma de nombre propio.

—¡Arantxa!

Aquel tipo de estallidos eran la delicia de la fotógrafa. Le hinchaban el corazón y le aceleraban la sangre en las venas. Con cuidado, sostuvo a Elsa por las piernas al tiempo que le propinaba los últimos lengüetazos. Se relamió complacida y ascendió lentamente para terminar besando a su novia en la boca.

—Vístete de una vez o no saldremos nunca de este hostalucho...

La modelo despertó de pronto de su aletargamiento poscoital.

—Pero ¡si es lo que estaba intentando! Llegamos tarde a todos lados por tu culpa.

—¿Por la mía? —rio Arantxa— Tienes más cara que espalda. Te estás aficionando a la impuntualidad y lo estás haciendo con mucho gusto.

—No es verdad...

—Claro, por eso sonríes tanto, por lo apurada que estás.

Elsa se dio por vencida, consciente de la verdad en sus palabras, y se dio prisa en terminar de adecentarse. Arantxa echó un último vistazo a su exquisita anatomía y suspiró antes de cerrar la puerta del baño. Decidió comprobar la mochila de la cámara para enfriarse y desviar la atención a menesteres más banales y menos incitantes. Con la mente en blanco, casi por inercia, fue comprobando el estado de las tarjetas de memoria y de la batería.

El *book* de Elsa causó un gran efecto entre sus compañeras de agencia. Tanto había sido así que varias de ellas solicitaron los servicios de Arantxa para sus portafolios, lo que le valió unos ahorros sin precedentes. Se estaba corriendo la voz sobre su trabajo en el gremio y ya tenía nuevos encargos. El beneficio no permitía huir de Fototrix a corto plazo, aunque las circunstancias la estaban azuzando para tomar importantes decisiones de cara al futuro. Una buena obra requería un tiempo libre del que no disponía e iba siendo hora de reconducir su carrera. Estampar caras anodinas en tazas y cojines de por vida le encogía los ovarios por defecto.

Cerró la mochila, se puso la chupa y se asomó a la ventana. El cielo de

Barcelona estaba salpicado por alguna que otra nube. Corría un aire húmedo que la instó a subirse la cremallera de la prenda y arrebujarse en ella. La calle del hostel era céntrica, ruidosa, llena de comercios, gente y vida en general; en efervescencia día y noche, rebosante de energía y anuncios de eventos culturales a mansalva. La ciudad era destino ideal para los amantes de cualquier corriente artística. Arantxa tenía apuntadas las direcciones de varias galerías de arte y otros rincones que fotografiar sin prisas. Sin embargo, el motivo principal de la visita eran las Jornadas de Teatro Clásico.

Elsa, siguiendo la recomendación de sus profesores, se había mostrado muy interesada en las mismas y, además, tenía antiguos compañeros de estudios entre las diferentes compañías que participaban en las representaciones. La joven les había hablado sobre las fotos de Arantxa y suponían posibles clientes y prescriptores. Era un viaje muy provechoso tanto para la una como para la otra.

—Cuando volvamos prometo mantenerte despierta hasta que grites mi nombre.

Elsa enlazó un brazo con el suyo y la besó en la mejilla. A solas era muy cariñosa. En público, en cambio, seguía siendo precavida con sus muestras de afecto, aunque con el tiempo fuese costándole menos dejarse llevar.

Arantxa sonrió, pero no dijo nada. La modelo tenía una seria tendencia a creer que su dedicación era insuficiente para la fotógrafa. En eso había cambiado poco y por mucho que le dijera que ella era todo cuanto quería, daba igual, Elsa no lograba despegarse de sus antiguos complejos.

—Me han enviado un mensaje —comentó dejando los arrumacos para otro momento—. Ya han comenzado los ensayos.

Arantxa se lamentó abiertamente. Le gustaba el teatro, mas toda la parafernalia que suponía preparar los escenarios la aburría soberanamente y ya lo había sufrido el día previo.

—Vamos, verás cómo hoy no te aburres tanto. Están pasando el texto de *La casa de Bernarda Alba*.

La fotógrafa abrió unos ojos como platos. Elsa, sin saber dónde meterse, le tendió la mochila de la cámara.

—Toma. —Y añadió—: Me extraña un poco tu asombro. Siempre has sabido que lo mío son las adaptaciones clásicas.

Arantxa se mostró cohibida como en pocas ocasiones. Dudó sobre si

sincerarse o no y, al final, claudicó.

—Ya, pero cuando me lo dijiste creía que te referías y que dirigirías historias sobre Safo, la isla de Lesbos y cosas por el estilo...

La modelo arrancó a reír a carcajada limpia. Lo dicho. Si dudaba era por evitar semejante escarnio. Elsa no paró hasta que se le saltaron las lágrimas y entre ellas vislumbró el humo que echaba su novia por las orejas.

—Haberlo dicho antes... —suavizó—. Me esforzaré en buscar una obra griega que sea de tu agrado y te haré un pase privado y personal.

A Arantxa le brilló la dentadura como un dibujo animado.

—Eso suena muy bien...

—A la vuelta —matizó Elsa parándole los pies—. En Madrid.

Su gozo en un pozo.

Resignada a una eterna jornada de directrices y nervios previos a la representación, salieron de su habitación. Ya se tomaría la revancha con un incomedible madrugón para fotografiar la ciudad condal al amanecer... Se detuvieron en la puerta del final del pasillo y Arantxa llamó dando una voz.

—¡Pareja!

Oyeron un grito agudo del otro lado. Arantxa y Elsa se miraron interrogantes.

—¡Oye! —volvió a llamar— ¡Que os van a dar las uvas!

Se hizo el silencio por unos segundos y después, la puerta se abrió de sopetón mostrando un Eloy despeinado, ceñudo y semidesnudo, cubierto únicamente por una toalla que sostenía por la cintura.

—¡Casi la dejas ciega! —espetó a modo de saludo.

—¡No! —escucharon replicar a Mara— ¡Tú casi me dejas ciega!

Él se encogió de hombros.

—T tecnicismos...

—No tengo ni idea de lo que pasa ahí dentro... —admitió Arantxa.

—¡Mi ojo!

—Y tampoco quiero saberlo... Daos prisa, nosotras os esperamos abajo.

Sin más, cogió a Elsa de la mano y se apresuró en alejarse de aquella habitación. La modelo se iba riendo por lo bajo, tanto por lo que gruñía Arantxa como por la simpatía que le despertaban sus compañeros de piso. No eran íntimos, pero faltaba poco para llegar a ese punto. Aquélla era su primera

excursión en grupo y no dudaba de que le sucederían muchas más. Habían congeniado muy bien, sobre todo con Mara, con quien mantenía largas y entretenidas charlas acerca de cine y teatro.

Elsa pasaba más horas en el piso de Arantxa que en el suyo y eso había dado pie a desayunos, cenas y sobremesas para compilar en un libretto de lo más estrambótico. Puede que no lo admitiera en voz alta, mas esos momentos eran preciados tesoros para Arantxa. La cotidianidad de comer una pizza tirados en el sofá viendo una película por décima vez le producía una dicha inusual y alimentaba sus ansias por repetirlo cuanto antes.

Desgraciadamente, sabía que aquella rutina tenía los días contados. Si bien se empecinaba en no confesárselo a la pareja incombustible... La iba a echar de menos. Debía asumirlo, el cambio no era más que evolución y algún día, al menos así lo deseaba, le tocaría dar ese mismo paso con Elsa.

—¿Por qué sonríes?

Arantxa ni se dio cuenta del cambio que provocó en ella aquel sencillo pensamiento. Se maldijo para sus adentros por ruborizarse como una cría y aceleró el paso. La modelo continuaba derritiéndole la cabeza, el corazón y la entrepierna como el primer día. Cabeceó sorprendida y sonriente. Nunca se había sentido ni tan almibarada ni tan feliz.

* * *

Eloy cerró la puerta y regresó junto a Mara. La taquillera lloriqueaba y se abanicaba la cara con la mano.

—A ver, déjame verlo.

—Escuece —siseó ella.

Tenía el ojo izquierdo hecho un desastre; lloroso, enrojecido y parpadeante.

—Sí, está un poco colorado.

Mara se lo frotó con un puño.

—Me has inseminado el ojo.

No era esa su intención, pero sí, así había sido. La interrupción de las chicas cogió a ambos por sorpresa. Eloy se corrió y Mara abrió la boca. Hasta ahí todo bien. El problema llegó al moverse o más bien al escorarse, lo que desvió la trayectoria del proyectil e hizo que le engrasara las pestañas.

—Igual te sale un tercero en la frente.

—¡No tiene gracia!

Eloy sofrenó su ataque de risa y abrazó a una Mara quejumbrosa. La consoló con besos y caricias hasta que se aseguró que no perdería un órgano vital por su torpeza y luego, se prepararon para marcharse. Arantxa estaba en lo cierto, se les hacía tarde y querían hacer cola para la primera tanda de firmas.

El Salón del Manga era un festival al que tenían muchas ganas y por fin habían reunido tiempo, dinero y vacaciones para darse el capricho. Coincidió con la primera semana de las jornadas de teatro que había mencionado Elsa en verano y eso los llevó a programar una experiencia más o menos compartida.

Aquél era el segundo día de evento y Eloy y Mara ya necesitaban otra maleta para guardar mangas y *merchandising* recién adquirido, así como un préstamo para llegar a fin de mes.

Salieron a la calle repasando el folleto del Salón, inmersos en la planificación del día y casi dándose de bruces con Elsa y Arantxa. La rubia arrugó la cara al reencontrarse con el malogrado ojo de Mara.

—Deberías echarte colirio.

—No es nada, se me ha metido champú...

—¿Champú? —rio Arantxa muy escéptica—. ¿Con pH masculino?

Elsa le dio un mal disimulado codazo en las costillas y se adelantó con Mara por la acera. Arantxa y Eloy las seguían guardando cierta distancia.

—Háztelo mirar, parece que le hayan rociado el ojo con KH-7...

Eloy no contestó. En parte habituado a las pullas de su compañera y en parte por una sincera inquietud al respecto. No llevaban caminando ni cinco minutos cuando Elsa se giró y llamó la atención de su chica.

—¡Arantxa, no te retrases!

La fotógrafa asintió, obediente.

—¡Sí, bombón! ¡Voy, bombón! —su voz descendió hasta que sólo fue audible para Eloy—. Por Dios bendito, a ver cómo me libro de semejante sopor... ¿Tú qué crees que colaría mejor? ¿Mala digestión o fiebre pasajera?

Eloy meneó la cabeza.

—Creo que con Elsa se te acabó el chollo hace meses. Te conoce muy bien.

—Me pregunto si se mosqueará mucho cuando finja el primer retortijón...

La rubia, ajena a la mala sombra de la morena, le dio un toquecito en el

hombro a la taquillera.

—Mara, ¿me oyes?

La joven volvió en sí de un modo bastante mediocre. Eloy, al verlo, respiró hondo sin ser capaz de ocultar su creciente preocupación. No era la primera ocasión en que Mara se abstraía de la realidad de manera repentina y eso le dio qué pensar.

—¿Qué le pasa? —preguntó Arantxa.

—No lo sé. Lleva unos días bastante ausente. —Ante la incrédula mirada de su compañera se vio obligado a matizar—: Más de lo habitual quiero decir.

Se quedaron observándola por un rato indefinido.

—Entonces quizá no sea el mejor momento para proponerle iros a vivir juntos, ¿no?

Eloy le había comentado el tema a Arantxa unas semanas atrás. En el momento en que se puso a buscar piso por internet supo que debía y necesitaba sincerarse con ella. Por un lado, era preciso que estuviera preparada para la que se le venía encima con dos habitaciones vacías y por otro, buscaba consuelo y consejo sobre cómo enfocarlo con Mara. Estaba tan nervioso por que su propuesta llegara a buen puerto que en cuanto iba a proponerlo, se le trababan la lengua y el cerebro y no había modo de seguir con ello. Por suerte, Mara no era tan insegura sobre su relación como hacía un año. Sin embargo, conservaba por ahí alguna reserva que sacaba a relucir cuando menos se lo esperaba.

Por lo menos, había recibido los buenos deseos de Arantxa. No lo revelaba, pero Eloy sabía de sobra lo mucho que se echarían de menos a pesar de que fuesen a seguir viéndose de otra manera.

—He decidido dejarlo para más adelante. Se lo diré en Japón.

Con toda la ilusión del mundo y los ahorros de tiempos exageradamente pretéritos, Eloy y Mara habían invertido en dos billetes de avión a Tokio para la siguiente primavera. Pasaban las horas muertas leyendo blogs y guías sobre el país y habían redactado una lista de lugares de obligada visita que crecía según iban pasando los días. Nunca habían ido tan lejos y la emoción que los inundaba era palpable.

—Menos mal que eres paciente —apuntó Arantxa—. Ya pensé que usarías la excusa del viaje a Japón para pedirle matrimonio.

—No, no... —rio él—. Eso lo dejo para cuando visitemos Hobbiton en

Nueva Zelanda.

Y para eso hacía falta un milagro salarial muy serio. Calculaba que para cuando le clareara la coronilla podría conseguirlo. Arantxa se paró en seco.

—Tienes pensados los nombres de los niños también, ¿verdad?

Eloy se peinó el pelo que tanto le había crecido con los dedos. Articuló un primer sonido, superando la vergüenza y el ridículo. No obstante, la fotografía lo interrumpió sin dilación.

—No me los digas, haz el favor. Seguro que quieres torturarlos llamándolos Toyota-san, Suzuki-kun o cualquier chorrada de esas...

Eloy le dio una pensada rápida. Su ocurrencia no le convencía lo suficiente.

—¿Tú no piensas en el futuro, Arantxa?

Ella metió las manos en los bolsillos. Distraída, rascó el tejido interno con las uñas. Era algo que solía hacer a menudo, desde que dejó de fumar y masticar chicles de nicotina definitivamente.

—Sí, a veces sí... Luego recuerdo a cuánto está el alquiler en Madrid y se me pasa.

Cuando alcanzaron a las chicas, Elsa anunció la bifurcación de sus caminos y tomó a Arantxa del brazo.

—Nosotras bajamos por esta calle. Llamadnos cuando terminéis, ¿vale?

La pareja del manga asintió y se despidieron.

—¡Pasadlo bien! —gritó Mara.

Arantxa le dirigió una mirada que la hubiera desintegrado de no haberse contenido. Por costumbre, Mara la ignoró y dio media vuelta. De camino al Salón, a unos metros de sus puertas, Eloy le pasó un brazo por los hombros.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por?

Se encontraba muy confundido por su mutismo, así que se propuso no dejar pasar un instante más sin ahondar en el tema que tenía a Mara tan agobiada.

—Porque no pareces tú —amonestó con tiento—. Últimamente estás tan callada que no te conozco. De hecho, empiezas a darme un poco de miedo. Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿no?

—Sí...

Mara pestañeaba de manera intermitente. Eloy se preguntó si su esperma contendría algún tipo de enzima tóxica.

—¿Entonces?

Ella suspiró, pero aquel era un suspiro ligero y cansado, de los que vaticinaban excusa barata sin demasiada discreción y eso es todo cuanto ofreció.

—Esta noche he soñado que habían dejado de fabricar el Surtido Cuétara.

—Ajá... —consideró él—. ¿Y qué es lo que has soñado los otros cinco días que llevas así?

Mara ralentizó sus pasos hasta frenarlos. A cada segundo parecía más atribulada que el anterior.

—A veces tengo pesadillas con Danny Trejo y las fajitas de pollo —continuó—. Sueño que me obliga a comer una fajita tras otra y como me niego, quiere lanzarme por una ventana como en *Machete*.

—Mara...

—Te pones muy sexy cuando te cabreas.

Eloy se echó a reír.

—No vas a conseguir distraerme con eso.

E hizo un esfuerzo sobrehumano para desviar la mirada del apetitoso escote que lucía su camiseta aquel día.

—Vale, me rindo —cedió la guionista chasqueando la lengua—. Llevo un tiempo queriendo decirte una cosa, pero me da algo de vértigo.

Eloy se puso en guardia. La postura de Mara le recordaba demasiado a él mismo años atrás.

—Creía que ya habíamos aprendido sobre las consecuencias de nuestra tendencia a la autorrepresión...

Mara boqueó sin hallar una réplica lógica y digna a su acusación. No tenía escapatoria.

—Cierto —convino y luego, haciendo acopio de fuerzas y oxígeno, se quitó un buen peso de encima—. Eloy, creo que deberíamos irnos a vivir juntos. Solos. Tú y yo. Así Arantxa se libraría de nosotros. Bueno, y de *Goku*, por supuesto.

La cara que puso él debió de ser de puro espanto porque Mara titubeó:

—¿Piensas que es demasiado pronto?

—¡No! —Serenó su euforia como pudo—. No. De hecho, me parece una buena idea. Por Arantxa, claro.

No tenía nada que ver con deshacerse de los pestillos de una vez por todas, ni con retozar libremente en el sofá, la ducha o la placa de la vitrocerámica cuando

les viniera en gana. En absoluto. No era por ellos, era en favor de su compañera de piso. Sin duda alguna.

Eloy no podía creer en su buena suerte. Claro que el repentino recelo de Mara lo despistó. No parecía precisamente contenta con su avenencia.

—No has sido muy entusiasta... —señaló meditabunda—. Así que imagino que no querrás oír hablar de un segundo gato, ¿verdad?

Eloy sintió que se le inflaba el corazón como un balón de fútbol. Creyó que le reventaría la caja torácica y nunca sospechó que pudiese ocurrir de un modo tan placentero.

Su falta de tacto, sin embargo, no era más que puro aturdimiento. Más le valía aclararlo pronto o Mara se tomaría su pasmo como un amago de infarto.

—Mara, si te soy sincero, yo también he pensado en ello.

Su rostro se iluminó.

—¿En serio?

Él asintió, sonriente.

—Incluso he estado mirando pisos por internet y haciendo números...

—¿Y no se te han quitado las ganas de vivir?

—No —rio—. Estoy deseando compartir esa experiencia contigo.

Mara no lo pensó dos veces y, enganchándose a su cuello y su cabellera nórdica, lo besó en mitad de una sonrisa achispada.

—¿Qué hay del segundo gato?

Eloy se mordió el labio, reprimiendo una carcajada.

—Tengo fichada una pequeña gata de una camada reciente.

—Mira al granuja del *otaku* —comentó Mara—. Lo callado que se lo tenía...

Fue a besarlo de nuevo, pero las miradas del resto de asistentes al Salón los rodeaban sin tapujos y eso la desconcertó.

—Me están mirando.

En efecto y es que había habido tiempo y dinero para ir al Salón, no así para prepararse un *cosplay*[\[11\]](#) decente. En opinión de ambos, las cosas o se hacían bien o no se hacían así que eran de los pocos en no caracterizarse de ningún personaje habitual, aunque el cardado de Mara sugiriera lo contrario...

—Normal, estás preciosa.

El consumismo compulsivo les sentaba estupendamente bien a los dos.

—También te miran a ti.

—Bah, eso es envidia.

Sonrió y juntó sus labios con los de Mara. Deteniéndose más de lo necesario, se empapó de su tacto y su sabor. Los sueños del Eloy adolescente se iban cumpliendo a buen ritmo, uno a uno, poco a poco y con suficiente densidad como para disfrutarlos al máximo. La fortuna llevaba una buena temporada de su lado. Debía de ser eso pues en sus brazos estrechaba su porvenir y tenía un nombre de lo más prometedor.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer de todo corazón a mi editora, Esther Escoriza, su confianza en este nuevo proyecto, así como el cuidado, el cariño y la creatividad con la que ha trabajado en él; y por supuesto al resto del equipo de Esencia. Muchísimas gracias por haber contribuido a un resultado tan satisfactorio y por ayudarme a cumplir otro sueño más.

Un millón de gracias a D., mi D., por creer en mí, por apoyarme de manera incondicional y por tirar de mí cada vez que estoy a nada y menos de derrumbarme. Menudos meses, no sé ni en qué día vivo. ¿Por qué me planifico tan mal? ¿Qué hay para cenar? ¿Cómo era la luz del sol? Sin ti esto no habría sido lo mismo, ambos lo sabemos. Te quiero muchísimo, no lo olvides nunca.

Gracias a mis padres por su amor, sus consejos, su paciencia, su regocijo en mis proyectos, sus grandes caldos, su pedazo de escritorio, su chimenea, su tortilla de patatas, sus huevos de corral y, en definitiva, por ir siempre de mi lado. Parte de esta historia tomó forma en el seno de su bonito hogar.

Es muy importante mencionar que esta novela no habría conseguido ser lo que es sin la colaboración de tres personas fundamentales. Muchísimas gracias a Mónica C. J. por ilustrarme en la vida de un auxiliar técnico veterinario. Es difícil plasmar en papel el cariño y la dedicación ejemplar que empleas a diario en tu trabajo, espero, al menos, que Eloy lo haya transmitido aunque sea un poco. Muchísimas gracias a Javier C. de L. y a Jesús del P. M. por haberme abierto las puertas a sus incontables experiencias en las salas de cines de Madrid. Fue estupendo conocerlos, escucharlos y aprender de ellos. Ojalá Mara os haya sabido transportar a tan buenos recuerdos.

Muchas gracias también a mis amistades, mis amigos y amigas de siempre,

por interesaros en esta parte tan bonita de mi vida, por alentarme a seguir con ello y lanzaros siempre a leer mis líneas, recomendarlas y nutrirme de ideas constantemente. Un besito de fresi.

Gracias a las integrantes de la página de Facebook O. e. M. así como la página Las Maromas de Morales y al grupo de WhatsApp por vuestra amistad, vuestro cariño y el interés que mostráis siempre en mis proyectos. Es un placer compartir momentos online con vosotras.

Gracias al apoyo de los integrantes de la página de Facebook Trilogía Veneno de Irene Hall, a la que le cambiaré el nombre por Libros de Irene Hall, Idas de pelota de Irene Hall o algo así, porque la familia va creciendo, a su ritmo, pero está en ello...

Y muchas gracias a ti, querido desconocido o desconocida, por leer mis historias. Ojalá no hayas sufrido mucho.

Referencias de las canciones

You Know I'm No Good, Universal Music Spain, S. L., interpretada por Amy Winehouse. (N. de la e.)

Heroes, RCA, interpretada por David Bowie. (N. de la e.)

Mar adentro, EMI Spain, interpretada por Héroes del Silencio. (N. de la e.)

Loca, Parlophone Music Spain, interpretada por Luz Casal. (N. de la e.)

Salta!!!, Sony BMG Music Entertainment España, interpretada por Tequila. (N. de la e.)

Irene Hall es el seudónimo de una ejecutiva de cuentas que actualmente reside en Madrid (España). Su vida profesional ha girado siempre en torno a la tecnología, y ahora compagina su trabajo con la publicación de sus historias.

Es una gran aficionada a los conciertos y los festivales de metal, y le encanta hablar sobre series y cine. Le gusta hacer escapadas al campo para inspirarse para sus historias y vive sometida a las múltiples voluntades de su gato. Lee continuamente todo tipo de novelas y lleva años escribiendo por afición.

La trilogía «Veneno», editada en digital por Zafiro ebooks y en papel por Universo de Letras (ambos pertenecientes a Grupo Planeta), ha sido un proyecto muy ambicioso para ella y, tras redactar *Ni todas las mujeres quieren flores ni todos los héroes llevan capa* y otros manuscritos aún por publicar, continúa escribiendo casi a tiempo completo.

Para más información, Irene se encuentra en:

Twitter: [@MsIreneHall](#)

Instagram: [ms.irenehall](#)

Facebook: [www.facebook.com/MsIreneHall](#)

Página oficial de sus libros: [www.facebook.com/trilogiavenenodeirenehall](#)

Página de Grupo Planeta: [www.planetadelibros.com/autor/irene-hall/000045343](#)

Notas

[1]. «¡Hola, nena!» en inglés.

[2]. «Nene/a» en inglés.

[3]. En los entornos audiovisuales o de guion, presentación de un proyecto cinematográfico a una audiencia.

[4]. «Vamos, nena...» en inglés.

[5]. «¿Qué? ¿Manda qué?» en inglés.

[6]. «Maravilloso/a» en inglés.

[7]. «Corazón» en japonés.

[8]. «Reina de la almohada», literalmente, en inglés. Hace referencia a las personas, mujeres en este caso, poco activas en el sexo. Vamos, una estrella de mar de toda la vida.

[9]. «Alerta retrasada» en inglés.

[10]. «*Best Friends Forever*», «Mejores amigas para siempre» en inglés.

[11]. Contracción en inglés de «*costume play*», es decir «juego de disfraz». Son caracterizaciones o disfraces de personajes de ficción.

Ni todas las mujeres quieren flores ni todos los héroes llevan capa
Irene Hall

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Shutterstock

© Irene Hall, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19506-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

